

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

R E C T O R :
Fabio Castillo

VICE-RECTOR:
Dr. Rafael A. Vásquez

SECRETARIO GENERAL:
Dr. Mario Flores Macal

F I S C A L :
Dr. José María Méndez

Dr. Roberto Lara Velado,
Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales

Dr. Juan José Fernández,
Decano de la Facultad de Medicina

Ing. León E. Cuéllar,
Decano de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura

Dr. Víctor Alejandro Beidúgo,
Decano de la Facultad de Química y Farmacia

Dr. Ricardo Acevedo,
Decano de la Facultad de Odontología

Dr. Rafael Menjivar Ch.,
Decano de la Facultad de Economía

Dr. Alejandro Dagoberto Marroquín,
Decano de la Facultad de Humanidades

Enviar toda correspondencia a Revista «LA UNIVERSIDAD»
5ª Calle Oriente 220, San Salvador, El Salvador, C. A.



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

La Universidad

Revista Bimestral de la Universidad de El Salvador

Año XC

Números

3

4

MAYO

1965

AGOSTO



EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Salvador, El Salvador, C. A.

La Universidad

REVISTA BIMESTRAL DE LA
UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

DIRECTOR
ITALO LOPEZ VALLECILLOS

SUMARIO

	PÁGINA
En el Centenario del Nacimiento de Francisco Gavidia	7
EN TORNO A GAVIDIA	
Uno de los Primeros Poetas con que Cuenta la América Española. <i>Rubén Darío</i>	11
La Poesía de Gavidia <i>Luis Gallegos Valdés</i>	13
Gavidia, Ensayista. <i>Roberto Armijo</i>	29
Gavidia: El Brujo de la Síntesis <i>Gilberto González y Contreras</i>	43
Gavidia, Una Conducta <i>Italo López Vallecillos</i>	51

	PÁGINA
ENSAYOS DE GAVIDIA	
Sobre "Lira Joven" <i>de Vicente Acosta</i>	69
Idealismo y Realismo	87
La Influencia de la Literatura en las Carreras Profesionales . . .	93
La Formación de una Filosofía Propia o sea Latinoamericana . . .	107
TEATRO DE FRANCISCO GAVIDIA	
Júpiter	119
La Torre de Marfil	175
CUENTOS Y NARRACIONES DE FRANCISCO GAVIDIA	
La Princesa Estrella	265
Cuentos de Marineros	285
El Códice Maya	301
La Loba	307
TRADUCCIONES DE FRANCISCO GAVIDIA	
Francesca de Rimini	317
Stella	321
POEMAS DE FRANCISCO GAVIDIA	
Romanza	327
Apolo	328
Soneto	328
Diana	329
La Defensa de Pan	329
I Elegía de Netzahualcoyotl	334
II " " "	337
III " " "	339
Dolora	340
Kicab El Grande	342
Estancias	348
Bibliografía para el Estudio de la Obra de Gavidia	353

CATALOGADO

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE FRANCISCO GAVIDIA

Este año, por sugerencia de la Academia Salvadoreña de la Lengua, se conmemora en El Salvador, el centenario del nacimiento del poeta Francisco Gavidia.

Se ignora la fecha exacta del natalicio del gran escritor. Algunos la ubican en 1863 y otros en 1864. Se acepta como válida la del 29 de diciembre de 1865, señalada por la Academia. Motivo de estudio para los biógrafos será, sin duda, el establecer con precisión el día y año exactos en que vino al mundo este notable hombre de letras de Centro América.

Sea cual fuere el año de su nacimiento, la idea de homenajear a Gavidia ha sido recibida en El Salvador y todo Centro América con gran entusiasmo. Entidades oficiales y particulares de todo el istmo se han adherido a las celebraciones del "Año Gavidia".

La Universidad, revista que ha tenido el privilegio de contar entre sus colaboradores a Francisco Gavidia, le dedica este número extraordinario como un homenaje a su capacidad creadora, a su infatigable labor de investigador, a su señera posición cívica, y sobre todo a su nunca bien ponderada actitud de estudiante.

La personalidad de Gavidia adquiere luz especial, por el singular

interés que demostrara en los ámbitos todos del espíritu. Su inquietud creadora, en un instante en que estaba todo por hacerse, ensayó con feliz resultado, en la poesía, convirtiendo la tradición en el material de sus versos, y sobre todo, sus estudios que realizara del alejandrino francés y el hexámetro, descubrimientos que Rubén Darío explotara con genialidad; en la narración, en el teatro, en el ensayo que prefigura una visión universal y profunda de tópicos diversos de la cultura; en las humanidades, en la historia y en la filosofía. Su valor está en los rumbos que señala a las nuevas generaciones, y en la intensa, entregada voluntad al estudio.

Si algo hay que destacar en la personalidad de Gavidia, es su constante afán por el estudio; su noble y apasionado fervor por los libros, a los que se consagró desde adolescente. Ejemplo de estudiante consciente, responsable; él fue su propio guía, su propio maestro. Jamás dejó de estudiar. A los ochenta años se dedicaba aún a aprender el árabe.

En la primera parte de este número de la revista se insertan algunas apreciaciones sobre la prosa y el verso de Gavidia, estilo y conducta. En las siguientes, se sigue un criterio antológico, selectivo, presentando al lector: ensayos, cuentos, narraciones, teatro, traducciones y poesía de la monumental obra de Francisco Gavidia. Se ha querido así dar una muestra de las innumerables facetas del escritor, cuya obra completa aún está por editarse.

Cumple La Universidad con un deber hacia el escritor desaparecido, y se llena de íntima satisfacción al participar en las celebraciones del Centenario.

San Salvador, Junio de 1965.

EN TORNO A GAVIDIA

Uno de los Primeros Poetas con que Cuenta la América Española

Uno de mis amigos principales en San Salvador era Francisco Gavidia, quien quizás sea de los más sólidos humanistas y seguramente de los primeros poetas con que hoy cuenta la América Española. Fue con Gavidia la primera vez que estuve en aquella tierra salvadoreña, con quien penetrar en iniciación ferviente, en la armoniosa floresta de Víctor Hugo; y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés, que Gavidia, el primero seguramente, ensayara en castellano a la manera francesa, surgió en mí la idea de renovación métrica, que debía ampliar y realizar más tarde. A Gavidia aconteció un caso singularísimo, que me narrara alguna vez, y que dice cómo vibra en su cerebro la facultad del ensueño, de tal manera, que llegó a exteriorizarse con tanta fuerza. Sucedió que siendo muy joven, recién llegado a París, iba leyendo un diario por un puente del Sena, en el cual diario encontró la noticia de la ejecución de un inocente. Entonces se impresionó de tal manera, que sufrió la más singular de las alucinaciones. Oyó que las aguas del río, los árboles de la orilla, las piedras de los puentes, toda la naturaleza circundante gritaban: "¡Es necesario que alguien se sacrifique para lavar esa injusticia!" E incontinenti se arrojó al río. Felizmente, alguien le vio y pudo ser salvado inmediatamente. Le prodigaron los auxilios y fue conducido al Consulado de El Salvador, cuyas señas llevaba en el bolsillo. Después, en su país, ha publicado bellos libros y escrito plausibles obras dramáticas.

RUBEN DARIO

Autobiografía, páginas 74-75.

LA POESIA DE GAVIDIA

POR LUIS GALLEGOS VALDÉS.

AUSENCIA Y PRESENCIA

La poesía de Francisco Gavidia es la de un poeta erudito y revolucionario al mismo tiempo, que no sólo ha dejado una obra importante, sino que contribuyó a la renovación métrica del modernismo. Su valioso aporte ha sido ya suficientemente estudiado por un crítico nuestro ¹. Así, podemos afirmar que el autor de *Sóteer o Tierra de Peseas* (1949) debe ocupar el puesto que merece en el debatido grupo de los precursores. De ese modo se repararía una injusticia cometida por olvido o por ignorancia.

Ese olvido e injusticia en parte se debió al mismo Gavidia. En efecto, éste, por su carácter retraído, se mantuvo alejado de los círculos literarios de su tiempo. Gavidia no hizo más que un solo viaje a París, parece que en 1886, cuando contaba apenas veintitres años de edad. Es probable que allí se dedicó por entero a sus propios estudios, a

¹ Cristóbal Humberto Ibarra, *Francisco Gavidia y Rubén Darío, semilla y floración del modernismo*. Ensayo Segundo Premio República de El Salvador Certamen Nacional de Cultura 1957. Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, 1958.

soñar frente a la Venus de Milo en el Museo del Louvre, lejos de las tertulias literarias y de la vida bohemia ². Aparte su amistad con Rubén Darío, con don Ricardo Palma, con Gómez Carrillo, por quien nos manifestó una vez su simpatía, Gavidia parece complacerse en la vida solitaria, favorecida por el aislamiento intelectual de Centroamérica que sólo en estos últimos tiempos ha ido desapareciendo lentamente, gracias a un Salomón de la Selva, a un Rafael Heliodoro Valle, a un Miguel Angel Asturias, a un Luis Cardoza y Aragón, a un Max Jiménez, a un Toño Salazar, conocidos continentalmente.

Y si la personalidad de Gavidia no se dio a conocer plenamente en los tiempos del modernismo, permaneciendo un tanto alejada, casi oculta para sus contemporáneos, es por no haber querido practicar la política literaria: publicidad, aventuras, viajes, correspondencia nutrida, reportajes y entrevistas y hasta pequeños y grandes escándalos. Su natural sencillez, su hondo sentido del hogar, su profundo apego a la patria salvadoreña y sobre todo su indeclinable vocación por el estudio (a los ochenta años aprendió el árabe) contribuyeron a que su vida transcurriera plácida, conformada por el ideal del sabio y por una dignidad ciudadana muy señera y respetable.

Sin embargo historiadores de la literatura hispanoamericana, como Max Henríquez Ureña y Enrique Anderson Imbert, han sabido situar ya su obra dentro del cuadro de su época, evaluándola debidamente ³.

GAVIDIA Y EL MODERNISMO

Para Cristóbal Humberto Ibarra el poeta salvadoreño "está en la raíz del modernismo" ⁴, siendo, más que un mero precursor, origen indiscutible de la revolución modernista ⁵. Ibarra señala una fecha

² "¿Sabía usted que el maestro Francisco Gavidia estuvo enamorado de la Venus de Milo y que intentó suicidarse por ella?" Reportaje de A. C. aparecido en "La Prensa Gráfica".

³ "No sólo contribuyó Gavidia a dar a conocer las nuevas tendencias que se abrían paso en otras literaturas, sino que, además, reiteradamente, de modo especial en su manifiesto literario de 1892 a la Juventud de América, abogó por una renovación sustancial de la expresión poética: "El verso es el molde del lenguaje —decía— La civilización no tiene moldes adecuados de expresión: inventémoslos" Y así como contribuyó a renovar el alejandrino castellano, abogó también por la adaptación del hexámetro latino a nuestro idioma, idea que llevaron a la práctica, entre otros, Rubén Darío y Guillermo Valencia. En su libro *Los Aeronautas*, Gavidia se les había adelantado:

*Gigantesca libélula en las ondas de los aires myriáptera,
La Rosa de los Vientos en los ámbitos agita el horizonte"*

Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954, Ver E. Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Brevarios del Fondo de Cultura Económica, ibidem, 1961

⁴ Ibarra, ob. cit., p. 49

⁵ Ibarra, ob. cit., p. 141

clave en esa revolución: 1882, año en que ya Gavidia “ha introducido el alejandrino francés al castellano, lo ha enseñado a Rubén y éste —siguiendo modelos huguescos y gavidianos— ha escrito hacia 1885 Víctor Hugo y la tumba. La división ternaria del metro galo, había sido ensayada por el cuzcatleco antes que nadie”⁶.

Después de los experimentos reiterados de Gavidia deja el alejandrino español de ser invariable como venía siéndolo desde Gonzalo de Berceo y demás poetas del *mester de clerecía*, pues aquél lo somete a un severo examen, métrico y rítmico, a fin de arrancarle todas sus posibilidades

La historia es sencilla, pero de alcances incalculables para la poesía en español. Vale la pena conocerla contada por él mismo:

“En 1882, después de leer *Los Miserables*, cayó en mis manos un volumen de poesías de Víctor Hugo.

Yo había oído leer versos en francés a franceses de educación esmerada, y, por más que ahincara mi atención, aquellos no me parecían versos de ningún modo.

Me parecían prosas distribuidas a iguales renglones.

El misterio no duró mucho tiempo, pues sin maestros ni otros auxilios que mi sensualismo pertinaz para todo ritmo, aceté a descubrir en el interior del verso francés el corazón de la melodía que forjó y creó el genio sabio de Asclepiadeo.

Feliz con mi personal hallazgo, leí versos franceses para mi gusto y recreo; y los leí a quien quiso oírme, que fueron pocos, entre los estudiantes compañeros de prensa que eran entonces pimpollos de literatos, médicos y abogados; y los imité, como diré después, en muchas composiciones que están en mi primer volumen *Versos*, edición de 1884.

Pero hubo uno que prestó atención como yo la deseaba: que me oyó una vez, y dos y más parrafadas de versos franceses, y un día y otro día; y finalmente leyó él a su vez como yo mismo lo hacía.

Este mi interlocutor era entonces un gran palmino y un gran becqueriano; había leído cien décimas dignas del mismo D. José Joaquín Palma ante el Congreso de Nicaragua, y llenaba los álbumes con imitaciones deliciosas de Bécquer.

Nada había hasta ahí en él de modernista; o mejor dicho, de francés: éste era Rubén Darío.

⁶ Ibarra, ob. cit., p. 18

Un día me mostró una resmita de cuartillas que abultaban de cierto modo jactancioso: era el tiempo y la edad nuestros en que el mayor volumen participaba del mérito de la obra literaria

Era un comienzo de poema

Estos versos eran una imitación del verso alejandrino francés en pateados castellanos.

Uno de ellos que nos llamara la atención en una de nuestras lecturas, porque estaba formado con sólo dos palabras, el verso célebre:

Rebuniqueherait Nabuchodonosor,

había sido imitado en el poema. Hablando del Huacacán en sentido simbólico, el poeta decía:

*No le temas, oh yerba, que desconoce el prado,
Témele tú, robusto monocotiledón!*

Este conocimiento de un ritmo tuvo la importancia del hallazgo del filón de una mina monstruo.

¿Quién hubiera creído que la música de unos versos franceses, leídos en un cuarto de estudiante, de una casa de la entonces llamada Calle de San José, ahora 8ª Calle Poniente 7, iba a tener tan poderosas alas, como para influir, cual si fuese una luna o un cometa, en el ritmo que preside en el flujo y reflujo del mar del habla castellana, por lo menos en el hemisferio hispano-americano; y no sólo en el ritmo, en el estilo y en algunos órdenes de ideas!" 8

Gavidia confesó años más tarde que el alejandrino francés es pobre, monótono 9 Y, sin embargo, ¡qué partido supieron sacarle él y Rubén Darío, el uno en su traducción de "Stella" de Víctor Hugo, y el otro, en aquellos versos aparecidos para colmo entre anuncios comerciales. Mas el hallazgo estaba hecho y los versos de Darío fueron reproducidos en Colombia 10. Una nueva música vino, gracias a Gavidia y también a Rubén, a causar una verdadera revolución en la poesía de lengua castellana

7 Hoy en día Av España y 1ª Calle Oriente (N de L G V)

8 Francisco Gavidia, Primer Apéndice de "Los Aeronautas", Obras, Imprenta Nacional, 1913

9 Juan Felipe Turuño, "Solitario y glorioso dedicado al trabajo vive su vida con más allá de los ochenta años don Francisco Gavidia" (entrevista aparecida en Diario Latino, julio de 1916). Reproducida en Ateneo, revista del Ateneo de El Salvador, años XIII XLIV, números 206 207 208, IV época

10 Ibidem

La movilidad de cesura constituía el quid de esa música, monótona y pobre según el mismo Gavidia, pero llena de flexibilidad y de encabalgamientos de versos. Es el mismo fenómeno que es fácil de percibir leyendo a Racine, de quien opina Vossler:

“Como forma métrica y rítmica, el alejandrino de Racine es también harto lento y pesado para nuestra comprensión y nada accesible a nuestra fantasía reproductora. En tanto no se ha aprendido a percibir el movimiento rítmico, la ductilidad y suave libertad interna, y el pulso de los sucesivos sentimientos en este metro, al parecer tan rígido, su medida exacta nos parece monótona, su escultura bipartita, pedante, y su rima, consonancia fácil ¹¹.

Rubén Darío, inducido por Gavidia, supo captar de inmediato ese movimiento rítmico, dándole ductilidad a sus versos, mediante la libre colocación de la cesura, lo cual ya había hecho nuestro Gavidia no sólo en su traducción de “Stella” sino en “La Siesta del Caimán” y en “El Himno a Orfeo” como lo señaló Gonzáles y Contreas ¹².

Mas Gavidia no se contenta con ser un simple experimentador de gabinete. Ahondará, durante parte de su vida, en el conocimiento, aplicación y uso del hexámetro griego y del latino a nuestro idioma. Llega al humanismo a través de la poesía, por el ansia de adueñarse del secreto de Homero y del misterio de Virgilio. No como un erudito únicamente que se contenta con asimilar la lección de la latinidad con fines de cátedra, sino como un descubridor. Por eso su aporte al modernismo, en lo que a métrica respecta, fue decisivo.

¹¹ Carlos Vossler, Jean Racine, Colección Austral, Buenos Aires, 1946, p. 45

¹² Ibarra, ob. cit., p. 86 Pero ya antes había Gavidia adelantado su investigación en “La Defensa de Pan”:

*Las miradas amantes
para que no se excedan en eso de decir
deberán ir provistas de anteojos verde opacos
traídos de París*

*Los besos han de ir serios
como unos diputados, con frac y con bastón,
y para saber la hora en que han de hacer visitas
deben llevar reloj*

*Por lo que es a esa boca,
dulce traje de besos y de mimos, pues ya
tomará un aire grave como de tesorero
y dirá siempre: —¡No hay!*

Las anteriores estrofas son de un romántico pero de un romántico humorista, y denotan un cambio en la poesía y en la sensibilidad centroamericana de la época, anuncio de nuevos tonos, temas y metros. Ellas aparecen en Versos (1884), primer libro de Gavidia

LA ESCUELA DE SAN SALVADOR

Gavidia afirma que hubo la "Escuela de San Salvador"¹³. Antes del movimiento modernista surge en Centroamérica una escuela poética, es decir una doctrina fundamentada en principios métricos, comunicada, difundida e imitada. Darío, jefe de la nueva modalidad de la poesía española e hispanoamericana, lleva la buena nueva a la América del Sur, luego a España. Pero el germen de toda esa magnífica afloración lírica tiene un lugar y un momento determinados: San Salvador y el año 1882 en que Darío llega por primera vez a esta ciudad y entra en contacto con Gavidia, cuatro años mayor que él.

El poema "Stella" sirve de catalizador. Dos o tres lecturas, en una sola sesión, le bastan al poeta nicaragüense para advertir el alcance del hallazgo de su amigo. Hasta entonces Rubén Darío limitado al empleo de las estrofas tradicionales en poesía española y a ser un seguidor, inteligentísimo desde luego, de Campoamor, Bécquer y José Joaquín Palma. Este último ejercía magisterio innegable entre los poetas jóvenes centroamericanos. Como lo había ejercido, años antes, el santanderino Fernando Velarde, contra quien vino a quebrar lanzas Rubén en su primera visita a El Salvador.

La tendencia y orientación de la "Escuela de San Salvador" es revolucionaria, irradiante, y en ella se contienen los elementos, "los embiones, las crisálidas"¹⁴ que transformarán la poesía española, un yermo hasta entonces, en una selva sonora poblada deruiseños, papamoses, bulbules —aves raras—. También —en el lago— los heráldicos cisnes.

Cristóbal Humberto Ibarra ha confirmado, paso a paso, en confrontaciones minuciosas, la existencia de esa escuela y señalado abundantemente los aciertos originarios (*no precursores*) de Gavidia¹⁵.

LA POESIA DE GAVIDIA

Ya se ha dicho que la poesía de Gavidia no sólo es la de un solitario, sino que posee poder de alucinación¹⁶. Estaría mejor decir que

¹³ "Tanto más para explicar lo que es esta escuela "nuestra", a la cual en otra ocasión hemos dado el nombre de "escuela de San Salvador", nos limitaremos a ampliar lo que antes hemos dicho, sencillamente. Nacieron los metros o versos que hoy dominan en la América Latina y en España de mis lecturas de versos franceses" Gavidia, Primer apéndice de "Los Aeronautas" *ibidem*

¹⁴ Ibarra, *ob. cit.*, p. 94

¹⁵ Ibarra, *ob. cit.*,

¹⁶ Julio Enrique Avila, "Francisco Gavidia el poeta coronado", Ateneo, *ibidem*

este último no es sino el poder mágico de todo verdadero poeta. Y Gavidia lo fue sin género de duda.

Para nosotros Gavidia no es el modernista puro, porque sus temas lo atan con fuerza a Palanque y a Cuicatlán y la didascalía lo adscribe al neoclasicismo, siendo esto último el tributo que irremisiblemente hubo de pagar a la escuela del abate Delille. Pero el romanticismo de Víctor Hugo lo rescata del convencionalismo y de la frialdad que el exceso de mitología guiega y el filosofismo pesan en ciertos pasajes de *Sóteer*.

Con todo, su poesía, no por erudita, deja de tener inspiración; no por su abundante fantasía, deja de mantenerse dentro del rigor de los cánones clásicos aceptos a su ideal estético.

Su fantasía lo encumbra a Gavidia hacia cimas de gran sublimidad, acicateada por el ejemplo de Homero, del *Popol Vuh*, de las sagas germánicas, sin temor al abismo ni a icáricas caídas.

Tenemos entonces al vate, atreviéndose con la profecía como en su obra *Sóteer* o *Tierra de Preseas*, heroída de largo aliento, en el cual *Sóteer* es la encarnación de la libertad, y viaja entre símbolos y portentos llevado por el Prócer José Matías Delgado hacia Nosteria, país ignoto, para descender en seguida a la tierra, donde lo esperan hazañas que cumplir a favor de esa libertad, que nuestros pueblos anhelan conquistar.

Es entonces, también, cuando el neoclásico, el didascálico, se coloca a la par de don Andrés Bello en su *Silva* a la agricultura en la zona tórrida. El neoclasicismo le impide caer en el barroquismo, frecuente en nuestra América indohispana y que, como persistente "voluntad en forma", ha llegado a constituir una constante de nuestras literaturas, ya que el barroquismo hispano se conjugó en estas tierras con el formalismo indígena, como ya se ha hecho notar. El Olimpo, con sus dioses y diosas, quisiera estar presente en el largo poema dramático-épico de Gavidia. Mas el poeta, dejándolo, vuelve su mirada al Oriente y se trae de la India milenaria y esotérica su *Ofrenda del Brahmán*, de factura parnasiana. Poeta universal, por eso dijo, con razón, Rubén Darío: "Sus autores favoritos, en quienes se engolfa, son el viejo Esquilo, el rudo Homero, el Dante amaigo, y Hugo. ¡Genios!"¹⁷

17 "De Rubén Darío a Francisco Antonio Gavidia", *Obras de Gavidia*, ibid. Ateneo, ib.

ALGUNOS TEMAS DE SU POESÍA

Como poeta erudito que es, buen conocedor de sus clásicos griegos y latinos, de los autores del siglo de oro español, de Mistral y los felibres provenzales, Gavidia recorre desde su mocedad todos los rumbos de la poesía. Lee también a Goethe, a los Vedas, y ama con pasión la música. Su preparación literaria y musical, le permite atreverse con temas de gran hondura.

Entre ellos tenemos el ideal democrático, en que se basa la libertad centroamericana, el mismo ideal de Bolívar, Morelos, Delgado y Morazán. Como ha dicho Germán Arciniegas, la esencia de nuestra América es el romanticismo de la libertad, sin el cual no podemos ser entendidos como pueblos.

Tema suyo es también la Ciencia ¹⁸, así con mayúscula como gustaban de escribirla en el siglo XIX. Fiel representante de esa centuria, en Gavidia se ve el mismo proceso que en Bello, quien va del neoclasicismo al romanticismo en su poesía, con ese movimiento pendular, ya señalado por Guillermo de Torre, que oscila entre el orden y la libertad. Esa búsqueda de ambos términos obedece a profundas tendencias del espíritu humano. Ella produce a veces agudos conflictos intelectuales y morales aun en seres, como lo fue Gavidia, equilibrados por la "sophosine" y por el cristianismo. Gavidia hereda con la tradición hispánica el ideal del humanismo grecolatino y la influencia no siempre negativa —como creen algunos— del catolicismo. Cosa parecida le acontece a Bello, que supo aprovechar esa herencia y acrecentarla. La colonia no fue en él laste sino acicate, siendo Bello producto, en su primera época, de la universidad colonial de Caracas. En Centroamérica Gavidia tuvo el ejemplo de Landívar, que estimuló su gusto por la latinidad, sin que se nos pase por alto una posible influencia del jesuita guatemalense en el ilustre caraqueño, dada la vasta cultura de este último.

La poesía de Gavidia, como la de Bello, tiene contenido americano. Al cantar el uno a Kicab el Grande y a la Princesa Citalá y el otro al ponderar las excelencias de los frutos del trópico, están unidos en el corazón de la América aborigen, tan nutrida como el humanismo.

Gavidia se goza en las evocaciones del imperio maya, admirando la sabiduría de sus sacerdotes y los prodigios del arte de ese pueblo extraordinario, tan parecido al egipcio en determinados aspectos, como

18 Gavidia, *Sóteer o Tierra de Preseas*, Imprenta Nacional, San Salvador, 1949



Francisco Gavidia, a los 65 años.

se ve al contemplar el hermoso mural de Bonampak. La diosa Sutchi-Quetzali, reclinada muellemente en las orillas del lago de Ilopango, el gigante Kabrakán, “ígnaro dios de los terremotos”; el rey de Cuzcatlán, cazador como Nemrod; Kicab el Grande, agonizando cargado de sabiduría y años y enseñando a sus súbditos a levantar el monolito pétreo con los dedos índices, desfilan en las evocaciones del poeta, orgulloso de su estirpe indígena pero sin renegar el ancestro español, pues en su alma, armónica y universal, se equilibran dispares tendencias anímicas y culturales:

*En tiempo de Kicab (Kicab el Grande
De la Cronografía)
La autocracia en el Istmo se extendía
Alrededor del Ande,*

*Desde el Usumacinta a los azules
Grandes lagos de Oriente
Su imperio era formado
Por multilingüe gente.*

*Pero el rey se moría.
En su estera de tules
Se extinguía Kikab, cuando la sexta
Visita a sus dominios
Hacía, y se reclinaba su alba testa
Sobre algodones blancos, como arminios...*

Lo español y lo indio se mezclan en la poesía gavidiana dándole colorido y vigor y en simbiosis oportuna. El tema indígena, que los románticos hispanoamericanos, Echeverría, Heredia, Zorrilla de San Martín, Guido Spano, Rafael Obligado y otros habían cantado, tiene más que justificada presencia en la poesía del salvadoreño, fiel a su época y a su tierra centroamericana.

MOTIVOS

Lector de Víctor Hugo en su adolescencia (nunca se explicó cómo vino a sus manos un libro de éste, siendo estudiante), la palabra “azur”¹⁹ es significativa en su poesía como lo es en la de Darío. A los inmaculados cisnes del nicaragüense, Gavidia prefiere el quetzal,

¹⁹ Ob cit

símbolo de libertad de las tribus mayas. El cisne feudal y lánguido de los rubendarianos, le resultaba artificial a Gavidia, quien más imbuído que Rubén en los mitos de la Centroamérica precolombiana, tenía que exaltar al bello y vistoso pájaro, antiguo habitante del volcán Quezaltepec o de San Salvador, volcán al que Brasseur de Bourbourg comparó con una ballena, comparación que a Gavidia inspira una de las estrofas de Sôteei.

El cielo es otro motivo, adjetivándolo como Fray Luis de León: almo cielo, alma esfera ²⁰.

En Sôteei o Tierra de Preseas vertió su autor las esencias más puras de su poesía, su experiencia en el oficio de domar metros y perseguir rimas, y su amor a la tierra de Cuzcatlán. No sería difícil, en lectura más demorada, hacer mayor recuento de motivos.

GAVIDIA, POETA DE SU TIEMPO

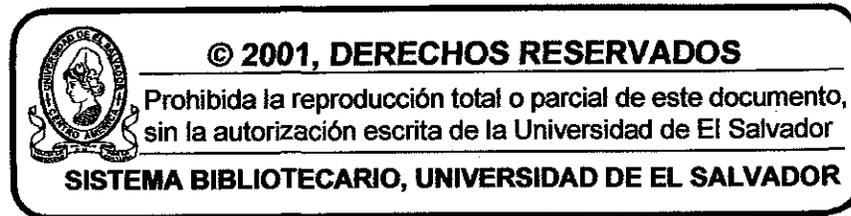
Por sus tendencias classicistas no le impidieron interesarse, con despierta curiosidad avizora, en los grandes inventos y adelantos de la ciencia, como la aviación. Su poema *Los Aeronautas*, en el cual aplica el hexámetro griego y latino a nuestra lengua (como antaño Juan de la Cueva y Esteban Manuel de Villegas), es un canto a la conquista del espacio, de espíritu muy moderno y atrevida imaginación. El asunto es la travesía del Canal de la Mancha, a principio de este siglo, por el brasileño José Santos Dumont, osada exploración digna del canto de un poeta. Gavidia celebra el triunfo del hombre sobre los elementos y su capacidad para vencer la materia. Bajo el gnomon simboliza el peso, bajo cuyo rigor sucumbió Icaro. Además de emplear neologismos, como un alarde de su sentido cosmopolita escribe su poema en idioma Salvadori, inventado por él, para demostrar que su instrumento es capaz de expresar cuanto el tema le sugiere, sin desvirtuar el mensaje poético.

*La atmósfera está pura, la onda azur está suave.
El aeróstato esparce su olor oleoso y acre.
Viva en la vía pública, dócil como una nave.
Santos Dumont "desciende a domicilio, como de un fiacre".*

Fiel a su propósito de vencer los metros para vencer en ellos los

²⁰ Ob. cit.

temas y motivos de una nueva época (“¿Qué ha hecho Víctor Hugo —se pregunta— sino resumir esta época y su transición a la Democracia en sus alejandrinos inmortales”?)²¹, trabaja por completar sus experimentos y doctrinas, pues varios años atrás había dicho: “El verso es el molde del lenguaje. La civilización no tiene moldes adecuados de expresión: inventémoslos”²².



²¹ Gavidia, Primer Apéndice de Los Aeronautas, ibidem

²² Gavidia, Manifiesto literario de 1892 Citado por Henríquez Ureña

GAVIDIA, ENSAYISTA

POR ROBERTO ARMIJO

Es plural encontrar estudios diversos sobre la poesía de Francisco Gavidia. Sin embargo, facetas impresionantes de su genio, permanecen desconocidas. Olvidan que la inteligencia de Francisco Gavidia, logró tentar con victorioso dominio, el cuento, el drama, el ensayo, la poesía, el periodismo, las humanidades, la filosofía y la historia. En todas estas manifestaciones hermosas del espíritu, oteó con encendida vocación, legando al patrimonio de la cultura salvadoreña, una obra de acrisolada validez.

Es común constatar en Gavidia la diversificación de su obra. Cuando apareciera, el ambiente literario nacional, se encontraba encerrado en las sendas trilladas del romanticismo. La poesía era la disciplina espiritual por antonomasia. Pocas eran las personalidades que se dedicaban a otras ramas del saber. Algunos elegidos, con auténtica cultura clásica, conocían las fuentes de la cultura latina. Es decir, todo estaba por hacerse. En este instante, Gavidia adviene a las letras. Encuentra las deplorables limitaciones del quehacer artístico, y acicateado por admirable intuición creadora, y sobre todo, por profunda in-

quietud intelectual, inicia una estupenda producción abarcadora de ramas distintas. Entre las sobresalientes por la distinción de juicio, está el ensayo.

El ensayo de Francisco Gavidia es faceta ejemplar y sugestiva de su genio. Encuéntrase madurez de criterio. Lúcida claridad. Incisiva estimación. Su ávida ansiedad intelectual, toca temas de importancia indiscutible, y aclara su afición por la filosofía, la lingüística, la historia, las humanidades y la estética. Estudios cortos, sobrios en el trazo, en la exposición. Denotan certeza intuitiva en la interpretación del asunto.

La producción ensayística de Francisco Gavidia encuéntrase desperdigada en revistas y periódicos de la época. El libro único que publicara, "Discursos, Estudios y Conferencias"¹, contiene valiosos trabajos de Gavidia. Otros, ensayos de calidad excepcional, como "Estudio Sobre Don Quijote", Vicente Acosta, "Sobre la Idea de Dios", "Parte que Corresponde a Rubén Darío, en el Movimiento de las Letras Durante los Últimos Cinco Lustrós", "La Filosofía de Hegel", se dieron a conocer en revistas del Ateneo y de la Universidad. En el tomo I, de sus Obras Completas², aparecen dos apéndices sobre "Los Aeronautas", estudios que versan sobre su descubrimiento de la melodía del alejandrino francés, y sobre la introducción del hexámetro a lengua castellana.

El descuido de gobiernos e instituciones, permitió que el olvido cubriera esta labor esencial del talento de Gavidia. Un poco de interés, hubiese logrado que las promociones recientes, conocieran el pensamiento de Gavidia sobre tópicos de trascendental sentido cultural. En "Discursos, Estudios y Conferencias", encuéntrase lo más diáfano y completo de la inteligencia de Gavidia. Se admira su preocupación vehemente por ensayar críticas de acerada penetración estimativa. Lo mismo que, la visionaria interpretación estética de materias de índole creadora, como la poesía, el lenguaje, la prosa, las humanidades, o el esbozo biográfico de connotadas personalidades nacionales, y el estudio penetrante sobre escritores de la talla de Montalvo y Rubén Darío.

"Discursos, Estudios y Conferencias" es obra sugestiva. Gavidia surge investido con atributos señeros. Cada ensayo suyo es un airoso tránsito por el espacio de materias de contenido espiritual significativo. Rodea asuntos de trascendencia literaria, en unos. En otros, audaz cala en el interior esencial. Muestra de esta excelente disposición de su jui-

¹ Francisco Gavidia, "Discursos, Estudios y Conferencias", Universidad de El Salvador, República de El Salvador, Centro América, 1941.

² Francisco Gavidia, Obras Completas, Tomo I, Imprenta Nacional, 1913, San Salvador, República de El Salvador, Centro América.

cio, están los trabajos sobre Juan Montalvo, Rubén Darío, Lope de Vega y Juan Bertis. Trabajos que hacen gala de conocimientos amplios, y se adentran en la obra singular de estos preclaros espíritus.

El "Estudio Sobre El Quijote" es de importancia capital en la obra ensayística de Gavidia. En él, su autor explana consideraciones elucidadoras de pasajes de la extraordinaria obra de Cervantes, y examina con tiento pedagógico, los capítulos claves. La lectura de este ensayo denota el carácter austero de la exposición, y subraya los capítulos, que a su vez, indican un rasgo especial en el estilo admirable de la prosa cervantina, o un sentido genuino del pensamiento de Cervantes.

Estudia con rápido vistazo, los tres hermosos Discursos que contiene El Quijote, dándole prioridad al Discurso Sobre la Poesía, que a Gavidia, subyuga por la hondura de su percepción conceptual, y por la insuperable gala intuitiva. Al final, certifica el carácter transicional de esta obra, y coloca al genio de Cervantes, entre una edad que agoniza, y otra que despunta con esplendor.

El ensayo sobre Vicente Acosta, es obra de juventud. Sin embargo, asombra por la certitud de algunos pensamientos sobre el papel de los poetas como portavoces de una época. "*Salvar las edades —dice Gavidia— que perecen conservando su quinta esencia, su alma que es su poesía, es obra de grandes poetas, que a las veces son instrumentos inconscientes de una necesidad oculta pero lógica proveniente del espíritu fundamental, es decir providencial, de la Historia*". Pensamientos que prefiguran lo que Plejanov expresara sobre el arte³, y que contiene la validez del historicismo de la poesía. Para Gavidia, el poeta es un ser insertado en una sociedad determinada, y entre él y la naturaleza, hay un vínculo afectivo, una práctica objetiva, artística, de apresarla, de penetrarla⁴. Y hay más: "*Los individuos, cuando al producirse en las obras literarias, no obedecen a la tendencia de encarnar ideas universales y militantes, sino que antes bien, hacen de esas obras suyas el*

3 J. Plejanov: El Arte y la Vida Social Edit. Calomino, La Plata, (República Argentina) p. 54

4 La práctica es un tipo peculiar de relación del hombre con la naturaleza y con otros hombres, al cabo de la cual ésta resulta transformada físicamente. La práctica artística también es trabajo, un proceso durante el cual el artista transforma el material dado —mármol, sonidos, palabras— en obra de arte. El artista somete a sus propios fines el elemento físico, que le sirve de naturaleza o materia prima, y transforma el objeto material, desplegando en él toda la riqueza de su sensibilidad. La creación artística como todo trabajo, es acción consciente sobre la naturaleza, transformación de ella, pero en este trabajo, más que en cualquier otro, está en juego la naturaleza humana. La práctica expresa, por tanto, las relaciones del hombre con un tipo peculiar de naturaleza física, y a través de ella, revela su propia naturaleza, sus relaciones con los demás. Adolfo Sánchez Vásquez: Conciencia y Realidad en la Obra de Arte. Pág. 35, Revista de la Universidad de El Salvador, N° 2 Marzo-Abril, 1965, San Salvador, El Salvador, C. A.

producto de sus caprichos, de sus gustos, de los detalles personalísimos en el modo suyo de sentir y de ver las cosas, no deben servir de norma y modelo de pensamiento de los demás. Lo que también decimos de Zorrilla; y de Byron, de Espronceda, Bécquer y otros, que han influido en nuestras letras. Admirémoslos sin imitarlos.

“¿Se quiere decir con esto que no puedan tener buenos imitadores? Sería ir muy lejos. Quiero llegar únicamente a la conclusión de que en los pueblos cuya literatura está naciendo, los poetas a que se ha de rendir culto son aquellos vigorosos, cuya lógica, grande, eterna, original, engendra otros que pueden adquirir sello propio; y que, por decirlo en pocas palabras, admiten la originalidad dentro de su misma imitación. Ya se sabe cuántas literaturas, grandes y valiosas, ha engendrado el culto a Homero: ¡cuánto ha servido el culto por la literatura griega a la moderna democracia”.

En “Discursos, Estudios y Conferencias”, sobresalen varios ensayos. Entre los fundamentales: “La influencia de la Literatura en las Carreras Profesionales”, “Idealismo y Realismo”, “El Dibujo en las Artes”, “Estudio Sobre la Personalidad de Don Juan Montalvo”, “Estudio Sobre Rubén Darío”, “Los Altos Estudios”, “La Formación de una Filosofía Propia o Sea Latino Americana”, “Los Proto-Independientes”, y otros más.

En Idealismo y Realismo, con finura expone consideraciones de naturaleza legítima para el feliz coronamiento de la obra de arte, y con excelente juicio, dilucida la diferencia entre el realismo auténtico, y el naturalismo aberrador del espíritu intrínseco de la obra de arte. Su caracterización del tipo es clarividente, y aún más, testimonia el convencimiento de la filosofía de toda obra artística.

En el Estudio Sobre Rubén Darío, ahonda la crítica lapidaria al naturalismo. Y, ¡qué apreciación la suya del genio de Darío, en un momento único, cuando el genio de *Poemas de Otoño*, no había escrito ni siquiera *Prosas Profanas!* Darío es —dice Gavidia— *“intuición respecto del verso. Hay en él el principio de la música. El sabe ésto”*

“El Dibujo en las Artes” es un acucioso enfoque del desarrollo artístico a través de las épocas todas de la historia, y evidencia la imitación humanizada que el artista ha hecho de la realidad, transfigurándola con la objetivación de su emoción. Gavidia en este estudio certifica el reflejo realista de las obras espirituales, y acierta al afirmar que el hombre en las épocas infantiles de la humanidad, realizaba su acercamiento a la naturaleza con un verismo naturalista, pero reseña su can-



Gavidia, a los 85 años.

doi, su realismo ingenuo. La claridad de sus puntos de vista se exponen con certeza, con conocimiento verdadero de las necesidades que impulsan al artista primitivo, ya que desdeña el desinterés, el puro juego de la imaginación. Cree sinceramente que había un rito servidor, un giro social y benefactor, en la creación del poeta primitivo. Concepción que la Historia del Arte acepta plenamente.

Cuando se refiere al desarrollo espiritual de los pueblos asiáticos, su criterio es seguro en desentrañar el móvil subyacente que anima estas expresiones artísticas. Oigámosle: *“En efecto al formarse la columna de los templos de la India, aparece la flor de loto con las hojas para arriba como capitel; o en medio, dividiendo el fuste, y en el pedestal, con los pétalos extendidos contribuyendo a formar la base”*. En Egipto, la imitación de la flor de loto, ha sufrido alteraciones: *“ya en las columnas de Egipto, hasta donde ha llegado, es una esbelta campanilla, perdiendo líneas, contorno y expresión para amoldarse al gusto propio, no menos acentuado y elegante; pero sobrio y rígido, del país de los faraones”*. Y párrafos delante, expresa: *“Hemos visto, pues, cómo el dibujo tomado a la naturaleza, se modifica a justo título en las manos del Arte”*.

“Los vegetales y animales, tanto en Palenque, como en la India, en Asiria y en Egipto, no sólo dan su dibujo, dan, además, y esto es de suma importancia; dan las proporciones. Aman estos pueblos y adoran la naturaleza exterior: en Palenque tal vez el tapir sagrado, el ocelote o el puma, el maíz o el cacao dieron sus proporciones; en la India la Flor de loto, la estalactitas y estalagmitas, o las extratificaciones? en Egipto, la palmera o el ibis”.

Esta propensión de los pueblos a reflejar la naturaleza exterior, palpita en la producción de civilizaciones que adquirieran un grado de plenitud mental, y al tratar a Grecia, con admiración sugerente, explica el clima de equilibrio que había en este pueblo extraordinario, entre el hombre y la naturaleza. Las edificaciones, monumentos y obras artísticas, muestran un reflejo adecuado de la naturaleza: *“Pero señores, ¿cuál es la cualidad que prevalece en el hombre? Que estudia y exalta en el hombre este pueblo griego que así lo hace el objeto y medida de sus artes? Todo, pues, está sometido a la hermosa facultad humana: ese frontón, esos relieves que relatan los hechos de Minerva, diosa de la sabiduría, esas intercolumnas que ofrecen abrigo al pueblo ateniense; esas cariátides que guardan relación con todo el arte que las rodea; ese grupo de edificios de mármol resplandecientes forman una ciudad encantadora que contemplan los helenos en las alturas del montículo que llaman la Acrópolis”*.

Lo que se dice del arte de Grecia, se dice del arte de Roma. Este arte, sin embargo, iba a desaparecer. Los bárbaros del Norte lo borran

De nuevo, pues, tendría el hombre que inclinarse sobre la naturaleza para pedirle líneas con que expresar sus pensamientos y su modo de sentir. Pero ya esta vez no es el hombre su adorador, no recibe sus leyes; se las da.

¿Cuál es el objeto que va a dar sus trazos a la obra humana?

Es el bosque

Las dos curvas que forman la punta de la hoja o que encierren el espacio entre dos ramas que se cruzan, es decir la ojiva, será la llave tomada a la naturaleza para penetrar en un nuevo mundo del arte

Este ángulo de dos curvas, tiene la forma de un corazón, y es un motivo que va a expresar admirablemente la época sentimental de la religión cristiana, de las cruzadas, de la caballería y de los trovadores”.

Y esta idea primordial de su presciencia estética está informando sus convicciones de artista. De ahí el asco, la aversión que le produjo la deshumanización del Naturalismo de Zola, donde veía un descendimiento de la concepción humana de la práctica artística, ya que rebajaba al hombre al plano puramente animal y biológico. El naturalismo para Gavidia, es una expresión distorsionada de la existencia artística, un ciego objetivismo devorador del sentimiento e inteligencia del productor de obra espiritual. Su crítica acerada, definitiva, al Naturalismo se advierte en varios ensayos suyos, ¿Por qué comparar el naturalismo candoroso, juvenil de los poetas antiguos, verbigracia Homero, o el autor de Ruth, con las novelas fotográficas de un Zola?

El naturalismo era una falsa visión realista de la vida, del mundo. El hombre se ha convertido en un simple órgano material ¿Dónde están sus sueños, sus deseos, sus juicios sobre lo que ve y siente? ¿Qué razón tenía Gavidia! ¿Cómo equiponderar la ruda inocencia de Ruth, con las protagonistas femeninas de las novelas naturalistas? Para Gavidia el mal estaba en la hueca filosofía que animaba al Naturalismo, ya que el autor de *La Loba*, consideraba a la obra artística, material por sus fundamentos sensibles, e ideal por la filosofía que impregnaba su substactum conceptual. En su ensayo “Idealismo y Realismo”, dice: “*La Filosofía primitiva, la de la India, la de la edad prehistórica, cuando el hombre veía una ley y un dios en la bestia, se le impu-*

so; ya no bastó la palabra *realismo*, se acertó con la expresión: una nueva escuela se llamó *naturalista*. Vino lógicamente el sistema filosófico correspondiente a esta edad primitiva, en que las leyes del Ramayana, cuyo rastro aún se ve en la *Iliada* y la *Odisea* y en el Antiguo Testamento, dominaron a grandes escritores del siglo XIX; esa filosofía es el fanatismo materialista. Así, en Zola los personajes son máquinas: él les ha negado la libertad, que no existe dentro de las leyes de la naturaleza bruta, cubierta y conquistada por el espíritu humano. Los personajes de la escuela naturalista son perros, gatos, monos, tigres, hienas: todo lo hace en ellos la materia: todo es fatalismo, fisiológico o colectivo como en la selva, como en los buitres, o en los rebaños. El panteísmo primitivo, la primera faz de la filosofía humana, se apoderó de notables novelistas, bajo disfraz científico (religioso) como en la edad prehistórica, y no era posible sin que, a juzgar por las declaraciones del pontífice naturalista, se hubiese él dado cuenta de ello, fenómeno más frecuente de lo que pueda pensarse. Pocos hombres de la historia dominan el sistema de ideas, la filosofía, buena o mala, que de sus leyes y relaciones son desconocidas mientras no llegan Sócrates o Kant y las exploran y descubren.

“*La bestia humana*”, “*Nana*”, “*La tierra*” son obras naturalistas como el libro de Ruth, como los *Idilios* de Teócrito, como toda la literatura que inspiran los panteísmos primitivos; con esta diferencia, que una es ingenua y la de Zola tiene pretensiones científicas; y todas las obras que éste ha hecho producir al formar escuela, han sido escritas con el malestar de conciencia de espíritus que viven en el siglo XIX. No se puede ser naturalista como Valmiki o como Homero, con inocencia y grandeza, después que, sobre la filosofía primitiva, el genio del hombre ha descubierto en los cielos del pensamiento nuevas verdades como otros tantos soles, nuevos sistemas de ideas como otras constelaciones; después que Anaxágoras halla el espíritu difuso en la creación y obtiene un triunfo definitivo sobre la materia fatal; después que Sócrates liberta al hombre de ese espíritu universal y crea al individuo, revelándose una personal conciencia; después que Jesucristo abre a ese individuo las puertas del infinito y lo hace inmortal en los senos de la eternidad; después que el Renacimiento le entrega como hermosa esclava la naturaleza que antes fuera su dueña y su déspota, y después que la Revolución Francesa lo arranca a la tiranía del Estado y lo hace libre de la sociedad”.

En “*La Influencia de la Literatura en las Carreras Profesionales*”, encarna la responsabilidad de un hombre de su época, al criticar la propensión religiosa de un avance experimental en el ámbito de la cultura

contemporáneo. Se olvidan las tradiciones hermosas de la cultura greco-latina. La fina sensibilidad de Gavidia, censura la marcha deshumanizadora de las ciencias, y al respaldar su tesis, de enriquecer el científico sus investigaciones con la intuición del poeta, trae a cuento el paradigma señero de hombres como Cuvier, que afirmaran la contribución de la sensibilidad en el desentrañamiento de los secretos de la naturaleza. Esta preocupación de Gavidia aflora en otros ensayos suyos, por ejemplo en "Los Altos Estudios".

Gavidia ponía en guardia contra el empirismo deshumanizador, y expresaba que la conquista de la naturaleza, era exclusiva para el hombre. De ahí el peligro, la enajenación que implica no encontrar al hombre en los hallazgos que experimentan las ciencias naturales, al vaciarlos de contenido humano: "*Sí, señores, hay dos peligros en el peripatetismo —dice Gavidia— exclusivo que domina en todo el mundo; pero más que todo en la América Latina*".

"El primero es que la ciencia reducida a la definición, la división, la subdivisión, la enumeración, clasificación y la formulación de las reglas, que conocemos en los textos, encerrando al hombre en los compartimientos de las ciencias especiales, lo hace con frecuencia perder de vista el resto de ese gran mundo en que debe ceñir sus alas el espíritu humano. Se llega a prescindir de las Letras, como su nombre de HUMANIDADES lo indica, son el hombre mismo; y sacrifica al hombre en obsequio del producto científico, que no está llamado a servir si no es al hombre mismo. La Grecia que creó la ciencia y que jamás cayó en tales errores, resumió estas ideas en estos dos versos de Sófocles: "Nada son la torre ni la nave si están vacíos del hombre que debe habitarlas".

En su hermoso trabajo *La Influencia de la Literatura en las Carreras Profesionales*, expresa: "*Así como Cervantes curó por el sistema homoeopático de Hanneman, doscientos años antes que éste naciera, así Shakespeare se anticipó a la ciencia cuando señaló como uno de los indicios de que una mujer ha enloquecido de amor, la circunstancia de que hable obscenidades. Ofelia las dice, y gruesas. Es admirable el empeño con que estos dos genios, Cervantes y Shakespeare, se inclinan sobre ese problema espantoso que se llama la locura. Don Quijote, Cardenio, el Licenciado Vidriera, el protagonista de EL CURIOSO IMPERTINENTE, el Celoso extremeño y algunos que no recordamos de PERSILES, personajes de Cervantes, unos son locos, otros, grandísimos monomaniacos. El rey Lear, Ofelia, Hamlet, el rey del CUENTO DE INVIERNO, Cáliban, personajes de Shakespeare, unos son locos y otros*

monomaniacos, asimismo. Otro punto de contacto, éste ya señalado por los críticos, es que HAMLET no es otra cosa que el ORESTES de Esquilo, tanto en el asunto como en los caracteres, no habiendo sido conocido el trágico griego por el inglés; y que a la tragedia Numancia de Cervantes, no se le halla parecido por lo que respecta al plan sinó con las tragedias del mismo Esquilo. Estos datos no son acumulados sin objeto. Tenga paciencia el lector. Se sigue de éstos, de esas coincidencias maravillosas, ya de la creación poética con la creación científica, ya de la creación poética con el descubrimiento científico, que las imaginaciones poderosas suponen una lógica formidable en igual grado; y que el hombre de ciencia que no desenvuelve sus facultades poniéndolas en contacto con el genio, tiene el entendimiento tapiado y cerrado a la armonía con que la verdad preside al cumplimiento de leyes profundas”.

“Por lo demás, si se nos permite hacer una tentativa para explicar técnicamente el fenómeno de estos encuentros del arte con la ciencia, y por qué el cultivo de la literatura dota de tan maravillosa delicadeza a la lógica de los escritores-artistas, diremos que estriba en el grandioso cultivo que estos hacen de la VERDAD RELATIVA. Y bien; la verdad relativa en Retórica, equivale a la HIPOTESIS en Filosofía; y ya sabemos el papel que la hipótesis desempeña en el estudio y progreso de la ciencia. Esto es lo que no sabe el vulgo, cuando dice que los poetas sólo dicen quimeras y mentiras. ¿Sólo el vulgo? Santo Dios! ¡Cuando nos ponemos a pensar que Platón, opinando que la VERDAD RELATIVA, la hipótesis artística, era perjudicial a los pueblos, puso a los poetas en la frontera de su República; eso sí, coronados de laurel! Filósofo!”.

“¿Era otra cosa que una hipótesis poética, tu misma República?”.

A Gavidia se le debe el ensayo histórico sobre acontecimientos acaecidos en el pasado de nuestro país. Ensayos que desarrollan ideas iluminadoras de hechos históricos de singular trascendencia en la formación de nuestra nacionalidad. La explicación anima una visión historicista-objetiva, que da acceso a motivaciones que desconocieran otros historiadores, motivaciones que prefiguran una estimación de hechos concretos, objetivos, y dan cabida a concepciones certeras, como la consideración del papel esencial que encarnan las masas, el pueblo, en el desarrollo de los acontecimientos. Gavidia, no desconocía el valor del héroe, pero le daba una operación secundaria. Admitía que en

el héroe vibraban las inquietudes y deseos de su pueblo, es decir, encarnaba el espíritu de sus conciudadanos ⁵.

En estos trabajos de naturaleza histórica se advierte nítidamente la prosapia hegeliana. Gavidia escribió un ensayo sobre la filosofía de Hegel, y en sus desquicciones de carácter estético, filosófico e histórico, aflora la concepción total del sistema hegeliano, el idealismo objetivo ⁶.

Era sin lugar a dudas un patrimonio exclusivo de hombres de cultura avanzada, el conocer a filósofos de la estirpe de Hegel, si se tiene en cuenta, sobre todo, el atraso cultural de nuestros pueblos, en una época en que los textos claves de la filosofía hegeliana, no habían sido vertidos al español. Nuestro poeta hablaba correctamente el francés y el alemán. No hay duda, en estos idiomas bebió la savia vigorosa de la filosofía del genial alemán.

De ahí parte su idea original de una filosofía americana. Acepta la participación de otras tradiciones foráneas, que serían las que darían a la nuestra, en el campo de una filosofía indoamericana, el cauce correcto, adecuado, a la poderosa fuerza de nuestra imaginación tropical. Nuestra filosofía surgía sobre los cimientos de nuestra tradición América había entregado a la cultura universal una vieja civilización de exuberante contenido espiritual. Esta tradición asimilada con excepcional sentido transfigurador, sería expresión de mérito nacional y universal. Era universal porque hincaba su huella en la recóndita pureza del alma americana.

¡Qué hermosa muestra la del talento de Gavidia! Es honroso para él, en momentos azarosos descubrir para la cultura nuestra, provincias de excelencia artística de otros pueblos, y consciente tratar de ensayar con estos materiales, la interpretación original, veraz y sensible de nuestra idiosincrasia, de nuestro especial carácter. Y grandioso su diario afán, su ahinco admirable, convertir nuestra inhóspita ignorancia, en algo prometedor, en algo que más tarde —ya que dejaba los rumbos, los hitos— sería la verdadera faz de el rostro nuestro:

“Cuantas instituciones pide la vida libre, humanitarias, de arte, de ciencia y de elevados sentimientos, tienen en su arquitectura su orna-

5 Desde que en la historia desaparece la figura de los individuos, un Napoleón, un Bolívar, nos hallamos en presencia de los lapsos históricos: *el Renacimiento, la Reforma, la Revolución Francesa* en lo antiguo, *la helenización del mundo* en lo moderno, *la democratización de toda la América*; y luego de todo el planeta ya no se trata de la acción de un personaje sino del género humano

Francisco Gavidia, “Discursos, Estudios y Conferencias”, Los Proto Independientes, págs 24 y 25

6 Gavidia, Francisco La Filosofía de Hegel Rev “El Ateneo” Año 2 N° 21 Julio 1911 Págs 257, 258

mentación, sus mil objetos, el sello de la vida republicana. Nuestra naturaleza, árboles, flores, montañas, animales simbólicos, minerales bellos; nuestra historia, como sus mil recuerdos, nuestra leyenda, todo habrá ofrecido un mundo donde escoger la plástica que el ingenio o el talento, a la vez sentimental y meditativo, haya seleccionado para agregarla a las formas que como latinos, como grecos latinos y como americanos tenemos derecho a tomar de las artes de los pueblos más ilustres de la historia.

En cuanto a su criterio estético es digno encomiar su adecuada idea realista, representación efectuada por el acercamiento del artista, a la realidad múltiple y cambiante. El poeta, sobre todo, con el vehículo susceptible de la palabra, entra en relación con el universo, y a través de su propia realidad, refleja el ser del mundo.

Esta opinión certera de Gavidia, apunta en el mencionado ensayo sobre Vicente Acosta, y se espuma en ideas relampagueantes engarzadas en el contexto de otros ensayos. Pero, ¡Oh fruto de su filosofía! la introducción objetiva idealista que palpita en la subyacencia de sus juicios, muestra la solera hegeliana de sus desquicciones teóricas. Esto, por supuesto, no desvirtúa la fuerza de sus detalles, de sus opiniones concretas, inmediatas, ya que la deturpación sucede en la síntesis filosófica de su exposición. Pero, en rigor de verdad, ¿Quién podría invalidar ciertas apreciaciones profundas de Gavidia, sobre los poetas? Por ejemplo, su afirmación del peligro de continuar la pauta de poetas que sobresalen por su sello acentuadamente individualista. Comprende la especial situación de sus actitudes, y acierta en cuanto al contenido de estas actitudes, pero ¡qué videncia la suya! de ellas —dice ser— irrepetibles, poco válidas porque carecen de universalidad y partidismo militante. Es decir, que intuye que el poeta de carácter intimista en grado sumo, da expresión a videncias encerradas en su autosuficiencia espiritual, mientras que el otro, el poeta grande, original, vigoroso, vive en íntima interacción práctica con su realidad vital, por medio de sus relaciones con otros seres, y con la específica hora histórica en que vive.

En sus ensayos de espíritu inquisitivo sobre el proceso y formación individual del idioma, advierte la remozación que adquiere con la influencia de escritores que vienen de un pueblo que está en el desenvolvimiento de sus cualidades virginales. Su juicio en este sentido lo respalda el ejemplo de escritores nacidos en América, que al usar su lengua materna, el castellano, le insuflan gracia y agreste sabor america-

no. Sobre este tópico ver sus dos estudios, *La Obra de Lope de Vega en el Teatro Español, y Limpia, Fija y Da Esplendor*⁷

En cuanto a la ideología que anima la filosofía de sus ensayos, sobre todo los históricos, es la ideología liberal. Su creencia sincera en la democracia liberal, y su proverbial aversión a las tiranías caudillistas, le colocan en el campo doctrinario y combativo de la inteligencia de avanzada.

Por lo demás, Francisco Gavidia es cifra de valor intelectual único, ya que su talento comprendió la necesidad de superar la postración en que se debatía la cultura nacional, y se dio entero al estudio y a crear los hitos de la futura labor auténtica de nuestras letras.

En el ensayo, rama que él ejercitaba con feliz provecho, realizó una ingente labor de primer orden, ya que se preocupó por dilucidar una serie de materias que necesitaban del juicio calador, y sobre todo, encontró lineamientos de una ensayística seria, meditativa y ejemplar.

⁷ Gavidia, Francisco: "Discursos, Estudios y Conferencias", págs 100 y 131, Universidad de El Salvador, República de El Salvador, Centro América, 1941

GAVIDIA: EL BRUJO DE LA SINTESIS

POR GILBERTO GONZÁLEZ y CONTRERAS.

I

América es la movilidad. Su historia literaria se divide en dos partes: antes del Modernismo es un movimiento vaivenal que parte de América hacia Europa y de Europa es devuelto a América. Baudelaire y sus epígonos —que tanto influyeron en la musicalidad modernista— se han nutrido en las savias poéticas de un americano: Edgard Allan Poe. La genealogía de simbolistas y decadentes, de satánicos y místicos, parte en forma troncal, de un poeta nacido en la América Sajona. La otra mitad del Continente, por vía de París, canaliza la ola encrespada y crea el Modernismo. El Modernismo es una sola dimensión, donde se confunden todas las dimensiones.

El Modernismo en América no podía ser otra cosa que un fenómeno de liberación. Opuesto espiritualmente a las formas anquilosadas, las desmenuza y altera para dotarlas de nueva arquitectura. La música

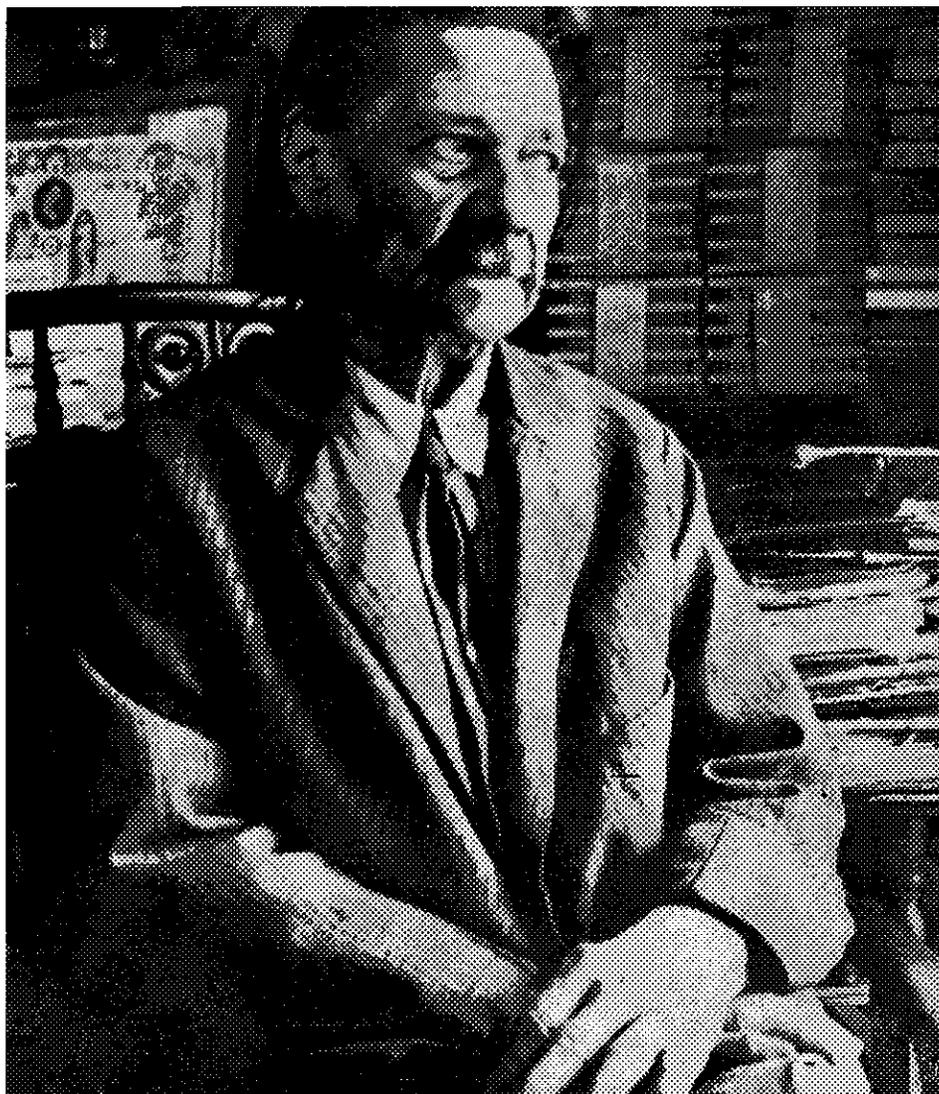
que deslumbra los oídos del hombre americano, la música que abre nuevos cauces a los contenidos poéticos, pone un temblor de luz a la lengua española y una apetencia de color en los poetas de América. Aquella música, derivada del alejandrino francés y del hexámetro griego, ilumina el oro de sus campos, prestigia a las alondras en sus amanecidas e ilustra la gloria de sus tierras.

El Modernismo no descubre a la naturaleza americana: enseña a enumerarla; no descubre al hombre americano en su esencia de hombre sino en su voluntad de artista. Este fue el milagro del Modernismo en América: un milagro que el Continente asumió para convertirlo en un milagro por el cual América se puso en camino de reconquistar su indigenidad y se hizo síntesis y cabeza de la más legítima reforma poética iberoamericana. La poética española dejó de ser española con el Modernismo: la nueva poesía no era la manera tradicional del arte poético, sino una manera nueva que corría en pos de la novedad de lo antiguo; no era la poesía proverbial de España sino un arte fundamental exótico para el espíritu de España; era el arte de la antigüedad, pero de una antigüedad a la que puso el cuño de una reconstrucción.

Reconstruir la métrica española ha sido la obra fundamental de don Francisco Gavidia. Gavidia es el Cristo de una iglesia de la que Rubén Darío será el evangelista. No es "Azul" —como a menudo se ha dicho— la primera piedra del edificio modernista. Los "sonetos áureos" —con los que el nicaragüense rompe el molde clásico, sustituyendo el endecasílabo por el alejandrino— fueron trazados bajo la influencia del humanista salvadoreño. Gavidia escribe los primeros hexámetros castellanos, con la misma medida de los hexámetros griegos, y los escribe en 1882. En ese mismo año trasvasa el alejandrino francés a la métrica española. La reforma se inicia con la versión de "Stella" de Víctor Hugo. Es de ahí de donde la toma Darío, hasta ese momento un gran becqueriano o un epígono de José Joaquín Palma.

Cuando en 1884 aparece la primera edición de los "Versos" de Francisco Gavidia, surgen —leves y armoniosos— los metros que muy pronto iban a dominar en América y en España. En "La siesta del caimán" y "El himno de Orfeo", se constriuyen ya todos los movimientos eufónicos hasta llegar al polirritmo. Gavidia realiza la reconstrucción formal de la poesía española por los oídos. Gavidia estructura el acontecer poético y lo acomoda al paisaje americano. Haber reconquistado literariamente la tierra que antaño perdieron sus antepasados es uno de sus más bellos galardones.

No es Francisco Gavidia el tunista que canta la decoración del



Gavidia, a los 86 años.

paisaje: es el poeta enamorado de la luz, que desentraña los secretos de la tierra y los trasvena en paisaje. Para llegar a las alturas que escala, ha tenido que padecer, en su alma y en su sangre, el sacrificio de los suyos. La historia y la tradición no se entregan a cualquiera: se entregan a quien las conquistas y a quien gozosamente las sirve. Lo terrígena, ya sea de América, de Grecia o de Francia, se entrega sólo a quien lleva en su espíritu el servicio de la poesía. Gavidia es el poeta de la síntesis, obtenida al través de la renovación silenciosa.

2

Don Francisco Antonio Gavidia es, cronológicamente el primer poeta indigenista americano. "Xochitl" y "La princesa estrella", en poesía, "La loba" en el terreno de las tradiciones y "Lucía Lasso", en el teatro, estiliza el folklore de los lenca y de los maya-quichés, sacan a flote las teogonías tribales, vehiculizan el panteísmo pavoroso de los poblados indígenas y reconstruyen la trágica lucha entre las encomiendas insumisas y los encomenderos implacables. Su poesía, sus cuentos, sus obras teatrales, sus estudios de toda índole, vindican plenamente los derechos del folklore indígena de la América Central a la consideración de los hombres de estudio, filólogos y etnólogos, con lo que llena un vacío evidente y ofrece una visión —a vuelo de pájaro— de las creencias, prácticas y supersticiones populares, relacionándolas con la naturaleza, con los cuerpos celestes, con el mar y los ríos, con las motivaciones mitológico-cosmológicas, con la fauna y la flora, con los poderes sobrenaturales: demonios y espíritus, brujería y magia, encantos y sortilegios.

Alma de mago, de poeta profundo, Gavidia es un estructurador de imágenes y un alto y bien agudo analista de sus propias sensaciones, para quien el idioma es una cantera sin secretos, una cantera de la que extrae sonoridades y símbolos y la concordancia gozosa entre los ritmos y los conceptos a que sirven de vehículo.

Espíritu grave, reflexivo, disciplinado en las grandes culturas, Gavidia es un poeta sereno que interroga el misterio, que ama —con amor encendido— la perfecta sencillez de las antiguas razas, y que ha logrado vaciar la plenitud de su conciencia anímica en estrofas robustas, que muchos han llamado clásicas, pero que son modernas por lo variado de sus ritmos, la intensidad de sus imágenes y la riqueza de su sentido. En las raíces de su poesía penetra con firmeza el limo romántico, no de actitudes, sino de preocupaciones por lo infinito y eterno. Con un estilo que le aleja de nosotros por su impassibilidad, Gavidia

ha llevado a la poesía las manifestaciones filosóficas. Su poema "La Razón pura" y su epopeya "Sóteer" en catorce cantos, se distinguen por su índole demiúrgica, por su elevación cósmica, por el ayuntamiento de la ciencia, de la filosofía, de la leyenda y de la historia, en cuyas bases se apuntala el invisible impulso de una controlada inspiración.

Poeta que domina con extraordinaria gallardía las viejas y las nuevas formas métricas, don Francisco Gavidia se ha formado un estilo propio y una lengua troquelada hasta su máximo afinamiento. Conoce, porque es suya y de los suyos, la tierra, el horizonte, el mar, en donde un día surgirá la tipología cósmica del hombre americano. Su sabiduría le viene del mundo indostánico, del suelo griego, de la claridad francesa, de la férrea Germania y esencialmente de esta América, de este Continente viejísimo en el que se han sentido las pisadas del primer hombre.

Es América la que a Gavidia le otorga la cabalgata de sus héroes, la orquestación espléndida de sus pájaros, el tumultuoso correr de sus grandes ríos y el risueño discurrir de sus arroyos. Son cosas y gentes de América las que viven en la luz de los ojos del poeta. Su asombro es el del Continente que, por primera vez en su historia, aprende a mirarse a sí mismo y mira como del Caos se va levantando cada madrugada de la creación. Gavidia lo que simboliza es el desentumecimiento de las formas, la desfocilización de muchos siglos de vivir y el encanto de quien empieza a soñar.

Este es el secreto y esta la dificultad de don Francisco Antonio Gavidia, máximo poeta de la América Central, piedra sobre la que se levanta el edificio del movimiento modernista

3

Don Francisco Gavidia es el hombre que ha fatigado los modelos, que ha transitado por todas las escuelas y ha bebido en todas las sabidurías. Poeta y pensador, cuentista, dramaturgo, filósofo y buzo de la historia, no por eso ha perdido el asombro de que los jardines se vistan con el color de los rosales y de que las rosas se abran con el viento para perfumar el paso de la aurora.

Gavidia habla de las cosas eternas y las cosas eternas se ponen de pie para escucharle. Gavidia se ha puesto al servicio del pueblo y su vocación es la de mover asuntos propios de la Democracia y de la Nación. Demuéstralo en "Uisino" —obra en la que ofrece la lección de la concordia—; en "Júpiter" —en la que presenta la condición imperiosa

de educar para las nuevas formas de vida— y en “La torre de marfil” —atalaya desde la que oteando el horizonte democrático, señala todos los vicios, todas las irresponsabilidades y toda la imprevisión de nuestros jóvenes países.

Para Gavidia el flujo es un estado de pensamiento que busca una expresión rítmica. Sofrena las cualidades emotivas, somete a cuño a la fantasía, y ante los ojos desnudos, la que desfila no es una realidad vivida sino una realidad pensada. De una realidad clamorosa que vivió en espera de la hora de la resurrección, ha hecho un mundo de fantasmas, una tierra de sombras. La dificultad de su poesía resulta de su costumbre prodigiosa de hablarle al mundo por encima de las cabezas de los hombres. Sus coteráneos no entienden las palabras que se dicen por encima de su comprensión. Vive en el aislamiento porque ha necesitado un clima solitario para la defensa de su personalidad. Nunca ha perseguido el efecto inmediato y su poesía es difícil porque en ella prima la sutileza de trazo y la condición rigorista de las figuras verbales combinadas con el deleite creador y con el cálculo sintáctico que en Gavidia adquiere categoría de Musa.

La obra de Gavidia, por exigir de cada uno de sus lectores una atención reconcentrada, solo llama, solo atrae a una muy selecta minoría. Muchos lo encuentran oscuro. Su oscuridad resulta, no de las palabras, no del estilo donairoso, no de la forma aséptica, sino de la profundidad de las ideas. Ocurrió que este poeta —último de los humanistas integrales, pionero de la renovación poética española— es el menos espontáneo de los aedas. Su método es el de las aproximaciones, el de la brillantez rítmica del verso, el de las fórmulas mágicas que conducen a un movimiento y a una especie de síntesis de conjunto. Solo que su conjuro no es a las potencias instintivas sino a las cualidades de la razón. Y a pesar de dirigirse a la razón, el estado de lucidez que provoca tiene más puntos de contacto con el “devenir” que con el “comprender”. Ello es así porque la poesía gavidésca se dirige más a la vida que al espíritu, más a los orígenes enigmáticos que a las sensaciones explicables, más a la zona que interroga que al punto de confluencia de las respuestas en fume.

Si de muchos hombres se ha dicho que vivieron en estado de gracia, puede afirmarse que Gavidia vive en estado de pensar poético. Su arte —como su vida— tiende al señerismo, no al aglutinamiento. Si su actitud se halla en las raíces del movimiento modernista, no por ello se le puede clasificar en tal tendencia. Gavidia está dentro del Modernismo, pero también se halla antes y después del Modernismo.

De confrontarlo con otros dos grandes poetas de su generación, diríamos que Gavidia es la profundidad, Darío la elegancia y Chocano la fuerza, Gavidia es terrígena y humanístico, Darío es sensual y fantasioso y Chocano tenía todo el primordialismo de una selva amazónica.

Estas son las diferencias y aproximaciones epocales de don Francisco Antonio Gavidia. Su complicación no es la complicación del ultracivilizado, sino la complicación del hombre de poesía. Sus versos no forman parte de la naturaleza: traducen la razón a la naturaleza. El, prefiere la diafanidad que entienden los dioses a la diafanidad que entienden los hombres. Prefiere ser poeta pensador a ser contable de sucesos poéticos. Gavidia es, en su verdadera dimensión, el poeta del renacimiento de América, que entregó al calor y a los ritmos, la luz y la musicalidad en que América principiaba a sonreír.

GAVIDIA, UNA CONDUCTA

POR ITALO LÓPEZ VALLECILLOS.

Hemos leído acerca del maestro Francisco Gavidia, toda clase de elogios. Gran parte de la crítica, del comentario, a la obra de nuestro máximo escritor se refiere a su producción poética, al hallazgo e introducción del alejandrino francés en las letras españolas, a sus ensayos greco-latinos, a la amistad con Rubén Darío, a sus innumerables traducciones, etc. Otros han destacado en Gavidia al historiador, al filósofo, al políglota, al hombre de gabinete. Y no pocos se han referido a su extraordinaria paciencia, a su infatigable labor de prosista cuidadoso.

En verdad, Gavidia es todo eso y más. Es el poeta romántico, y el modernista precursor. Es el hombre de estudio y es, desde luego, el ejemplo edificante para la juventud literaria. Pero por sobre todos los aspectos, Gavidia es el ciudadano. Nadie como él ha tenido en El Salvador la idea clara, la concepción ecuménica de la polis, de la civitas. Podría decirse, sin eufemismo, que Gavidia antes que poeta, antes que escritor fue ciudadano en el más amplio y universal de los sentidos.

Conviene destacar en Gavidia no sólo el valor moral y cívico, sino

también la profunda y clara conciencia que había en él de que el escritor se debe, fundamentalmente, a su medio. Que no es cosa de irse a otra parte, sino de quedarse en su sitio, en lucha permanente por la cultura. La obra de la cultura, las letras y las ciencias, es tarea vital, primordial para la superación del pueblo

El escritor que emigra, que no se siente bien en su ambiente, ha traicionado la misión ennoblecedora de crear o ha vendido su conciencia a la comodidad. Gavidia pudo haber sido en Europa, mejor que ninguno otro de su tiempo, un gran filósofo, un gran poeta; más él desdeñó esas glorias. Gavidia amó y sirvió con afecto a la Patria, con pleno arraigo a la tierra, a la historia y al hombre que aquí, precisamente, construye su victorioso destino. Gavidia no fue un desertor.

Es el ejemplo más claro de una voluntad al servicio de las letras, no allá en Francia donde es fácil para un latinoamericano "jugar" a escritor, sino en su tierra El Salvador, donde no siempre se entiende al hombre de ideas y, donde una palabra puede conducir a la cárcel o al destierro.

Desde sus años de juventud, de adolescente, Gavidia tomó el partido de la dignidad, del civismo. Cuando apenas contaba 16 años, combatió con sus versos la dictadura de Rafael Zaldívar, aquel hombre culto que mandó el país como un bárbaro y un egoísta. ()*

Rebelde no por estar acorde a un proceso biológico, propio de la adolescencia, sino por ser la idea en él parte de su conciencia y voluntad, Gavidia combatió los cacicazgos y dictaduras. Su actitud de lucha y condena contra las minorías opresoras no fue el acto irresponsable, el brote enfermizo de un período de su desarrollo. Los rebeldes por impulso terminan en claudicaciones vergonzosas, en amanuenses oscuros de los que ayer no más combatían. Gavidia mantuvo una línea recta y constante; de él, precisamente, son estos versos dedicados al Gral. Fernando Figueroa, y publicados en el periódico clandestino "La Revolución" de 23 de mayo de 1885: ¡Ah! ¿Qué haces, Figueroa?/ ¿Pones mano sobre la obra del pueblo?/ Haces muy mal./ Quien asesta un fusil contra un hermano/ es un gran criminal./

¿Quién decía por ahí que las palabras "ignorante", "malvado", "estúpido" y "traidor" se leían mal en un poema? La fuerza, el contenido de estos versos, está precisamente, en ellas. Son, por lo tanto, indispensables, propias de la naturaleza poética aquí expresada: / Quien

(*) Zaldívar fue Presidente de El Salvador de 1876 a 1885

ahogue esa voz/con que indignado el crimen amenaza El Salvador,/ese es un ignorante o un malvado/estúpido, o traidor./

Ante la corrupción social y política, ¿para quién es esa admonición? ¿Quiénes han “impedido” que el pueblo alce la frente, ya no en el caso concreto de Figueroa, sino en la historia general de El Salvador? La pregunta daría lugar a un largo estudio, el poeta sintetiza la respuesta y dice: “quien protege al infame y al ladrón/merece manicomio, si es demente/si es cómplice, prisión.

La reconvención a Figueroa expresada en los tres cuartetos siguientes, pudiera ser, también, ¿por qué no? la reconvención a tanto hombre de Estado, a tanto político desvinculado de la voluntad popular. A todos esos líderes divorciados por completo de la realidad social, abanderados de la demagogia y la corrupción. Gavidia increpa a los grandes sordos del drama nacional: /Tú has podido ser justo, tener gloria/vengar al pueblo, respetar su voz,/ser grande, ser un brazo de la Historia,/cumplir la ley de Dios./

¿Por qué nuestros gobernantes no prefieren ser brazos de la historia, y por el contrario asumen el papel de verdugos y sicarios del pueblo? La confabulación en contra de los derechos de la mayoría ha sido norma de los que, por golpe de mano o por amañado procedimiento, han manejado los destinos del país. Algunos de estos gobernantes, salidos de los estratos mismos del sector menesteroso, llegados al poder han sido sordos, ciegos y mudos frente al tremendo problema social. Un afán egoísta se ha volcado en ellos, como para olvidar el drama popular. Gavidia, el apostrofar a Figueroa, le advierte: Pudiste ir con el pueblo, ser amado,/ restaurar fe, y honor, y lealtad/entregar al presidio su malvado,/y al pueblo restituir su libertad /

La exhortación final del poema, en momentos en que Figueroa como jefe del ejército se oponía a la revolución liberal, no puede ser más consecuente y hermosa: Puedes aún ser justo, tener gloria;/venga a tu noble patria, oye su voz/a esa revolución la ama la historia;/ella cumple una ley, la ley de Dios./

Partidario de la reforma democrática de 1886, Gavidia fue leal al espíritu que animó al régimen de Francisco Menéndez. Prueba elocuente de su participación cívica es la condena que hizo de la traición del 22 de junio de 1890 publicada en el periódico clandestino “El Porvenir”. Y es que Gavidia, al igual que Rubén Darío, se indignó ante el golpe artero de los Ezeta. ()*

(*) Francisco Menéndez fue Presidente de El Salvador del 22 de junio de 1885 al 22 de junio de 1890. Fue derrocado por un cuartelazo militar, dirigido por los Generales Antonio y Carlos Ezeta.

En lo mejor de su juventud Gavidia fundió junto con los doctores Hermógenes Alvarado p., Manuel Delgado, Antonio José Castro y Alonso Reyes Guerra, el semanario El Liberal (junio de 1901), tribuna de pensamiento abierta a la discusión y la polémica, en la que no sólo se advierte la seriedad en el análisis político, sino la identificación plena con el liberalismo de los mejores tiempos. Aquel liberalismo que propugnó por la igualdad, la libertad y la fraternidad en todos los campos y que, si no dio sus frutos, fue culpa de la miopía de élites intelectuales aristocratizadas, sordas a la necesidad social.

¿Qué ideas expresaban los redactores de El Liberal? ¿Qué ubicación tomaban en el pensamiento universal? En primer lugar señalaban que todos los hombres nacen iguales. La esclavitud, decían, en cualquier forma que se establezca, es una violación de los principios más elementales del Derecho Natural y un monstruoso atentado a la dignidad humana.

Respecto al sufragio reafirmaban su vocación republicana, e insistían en que todo poder emana del pueblo; que los funcionarios públicos no son sino delegados, y, por lo mismo, quienes hayan sido electos con el fraude y la coacción, no representan la voluntad nacional. Son meo instrumento de oligarquías contrarias al interés general.

Gavidia y el resto de liberales salvadoreños se adherían, desde luego, a la libre emisión del pensamiento, a la defensa y protección de la libertad de imprenta; en sus artículos y ensayos defendían los derechos por una irrestricta libertad de cultos, de libre enseñanza privada, asignándole al Estado la delicada función de educar al pueblo en la democracia y el laicismo. Consecuentes con los males del caudillismo y del presidencialismo, abogaban por la alternabilidad en el ejercicio de la Presidencia de la República.

Gavidia dejó clara constancia en El Liberal de su prosa combativa. Sus doctrinarios editoriales sobre el Habeas Corpus, la independencia de los poderes públicos, el matrimonio civil, el divorcio, la protección al trabajo y las garantías que deben rodear al trabajador, nos colocan frente a un escritor convencido del credo democrático. Apasionado y fervoroso, fue seguidor de las doctrinas de Locke, Hume, Voltaire, Rousseau, Diderot y Montesquieu, pensadores a quienes leía en sus propias lenguas.

Probablemente el poema "A Centro América" sea el que refleje con mayor ardor el sentimiento político de Gavidia, su preocupación por la suerte miserable del pueblo centroamericano, cuya unidad ha



sido rota por los intereses económicos en pugna, el localismo y la ambición de nuestros "guerreros" y "políticos". ¿Quién no está de acuerdo con Gavidia, cuando afirma:

“Centro América duerme
Silenciosa e inerme
El sueño del olvido de los mundos:
Sus pueblos son estériles llanuras,
Zaizales infecundos,
Temerosas y agiestes espesuras
Que hincha de negra savia el egoísmo;
Por esta selva lúgubre y sombría,
Su horrible paso en las tinieblas guía
Leñador infernal, el despotismo”.

¿No es esa la descripción más exacta del área centroamericana? Más adelante, en la misma Oda, Gavidia pinta la realidad que le circunda. Sus versos debieran colocarse en monumentales caracteres a la entrada de todos los pueblos, ciudades y villorrios centroamericanos, para que, como esos anuncios luminosos, fuese recordatorio exacto de la situación angustiosa en que nos debatimos, y a cuyo cambio radical estamos todos obligados:

“Ved el cuadro, que aviva
En la conciencia pública extenuada
El rayo de una lumbre fugitiva;
Ved extender la historia
Su acusador legajo.
¿Qué veis? El crimen coronado arriba.
¿Qué veis? El crimen inconsciente, abajo.
Los tiranos, la plebe,
Todos, los oprimidos, los que oprimen,
Todo pasa y se mueve
En un sudario fúnebre de nieve
Que de gotas de sangre siembra el crimen”.

En uno de los momentos de mayor inspiración, Gavidia escribe estas verdades que sólo la intuición del poeta, la sensibilidad del aeda pudo advertir con tanto acierto.

“Oh, no esperéis que el dedo de la suerte
 Os marque el ignorado derrotero,
 Mientras dormís en estupo inerte
 Y al borde del abismo traicioneo.
 El porvenir no llega, inesperado,
 Advenedizo sin misión ni nombre,
 Llega porque es llamado;
 Porque lo han engendrado
 El valor y el espíritu del hombre
 Y porque el hombre mismo lo ha creado.
 No es hijo el porvenir de la fortuna
 Ni es el azar el padre de la gloria,
 Ni va sin ley y sin conciencia alguna
 Sin fe e inteligencia,
 Trazando los caminos de la historia
 La mano de la oculta Providencia”

En el mismo poema, Gavidia lanza esta acusadora imprecación. Solo la sordera congénita de los intelectuales egoístas, la miopía de los estadistas y la desorientación de los políticos, pueden leer estos versos sin comprender su alto significado:

“Oh, minorías cultas, indolentes,
 ¡Minorías! la gloria será vuestra,
 Cuando inclinándoos sobre el pueblo rudo,
 Teniéndole la diestra,
 Hagáis del pueblo indestructible nudo
 Y halle en la unión impenetrable escudo
 La corrupción iónica y siniestra.

¿Qué dirán de estos proféticos y valientes versos las numerosas bandas de forajidos de la política, asaltantes del poder, sin escudo y sin

divisa? ¿Qué dicen de estas verdades nuestras los hombres que, de tiempo en tiempo, bajan o suben por las escalinatas de los palacios públicos, sin dejar huella, ni obra en beneficio de la colectividad? ¿Qué dicen de esto los civiles y los militares que, al servicio de minorías inconscientes, jamás han intentado identificarse con la necesidad popular? ¿Qué dicen de esto aquéllos que por un mal entendido egoísmo, por una vanidad sombría y estúpida, se han prestado a toda clase de despotismos, conculcadores del derecho y la democracia? Gavidia pide unidad en torno al pueblo, señala la urgencia de identificarse en la democracia, pide un lazo fraterno que haga posible el rescate de la "muchedumbre ignota":

¡Un alma para el pueblo!
 Ved lo que os pide el porvenir: un lazo
 Que estreche los espíritus y el brazo
 Y que os sostenga al ir hacia adelante:
 La democracia, formidable atlante,
 Invencible coloso,
 Vendrá, cuando en trabajo luminoso
 Concentréis el espíritu que flota,
 Como una fuerza cósmica gigante,
 En la dispersa muchedumbre ignota".

¡Cuánta sinceridad, cuánta verdad, cuánto civismo hay en estos versos! La sola lectura de ellos invita a reflexionar sobre la necesidad urgente, categórica, de introducir cambios fundamentales en las arcaicas estructuras semi-coloniales del país. Cambios de orden social dentro del marco democrático.

Gavidia tuvo en su vida gestos y actitudes que lo enaltecen. No sirvió a ninguna dictadura; por el contrario, rechazó siempre la idea de poner la pluma bajo la férula de las camarillas, los partidos, y los "hombres fuertes".

Cuando el Dr. Alfonso Quiñónez Molina le pidió a Gavidia que escribiera a su favor en la campaña presidencial de 1922, Gavidia le contestó con noble carácter y energía: "se equivoca, don Alfonso. Las letras no van bien, en este caso, con las anteojeras. Búsquese un plumario, hay muchos". Don Alfonso, que tenía muy en alto la sinceridad,

le dijo apartando las anteojeras del caballo: "no se me enoje, don Chico. Uno pide, si aceptan bueno. De todas maneras, admiro su honradez".

Estos hechos constituyen en la historia literaria de El Salvador, un claro ejemplo de rectitud, de firme convicción. Son testimonio elocuente de que su vida y su obra, respondían a un solo ideal. No había divorcio entre el trabajador intelectual y el honesto ciudadano. Ocurre a menudo en nuestros países que hombres de conducta privada muy dudosa, sostienen en público ideas generosas, o escriben bellos poemas de elevado propósito, en total y completo antagonismo con la ética y la moral.

Es importante en el arte la íntima correlación entre el autor y el producto de su sensibilidad e inteligencia. Si el poema, el cuadro, la escultura, el relato, responden a una realidad de la cual el artista es parte vital, lógico es que a éste se le exija plena y absoluta sinceridad en la elaboración de su obra artística.

La labor gavidiana responde perfectamente a los intereses, aspiraciones y contradicciones de la clase social a que perteneció el autor. Gavidia trabajó sus libros en medio atrasado, bárbaro, hostil en toda forma a las inquietudes intelectuales. De ahí su retraimiento, la búsqueda aislada entre libros y anaqueles, que le llevara hacia los hondos e impenetrables mundos de la sabiduría.

Gavidia vivió períodos de verdaderos cacicazgos políticos; y, no obstante, supo resistir el halago y la tentación de los poderosos, manteniendo una posición cívica, correctísima. No se le vio jamás acuerpando las reelecciones presidenciales, ni sirviendo a los partidos electoreros que tanto daño le han hecho al país. Retirado en su biblioteca, fue consecuente con su propio modo de pensar. A quienes se le acercaron en busca de orientación, les indicó siempre el camino de la dignidad y la homajez política. Creía por otra parte que nuestros países, nuestros Estados, no habían alcanzado la mayoría de edad; y nuestras gentes andaban perdidas, ciegas, carentes del sentido de la realidad. La culpa, decía Gavidia, no es de la masa, del pueblo, sino de la minoría, de los dirigentes.

No es cierto eso de que Gavidia fue un hombre de anaqueles, de vida muerta. Fue, sin duda, un estudioso, un humanista, pero también lo fue con el alma y el cerebro puestos al servicio del pueblo. Lo más importante de su obra, precisamente, define este carácter ciudadano, democrático. Ahí está: Sóteer o tierra de Preseas (1949) para respaldar este criterio.

Los opresores
y los victor.

Vamos a ver, ¿qué dice de los que
¿oprimen?
Que dice, ciudadanos, de los hijos del crimen?
No ve, no oye, República que lloran?
Los hijos de los héroes que giran
y que giran
La justicia está muerta, la ley es un
La conciencia jadeante, muda, entenebrecida.
Los corresponsales impuros y la Patria
las almas sin virtudes, sin nobles,
y las bocas sin pan.

Francisco Gaudin:
San Salvador
2 de Noviembre de 1957.

Sóteer es la obra más completa de Gavidia. En ella sintetiza una vieja aspiración: cantar al Salvador, al héroe del pueblo. Sóteer es el caudillo que, al frente de las masas, lucha contra el despotismo, contra la opresión. La épica adquiere en Gavidia perfiles extraordinarios, aún no desentrañados por los críticos. Los diez cuadros de que consta Sóteer o tierra de Preseas no son sino la historia de un hombre amante de la libertad, cuyo sueño es dar al pueblo la paz, la dicha, la prosperidad que merece.

Gavidia no fue un hombre de cultura hacia adentro. No fue un devorador de libros a la manera de muchos de nuestros intelectuales, incapaces dar a los demás un poco de su emoción. Su vida la consagró a la investigación histórica, al estudio de las lenguas, de las costumbres y el folklore centroamericano. Producto de esa vocación de estudio es su Idioma Salvador, tan discutido como ignorado en sus alcances y proyecciones.

La conducta moral y cívica de Gavidia, poeta y escritor, respondió plenamente a su modo de vida, a su conducta privada. Y aunque no fue un militante, un combatiente de la calle, su posición de poeta demócrata estuvo siempre a la altura de todas las circunstancias.

De un valor permanente es su oda Los Abuelos y los Nietos, en la que con exacto sentido, exhorta, proclama:

*“Vamos a ver ¿qué dices de los que así te oprimen
¿Qué dices, ciudadano, de los hijos del crimen?
No ves, no oyes República! que lloran y que gimen
los hijos de los héroes que guiaba Morazán?
La Justicia está muerta. La Ley escarnecida.
La conciencia jadeante, muda, entenebrecida:
las costumbres impuras y la Patria sin vida;
las almas sin virtudes y las bocas sin pan.*

Los versos que transcribimos no pueden ser más elocuentes. Reflejan, denuncian un hecho social, histórico y actual. La crisis política que vivimos, la inversión de valores y categorías, el culto a la fuerza (el que apalea y mata es grande), el claro y evidente desprecio por el derecho, el culto al dinero y al poder (el fin justifica los medios), toda la descomposición producida por nuestras dictaduras, está aquí pintada en forma real y auténtica:

*El tirano está puesto, semejante a una araña,
en el centro; domina, traiciona, roba, engaña:
su red sólida y firme tiene una urdimbre extraña,
monstruosa, en que las almas se enredan, y él apaña,
dinero, fe, conciencia; con el bien, con el mal:
El es justicia y jueces, que los ha sobornado;
dice: yo soy la Ley, y yo soy el Estado;
soy la Moral; la Historia, porque yo la he comprado:
el que apalea y mata es grande: yo he matado,
¡salve al becerro de oro! ¡Hosanna al dios puñal!''.*

¿En qué época escribió Gavidia ese poema? No se sabe con exactitud. Algunos afirman que en tiempos de Zaldívar, otros que cuando los Ezeta; muchos declaran que en la administración Quiñónez. ¿Sería cuando el Gral. Martínez? ¿Cuando Osmín Aguirre? Quién sabe. Su valor reside, precisamente, en ser aplicable a todas esas dictaduras; y, desde luego, a las demás.

San Salvador, Junio de 1965.

ENSAYOS DE
FRANCISCO GAVIDIA



Gavidia, a los 80 años,

SOBRE LIRA JOVEN DE VICENTE ACOSTA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

PROLOGO

I

Voy entrando a la edad en que se empieza a comprender ciertos detalles que hacen sentir hondamente cómo pasa la vida: esta edad de los veinticinco años en que ya tenemos madurez para percibirnos de que asoman, llegan, avanzan tras nosotros nuevas generaciones. Que el crecimiento de otros sigue al nuestro lo sabemos desde niños: ver el espectáculo y meditar en él es lo que sin duda tiene importancia y produce misteriosa sensación. De un escritor francés, Emilio Augier, se cuenta que es una naturaleza filosóficamente perezosa, y que había oído hablar y él mismo, como poeta, había hablado del sol naciente, de los montes al amanecer, del color rosa del crepúsculo matutino, del lucero del alba, sin conocerlos. Debe de ser todo eso muy bonito, se dijo, y como a los cincuenta años de su

vida hizo el esfuerzo supremo de levantarse a las cinco de la mañana. Se convenció de que la gente decía la verdad, pero de que no la decía toda, y que la aurora tenía el *no sé qué* inexplicable, al alcance del análisis, que tienen las obras de Dios y los buenos versos.

Las cosas de la vida producen este efecto, no cuando se sabe que existen sino hasta que se ven. Me acuerdo de un primo mío, viejo, con quien yo disputaba una vez sobre si la experiencia añadía algo a mi conocimiento del mundo y yo le afirmaba impetinentemente que nada.

Mi viejo primo desesperaba de hacerme comprender qué es "la experiencia". Nadie lo había podido conseguir.

Quando se empieza a comprenderla se suspira.

El hombre siente más vivamente la llegada de las generaciones en lo que respecta al oficio. Sí, tengo vagamente idea del efecto que algunos hicimos, cuando escribimos nuestros primeros versos, en los mozos migueleros que se repartían el campo de las letras, allá por el año de 1878. Estos notaron nuestra llegada —¡Ah! decían, Uds también hacen versos, y pagaban mal nuestra admiración.

Recuerdo que uno de ellos rehusó publicarme una letilla cuyo ritornelo había tomado, poniéndole las comillas respectivas, de Meléndez Valdés:

*"Tus lindos ojuelos
Me matan de amor".*

Pretextó aquel personaje que mis modelos literarios ya no estaban en boga: que leyese a Velarde (Don Fernando)

Tomé el consejo y llevé a otro poeta unos dodecasílabos de cesura bien marcada, en que se decía de una mujer:

Se yergue altanera como el eucaliptus . .

Fueron también rechazados.

Y aquí paró la digresión, pues no está bien que de los principiantes de trece años se burlen los principiantes de veinticinco.

No callaré que estos desaires me contrariaban. Andando el tiempo tuve mi desquite con Vicente Acosta. Me envió unos sáficos adónicos, desde Apopa, pueblo natal del bardo.

II

Fue esto por 1884. Ya en 1882, había hecho mi ingreso a la capi-

tal, conocido el Palacio Nacional, la Artillería, la Casa Municipal, y a don Juan Cañas, Bernal, Bonilla, Manuel Herrera, de los mayores; a Joaquín Méndez, Enrique Martí, Plácido Peña y otros, de los jóvenes; cuyos versos me eran conocidos.

¿Cómo no iba a conocer:

*Se va el vapor para la patria mía.
Yo tengo una arpa con alambres de oro,*

de don Juan Cañas?

Tenía en la cabeza mi pequeño mundo desconocido, que esperaba ver en la capital.

Repetía a menudo la primera estrofa de *El culto del dolor* de Bernal, y una vez puse de ejemplo de onomatopeya en clase de Retórica el comienzo de *La tempestad* del Dr. Bonilla:

*Sordo retumbo en lontananza se oye
Como en recóndita oquedad vibrando,
Y hórrida nube
En negros pelotones borbotando
Férvida sube.*

¡Ah! si todos los que pueden escribir versos o prosa entre nosotros, se hiciesen cargo de que las generaciones que les siguen tienen puestos los ojos en ellos! Si comprendiesen que podían tener a su cargo un apostolado fecundo! Serían laboriosos, serían útiles, serían grandes.

Ya no dirían que es bueno escribir cuando muchacho; ni que lo suelen hacer para matar sus ocios. Adquirirían esa conciencia de la misión del escritor, que engrandece lo que escribe, y comprenderían que el cultivo de las letras es un trabajo muy serio y de consecuencias vastas

Ya, en 1882, había conocido a nuestros poetas, y recitado en el cementerio ante el cadáver de Guevara Valdés, unos tercetos que *La Palabra* de Belisario Calderón calificó de “filosóficos”. Había ingresado además a la Sociedad literaria “La Juventud”, con dos bolas negras (en contra de mi admisión), que dije fácilmente.

Qué más?

Joaquín Méndez solía decirme: —que le diera *material* para *La Juventud*, bello periódico a que tanto debimos los aficionados a escribir y a leer.

En la atmósfera literaria que yo encontré en la capital se respiraba mucho Núñez de Arce: Espionceda y Zorrilla desalojaban sus últimas trincheras: habían pasado con Guerrero, Víctor Solís, Baltasar Zapata, Castañeda, y otros.

Galindo ya no escribía versos, estaba en Guatemala; y la falta de una columna tan importante había perjudicado a la escuela Velardista: en la recepción de Rubén Darío en "La Juventud", él y yo, le abrimos un boquete a la autoridad de esta escuela con desenfreno que pasmó a los asistentes. Nos reímos de aquello de

Cual calavera inmensa en el vacío,

Y de lo de

*En un momento de estupor ambiguo
Una salmodia funeral se oyó
Y el gran cadáver de mi amor ambiguo
En la profunda eternidad se hundió.*

Hoy no haría otro tanto. Por incompleto que sea Velarde, que lo es, —su gran imaginación hace lamentar que no pensase tan profundamente como sentía.

Acosta se ha formado al influjo de un nuevo gusto.

III

La imitación de la poesía zorrillezca era un empeño baladí, pues una poesía cuyos mayores prestigios estriban en la ideosincrasia de su creador; en el don musical propio de un poeta, en la prodigiosa facultad de decir cosas sencillas y personales con un ritmo fascinador, no es una poesía que puede fecundar muchas inteligencias y no tiene más cultivador apropiado que su glorioso dueño

Me refiero con estas palabras a la forma de la poesía zorrillezca, pues la forma únicamente quisieron asimilarse los poetas latino-americanos, ya que no tenían a la mano la Giralda o la Alhambra, o a Don Juan Tenorio y Don Pedro el Cruel, ni moros, ni visigodos, que son el alma de la poesía que tuvieron por modelo; fuera de que no he caído en el tosco error de creer que es ella una poesía sin trascendencia ni fondo, como ha habido críticos que lo afirman; pues Zorrilla es una personalidad completa, espíritu legendario, que sirve maravillosamente

a la historia condensando y salvando la poesía de las edades caballerescas españolas, precisamente a la hora en que el formidable análisis de nuestro siglo estaba anatomizando y valuando cuánto había de bárbaro bajo las cotas de malla.

Salvar las edades que parecen conservando su quinta —esencia, su alma— que es su poesía— es obra de grandes poetas, que a las veces son instrumentos inconscientes de una necesidad oculta pero lógica proveniente del espíritu fundamental, es decir providencial, de la Historia.

No es de esta ocasión explicar esta idea —por lo demás, ya expuesta por grandes plumas;— pero queríamos dar a la expresión consignada sobre el influjo de Zorrilla, la acepción con que la hemos escrito. Poesía tan amable como es la de Zorrilla, es de uso especial de creador: toda imitación suya es pálida y sin trascendencia para la poesía de Latino América predestinada a ser una gran democracia y sin espíritu legendario como España. Y lo que se dice de Zorrilla puede muy bien decirse de Espronceda. Hay más qué observar.

Los individuos, cuando al producirse en las obras literarias, no obedecen a la tendencia de encarnar ideas universales y militantes, sino que antes bien, hacen de esas obras suyas el producto de sus caprichos, de sus gustos, de los detalles personalísimos en el modo suyo de sentir y de ver las cosas, no deben servir de norma y modelo del pensamiento de los demás. Lo que también decimos de Zorrilla; y de Byron, Espronceda, Bécquer y otros, que han influido en nuestras letras. Admirémoslos sin imitarlos.

¿Se quiere decir con esto que no puedan tener buenos imitadores? Sería ir muy lejos. Quiero llegar únicamente a la conclusión de que en los pueblos cuya literatura está naciendo, los poetas a que se ha de rendir culto son aquellos vigorosos, cuya lógica, grande, eterna, original, engendra otros que pueden hasta adquirir sello propio; y que, por decirlo en pocas palabras, admiten la originalidad dentro de su misma imitación. Ya se sabe cuántas literaturas, grandes y valiosas, ha engendrado el culto por Homero: ¡cuánto ha servido el culto por la literatura griega a la moderna democracia!

La admiración que yo mismo sentía me llevó a aficionarme a distinguidos escritores amigos míos al poeta de este siglo que posee las condiciones del poeta de la antigüedad. Mi declamación interminable de sus grandes cláusulas, mi charla incesante y el ejemplo dado por medio de mis versos y mi prosa, hicieron que la admiración que desde

antes se sentía por Víctor Hugo sin mucho exclusivismo, se hiciera una pasión de la juventud escritora, hasta el punto deseado de que el que solo era para nosotros "el poeta del siglo", talvez poco leído, fuese más y menos de lo que da de sí esa desinteresada admiración: fuese, digo, "nuestro maestro".

Yo creo que dentro del radio a que Víctor Hugo extiende su influjo cabe mucho de original y que el que no toma solo su forma y su frase, puede ganar libremente las mayores alturas del arte. En todo caso, hacer de Hugo un ídolo literario, es hacer una propaganda admirable al gran credo de nuestro siglo.

Había la ventaja en esta revolución del gusto de que la escuela de Víctor Hugo, que abre tan vasto horizonte al criterio, no es exclusivista y por el contrario estimula al conocimiento de todos los escritores y de todas las escuelas. La inspiración puesta en libertad y en corazón atado a la pasión por los grandes ideales: tal era el credo que debía formarse inconscientemente en la nueva generación literaria. La lógica, pasada la poesía sólo emocionadora de Espronceda y Zorrilla, iba a ganar inmensamente, al poner en boga la tesis, el análisis y la síntesis hughianas. Ni Campoamor, ni Nuñez de Arce, ni Bécquer han perdido nada con la nueva propaganda: pero la mirada de las nuevas generaciones que vendrán y que ya llegan tendrá más campos que abarcar. La literatura universal, vista con preocupación hasta allí: el temor de aproximarse y ver de cerca la poesía de otros siglos ha desaparecido. Ya se lee, se trata de comprender, más todavía, ya hay quien sienta al Dante, y no se contente con sólo saber que es "terrible"; ya hay quien interprete a Juvenal y se convenza que ha sido pobremente calificado por los retóricos españoles que le llaman admirativamente "el cáustico": Shakespeare, Tácito, Esquilo, Shiller y con ellos, todos los colosos del pensamiento universal son ya reclamados por la juventud estudiosa que pide una cátedra en que se le enseñe a leer esos libros. Queremos conocer a Cervantes, dicen. La revolución operada en este sentido, nos tiene más contentos, por la parte que nos toca, cualquiera que sea la que se nos atribuya, que si hubiéramos sido cabeza de cien motines afortunados de los nuestros. Esta obra está en el comienzo pero su impulso es imposible de detener.

Acosta ha aparecido al inaugurarse esta revolución invisible pero fácil de ser comprobada al sólo hojear cronológicamente cualquier centón de poesías nacionales, la *Guirnalda Salvadoreña* o cualquier colección de periódicos literarios como *La Juventud* o *El Repertorio* o *La Juventud Salvadoreña*.

Para el observador no importará que los escritores sean de dieciocho a veinte y cinco años, sino lo que promete para el porvenir, y si nuestra literatura va a continuar como hasta aquí, puramente declamativa, o si se inaugura una época de trabajo del pensamiento, serio y reflexivo.

Sentados estos precedentes suplico al lector que me acompañe en el trabajo de comprobación que hallo ocasión de hacer en uno de nuestros poetas más populares ya ameritados.

IV

Desde que vi los primeros versos de Acosta le concedí el título fácil de adquirir, con que por aquí sellamos al primero que se lanza a emborronar cuatillas. Me pareció “inteligente”; lo que entre nosotros quiere decir “no es tonto”. Dichos primeros versos eran un soneto. Estaba en boga en aquellos días Joaquín Méndez: su oda a *Morazán*, su periódico “La Juventud”, el soneto que le dirigió don Juan Cañas, llamándole “pichón de águila”, formaban una nubecita de gloria sobre la cabeza del noble muchacho: el soneto de Acosta era escrito en su loa: no recuerdo lo que decía, pero sí que tenía un verso cojo. Todos los socios de la Juventud se rieron del soneto, salvo Joaquín, y yo, que entonces admiraba a cualquiera que supiese medir los versos, por parecerme esto, entonces, uno como don natural admirable. Entonces el mayor elogio que yo hacía de un *inteligente*, era:

—Sabe medir los versos.

Y es que en realidad se necesita *oído*, o sea, cierta facultad perceptiva, para escribir y apreciar la armonía del verso, como en música.

No fue poca mi desazón cuando comprendí que muchos tenían la estupenda aptitud de *medir* versos, juntamente con la de decir especiales disparates.

Sonoras le salían sus décimas a un zagalón del colegio de Martí, y con ellas hizo una considerable reputación de *bárbaro*. Para el centenario de Bolívar escribió unas que había determinado leer en el teatro. Empezaban:

*La juventud en reunión
Se presenta al escenario
A cantar el centenario
De Bolívar (Don Simón).*

Este Don Simón entre paréntesis necesita ser apreciado en lo que vale.

Desde que me persuadí de que, fuera de uno, los trece versos restantes del soneto *A Joaquín Méndez* estaban bien medidos, ya no perdí de vista, o mejor dicho, ya no perdí de oídas a Vicente Acosta. Digo eso porque en aquellos días, él era interno del Colegio Normal de Institutores, y fue preciso esperar dos años para que alguien me dijera: —Aquél es Vicente Acosta.

De cuando en cuando salían trocitos de versos, a lo Bécquer, estrofitas divididas por números romanos o asteriscos, firmados por él. Cobiaba fama de inteligente; luego se vio que él no se quería conformar con tan poco y los periodistas se vieron obligados a escribir en sus gacetillas:

“Nuestro amigo el joven poeta” . . .

Dios sabe el placer que le daría esa última palabra que perturba más la imaginación que si se tratase de un título de propiedad sobre la corona de la Gran Bretaña.

Vale la pena de referir esas pequeñas satisfacciones.

Aquel de los distintivos que nos separa los versos de Acosta de los de las escuelas que le han precedido, es que no se apasiona de la música sino cuando corresponde a una idea nueva y verdadera. El hace trabajar de consuno la armonía y la reflexión: tiende a la sinfonía mediatunda. Su pensamiento vuela muy raras veces por fantaseo y capricho como las golondrinas; sube más y bien como el halcón, con giros en que se entrevé un designio; y al romperse de la cláusula se advierte que trae consigo la presa: una idea.

Aquel tono admirativo, aquel gemir incesante, inmotivados, aquella declamación frenética y vacía de las escuelas anteriores, que ensordecía toda la América Latina, no pudo servir no como para inaugurar el apareamiento de nuestras letras. La escuela pensadora dejará a los ineptos en la imposibilidad de llegar a la fama y el aplauso; pero aun así, mostrará que ese camino infranqueado es el bueno, y por allí avanzarán con paso firme los que están llamados a adueñarse de la palma.

Y, bien que se dijese que los que han combatido a Velarde (Don Fernando), a Zorrilla y a Espronceda, en calidad de corifeos de una escuela, no tienen aún en su apoyo grandes nombres que citar, el porvenir se encargará de probar que por esta senda se llega a donde no pudieron los declamadores de las precedentes generaciones.

No es así sin embargo: el hecho que señalamos, la innovación literaria, la revolución en el gusto que hoy venimos consignando, no es local; se hace sentir en toda la América Latina. Por donde vemos que cuando nosotros aquí nos atrevimos, sin conocimiento de las corrientes de ideas de nuestro continente, a combatir los modelos de las escuelas pasadas, no hacíamos sino acertar con el rumbo que una lógica imponente iba a señalar al espíritu de nuestra literatura americana; y aceptamos fuese por necesidad que se hacía sentir imperiosamente, fuese por una casualidad feliz, pues nada o poco intervino en la resolución nuestro deliberado propósito.

Y en este movimiento continental se van destacando personalidades que afirman nuestros conceptos.

A Olegario Andrade en la Argentina, responde desde Méjico Díaz Mióñ. El mismo acento, la misma escuela vincula a ingenios de alejadas naciones pero de sociedades que obedecen a parecido impulso.

V

Convirtiendo la mirada a Centro América, el camino que sigue nuestra literatura es nuevo y feliz. Nuestra poesía gana en color y en calor. Al mismo tiempo se adquiere lo que fue un quebradero de cabeza, la preocupación de las generaciones precedentes: la corrección; no obtenida desde que se apagó el canto de Bello y de los neo-clásicos americanos.

Puede asegurarse que no hay en nuestra literatura versos que se parezcan, (sin referirnos a las condiciones armónicas y poéticas, pues poetas hemos tenido, pero no pensadores) en lo que respecta a miras universales y altas, a las que podemos copiar de muchas páginas de este libro. Abrámosle:

*De la montaña a veces en la cima fermenta,
Preñada de huracanes, la sombría tormenta
Que en benéfica lluvia se desata por fin:
Así sobre las masas las nubes se amontonan,
Y la igualdad augusta va de uno a otro confín.*

.....
Oh sabios! oh poetas.....

.....*séd de la humanidad.*
*Que el verbo en vuestros labios sea amorosa fuente,
Y podais algún día sobre la egregia frente
De la humanidad progenie grabar: Fraternidad.*

Esta es la voz del propagandista: oid la del contemplador:

*Del himno de los vientos, del soplo de las frondas
Que estremecidas tiemblan con musical temblor,
Del lienzo de las aguas, del azul de las ondas
De los astros que irradian con sereno fulgor,*

*Brota alado el gran salmo, ¡Oh Madre! que a ti eleva
Cuanto bebe en tu seno la vida: todo ser
Que siente, si a la altura su ofrenda humilde lleva,
Los estremecimientos de un sagrado placer.*

(MATER NATURA)

No pensaron, no sintieron tan profundamente; no pudieron sentir y pensar de ese modo los afiliados a escuelas que tienen por modelo a un hombre, traducido en sus versos, como Zorrilla o Velarde: piensan y sienten de ese modo, los que obedecen a un credo literario en que domina un sistema de ideas, una lógica, una estética libertadora.

La *musa reflexiva*, por decirlo así, clasifica a nuestro poeta en las filas de la escuela innovadora: en él, a pesar de sus pocos años, sólo la elección de los temas da a entender que trabajan por igual la armonía y el pensamiento, pronunciándose en un sentido trascendental, como lo prueban sus composiciones *Ultra-tumba*, *Mater natura*, *La tierra de promisión*, la oda *A la abolición de la esclavitud en el Brasil*, *A Abelardo*, *Morazán*, *Lempira*.

Cabe toda nota en el credo de esta escuela que nace de Víctor Hugo, escuela que aunque no se haya confesado y proclamado, no podrá ser negada en su manifestación, y cuyo influjo, como se comprende, no es el de suscitar imitaciones del estilo del maestro, sino desvirtuar muchas preocupaciones y abrir más campo que el concedido por la vieja retórica a la imaginación y al criterio.

Como hemos dicho antes, la facultad imitativa que forma a los poetas, y que ocupa su juventud, no los encadenará más a una personalidad dada: entran en su formación todas las personalidades literarias, cuyo influjo, andando el tiempo, llegada la madurez, hará una personalidad definida.

Por ejemplo, pruébese esto en Acosta leyendo sus composiciones especialmente subjetivas, tales como *Sombra*, *Contrastes*, *Secretos*,

Sotto-Voce, Adormidera, La gota amarga, Nieblas, donde ni Bécquer, ni Heine, ni Baetrina pueden reclamar exclusivismo en su favor; pero en donde entran todos ellos y otros además de ellos. Y así en otros géneros de poesía.

Poeta dulce, de grandes dotes descriptivas, parecería que por estos síntomas de su vocación podría ser indiferente, como son de ordinario los de ese género, a los sufrimientos de la patria y a las caídas de la libertad. La escuela pensadora obedece a la idea de verdad y a una pasión redentora. En los versos de Acosta no falta la nota militante y la indignada. En tiempos aciagos la poesía tiene reticencias que le dan una fuerza relativa a la comprensión en que vive el espíritu. Las composiciones *Orto, Gritos, Simbolismo*, revelan en nuestra juventud —esto pasa en toda Centro América— una explosión contenida por esa montaña, que a cada rato está temblando, de nuestra mal construida República hindo-hispana.

VI

Hasta aquí hemos visto cómo ha contribuido a la formación del joven poeta una nueva tendencia. Veamos en breves líneas lo que había puesto en él la naturaleza.

Versos armoniosos, dulzura, suavidad, corrección no afectada, imaginación de propensiones delicadas, seriedad y gusto aristocrático, es su contribución espontánea en los elementos que informan su personalidad.

Acosta, como hemos dicho, es joven, tendrá veintitrés años.

Yo no me canso de decir a cada uno de mis jóvenes amigos lo que me digo a mí mismo: espera. El hombre madura como las uvas. Entonces se produce el buen vino.

Esa es la regla para no matar el entusiasmo y la modestia. No por eso carece de importancia el trabajo de hoy día. Y esa importancia atañe no sólo al poeta, sino también al país.

Los versos en que creo ver despuntar la futura personalidad de Acosta son fáciles de apercibir en este libro.

Aunque en un poeta de excelentes aptitudes como Vicente Acosta, sus talentos manifiesten en todos sus versos, algunos hay en que se advierte el genio propio y el camino que con los años seguirá su natural numen.

Yo no podíé precisar todos los pasajes con que se puede fortalecer una observación que necesita pruebas delicadas escogidas con mucho tiempo y gran perspicacia. Una palabra, una imagen, la construcción especial de una frase, son los datos que servirían para formular un juicio. El poeta solamente podría comprender y confirmar la razón de un juicio basado sobre tales pruebas, que serían hechas prolijas y minuciosas para el lector. Pondíé sin embargo un ejemplo.

Es una composición de mérito especial la que se titula *El festín de Macbeth*.

Y en ella veo la originalidad de Acosta, en la fuerza y bizarría de la expresión del último verso, estrofa IV, donde dice de Macbeth:

*Ya oprime el labio el borde
De la dorada copa,
Ya se aleja el pesar:*

*Lady Macbeth sonríe: huye la obscura noche;
Mas al volverse Macbeth al sitio, en sangre roja
La cabellera, Banquo, un espectro, allí está!*

La facilidad del poeta y la consistencia de su inspiración se pone de manifiesto en su composición *Boceto*, donde hay pinceladas de la escuela francesa de Cátulle Méndez y Juan Rameau

*Allí estaba la estatua blanca y pura,
Inmaculada flor de mármol, viva,
Que radiosa brotó de la locura
De yo no sé qué artista, y qué cautiva.*

.....
*Me puse a contemplar en mi embeleso
Aquella creación que enloquecía,
Aquella boca en que dormía el beso.
Aquellos ojos de mirada fría,
Recogido el cabello en gruó espeso*

.....
*Era la hora serena y perfumada
En que el sol tras la tierra apenas arde
Y en que, flotante, ideal y enamorada,
Náufraga en mar de luz, muere la tarde.*
.....

*Mi mano fue a posarse irreverente
Sobre la diosa inmóvil: sentí fría
La caricia del mármol esplendente
Que en mis dedos el hielo difundía.*

Tanto como estos versos son hermosos, las estrofas Tsyla; son de suavidad y perfección irreprochable: asistimos con el poeta a un baile: una bella de diez y siete años va arrebatada por la ráfaga del vals, como la espiga de la juventud a que empujase el querubín Cupido, soplando magistralmente a dos carrillos.

*Pasó ante mí como pasa
Una hada, un silfo... algo leve:
Ver creí un lirio de nieve
Náufrago en ondas de gasa.*

.....
*Rubia, el seno de alabastro
Velan vaporosas tules
Y hay en sus ojos azules
La serenidad de un astro.*

*Al vals rápido se lanza...
Ya llega, ya desaparece...
Su sombra se desvanece
En los giros de la danza.*

*Con brillante profusión
Vierten en rubio tesoro
Su raudal de luces de oro
Las arañas del salón*

.....
Melancólica estás, Tsyla...

La joven está triste. Todos hemos visto a esas frenéticas y divinas valsadoras cuya faz anima un goce crepuscular, y todos hemos pensado con el poeta:

*.. al verte, flor de belleza,
Pensé que el destino unía
Tu dulce melancolía
Con mi insondable tristeza.*

Yo vi una vez, en un baile del Teatro, al de la tienda de ultramarinos de la calle . . . alicaído y meditabundo. Sé de sus costumbres que toma siempre en el almuerzo libra y media de grasa de jamón.

De igual pureza de armonías y de inspiración igual es la poesía *En la playa*. Remito al lector a la página 109, pues si copiara todos los rasgos bellos, de los que delinean ya la fisonomía de Vicente Acosta, tal como será un día, pondría a contribución muchas páginas de este libro, que el lector tal vez quiera estienar aplicándoles el criterio propio.

La composición *Armonía* es nuevo testimonio de la facilidad y cadencia de los versos del poeta. Pero sobre todo, sus estrofas *Soledad*, le muestran dueño absoluto del sentimiento profundo de la elegía.

Oigámosle:

*Yo he escuchado en la noche la disuelta
Sinfonía de un salmo nunca oído
Que en olorosas ráfagas envuelta
El viento de las cumbres me ha traído*

*Extraña mezcla de himno y de elegía,
En notas se destrenza de la altura
Cual si volcase una urna de armonía
Dios, sobre el manto de la noche obscura*

*Y se extiende y ondula y se dilata
En el hondo confín, triste y lejano
Como vaga y doliente serenata
En la atmósfera tibia de que emana.*

*Tiene la suave gradación de una aria
Que en las alas del ritmo se adormece,
Algo de imprecación y de plegaria,
De lamento y blasfemia, que estremece.*

La composición *Estrofas*, y otras que sin duda se me escapan, son la inauguración de una rima caudalosa

Otras hay en que predomina una gracia y una languidez, que Acosta gusta de balancear en los versos de arte mayor, que dota de encanto y molice, como en *La Donna Móvile*.

*Brillaba en el cielo la pálida luna,
Perfumes regaba la brisa al pasar:
Y estábamos juntos y estábamos tristes,
Y tú entre mis brazos rompiste a llorar.*

Encuentro en este libro muchas composiciones del género de las que forman la parte que el autor ha titulado. *Albums y tarjetas*. Estas composiciones, numerosas, con títulos enigmáticos, a L. M., a E. C., mi buena amiga L., a T. G., a J. M., a L. S., deben tener raro interés para el autor y para las dedicandas, en gracia de las cuales las dejamos en su misterio bajo siete llaves, a fin de que el demonio de la crítica no tropiece con ellas (es decir con las composiciones . . . y es claro, que tampoco con las dedicandas).

VII

Y ahora, para terminar, yo espero que, para confirmar mis juicios, —muchos de los cuales he remitido, para su confirmación, al tiempo— Acosta adquiera toda la fe que le debe inspirar lo serio, laborioso y grande que es el trabajo del pensamiento, —en que ayudan al poeta esos dos ángeles —la alegría y el dolor—; y que al obtener sus primeros triunfos, no olvide que son los primeros eslabones de una cadena que le ata al porvenir y a la Patria.

San Salvador, 1890.



Gavidia, visto por Toño Salazar.



IDEALISMO Y REALISMO

POR FRANCISCO GAVIDIA.

Fijemos el sentido de las palabras. ¿Qué es la realidad? Las grandes obras de a principios del siglo XIX, las de Goethe, Chateaubriand, Schiller, Víctor Hugo y Lamartine, reflejan la epopeya de la Revolución Francesa y de la era napoleónica. Todo es grande en esa época. Recordemos cómo también —la América Central se agiganta en aquellos días: Morazán es el hombre de hierro que batalla quince años consecutivos, que embiste una plaza a riesgo de pasar sobre los despojos de su familia, que el enemigo amenaza inmolar; los cientos doce cazadores de Gualcho quedan muertos “en formación” sin ceder una línea; el enemigo respetando su valor “no se atrevió a pasar sobre los cadáveres de aquellos héroes y desfiló, flanqueándolos”, dice el héroe. Los soldados valen tanto como el jefe. Esta es una realidad.

En la historia son realidades Moisés, Confucio, Sócrates, Juvenal; Tácito, Dante; Alejandro, César, Carlomagno, Codio, los Horacios; Buda, San Vicente de Paúl, San Agustín, San Jerónimo . . . Se pueden llenar varios tomos con esta empeñada enumeración. Los grandes no-

velistas o los poetas que crean tiempos parecidos, están en plena realidad. Ahora bien, la historia hierve también en malvados.

Lo que pasa en la historia pasa en la sociedad, en cuyos ignorados anales hay mucho bueno y también mucho malo.

Los tiempos que la buena literatura crea, desde Juan Valjeán hasta Thenardier en *Los Miserables* de Víctor Hugo, por ejemplo, todos son reales, porque existen en la humanidad, de quien toma el arte los componentes de sus creaciones, la virtud y la maldad en todas sus grandes manifestaciones.

Si la realidad, pues, que en absoluto, "es lo que es", en el arte "es lo verosímil", todo arte, por relativa que sea su verosimilitud, tiene elementos reales, y es en proporción, realista

Ahora bien; no hay hecho humano, y aun de la naturaleza exterior, a que no presida una idea ni obra literaria a que no presida un sistema de ideas. Detrás de toda obra literaria hay "una filosofía"

Esto quiere decir, que toda buena obra literaria, así como es realista, si lo hemos probado, es, al mismo tiempo, idealista. Tal obra se compone de hechos, de pasiones y de caracteres verosímiles, es decir, que pueden existir o han existido": éste es su realismo; pero esos elementos se combinan y forman el conjunto de la obra, según la idea, según la filosofía, que presida a su formación; éste es su idealismo.

La división hecha a ese respecto es puramente artificial: pura ilusión de óptica de los críticos; expliquemos su origen.

Los escritores franceses de a principios de siglo, Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo, que llegaron los primeros, estudiaron lo sublime de la realidad: imitaron en sus obras las realidades de la Revolución y de la era napoleónica; es decir, utilizaron las grandes realidades, se inspiraron en las grandes virtudes. Comparando la realidad con una escala tan grande como la de Jacob, cuya última grada, perdida en los abismos fuese el célebre asesino de Cartouche, y cuya cima fuese el Cristo, aquellos escritores se caracterizaron por haber tomado sus conocidos personajes de las varias alturas de tal gradación, sin dejar por eso de proveerse en los abismos. Los escritores franceses que llegaron a mediados del siglo, no encontraron de los tiempos heroicos sino los desengaños: En la sociedad en que ellos vivieron no se erguía sino lo vulgar, lo feo, lo malo: quedaban atrás Aquiles y Homero. "Lo que han dicho esos grandes escritores, pensaron, es falso: tornemos a la realidad y tomamos los elementos de su literatura, insistiendo en nuestro

símil en la tercera parte inferior de la escala, creyeron que describiendo por sistema solamente lo vulgar, lo vicioso, lo brutal y lo feo, ellos eran dueños exclusivos de los elementos reales del arte. Aun así, olvidados de la faz luminosa de la historia, sus obras habían sido buenas si no hubiesen sido ellos, no extrañe el lector la expresión demasiado idealistas, malos filósofos.

Es decir, fueron exagerados en sus ideas, en su lógica; tan exagerados, que retrocedieron en la historia de la Filosofía lo menos tres mil años!

¿Qué iban a estudiar en los hombres? Sólo el crimen y el vicio y no desde un punto de vista moral sino fisiológico, orgánico, atávico, hereditario: es decir, desde el punto de vista de la materia organizada. Para esto les fue preciso no ver en el hombre sino el animal; por consiguiente, tuvieron que nivelarlo con la naturaleza exterior, con la naturaleza bruta. Y no de esa misma ciega naturaleza. La filosofía primitiva, la de la India, la de la edad prehomérica, cuando el hombre veía una ley y un dios en la bestia, se le impuso: ya no bastó la palabra realismo, se acertó con la expresión: una nueva escuela se llamó naturalista. Vino lógicamente el sistema filosófico correspondiente a esta edad primitiva, en que las leyes del Ramayana, cuyo rastro aun se ve en la *Ilíada* y la *Odisea* y en el Antiguo Testamento, dominaron a grandes escritores del siglo XIX; esa filosofía es el fanatismo materialista. Así, en Zola los personajes son máquinas: él les ha negado la libertad, que no existe dentro de las leyes de la naturaleza bruta, cubierta y conquistada por el espíritu humano. Los personajes de la escuela naturalista son perros, gatos, monos, tigres, hienas; todo lo hace en ellos la materia: todo es fatalismo, fisiológico o colectivo como en la selva, como los buitres, o en los rebaños. El panteísmo primitivo, la primera faz de la filosofía humana, se apoderó de notables novelistas, bajo disfraz científico (religioso) como en la edad prehistórica, y no era posible sin que, a juzgar por las declaraciones del pontífice naturalista, se hubiese él dado cuenta de ello, fenómeno más frecuente de lo que pueda pensarse. Pocos hombres de la historia dominan el sistema de ideas, la filosofía, buena o mala, que de sus leyes y relaciones son desconocidas mientras no llegan Sócrates o Kant y las exploran y descubren.

“La bestia humana”, “Nana”, “La tierra” son obras naturalistas como el libro de Ruth, como los *Idilios* de Teócrito, como toda la literatura que inspiran los panteísmos primitivos; con ésta diferencia, que una es ingenua y la de Zola tiene pretensiones científicas; y todas las obras que éste ha hecho producir al formar escuela, han sido escritas

con el malestar de conciencia de espíritus que viven en el siglo XIX. No se puede ser naturalista como Valmiki o como Homero, con inocencia y grandeza, después que, sobre la filosofía primitiva, el genio del hombre ha descubierto en los cielos del pensamiento nuevas verdades como otros tantos soles, nuevos sistemas de ideas como otras constelaciones; después que Anaxágoras halla el espíritu difuso en la creación y obtiene un triunfo definitivo sobre la materia fatal; después que Sócrates liberta al hombre de ese espíritu universal y crea al individuo, revelándose su personal conciencia; después que Jesucristo abre a ese individuo las puertas del infierno y lo hace inmortal en los senos de la eternidad; después que el Renacimiento le entrega como hermosa esclava la naturaleza que antes fuera su dueña y su déspota, y después que la Revolución Francesa lo arranca a la tiranía del Estado y lo hace libre en medio de la sociedad. Como toda obra literaria, quiera o no su autor, es una generalización en la escuela de Emilio Zola la humanidad se ha sentido ultrajada. Le rodeaban sus grandes ideales. La tornaban a las ligaduras de las leyes de la materia, a élla, que tanto ha luchado por ser libre! Por eso los pueblos individualistas como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos han prohibido la entrada de los libros naturalistas.

Lo malo, pues, del Naturalismo, no son sus asuntos ni su lenguaje, iguales los hallamos en algunos pasajes del místico Dante Alighiere y del exquisito Miguel de Cervantes: más descarnados aun en Rebelais. Conocido es el desenfado muy raro, pero asaz famoso de Víctor Hugo.

El defecto de la escuela naturalista es la filosofía que la anima, su idealismo que es "demasiado" porque es retrospectivo: porque es un violento y horrible esfuerzo que atraviesa todos los dominios que ha conquistado el espíritu humano, y en pleno siglo XIX, disfrazándolo de ciencia moderna, nos impone el sistema filosófico que impera en el aduar troglodita.

Toda literatura, pues, es, ante todo, idealista: y al mismo tiempo, y forzosamente, realista. Su bondad depende de su filosofía.



Gavidia, condecorado por la Asamblea Legislativa.

LA INFLUENCIA DE LA LITERATURA EN LAS CARRERAS PROFESIONALES

POR FRANCISCO GAVIDIA

Y a hemos oído hablar a personas ilustradas, con un tono de profundo desdén, del estudio de las bellas letras. Para estas buenas gentes, la literatura significa algo tan secundario al lado de las ciencias de aplicación, que viene a ser materia de recreo, puro adorno de las personas educadas, cosa de un orden puramente inútil.

Sin embargo, este es el vacío más grande que puede señalarse en los estudios que hace nuestra juventud. Tan grande es ese vacío, que a más de un lector extrañará esa proposición, porque ciertamente no todos podrán comprender la importancia de lo que es objeto del menosprecio inepto de la mayoría.

El estudio de la literatura de que nosotros hablamos, no tiene por objeto formar escritores o novelistas; menos poetas; porque a unos y

otios forma la naturaleza con privilegios que el hombre es incapaz de suplir, no nos referimos a ésto, sino a las pocas o ningunas nociones de literatura que acompañan por lo regular a nuestros abogados, médicos, agrimensores, etc. Hay que saber que todo el curso de ciencias no deja en la inteligencia tanto poder lógico, como el conocimiento de un buen poema. He aquí algunas palabras a este respecto, y no de un poeta, sino de un naturalista, químico, hombre de números, por consiguiente. “Que se recuerde la historia de los hombres que más han extendido el dominio de las ciencias, dice Jorge Cuvier, y pronto se verá que es necesario más de lo que se cree, para aprender a discernir, el nutrirse con libros que no pasan más que como bien escritos de ordinario. En efecto, los primeros elementos científicos quizás no nos ejercitan en la lógica lo bastante, precisamente porque son demasiado evidentes, y sólo profundizando los asuntos delicados de la moral y del gusto, se adquiere esa fineza de tacto que únicamente puede conducir a los grandes descubrimientos”.

Y es que para los grandes descubrimientos no basta la evidencia, no basta el sentido común, se necesita un sexto sentido, una lógica poderosa que cona escondida en el seno de la armonía artística, así en pintura como escultura, como en todas las artes liberales, y más aún en poesía, —no es otra cosa que sensibilidad. ¡Quién lo creyera! Esta facultad que parece la más vecina a la animalidad, es la fuente de las intuiciones, de las verdades ocultas, de las revelaciones. El discípulo de Aristóteles, Alejandro Magno, duerme con la *Ilíada* y el sable bajo la almohada. Esa es su táctica militar. Allí no encuentra, por supuesto, sino la intuición del más alto heroísmo, el secreto inexplicable de la victoria.

Doscientos años antes de que se descubriera el más científico sistema que se ha empleado para curar la locura, Cervantes lo había expuesto sin discrepar un ápice en la manera que usó para curar a su gran loco, nuestro Don Quijote de la Mancha. Este es el don de doble vista del genio. Avellaneda concluyó su *Segunda Parte de Don Quijote*, llevando al Caballero de la Triste Figura a un manicomio de los de aquel tiempo, donde cadenas y gilletes, palos y miseria hacían de los enajenados algo peor y más lamentable que los brutos. Este clérigo atrevido se había hecho cargo de un asunto descomunal, que sus manos echan a perder sin remedio. ¡Si por inepto se hubiera guardado de insultar al peregrino ingenio, a quien trató de emular insensatamente! Cervantes halló más natural, más sensible, hacer morir a Don Quijote en su tierra, en su casa, en su cama, y hacerlo morir llana y cuerda-mente. Esto era preciso, porque la muerte de un loco, la muerte de Don

Quijote, por fuerza tenía que pasar la línea que separa lo cómico de lo trágico. No se concibe a Cervantes pintando a su loco que se le muere, que se le muere delirando. Esto es propio, o de una tragedia, o de un apunte de hospital; pero la comedia que prevalece en toda la obra desaparecería inmediatamente: Cervantes no desentona jamás. Hacerlo morir es el final de la obra. Para esto, pues, es necesario que muera cristiana y cuerda. Esto es lo más sencillo. Pero Don Quijote está loco; loco rematado. He ahí una sencillez irrealizable: una sencillez, para llegar a la cual es preciso salvar abismos. El genio los salva. Cervantes cura a Don Quijote, y esta curación arranca aplausos a la ciencia dos siglos más tarde. Cuando lo ha curado, lo mata. Con lo cual no hemos querido probar que todo poeta sea hombre de ciencia. A Cervantes le han achacado falta de instrucción. Sabido es lo que nosotros no creemos: que Cervantes no podía sumar. En cambio les llevaba la ventaja de que conocía el latín, a Molière, y a Shakespeare. Los latinajos macarrónicos de las comedias de Molière eran obsequio del amigo Boileau. El autor favorito de Shakespeare era Montaigne; como el trágico, autor de Hamlet, no sabía el francés, leía al gran filósofo Gascón en una traduccioncilla que pudo procurarse.

Por lo demás, es bueno hacer saber, y aquí volvemos a tomar el hilo de nuestros razonamientos, —que el hecho de que las verdades científicas salten cuando menos se piensa dentro de un torrente de versos que la inspiración precipita desde alturas escarpadas, tiene una explicación muy posible de desentrañarse.

Así como Cervantes curó por el sistema homoeopático de Hanne-man, doscientos años antes que éste naciera, así Shakespeare se anticipó a la ciencia cuando señaló como uno de los indicios de que una mujer ha enloquecido de amor, la circunstancia de que hable obscenidades: Ofelia las dice, y gúesas. Es admirable el empeño con que estos dos genios, Cervantes y Shakespeare, se inclinan sobre ese problema espantoso que se llama la locura. Don Quijote, Cardenio, el Licenciado Vidriera, el protagonista de *El Curioso Impertinente*, el *Celoso Extremeño* y algunos que no recordamos de Persiles, personajes de Cervantes, unos son locos, otros, grandísimos monomaniacos. El Rey Lear, Ofelia, Hamlet, el rey del *Cuento de invierno*, Cáliban, personajes de Shakespeare, unos son locos y otros monomaniacos, asimismo. Otro punto de contacto, éste ya señalado por los críticos, es que *Hamlet* no es otra cosa que el *Orestes* de Esquilo, tanto en el asunto como en los caracteres, no habiendo sido conocido el trágico griego por el inglés; y que a la tragedia Numancia de Cervantes, no se le halla parecido por lo que respecta al plan si no con las tragedias del mismo

Esquilo. Estos datos no son acumulados sin objeto. Tenga paciencia el lector. Se sigue de ésto, de esas coincidencias maravillosas, ya de la creación poética con la creación poética, ya de la creación poética con el descubrimiento científico, que las imaginaciones poderosas suponen una lógica formidable en igual grado; y que el hombre de ciencia que no desenvuelve sus facultades poniéndolas en contacto con el genio, tiene el entendimiento tapiado y cerrado a la armonía con que la verdad preside al cumplimiento de leyes profundas.

Por lo demás, si se nos permite hacer una tentativa para explicar técnicamente el fenómeno de estos encuentros del arte con la ciencia, y por qué el cultivo de la literatura dota de tan maravillosa delicadeza a la lógica de los escritores-artistas, diremos que estriba en el grandioso cultivo que éstos hacen de la *verdad relativa*. Y bien; la verdad relativa en Retórica, equivale a la *hipótesis* en Filosofía; y ya sabemos el papel que la hipótesis desempeña en el estudio y progreso de la ciencia. Esto es lo que no sabe el vulgo, cuando dice que los poetas sólo dicen quimeras y mentiras. ¿Sólo el vulgo? ¡Santo Dios! Cuando nos ponemos a pensar que Platón, opinando que la *verdad relativa*, la hipótesis artística, era perjudicial a los pueblos, puso a los poetas en la frontera de su República; ¡eso sí, coronados de laurel! ¡Filósofo!

¿Era otra cosa que una hipótesis poética, tu misma república?

Los teólogos del renacimiento eran, en suma, más literatos que hombres de ciencia, aunque de todo la picaban. Miguel Servet, teólogo, descubre la circulación de la sangre. Para qué citar más: los grandes hombres de ciencia son grandes conocedores de la literatura; si no, no hay profundidad, no hay para ellos camino abierto en los bosques sagrados. Quien haya leído a Flammarión puede juzgar si en él hay equilibrio entre el astrónomo y el conocedor de las letras. ¿Cómo de otro modo podría él estar viendo a Dios a través de la naturaleza? ¿Puede subir la ciencia más alto? Y ya se deja concebir que no se puede subir a esa altura sin ser gran moralista y que no se puede ser gran moralista sin ser gran filósofo, y no se puede ser gran filósofo sin ser gran conocedor de la literatura. Los libros sagrados de que arranca toda la filosofía cristiana, son pura y alta literatura. El libro original de Job fue escrito en verso. Solón ponía sus leyes en verso. El más gran legislador, como lo vemos en Plutarco, era asimismo un gran literato. Nunca se concibe la verdad más armoniosamente, es decir, con más profundidad, como cuando, al condensarse el pensamiento, la idea baja, y la forma material de la palabra sube, para al encontrarse, fundirse ambas en esa chispa que se llama verso. Este es el fenómeno que

se produce en el genio. Todas las tendencias sociales modernas, todo el derecho actual se encuentran ¿dónde? en *Los Miserables*, obra de un poeta ¡qué poeta! El jurisconsulto o el publicista que no ha leído, o no comprende ese libro, téngase por desgraciado.

¿Puede haber quien pretenda tener medianos conocimientos de historia, sin tenerlos en literatura en igual grado, por lo menos? ¿Puede concebirse a Atenas sin haber leído a Aristófanes? Aristófanes completa a Plutarco. Y ojalá este último fuera, siquiera conocido entre nosotros. Y a Roma, ¿Quién pretende conocerla, sin haber leído a Juvenal, a Horacio, a Propertio? La historia que el aula pone a nuestra disposición, no es sino letra muerta, puro esqueleto. La vida de esos pueblos, sus costumbres, su filosofía, es decir su alma, está en sus literatos.

¿Cómo, pues, vaís a comprender la Revolución Francesa, sin conocer antes a Molière, el primero que toma el pulso a la monarquía; a Voltaire, que es el que la desahucia? *El Tartufo* es antecesor de la *Enciclopedia*.

¿Creéis que nada vale la poesía? En mucho tendría Platón la *Iliada*, puesto que emplea gran parte del libro y el décimo de la *República* en combatir a Homero. ¡Cómo no! ¡si creía que si no le daba combate, se le venía abajo toda la armazón de la República!

Ahora bien; sin filosofía, ¿qué ciencia puede ser sino empírica, imperfecta y grosera? ¿Son otra cosa que empiristas nuestros hombres que se dicen de ciencia, sin pizca de conocimientos literarios, sin esa fineza de tacto, de que habla Cuvier, que guía a las grandes investigaciones?

Las letras son madre de las ciencias. He allí una proposición que no vamos a demostrar nosotros; pero cuyo esclarecimiento encomendamos a la dialéctica sublime de Dupanloup:

“¡Honor a las ciencias! —exclama el Obispo de Orléans, en su discurso de recepción en la Academia Francesa— ¡honor a las escuelas sabias! honor a esos fuertes genios que estudian, con firmeza y con amor, todo lo que Dios ha sometido a las miradas y a las investigaciones del espíritu humano; que se remontan a los más sublimes misterios de la naturaleza, miden la inmensidad de los cielos, erran en sus profundidades, y van allí a buscar y a darle nombre a astros desconocidos; y después descienden hacia el globo que habitamos, penetran hasta sus entrañas, leen como en un libro abierto en lo que tienen de más oculto, sorprendiendo sus tesoros invisibles, y, por cálculos tan atrevidos como

seguros, extienden hacia todos los rumbos el horizonte y el imperio del espíritu humano. ¡Honor a las ciencias!

“Pero que las ciencias me permitan decirlo: honor, ante todo, ¡a las letras! Las ciencias robustecen la fuerza y la riqueza de las naciones, pero esto no sucede sino después de que las letras han iluminado las cimas de la tierra y fecundado los siglos, depositando en el seno de las sociedades el germen poderoso de la civilización, haciendo penetrar la viva luz en las profundidades de la inteligencia humana.

“Así, los grandes siglos científicos fueron casi siempre hijos de los grandes siglos literarios, y el renacimiento de las letras fue la señal constante de los grandes descubrimientos de la ciencia.

“Hoy día, ¿quiénes son los hombres que dan a las ciencias, aquí y en Europa entera, la más ilustre popularidad? No osaré nombrarlos: su presencia, sin embargo, no impedirá que diga que el don singular del talento francés y la gloria singular de este gran Instituto de Francia, estriba en que el genio de las letras estuvo siempre entre nosotros asociado al genio de las ciencias.

“He ahí lo que también expresó Napoleón con su viva y brusca elocuencia: “Amo las ciencias; cada una de ellas es una hermosa aplicación parcial del espíritu humano; *pero las letras, esas son el espíritu humano mismo...*” Y bien, señores, estas admirables palabras no son sino el eco de la voz de la historia, que ha denominado *grandes siglos*, sobreponiéndolos a los demás, a aquellos en que las letras han esparcido una claridad más intensa”.

Es de observar, cómo teniendo en mira los padres de familia, al hacer de su hijo un abogado, convertirle en finca, de modo que rinda los gastos de su educación, algunas veces, y otras, que halle en su profesión los recursos de su vida naturalmente, truenan y le dan por perdido y descañado cuando en él disputa el genio para el cultivo de las letras. Esto da idea de nuestro grado de cultura; semejante pueblo está en un estado lamentable de atraso: académicos de cabeza dura, obtusa, egoísta; he ahí un elemento desgraciado para un país.

No hay hombre de ciencia sin literatura.

El que no siente en su fuerza, ni medianamente, el idioma que habla, no puede dar un paso en el camino de las ciencias. Hombre de ciencia sin conocimientos literarios, quiere decir, mente sin fuerzas creadoras, ese no puede pensar nunca por sí mismo; sigue el camino que le han señalado sus textos escolares, y no es sino un aprendiz de ciencia en mayor escala, eso sí, de como lo es el aprendiz de carpintero.

Nosotros hemos visto cartas ¡qué cartas! de abogados, nada menos. Pase lo de la ortografía, porque en fin esas son cosas que se aprenden de niño y bien pueden quedar para los chicos de la escuela. Pase lo de la ortografía...; éstos hacen de la lengua un solo idiotismo. Pero lo que dicen, lo que piensan, lo que les ha salido del alma!... Pero las ideas, la lógica!... Así, pues, esas largas sentencias que firman, no son sino trabajo material, mecánico; obra de la costumbre, de la práctica, como la del zapatero, el sastre... ¿Cómo puede ser de otro modo si no saben ni los más simples rudimentos de la filosofía del lenguaje? “No leo a Juan Montalvo, porque no le entiendo...” “Ese Víctor Hugo será bueno, pero no le entiendo...” “Castelar es muy empalagoso... y tiene cosas que no le entiendo...” Esto dicen los hombres que han hecho una carrera literaria; y eso tratándose de opúsculos, de discursos, de novelas! Los autores no son los oscuros; lo es el cerebro de esos hombres, simplemente, que no saben dónde está el sujeto, dónde el verbo, dónde los complementos de una frase! El mecanismo de su propio idioma es para ellos laberinto inexplicable. A éstos, en castigo, les pondríamos en las manos esas creaciones inauditas de Víctor Hugo que se titulan: “Ibo”, “Cadáver”, “Lágrimas en la Noche”, “Lo que dice la boca de sombra”, para que se estuvieran estrellando toda la vida contra las puertas, cerradas para ellos, de esos palacios temerosos y encantados de lo sublime.

No lo decimos por todos. Hay homosas excepciones en esto como en todo, por dicha. Contadas, eso sí. Pero ya se deja suponer que esos adelantos de nuestra legislación, ese criterio de muchos de nuestros médicos, ¡Dios nos ampare!, esas investigaciones de nuestros matemáticos y de nuestros historiadores, no es cosa de tomarse en cuenta: éstos hacen su profesión para ganarse la vida, en lo cual no hacen mal; pero la norma del progreso del país, éste no queda muy orgulloso ni muy bien servido. ¿Puede esperarse algo de esa inteligencia que está sorda a los versos de Calderón, o de quien se muere de risa de las gracias del Quijote, cuando el farsante no ha podido llegar al segundo capítulo sin toncar como un bienaventurado; que ha oído los nombres de Homero, Esquilo, Platón, Sófocles, Eurípides, y los repite con elogio, sin saber quienes fueron, ni qué hicieron, ni por qué lo hicieron? Juvenal, Horacio, Propertio, Tácito, Tito Livio, Virgilio y Cicerón... Al menos cuando se estudiaba el latín, algunas nociones estéticas quedaban a favor del estudiante. Las leyes han destacado el estudio del latín, tal vez con razón; pero ese estudio tenía una influencia provechosa que no ha sido respuesta ni en lo que respecta al conocimiento y buen manejo del idioma, ni en lo que hacía en favor del buen gusto, desper-

tando al par aficiones eruditas y amor a las letras y a la filosofía. Esta influencia ejercía el latín cuando era bien estudiado. Desde a fines del siglo pasado, cuando algunos hombres superiores, como Goicoechea y José Cecilio del Valle combatieron el escolasticismo y trataron de extender los estudios experimentales; por esa ley que lleva el impulso hasta más allá del punto que se tiene en mira; el latín empezó a perder sus prestigios; pero con él se perdía, sin que se pensara, la más noble de las aficiones, la de las bellas letras. No era esto lo que se proponían aquellos reformadores. Ellos querían desterrar a Escoto, pero no a Virgilio. El mismo Valle decía a los de la Sociedad Económica: "Sírvanse vuestras Señorías trabajar en el cultivo de los talentos nacientes de la juventud;... sírvanse formar su gusto, porque el gusto es el tacto o instinto del hombre de letras y el primer paso que debe darse para la ilustración; sírvanse fundar una Academia de Bellas Letras, porque las bellas letras son el precursor feliz de las ciencias útiles y el garante más cierto de sus progresos".

Nosotros sabemos que se estudia la Retórica, por donde vienen a saber los estudiantes aquellos de:

Flérida para mi dulce y sabrosa . . . que encuentran de una naturalidad a toda prueba. Aunque maldito lo que les gusta la blasfemia de Ajax, confíansen con particular entusiasmo que es un pensamiento "Destruyéndonos a todos si te place"

Lope de Vega es para ellos un escritor adocenado, porque ya lo deja entender Hermosilla, y se ríen al solo empezar lo de

Cerca de una isla el mar Tirreno. . .

¿Quién de ellos no sabe lo que es un exordio exabrupto?

"Hasta cuándo, Catalina, abusarás de nuestra paciencia"?

He ahí el ejemplo

Después de un año de estudiar Retórica, tenemos formado un erudito a la violeta, y no de los aventajados.

Ese trabajo de un año, tan inútil, está en pugna con los principios modernos en que se inspiran las leyes de instrucción, y cuatro o cinco obras explicadas sobre el texto, darían más frutos en el año que se destina a la Retórica, aplicando las reglas de la Retórica a esas obras, que todo el farrago de pedantería que en ese año encomiendan a la memoria los estudiosos.

El estudio de la literatura ha formado a los hombres eminentes en

ciencias de cualquier orden, y aquí, más que en otros países, —en lo que sin embargo se estudia cuidadosamente— se hace sentir con su falta una necesidad imperiosa. Aquí no hay teatro permanente, no hay museos, no hay exposiciones artísticas, no hay clubs, donde se despierte la inteligencia como en los centros civilizados; allá el medio ambiente en que está el hombre, digámoslo así, le despierta y le ensancha el espíritu sin que él siquiera lo intente. Estando nosotros en París, tuvimos ocasión de hablar con un oficial de platero, un artesano, un cualquiera. Se llamaba M^r. Lair. Hablamos de literatura; y a propósito de algo, le preguntamos si los franceses tienen por más grande a Voltaire que a Víctor Hugo? Voltaire es grande por la obra que llevó a cabo; *sólo que Víctor Hugo es más profundo.*

¡Esto dijo el platero! ¿Puede emitirse un vasto juicio con más sencillez y delicadeza? Entre nosotros, el que nombra a Voltaire o a Víctor Hugo pasa por pedante. Ya . . . Lo que nos es dable, por la semi-barbarie en que vivimos, suplámoslo en las Universidades, en los Institutos. *Estúdiense con amplitud la literatura Buena falta hace. Ni verdaderos escritores tenemos que sobren, por ese motivo. No hay francés de mediana educación a quien habléis de Racine o de Corneille, que no dé cumplida respuesta a vuestra inquisición, si es inglés, empezando por "to be or not to be" al punto os da cuenta de Shakespeare, con largas recitaciones en apoyo. Si es italiano, no hay para qué decirlo. Los italianos han establecido cátedra especial para el estudio y comprensión de la Divina Comedia.*

Y éstos son los extranjetos, comerciantes, que no son ni doctores, ni quieren pasar por doctos. Ahora, si es doctor, y es alemán, no sólo os emite juicios sobre Goethe y Schiller, sino que os habla de Calderón y de Moreto, pues ha conocido en su tierra el *Alcalde de Zalamea* y *El desdén*, que ellos designan con el nombre de *Doña Diana*. Extranjero, y conoce obras maestras españolas! Vamos donde nuestro médico: diga, pues, ¿qué es éso de *El desdén con el desdén*? Vamos donde el abogado: ¿qué es el *Alcalde de Zalamea*? Y no se diga que es tiempo lo que falta. Nosotros suponemos que Buffón no estaría de balde todo el día. Dicen que los estudios suponen una vida llena de trabajo. Sin embargo, los conocimientos literarios de ese hombre no les van en zaga a su investigaciones científicas. Buffón no es poeta, no es novelista, no es crítico; decimos mal: ¿Cómo podía tener la fuerza de la intuición, el presentimiento de los más recónditos secretos de la naturaleza, sin ese don de doble vista que distingue a los videntes, los poetas? El no escribirá *El Misántropo*; pero El Misántropo le ha comunicado esa lógica que persigue la verdad en las sombras, que adivina, que

presiente lo que no está sujeto a demostración palmaria. Cuvier no era crítico; decimos mal, de nuevo: la crítica es la misma lógica, pura, de suprema eficacia: sin este don maravilloso, el inmortal naturalista no habría podido reconstruir especies enteras de animales que han desaparecido de la faz de la tierra, teniendo como único dato un pedazo de hueso que ha respetado el naufragio de los siglos.

No insistiremos en demostrar la importancia del estudio eficaz de la literatura, nuestro propósito es que nuestros hombres que puedan hacerlo, llenen el vacío inmenso que en nuestras leyes se nota a ese respecto. El año de Retórica que los reglamentos destinan, es tiempo perdido; no solo perdido, perjudicial, porque el estudiante tiene como una de sus mayores aspiraciones entrar al curso en que se estudia la Retórica, creyendo encontrar en ese estudio la llave que conduce al conocimiento de lo bello. Todos esos nombres, Virgilio, Horacio, Cicerón, Calderón, Quevedo, Cervantes, le fascinan: cree que el librito de Nonlaun va a ponerle en contacto con esas grandezas de concepción y de filosofía. Encuentra que todo se reduce a observaciones sobre cosas que no conoce. Todo el espíritu moderno está, a ese respecto, en pugna con lo que entre nosotros se practica. ¡Reglas para hacer buenas epopeyas! . . . y el que aprende esas reglas no conoce epopeya alguna. Reglas para hacer buenos dramas! Y eso, ¿a qué viene? El estudiante no encuentra lo que de lejos halagó tan delicadamente su entusiasmo. O se cree inepto o desprecia ese estudio infructuoso. Estas desilusiones son de más trascendencia de lo que puede creerse.

¿Qué es un cuerpo de reglas? Saquemos consecuencias de estas palabras de Molière: "Sois gente divertida con vuestras reglas con que embarazáis a los ignorantes, aturdiéndonos todos los días. Parece, al oírlos hablar, que estas reglas del arte son los misterios más grandes del mundo; y sin embargo, no son más que algunas cuerdas observaciones que el buen sentido ha hecho sobre lo que pueda acortar el placer que se encuentra en toda clase de composiciones; y el mismo buen sentido que ha hecho antes estas observaciones las hace desembarazadamente todos los días, sin el recurso de Horacio o de Aristóteles". No son las reglas, pues, aunque útiles, lo principal; lo es el asunto de que no son más que sensatas observaciones. No enseñemos, pues, lo accesorio sin enseñar lo principal. Y sinó, apelemos al testimonio de todos los que han estudiado la Retórica; ¿qué les ha quedado de ese fatigante cuerpo de reglas? ¿han ampliado su natural filosofía? ¿se han hallado en mejor disposición para estudiar la historia, la legislación o cualquiera otra ciencia? El buen sentido que se ejerce sobre las obras de arte, éste es el mejor modo de adquirir reglas: formarse gusto. Pero

aprender las reglas y no conocer las obras de cuya observación han nacido esas mismas reglas, a poco de profundizar esto se comprende que es el mayor de los contrasentidos.

En nuestros días todo es práctico en materia de educación.

Si se quiere reportar las ventajas con que la literatura favorece el estudio de las ciencias, es indispensable que los estudiantes conozcan a Cervantes, a Calderón, a Lope de Vega, a Fray Luis de León, a Santa Teresa, a Quevedo, a Hurtado de Mendoza, a Alarcón y a Montalván, de los antiguos, sin exceptuar *El Romancero*, fuente purísima del habla castellana, y de no poca filosofía.

*“Recordad que la justicia
En burlas y en veras fue
Vara tan doble y tan recta
Que non se pudo torcer”.*

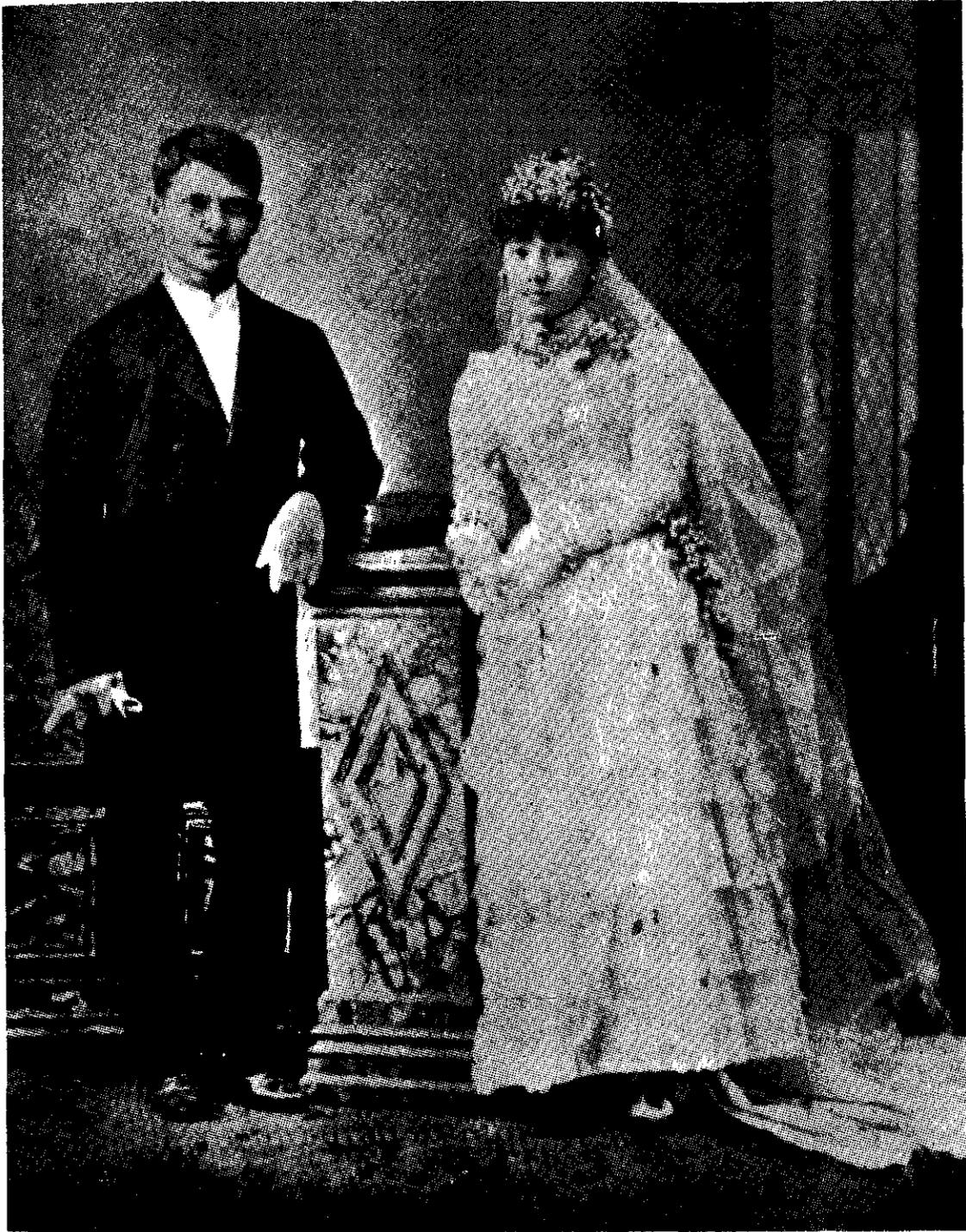
Entre los modernos, Feijoo, Moratín, Meléndez, Jovellanos, Quintana, Larra, Tamayo, López de Ayala, Nuñez de Arce, Campoamor, Castelar. Pues estos últimos, ni por famosos, no son conocidos ni comprendidos por muchos que tal vez no se creyeran.

Y con los castellanos, los principales de América, de Francia, de Alemania, de Inglaterra; y algunos clásicos de que hay buenas traducciones. De este modo, el idioma ganaría lo poco que perdió con la supresión del latín, y mucho más.

Podrían ser consultados los planes de estudio de otras naciones donde está sistemada la manera de hacer esa práctica importante Obras maestras y Retórica, en cuatro o cinco años. He ahí todo.

No lejos de aquí, en California, aun para el estudio de Ingeniería, se exige tres años de literatura.

De ese estudio importante depende, ya no digamos solamente una reforma en el terreno de las ciencias; pero también, lo que no es de menos entidad, nuestra regeneración moral, y, política, sobre todo. Véase, sinó, quiénes se ponen al frente de la política moralizada en todas las naciones. La América Latina tiene el principal elemento de moralidad política en sus hombres de letras. Tanto más alto el ingenio, mayor ejemplo da de poner al servicio de su patria los tesoros de su sensibilidad, educada por el comercio mantenido con lo verdadero y con lo bello.



Gavidia, el día de su casamiento con doña Isabel Bonilla.

LA FORMACION DE UNA FILOSOFIA PROPIA O SEA LATINOAMERICANA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

La Filosofía no debe considerarse como esas nubes que se forman y se transforman, sin otra consecuencia para el espectador. “Las Nubes”, famosa comedia de Aristófanes, crítica, por cierto, la falsa filosofía, y si no hubiesen atacado a Sócrates no serían odiosas. La Filosofía al aparecer propuso el estudio de los elementos: el agua, el fuego, la tierra y el aire. *Aristón men hudor* (“Nada hay mejor que el agua”, vale decir, “el agua es el origen de las cosas”) decía Píndaro, que fue partidario de Tales, el que sorprendió la existencia de la electricidad por el frotamiento del ámbar. Así se anunciaban en sus primeros vagidos, la Física y la Química.

Cuando este estudio llevó a los observadores a la noción de las leyes de las cosas, apareció *la cantidad*, en la medida, en el peso, en la fuerza, en la extensión, en la duración, en el movimiento de todos los seres del Universo. Esta nueva Filosofía nos deja, por de pronto, algo

ya vulgar, pero imprescindible, la tabla pitagórica y el teorema de los cuadrados de los lados del triángulo rectángulo, que representados en valores numéricos, iban a ser una de las puertas de las Matemáticas. Ya la cantidad, como ley de las cosas, es algo espiritual y metafísico; pero ella no es todo, como lo pensara el ilustre Campoamor, pues es claro que en la sustancia hay, además, otras cualidades, tales como la forma, las relaciones, el color, y van el bien y el mal, la belleza y lo disforme; el principio que todo lo domina, *el demiurgo*, será la revelación de otra nueva Filosofía, la Filosofía de Anaxágoras. En todo sentido que encaminase su espíritu, el filósofo hallará la verdad. El progreso era, pues, indefinido. La Ciencia, inagotable.

Y, sin embargo, este Dios sólo era un Dios en la Naturaleza.

Pero hacía tiempo que el oráculo de Delfos había escrito en el frontispicio de su templo: *gnothi se autons* "conócete a ti mismo" Sócrates adoptó este lema. No era ese conocimiento el del hombre material que tan maravillosamente había expresado la escultura. El mundo interior del hombre, por explorar, era insondable; pero era tan profundo como rico en hallazgos maravillosos: Platón y Aristóteles en esta exploración hallaron todas las Ciencias: la *lógica*, la *metafísica*, la *elocuencia judicial*, que era entonces la *retórica*, las *leyes* o *ciencia jurídica*, la *ciencia constitucional* o sea *las dos repúblicas*, las *ciencias naturales*, en fin, hasta algunos cimientos de la *poesía* en la *poética* de Aristóteles. Con más amplitud, pero a veces con menos acierto, estas ciencias constituyeron el acervo actual de los conocimientos humanos. Esta correlación de la Filosofía con las adquisiciones científicas, me parece una condición, digamos, un lastre, para que los estudios filosóficos no se conviertan en las ya citadas y fatídicas, ociosas y redundantes *nubes* de Aristófanes.

Si hemos de ser sinceros y valientes, hemos de decir que todos los sistemas modernos, por admirables que sean en su presentación y sus geniales innovaciones son la misma *Filosofía griega*. Hasta en lo más audaz de la mecánica moderna quién no sabe que inventos como la radiotelefonía y el fonógrafo tienen su base en las leyes de las vibraciones en que está fundada la *escala musical la cual no es otra que la graduación que impide la confusión de las transmisiones en las estaciones de radio*.

Al llegar aquí debemos tener presente que los antiguos formaron su juicio sobre todas las cosas, según la impresión que producen a primera vista. Su metafísica fue, como hasta hoy día, un festín celeste, y su inmortalidad las mismas leyes físicas y fisiológicas terrestres en

una región en que esas leyes ya no rigen. Pero de entonces acá, la instrucción más elemental conoce la ciencia de las cosas; *la tierra no es inmóvil; el firmamento no existe; todo se mueve no en una sino en varias trayectorias; nuestra visión de las cosas es la que quiere el espíritu, que en la evolución natural se han formado los órganos de percepción que son adecuados, como el observador sus lentes y microscopios, balanzas, micrófonos, etc.* Por lo que hace a la materia inmediata, sus simples son muy conocidos: estos siempre tienden a transmutarse en la ciencia, en el uno sólo, *hidrógeno*. Los iones, los electrones y los positivos alrededor de que giran, tienden también a transmutar la materia en simple *fuerza*. La fuerza! Pero la fuerza, como cantidad, como el espacio, como el tiempo, como la atracción, como el movimiento que todo lo explican, son inexplicables ellos mismos.

¿Son atributo de qué ser? Un sentimiento religioso se apodera del filósofo y sólo los grandiosos símbolos de la *poesía* prestan un firme asidero y punto de reposo a las ya fatigadas alas del espíritu humano.

Queda, pues, establecido, que la Filosofía, hoy día debe empezar en las conclusiones que la Ciencia ha declarado firmes. De este modo el mundo del espíritu está abierto a las aspiraciones del ser, ente atribulado, a quien llamamos *hombre*: allí, a la falta de las formas del mundo material que la misma ciencia ha desvanecido, aparecen las de otro mundo, pero más durables, de los símbolos de sus propias ideas. Las Bellas Artes le ofrecen la plástica en que se modela su sensibilidad. Las ciencias morales y políticas le dan máximas y leyes que resuelven las antinomias que le ofrece el mundo externo. Las Ciencias Naturales y la mecánica le entregan la creación como una hermosa esclava; y la poesía, en la epopeya, en el drama, en la lírica, le ofrece uno y otro mundo, el espiritual y el material, en símbolos imperecederos, que contienen esas razones evidentes, y esas aspiraciones eternas, que son para él un título a la inmortalidad y un derecho para el conocimiento de Dios, supremo Bien, suprema Belleza, suprema Verdad.

Detengámonos más en el objeto de esta ciencia, que es el hombre mismo. Hecho el resumen de todos los esfuerzos de la Filosofía, primero por Aristóteles, y después por los escolásticos y los modernos, se ha obtenido este resultado: que el hombre tiene tres facultades: *el entendimiento; el sentimiento; y la voluntad*. La edad Media contaba tres potencias: *memoria; entendimiento; y voluntad*. Claro es que ese encasillado tiene su objeto. En la Edad Media la memoria daba la premisa. Por ejemplo: el Profeta Samuel ungió rey a Saúl, a nombre de Dios.

El entendimiento entonces formaba los silogismos; luego se debe ungar a los reyes; luego mandan a nombre de Dios; luego son de poder divino; etc., etc., etc.

La Filosofía moderna ha puesto en primer lugar el *entendimiento*. El es una antorcha; debe pues, alumbrar el camino. ¿Está en él todo el hombre? Yo hablé de esto en el curso breve que dicté en esta Universidad. Permitidme resumir nuestra discusión en aquel tiempo:

Los pueblos, dijimos, tienen un período prehistórico, en que están lejos de usar los silogismos. A estos hombres de la edad de piedra debemos el trigo y el ganado, que se hallan en los *kiokenmodinguen* o comidas que se encuentran en las grutas y entierros prehistóricos, o esculpidos en los grabados rupestres. ¿Qué facultad se aplicó en la cultura del trigo? Era algo como la *adivinación* primitiva; algo como la *subconciencia* moderna. Llamémosla provisionalmente *la apercepción*.

Pero controlémosla por los métodos de observación modernos. Los de la evolución creadora decían: "Para nadar, echaise a nadar". No era eso, sino "Echarse a volar". Eso hizo Santos Dumont. ¿Cuánto tiene nuestra Centio América en productos precolombinos, inscripciones, ornamentación y ciencias verdaderas que no menciona el texto de Filosofía?

Pues también, antes que el silogismo y los diálogos de Platón existían los *poemas de Homero*. Son las abstracciones de todo el mundo representado en acción, en una figuración ideal, que permite estudiarlo sin temor de persecuciones religiosas, políticas, sociales ni de ninguna otra clase. El gran Platón, orgulloso de sus métodos, desterró a Homero de su República. La posteridad ha hecho justicia. ¿Con qué facultad son edificados aquellos grandes poemas? A fin de estar a tono con la ciencia, llamemos a esa facultad, *la abstracción*.

Los sentimientos son los efectos de orden moral: amor de familia; amor patrio, etc. Acepto esta definición jurídica; *la sensación*, concierne a lo fisiológico. *La sensibilidad* concierne a la estética, sea personal, sea en las Bellas Artes. Esta lucha con la imaginación ejerce sus dominios en el mismo imperio. Pero son cuatro facultades distintas. La facultad de operar con el cálculo, procede por ecuaciones e igualdades y por complejos aumentos y disminuciones: mientras que el entendimiento procede por el género, la especie y el individuo. La facultad del cálculo se llamará *la matemática*. La daremos, de nuevo, alto puesto a *la memoria*. *El entendimiento*, si somos reflexivos, se dividirá en *de-*

ductivo para las ciencias a “*priori*, e *inductivo* para las ciencias de la investigación, honra de nuestro tiempo. Permanecerá la *voluntad* como la facultad en que descansa el mundo moral. No temo haber dejado confusiones o prolijidades, porque ¿no es mucho peor que la Edad Media no haya conocido la *inducción* que ha creado la ciencia moderna, por exceso de sintetismo? En fin, ya estudiadas estas facultades, por decirlo así, fortalecidos, abriremos la puerta al progreso, a la verdad, al bien, a la belleza, con aquella facultad que asistía al creador de la epopeya, cuando invocaba a un poder desconocido, pero amable. Sea la Musa de Homero que también la llama Thea, sea la oración de las religiones, sean las visiones de Santa Rosa de Lima o de la escritora mística de Avila, sea en fin la hipótesis con que se abren paso los inventores científicos, es indudable que el alma humana necesita la facultad de la invocación. ¿Pero nos darán el derecho a los poetas de usar, el pleno tecnicismo, de esta misteriosa palabra?

Debemos, en conclusión, considerar el porqué se dice que hay filosofía francesa, escocesa, inglesa, o alemana. Una es la verdad, pero sus aplicaciones tienen relación con el objeto a que se aplican. La libertad que usa un periodista se ejerce en las industrias de modo diverso. El pueblo que tiene filosofía propia, ha visto en la gran legislación del espíritu cuanto le conviene: unos han aconsejado imitar la evolución natural, porque son poderosos y rinden parias a la ley de la fuerza; otros han proclamado los principios más altos del espíritu porque ellos informan su gloriosa historia; otros han enriquecido al individuo con ambas concepciones escondiéndose, como el buzo en la escafandra, en un tecnicismo difícil, para no luchar de frente, con instituciones antiguas y poderosas. ¿Qué hará, pues, nuestra joven América? ¿Qué razón de ser tiene y cómo sería aplicada la filosofía latinoamericana que hemos procurado antes dejar esbozada? Nosotros necesitamos darle valor a nuestra herencia. Hay una ciencia en Centro América admirable. La ciencia del tiempo; la cronología, ¿Qué son esos meses que usamos de 28, 29, 30 y 31 días? Las doce lunaciones indias son los verdaderos meses griegos, los meses adoptados por la Iglesia. El sol llega al punto de partida cinco días después de la luna. Esto hace los 365 días del año. Pero ¿por qué un año de 366 días? Luego a los años anteriores han faltado seis horas? La estrella Venus corrige estas fracciones, formando período de cinco revoluciones aynodales suyas, equivalentes a ocho años solares. Así la medición del tiempo que tiene por cronómetro a los mismos astros, es más económica, financieramente hablando, que cualquiera división arbitraria. Sin una palabra de protesta hemos dejado desplazar el cacao, trasplante del Soconusco, can-

tado por Moratín; la giana y el añil, afrentados por las innobles anilinas; y el bálsamo se ha defendido por su exclusiva producción en la costa de su nombre. Una filosofía que diese valor a la *apercepción* habría inspirado profetas al dogmatizado agricultor. ¿Hoy mismo no se le ocurre a sus 80 años (él nos prometió llegar a los 150) cuando está nombrando heredero por concurso, en vez de buscar la comunicación que también ofreció, de ultratumba, por medio de las vibraciones radiotelefónicas, no se le ocurre la fabricación sintética del caucho, que tendría el acabado de las anilinas, al millonario inventor Mr. Edison, quitando el pan de la boca a los dogmatizados americanos? Yo admito su mecánica; pero la escala musical, que nos dio tiempo, las leyes de las vibraciones, y que es lo admirable y sublime, en esos inventos, ya se dijo antes que es una gloria de los griegos.

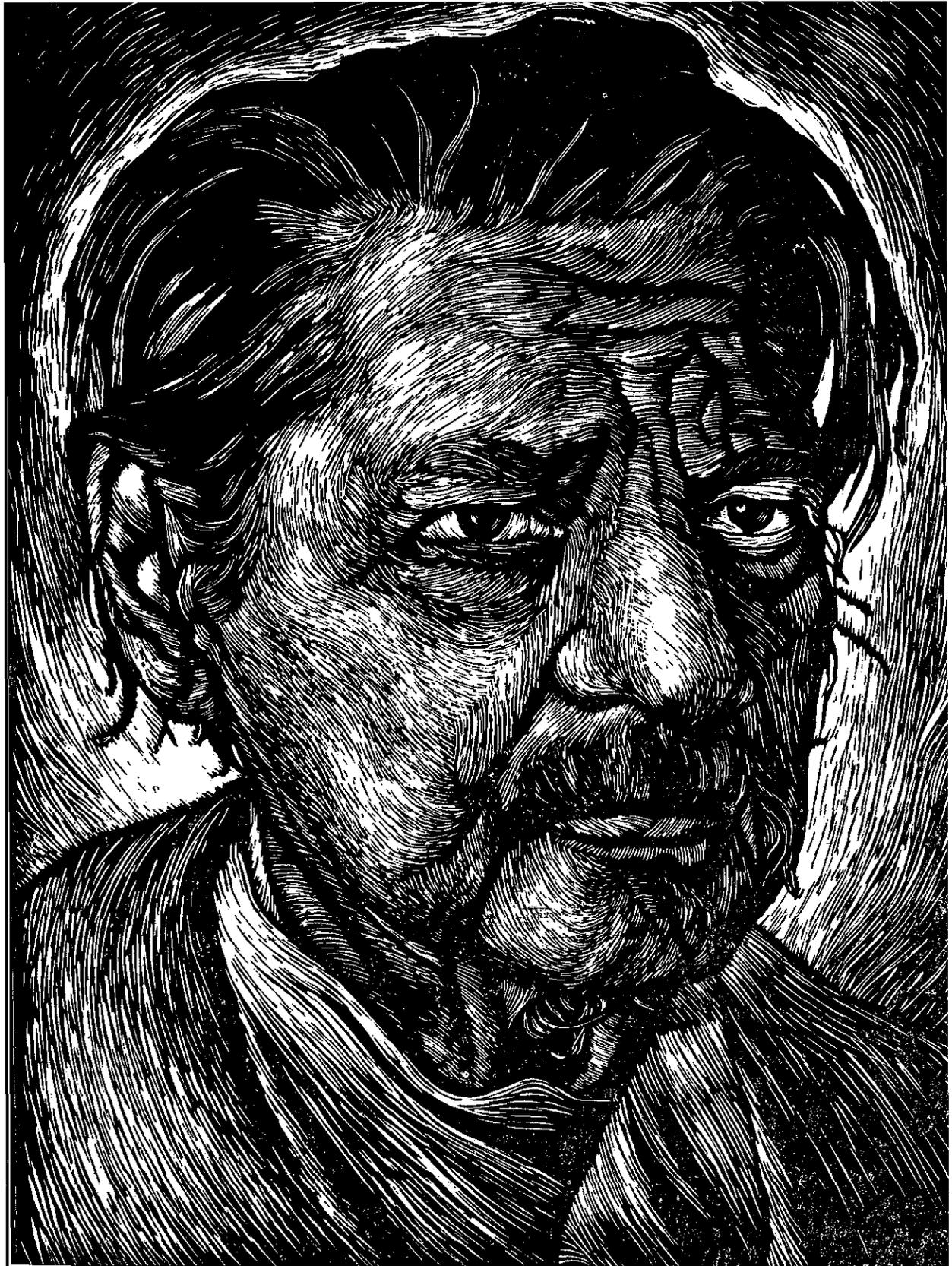
La América debe reflejarse en el poema, en la epopeya, en el teatro; pues cultivan la abstracción. Tenemos un bello alfabeto que no se pronuncia; pues debe hablarse como se escribe para que después se escriba como se habla; es decir, con buena ortografía. Debemos reconquistar los pneumas o espíritus que obligan a reponer al que habla el aire que robamos a los pulmones en sus funciones vitales. El cine parlante, que puede llegar a ser un teatro de veras, los textos científicos, los cables, exigen desescombrar el romanticismo con su idioma universal que es una joya para todos los pueblos civilizados. Las matemáticas y la mecánica dan el poder a dos o tres naciones. Antes el Gran Geómetra del Universo tenía en la mano un triángulo. Hoy que el espacio es incurso el Demiúrgos sostiene una esfera. Ella es la unidad: su radio a las 10.000.000ª nos da los logaritmos: hechos diámetros contra-opuestos, nos da las coordenadas con los senos por abcisas y los cosenos por ordenadas. Sería tarea muy larga descomponer la esfera; pero es muy sencillo y claro y sólo así dotaremos al pueblo de la mecánica que es la llave de su engrandecimiento. También le daría al hombre de Latino América las 3,000 palabras que Oxford exige que sepan sus titulados. Señores, la democracia ha revestido en la historia diversos grados de adelanto. Las hubo ignorantes y despreciables como Beocia. Pero la democracia que ha vencido a todas las monarquías y educado a los pueblos, es la democracia de Pericles. Este antecedente es de capital importancia para la filosofía de la América Latina.

Tampoco cerraremos este asunto, sin coronarlo con su unidad, que es la idea del *Ser Supremo*. La mano del escultor, del pintor y del músico, tiene así como la impresión del dolor o del placer, en su caso, la sensación de las nobles emociones de que esas bellas artes y el artista la hacen intermedio y agente adiestrado y prodigioso; pero ella, esa

mano maravillosa, completa su sentimiento y su vida, y adquiere la plenitud de la conciencia, cuando unida, como parte de un todo, el alma del artista, goza esas altas emociones que no puede experimentar por sí sola. Digamos, modestamente, que la humanidad, que el hombre, individualmente, es la mano de Dios sobre la tierra.

1931.

TEATRO DE GAVIDIA



JUPITER

Drama en cuatro actos

Al Dr. Don Carlos Bonilla

POR FRANCISCO GAVIDÍA.

PERSONAJES

BLANCA. *FERMIN DE BELTRANENA.*
EL DR. CELIS, hermano del prócer. *JUPITER, esclavo.*
EL PADRE DELGADO. *ENGRACIA.*
MANUEL JOSE ARCE *JORGE, oficial.*
GONZALEZ. Pueblo, conjurados, &

ACTO I

Sala en casa de Celis. Puerta y ventana al fondo. Puerta lateral

* Esta obra se escribió con los datos históricos de que se disponía hace varios años; pero el opúsculo del autor "1814" basado en una documentación extensa, ha puesto bajo su verdadera luz la actuación del prócer José Santiago Celis, como precursor de la Independencia. Esto haría insostenible en el Teatro el argumento de este drama. El autor ha debido modificarlo, tocante a su valor histórico, y se promete, Dios mediante escribir otro drama cuyo protagonista sea el mártir del año de 1814

derecha que da al despacho de Celis. Otra a la izquierda Estilo en los muebles y arquitectura, de tiempo de la Colonia.

ESCENA I.

BLANCA, ENGRACIA (a la ventana)

BLANCA (*Cosiendo*).—Mi padre ha pasado la noche fuera de casa.

ENGRACIA (*A la ventana, aparte y viendo hacia la calle*).—Ahí está. Parece que hubiera resuelto rondarnos . . . Hasta hoy, y ello ha durado cinco años, este hombre se contentaba con plantarse en el atrio de la Merced todos los días, a vez entrar y salir a la señorita, cuando madrugamos a misa . . . Si ella llegara a saber este amor tan ridículo, repugnante y loco, se cubriría de vergüenza y se pondría furiosa. Yo me he reído mucho de esto; pero . . . ¡San Antonio, si habré hecho mal en no decir al amo lo que pasa! . . . A bien que no podía tomarlo a lo serio . . . Ella tan noble y tan bella y él tan miserable y enamorado! . . . (*Viéndole*). Ah! Ah! . . .

BLANCA (*Cosiendo*).—¿De qué te ríes, Engracia?

ENGRACIA.—De un esclavo que está ahí.

BLANCA.—Será de los del vecino de Gómez ¡Pobres! ¡les pegan tanto! A través de las tapias se oyen sus gritos cuando los azotan.

ENGRACIA.—No es de don Juan de Gómez; sino el del Padre Delgado.

BLANCA.—En su casa pasaría la noche mi padre. ¡Ese esclavo se llama Jupiter, verdad! (*Va a la ventana*).

ENGRACIA.—(*Aparte*). La ha visto asomar y se marcha

BLANCA.—Dicen que ese esclavo es muy listo porque el padre le ha enseñado a leer, escribir y contar, y que tiene libros como si fuese una persona decente. Pero he ahí que se ha ido cuando iba a preguntarle por mi padre. (*Vuelve a sentarse y cose*). He aquí que habré acabado en sólo esta mañana el faldellín de nuestra señora del Pilar de La Merced . . . Ello es que el hilo de oro me ha herido este dedo; pero mi madre antes de morir mandóme que rezase todos los días por ella delante del altar del Pilar, y mi pobre Virgen tiene un faldellín que es una lástima . . . Es tan buena conmigo, me consuela tanto en mis aflicciones. .

ENGRACIA.—(*Viendo hacia la calle y aparte*). Júpiter ha vuelto a plantarse en la esquina. Y ello es que con su poncho pardo y sus polainas amarillas, y sus fuertes espaldas y su cabeza arrogante, y su cara negra y su aire silencioso, a veces tiene un aspecto que parece hermoso y que da miedo. . . Pero qué le pasa? He ahí que se va a pasos rápidos. . .

BLANCA.—Dos puntadas más y he concluido.

ENGRACIA.—(*A la ventana*). Ah! es que he visto al amo que llega. Señorita, su padre (*Sale*).

ESCENA II.

CELIS (*Pensativo*) BLANCA

BLANCA.—Buenos días, padre. (*Celis no le oye*). No me oye.

CELIS.—¿Estás aquí, Blanca? ¿Ha venido a buscarme el Padre Delgado?

BLANCA.—Debe estar diciendo su misa de a ocho. ¿No preguntaste en la calle a su esclavo?: estaba en la esquina hace un momento.

CELIS.—No lo he visto. El Padre debe de haberle apostado allí para que le diese parte de mi llegada. (*Aparte*). El también está impaciente.

BLANCA.—(*Aparte*). Entonces mi padre no ha pasado en su casa la noche. . . (*Alto*). Pero es ya tarde de la mañana. Padre, voy a servirte el chocolate. (*Celis no le oye*). No me oye. (*Pausa*).

CELIS.—Anda, hija mía.

BLANCA.—(*Aparte*). ¿Qué es lo que así lo preocupa?

CELIS.—Anda, te digo, hija.

BLANCA.—(*Aparte*). Parece que le importa mi presencia. (*Yéndose*).

ESCENA III.

CELIS

Esto es, pues, un hecho. . .

La Patria. . . ¡Qué sentimiento es éste, para mí tan nuevo y tan

grande! ¡Si yo nunca he tenido Patria! (*Pausa*). En esta revolución, sin embargo, un presentimiento me está diciendo que algo falta; algo falta... Ah! esta idea que quiere irradiar en mi mente, se escapa a mis deseos sin llegar a encenderse. ¿No estaba (*incoherente*) allí Júpiter? . . . ¡Qué nombre para un esclavo! . . . Ciertamente es que los poetas han puesto en boga los nombres paganos. . . pero ¡qué idea me viene! ¡Júpiter esclavo! ¡Un dios que tiene en sus manos el rayo y que lleva la cadena a sus plantas; ese dios que es un esclavo, ese esclavo que es un dios. . . , ¡ese es el pueblo! Oh señores revolucionarios, amigos míos, sacerdotes que leéis a Voltaire, Doctores de la Pontificia Universidad de San Carlos, nobles de sangre española. . . ¡vosotros queréis una patria para vosotros solos y en vuestro provecho; por eso no habéis pensado en el pueblo! . . . Pues bien, ¡el pueblo será el amo! Si; allí estaba Júpiter, —el esclavo, el dios, que debemos redimir, (*entra el Padre Delgado*)— y por cierto que plan y todo se han presentado en mi espíritu de golpe

ESCENA IV.

CELIS, DELGADO

DELGADO.—Estás intranquilo. . .

CELIS.—Padre, Juan Manuel Rodríguez está de vuelta de Nicaragua. He pasado con él la noche.

DELGADO.—¿Cuándo llegó?

CELIS.—Antes desembarcó en Conchagua: venía en el bergantín “María Teresa”; ha reventado un caballo y anoche pudo estar en la hacienda de Guardado. Estuvo en León y Granada, y convinieron los liberales de Granada en rebelarse el mismo día que nosotros: mañana cinco de noviembre.

DELGADO.—¡Qué alegría, Celis! Pues también los Aguilas han llegado de las ciudades. De aquí iré a verles.

CELIS.—¿Dónde?

DELGADO.—En casa de Atce: recibí recado de ellos al salir de decir misa. . . Por desgracia, mis cartas de San Miguel son desfavorables, y en San Vicente el Padre Molina, con toda su elocuencia, ha probado en el púlpito a los vicentinos, que una insurrección popular ocasionó la muerte de nuestro Señor Jesucristo, y que, por tanto, deben abstenerse de revolucionar. Me temo que la clase

decente no baste a conseguir el triunfo; y el pueblo va a ver la insurrección como si no le importase, y tal vez con disgusto.

CELIS.—La culpa no es suya.

DELGADO.—Le he hablado de libertad y el no me ha entendido.

CELIS.—Padre, yo tengo mi plan, véndeme a Júpiter.

DELGADO.—¿Qué dices, doctor?

CELIS.—Júpiter pueda ser nuestro hombre.

DELGADO.—Es difícil: Júpiter es más realista que el Rey Fernando VII.

CELIS.—¿Cómo?

DELGADO.—No sabía explicártelo. Lo compré rapazuelo, a un tal Taracena de Guatemala, aficionado a la Mitología, que le puso a su negrito, como pudiera hacerlo con un perro, el nombre de Júpiter, —a quien, por lo demás, hacía dar azotes mañana y tarde; y ésto hizo que yo se lo comprase, movido a lástima. Yo me entretuve en enseñarle a leer y escribir, y hoy mi esclavo me sirve de secretario. Lleva en la cabeza las comedias de Calderón, cuyas historias imaginarias de reyes, príncipes y princesas le embeben casi tanto, Dios lo perdone, como las Vidas de los Santos—, pues eso sí, es buen cristiano mi pobre negro... aunque con sus puntos de visionario y fanático. Según él, hay un gran malhechor en el reino, —nuestro sabio amigo, José Francisco Barrundia. Contrastes de la vida: un esclavo es el súbdito más fiel del Rey Fernando VII.

CELIS.—Con todo, ese esclavo es un hombre.

DELGADO.—Es más: el Verbo Divino (*se santigua*) nos enseñó que es nuestro hermano (*Pausa*).

CELIS.—Pues por eso, Padre, el amor a la libertad está en el corazón de todos los hombres.

DELGADO.—Sí; pero es preciso *saberla entender*, y en tus *confidencias* con Júpiter nos iría la vida.

CELIS.—Pierde cuidado, Padre, yo sabré comprometerme sólo; además ¿Quién resiste a la luz?

DELGADO.—Para aquel que acabase de ser ciego, la luz sería un mal. Tú eres médico.

CELIS.—Padre, el espíritu no es como la materia. Véndeme a Júpiter.

DELGADO.—Yo no vendo hombres, soñador. Haz con él como quieras. Y a otra cosa. Sé que Gutiérrez de Ulloa sospecha que va a estallar la revolución. (*Llaman dentro*). Parece que llaman al zaguán.

CELIS.—Espera. (*Va a la ventana*). Precisamente, es el ayudante de Su Señoría el que llama. (*Habla hacia la calle*). Por aquí, señor Alférez (*vuelve con una carta*). Advierte el Intendente, dice el Alférez, que como veré por esta carta, tanto interés tiene él como yo, en cierto asunto a que ella se refiere. ¿Cuál será el asunto? (*Lee*). Pues, yo creía... Ah (*Se ríe*).

DELGADO.—Ya veo que te ríes.

CELIS.—Me río; pero es asunto muy serio para mi casa el de esta carta, que me llega de Guatemala. Javier de Beltranena me pide otra vez la mano de Blanca para su hijo don Fermín. He aquí la sustancia. (*Lee*). “No opondréis dilación nueva a este enlace: en nuestras familias no es “una vinculación impropia. Don Juan “Vicente, tiempo después de la “Conquista, casó con doña Beatriz Pascual, Celis por parte de madre; “Don Miguel Antonio, (de esto hace noventa y seis años). Casó con doña Laureana, también Celis, y tía abuela mía— y finalmente, su prima doña “Juana Lorenza, casó con don Alonso, mi abuelo materno”. Hay por separado una genealogía de la casa Beltranena.

DELGADO.—Lo cierto de todo, amigo, es que la casa Beltranena está arruinada. Hay algo al reverso.

CELIS.—Es un post-scriptum; “El señor Intendente os hablará”... Oye, José Matías, “os hablará” despacio de ciertos trabajos secretos de rebelión de que puede que tengáis noticia, “y de que se conversa por acá “en la capital del reino: mi hijo: “el Coronel don Fermín va comisionado en reserva por la Capitanía “General y con grandes poderes, para “mantener o para hacer entrar eso “en orden, pues el señor Gutiérrez “de Ulloa es muy tolerante o muy “débil, y pide fuerzas veteranas de “la milicia del Rey. La Capitanía se “ha limitado a enviarle al Coronel mi “hijo, cuyo carácter de hierro bastará para el servicio de Su Majestad, que Dios guarde. Vuestra influencia ayudará al Coronel, sí, como “espero, empezáis por contarle como de “la familia. Mi hijo estará en esa, “según orden de la Capitanía, el “cinco de noviembre”... ¡Mala coincidencia!

DELGADO.—Pero es tardía; estamos a cuatro. Con que ya ves el concierto en que te hallas con tu yerno! ¿La fecha de esa carta ?

CELIS.—Veinte de octubre.

DELGADO.—Y llega la carta a la vez que el Coronel; lo cual quiere decir, que debido a los tiempos revolucionarios que corremos, ha mejorado el servicio de correos de Su Majestad. Voy a casa de Manuel José. Hasta luego. Pero antes, dime ¿quién dará la hora de cita?

CELIS.—Juan Manuel Rodríguez.

DELGADO.—¿Tú la sabes?

CELIS.—Las dos de la mañana.

DELGADO.—¿Mudaremos el lugar de reunión?

CELIS.—Hoy será la finca de Guardado: unas seis cuabras más acá de Mejicanos: hay un camino que conduce a un bosque; en un claro está la casa de la hacienda. (*Vase el Padre*). ¡Mándame el esclavo! (*Delgado se vuelve*).

DELGADO.—¡Ah! Júpiter... ¡Se me olvidaba!

ESCENA V.

CELIS; BLANCA

BLANCA.—Perdóname. (*Se lanza a su cuello*). Déjame que te abrace.

CELIS.—¿Qué sucede, hija mía? Veo que estás llorosa.

BLANCA.—A mí, nada, pero tú hace dos días que estás pensativo, intranquilo...

CELIS.—¿Yo...?

BLANCA.—Dudoso y triste.

CELIS.—Has notado eso.

BLANCA.—Y de seguro sufres... Y lo mismo pasa al Padre Delgado...

CELIS.—Es extraño lo que hoy descubro en mi hija. ¿Pues quién te autoriza, Blanca, para que nos observes de ese modo...?

BLANCA.—Padre, te he dicho que me perdones... Oyeme, hace un

instante estaba a uno de los balcones que dan a la calle, cuando salió de aquí, por esa puerta, el Padre Delgado. Llevaba iluminado el semblante por una extraña alegría. Me vio sin fijarse en mí; y pasó a mi lado sin saludarme. . .

CELIS —Blanca, ¡me impacientas! . . .

BLANCA —¡Oh! no me he atrevido a suponer lo que os pasa ni he querido saberlo, pues que tú no me lo has dicho; pero hoy, al ver el semblante del Padre Delgado, el corazón me ha golpeado con violencia, y he venido a hablarte: ¿dime, pues, vamos a separarnos, acaso?

CELIS.—(*Aparte*). ¿Qué dice esta niña? (*Se pasea*). Y en verdad, si yo no amase a Cento América, este sería el momento de volver atrás. . . ¡y si muriese en la rebelión ¡y mi hija! . . .

BLANCA.—Mira, esa palidez que te demuda el rostro y aquella alegría que tenías antes, y la alegría del Padre, ¡esas me ponen fuera de mí! . .

CELIS.—¡Calla, Blanca! El Padre ha tratado conmigo un asunto muy serio, como lo es la libertad de los hombres. . .

BLANCA —¡La libertad de los hombres! . . . No te entiendo, padre. . .

CELIS.—El Padre me ha dado su esclavo y yo voy a ponerlo en libertad.

BLANCA.—¿Hablas del esclavo que llaman Júpiter?

CELIS.—Sí. ¿Tú me has dicho que es gran devoto y que asiste diariamente al oficio divino?

BLANCA.—Todos los días, de madrugada, que voy a La Merced, a la luz de los hachones que llevan los criados, le alcanzo a ver a la puerta del templo, donde está de pie, medio perdido en la sombra (*Celis se pasea*). Siempre ha estado allí . . . Siempre (*Aparte*). ¿Qué agitación le vuelve?

CELIS.—(*Aparte*). ¡Hacer frente a las milicias del rey un puñado de señores, doctores y hacendados, seguidos de su servidumbre y sus peones! ¡quién duda que sería inútil esa carnicería! ¡Esas cosas sólo puede hacerlas el pueblo!

BLANCA.—Padre, por última vez, ¿vamos a separarnos?

CELIS.—Al fin y al cabo, tú tienes derecho a hacerme esa pregunta

suprema. Mira, pues, Blanca; mira tus pensamientos frente a frente. ¿Y si hubiésemos de separarnos?

BLANCA.—¡Ah! ¿con que es verdad?

CELIS.—Tú no lo sabes. Pero si fuese cierto, ¿qué piensas que harías?

BLANCA.—Entraría a un Convento, en Guatemala. Y allí tal vez me moriría...

CELIS.—¿Por qué piensas eso? Así como te separaste de tu madre así te separarás de mí algún día.

BLANCA.—Pero tú no has de morir también...

CELIS.—Yo no soy inmortal. Y podríamos separarnos por otros motivos que no fueran la muerte... ¿Tú no amas a nadie? (*Pausa*). ¿No has elegido un hombre para esposo? (*Aparte*). Se está pasando mi tiempo...

BLANCA.—Padre, yo no amo. Yo sólo amo a Dios y a ti. Siempre habría esperado que tú me dieras un esposo.

CELIS.—En todo caso, Blanca, como algún día, sabe Dios de qué modo, nos separaremos, debo decirte que aunque mi fortuna es grande, pesa sobre ella una maldición que debo hacer levantar... Un soldado de la conquista, Celis, nuestro antepasado, fue *encomendero*.

BLANCA.—¿Qué es eso?

CELIS.—Que el rey le dio varios pueblos de indios numerosos, los cuales hacían tres partes de su trabajo, una para el rey, otra para el "encomendero" y otra para ellos; pero en el trabajo, que era de minas, los pueblos de indios murieron y desaparecieron. Y esta fortuna, que ha llegado hasta mí, fue amasada, como ves, parte con robo, parte con sangre. El rey hará como quiera y sepa, que yo también lo haré: pienso devolver por lo menos la tercera parte de mi fortuna a su dueño.

BLANCA.—¡Dices cosas extrañas! Pero...

CELIS.—¡No me preguntes dónde está el dueño! Yo sabré hallarlo. Pero tú que eres mi única heredera, debías estar entendida de esto... y he debido decírtelo...

BLANCA.—¡Ah! vamos, pues, a separarnos. No lo dices; pero me lo previenes... ¿entonces me abandonas? ¿Y por qué vas a dejar-

me?... ¿Qué he hecho? Padre, ¿qué he hecho?... Por eso tú, hace días estás sombrío e impaciente. ¡Habla! ¡Padre! ¡Háblame! (Lo abraza).

CELIS.—El corazón de esta niña da unos latidos que derriban mi voluntad. (La rechaza).

BLANCA.—Padre, me rechazas.

CELIS.—No, Blanca. (Aparte). Si ello fuese posible, hoy sería tiempo de volver atrás. ¡Diosa grande y terrible!... toma en cuenta, Libertad, ¡esta otra vida que por ti arrojo al acaso del triunfo o el sacrificio! (Abraza a Blanca). Tengo, en verdad, un cuidado, Blanca; pues, sí, ciertamente, mucho debe inquietarle a un padre la suerte de su hija.

BLANCA.—¡Mi suerte! No te entiendo, padre.

CELIS.—Un noble Señor de Guatemala te pide por esposa

BLANCA.—¿A mí?... ¿Un noble Señor de Guatemala?

CELIS.—(Resentido y aparte). ¡Ah! vas a dejarme. (Alto). Ya ves como puedes elegir entre un novio y un convento. (Con esfuerzo). Mira, esta es la carta en que me piden tu mano. El pretendiente es don Fermín de Beltranena, que hace dos años solicitó el mismo enlace. Cuentas diez y ocho años y la ley me permite disponer de tu suerte mientras no cumplas veinticinco, mas pienso que seas tú quien resuelva este asunto. Tú dirás qué contesto. (Le da la carta).

BLANCA.—(Con candor). No sé leer carta, padre

CELIS.—Tu buena, madre, que está en el cielo, siempre se opuso a que te enseñasen a leer cartas. ¿Sabes por qué? (Se separa de ella, que permanece pensativa. Aparte). Luego, este asunto lo complica todo, y es preciso, por si me descubrieran y prendiesen, o si he de morir en la rebelión, o si ella se casa y se va con ese desconocido, es preciso que yo asegure el porvenir de mi hija: urge que haga mi testamento. Blanca, es indispensable que sepas lo que dice esa carta. Quédate aquí; pronto va a llegar el esclavo, a quien le dirás que te la lea. Es un negocio que sabe leer. Amantes que no se conocen no tienen que guardar secretos

ESCENA VI.

BLANCA; luego JUPITER

BLANCA.—¡Conque esta boda es lo que apena tanto a mi padre! Con

todo, si yo me casase, siempre podría vivir a su lado. . . ¿Cómo será el señor de Beltranena? (*Entra Júpiter*).

JUPITER.—(*Deteniéndose, Aparte*). He ahí la blanca y divina mujer.

BLANCA.—Entra, Júpiter. (*El obedece*). Toma y lee esta carta. (*El recorre el papel con la vista sin leer y luego contempla a Blanca, silencioso y suspenso. Aparte*). ¿Cómo será una carta en que la piden a una persona? “Un noble señor”, dijo mi padre. ¡Un noble señor! ¿Será joven? Debe de ser hermoso. Lee, esclavo.

JUPITER.—(*Volviendo en sí. Aparte*). Ella me habla y estoy como en un sueño. Creo que me ha mandado que lea esta carta. . . (*lee para sí y se estremece*). ¡Ah!!

BLANCA.—Lee. ¿No sabes leer?

JUPITER.—¿Quién os ha dicho que me deis a leer esta carta?

BLANCA.—Mi padre. (*Lo ve cada vez con más extrañeza*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Ah! entonces el Padre Delgado me entrega al señor de Celis porque se ha descubierto el secreto amor del esclavo, y voy a ser azotado en la picota. . . Y Celis me escarnece dándome a leer esta carta del hombre a quien ella va a pertenecer. . . Fermín de Beltranena, un Noble; algo que está muy arriba de mí y que va a ser dueño de Blanca; ¡ah! está ese hombre tan alto que sólo puedo alcanzarle. . . con un puñal!! (*Blanca se levanta atemorizada*).

BLANCA.—El esclavo gesticula como un ebrio. (*Le ve con miedo y burla*). Está ebrio.

JUPITER.—¡Oh infierno! ¡Se está burlando de mí! (*Blanca se atemora*). Oídme, Doña Blanca; por fuerza en estos últimos días he cometido imprudencias que han dado qué leer; que a vos imitan y que a mí ¡oh! me afrentan. . . Mientras mi faz negra, como una roca, no dejó traslucir el fuego de mi culpa, nadie más que yo se abrasaba en este infierno; pero esta tierra misma que hollamos, con ser insensible e inmensa, a veces tiembla y deja ver sus palpitaciones; y del mismo modo mi oculto delito, alguna vez habrá extendido hacia afuera sus llamas y su fulgor ha encendido vuestra faz de vergüenza! ¡Ah! este secreto criminal no me lo había aún confesado a mí mismo, y ya otros hay que me delatan; y condenan, cuando yo me creía todavía inocente. Pues ahora, es preciso que sepáis, para que juzguéis cuán involuntaria es la ofensa, que ardiendo en esta hoguera de mis deseos, he necesitado

perseguir con ellos una dulce visión blanca; y caminar más hacia ella cuanto está más lejana: y amarla con más ardor cuanto es más imposible. ¡Esta dulce visión blanca es hoy para mí la picota! (*Trágico y humillado*).

BLANCA.—(*Aparte. Ingenuamente*). Calle, si es loco, pero habla con gracia.

ESCENA VII.

Dichos; CELIS

CELIS.—Estás ahí, Júpiter. Blanca, están en el jardín las señoritas. Aice con tu primo Bernardo.

BLANCA.—¿Primo Bernardo? ¡Ah! él va a leerme esta carta, (*Va, vuelve y abraza a su padre*). Señor doctor, no te aflijas: siempre haré lo que tú mandes. (*Vase corriendo*).

ESCENA VIII.

JUPITER; CELIS

JUPITER.—(*Aparte*). ¿Qué va a pasar aquí?

CELIS.—Júpiter, desde hoy cambias de dueño: he querido comprarte; pero el Padre Delgado me ha hecho de ti un obsequio.

JUPITER.—¡Ah! . .

CELIS.—¿Por qué lo extrañas?

JUPITER.—Señor, el Padre Delgado en tantos años como ha sido mi dueño, me había hecho olvidar mi condición miserable. Culpa ha sido suya, que me elevó a su compañía y su trato, si yo, sin recordar mi humillación y el abismo de donde él me había sacado. . . he dado rienda a mi soberbio corazón, —y he cometido faltas que hoy le obligan a dejarme de su mano y a abandonarme a mi primera suerte

CELIS.—Tú no debiste aceptar tu esclavitud por lo mismo que era tan agradable: ¿Está contento el león porque sean más fuertes que los de cualquiera otra, los hierros de su jaula? ¿La amistad mezclada a la esclavitud, no hacía tu cadena doblemente pesada? Tu bajeza se agravaba con la compasión que recibíais. . . Tu bon-

dad enaltecía a tu amo; a ti, que agradecías el ultraje, te hacía despreciable doblemente. Tu mismo nombre de Júpiter, es un nombre injurioso, que el dueño le da a su perro. . . a menos que sea el nombre de un dios. Todo en ti, pues, viene a ser irrisión y miseria. El esclavo, —cuando bajo el esclavo está todavía el hombre— lleva escondido un puñal, en espera de no sabe qué hora de grito y sangre.

JUPITER.—(*Levantando su poncho y mostrando su cinturón*). Aquí está, vedlo. ¿Querriais que con él diera muerte al Padre Delgado?

CELIS.—Sí, si te hubiese cerrado el paso cuando tú quisieses ser libre.

JUPITER.—Era mi amo; y además ¡un sacerdote!

CELIS.—Aunque lo fuese. Tú lo habrías sacrificado al dios de que debe ser sacerdote el esclavo: la Libertad.

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Es sacrílego! . . . ¡Oh! ¡no es posible! . . . ¿O más bien querrá conocer mis pensamientos. . . ?

CELIS.—(*Aparte*). Está pensativo.

JUPITER.—Señor, habéis querido poner a prueba mi fidelidad con el amo a que he pertenecido. Sabed que aprendí mis deberes de esclavo en el libro en que está toda la verdad.

CELIS.—¿*Tus deberes de esclavo?* . . . y ¿cuál es ese libro en que están toda la verdad y tus deberes de esclavo?

JUPITER.—La Sagrada Biblia. Epístola de San Pablo a los Efesios.

CELIS.—Pues en eso la Sagrada Biblia miente. Y si hay un Dios, —¡oye, hay un Dios, ante quien me prosterno y en cuya bondad infinita creo! pero si hay un Dios que ordena al esclavo como un deber su esclavitud, ese dios miente, o ese dios no es dios, —y así como te he dicho que hubieras debido abrirte paso con tu puñal sobre tu antiguo amo, el Padre Delgado, que es mi mejor amigo, si él se hubiese opuesto a tu libertad, —así te digo que apuñalées con el pensamiento a cualquier dios que desde el cielo te ordene como un deber tu esclavitud.

JUPITER.—(*Aparte*). Me ha parecido que temblaba el firmamento mientras oía hablar a este blasfemo. ¡Ah! puesto que me decís que me abra paso con mi puñal sobre mi propio dueño. . . el Padre Delgado no es ya mi dueño: ¡mi dueño está delante! ¡Quiero ser libre! . . . (*saca el puñal*).

CELIS.—Así, así te quiero, vas a ser libre. No pongo sino esta condición. Más a los bañíos de San Salvador, y cuando hayas, como yo a ti, infundido al pueblo, esclavo como tú, vergüenza de su esclavitud, le darás armas para que proclame la libertad y la independencia de la Colonia. Responde. (*Prolongada pausa*)

JUPITER —¡Ah! señor, ¿se trata de rebelarnos contra el Rey?

CELIS.—Sí, y de librar la Provincia de la influencia diabólica del Arzobispo de Guatemala

JUPITER —(*Aparte*). Creo que ha hablado claro. Iré de aquí al Intendente a denunciarle. (*Blanca se detiene a la puerta de la derecha*). ¡Oh, el ángel!

ESCENA IX

Dichos; BLANCA

BLANCA —(*Irresoluta*). Padre, nos ha leído la carta mi primo Bernardo, a las Aice y a mí, y todos juntos hemos concertado una buena contestación, puesto que has querido que yo resuelva el asunto. Escribe al señor de Beltranena, que cuando conozca a su hijo el Coronel, daíe mi respuesta: que yo agradezco que haya pensado en mí para hacerme su esposa: y que si me caso con su hijo, y vamos a Guatemala, será a condición de que tornemos ambos a vivir a tu lado. ¿He dicho bien?

CELIS —Esa carta dice que Beltranena debe llegar a cinco de Noviembre y estamos a cuatro. Vas a conocerle. Déjanos, Blanca.

BLANCA —¡Voy a conocerle! (*aléjase pensativa*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Oh! ¿qué hacer para que ella no le conozca jamás? (*Blanca sale*)

ESCENA X.

Dichos; menos BLANCA

CELIS —¿Lo ves? Esta es la sociedad que ha construido el despotismo: y en ella todos llevamos un eslabón de la inmensa y pesada cadena. El carcelero de medio mundo es el Rey Fernando. . . Esclavo, ¿has visto esa blanca niña? Es mi hija: ella sigue la co-

iriente fatal e irá contenta a manos de quienes yo desprecio. Va a casarse con un hombre a quien no ama ni conoce, y tú lo has visto en esa carta, él viene quizás a encarcelarme o matarme. Y tú esclavo, ¿no ardes en indignación como yo? . . . Oyeme, Celis tiene su libertad en su alma, y seré libre aun rompiendo por la muerte: puedo matar a mi hija antes que fructifique en el pantano como flor aciaga. . . Tú, si tuvieses una hija verías venderla y prostituirla sin tener derecho a exhalar una queja, o si amases a una mujer que el destino ha puesto en la cúspide de la babel espantosa, si sólo te atrevieses a pensarlo, serías colgado en la picota y muerto a furor del látigo.

JUPITER.—¡Oh! ¿qué es preciso hacer? Puesto que esas palabras todo lo demuestran y todo lo nivelan ¿qué es preciso hacer? ¿qué es preciso hacer para llenar el abismo, ganar la altura y lograr lo imposible? . . . No más palabras. ¡Rebelión! ¡Muera el Rey! ¡Abajo el Arzobispo! Decidme que todo lo maldiga: ¡maldito sea todo! tomad en fin, a ese precio, la salvación de mi alma. (*Bajo*). Blanco, si habéis querido burlarme y vengaros, llevándome a la inquisición y al tormento. . . ¡blanco! el esclavo lleva sobre su pecho el puñal: ¡juicio a Dios que vais a enmudecer para siempre!

CELIS.—¡Ah! eres incoherente e insensato: la libertad da fiebre. Espera. (*Va a la mesa y saca una llave*).

JUPITER.—(*Aparte*). Este hombre satánico me atrae. ¿Qué importa? . . . Sólo sé que Blanca espera un hombre: que va a llegar Beltanena: ¡que se me ha dicho que puede ser mía! . . . ¿Fue eso lo que él me dijo? ¡Cómo! ¡si hoy he oído todo lo increíble! y después de cinco años de desesperación la esperanza se apodera hoy de mí, y no tengo fuerzas para rechazarla. (*Vuelve Celis*).

CELIS.—Calma, Júpiter. De hoy en adelante más calma, toma esta llave que es la de mi caja: hay allí la parte de mi caudal que le toca a la Patria. Haz que toda la gente que te siga esté bien armada. ¡Es preciso triunfar!

JUPITER.—Es preciso triunfar: ¡así será o yo habré muerto!

CELIS.—Bien, amigo mío: de hoy más te quedas en mi casa. Vuelvo para que formemos nuestro plan, pues tengo en mi escritorio ciertos papeles. Espera. (*Entrase*).

ESCENA XI.

JUPITER

Ella está ahí. . . ¡Oh infierno! Si estos son favores tuyos, haz por lo menos que no me vuelva loco! (*Telón*).

ACTO II

Sala en una casa de hacienda. Puerta y ventana sin reja al fondo, que dan a un bosque. Aiden antorchas en la pared. Puerta a la derecha.

ESCENA I

CELIS.—(*Saliendo de la derecha se dirige a la ventana; trae una careta en la mano*). ¿Qué puede ser? . . . Se oye en la selva un rumor, como si un hombre corriera por entre la maleza. . . Esta vez se ha oído bien. . . Sí, es un hombre que huye. . . A pesar de lo cerrado del bosque, la luna penetra en unos claros, y he visto un bulto deslizarse a lo largo de la quebrada. Parece que da la vuelta esquivando el camino real. Aun creí haber oído un grito. . . Ahora queda todo en silencio. (*Pausa*).

JUPITER.—(*Dentro*). ¡Libertad o muerte!

CELIS.—¿Quién va? (*Se cubre el rostro*).

JUPITER.—(*Entrando*). El Pueblo; es mi contraseña.

ESCENA II.

CELIS, enmascarado; JUPITER

CELIS.—Es Júpiter. Dime, ¿no has escuchado el rumor de un hombre que corría por el bosque?

JUPITER.—(*Aparte*). Es mi diabólico Doctor. (*Alto*). No. (*Aparte*). Le he metido.

CELIS.—(*Sacándose del pecho una careta*). Te he reservado esta careta para que te cubras. No te fíes de todos. (*Le da la careta*). Estarían hoy aquí los amigos importantes de Usulután y otras poblaciones amigas. Ten calma: estás agitado. Ellos van a llegar, los momentos que corren son supremos porque va a amanecer un gran día en El Salvador, y es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre nuestra futura República. (*Entra por la derecha*).

ESCENA III.

JUPITER

Anda, Satanás. . . ¡Ignoras que vas de triunfo y que mis manos ya están manchadas de sangre! . . . La buena suerte es mi cómplice y me precipito fácilmente en el abismo. Cuando mi alma volaba hacia arriba, y en la altura veía al Rey, la religión y sus santos, el templo y sus pontífices, entonces Blanca, la estrella de mi vida, resplandecía muy alto, ah, muy lejos. . . Hoy que se despeña en estas profundidades en que veo por doquier tinieblas, en medio de tanta sombra, la dulce y resplandeciente visión blanca se acerca a mis ojos, y cuanto más me despeño, resplandece más cerca. No de otro modo, el arcángel Luzbel, cuando estaba en el favor de Dios, sentía una sed constante, una sed imposible de saciar; —no de otro modo, cuando se despeñaba en los abismos eternos, se consolaría de haber quebrantado las leyes celestes, con la esperanza de hallar una felicidad para él solo, en su horrenda libertad y su soberbia sin límites, y entonces veía; —como yo— resplandecer una visión, cual si fuera el sol de la alegría en el fondo de aquel mismo infierno que a mí también me espera. ¡Ah! ya no vacilo. . . por llegar pronto a Blanca. La plata y el oro han pasado por mis manos, como un río, y he comprado hasta al último truhán su furor y sus címenes. Clama, Júpiter. (*Se sienta*). Beltranena había caminado la noche. . . para caer sobre San Salvador de improviso. Esto es. Me voy. ¡Ah! no lo recordaba ya: ese hombre ha quedado muerto en el camino. Se me va la cabeza. Torceré el rumbo y volveré a la ciudad ganando los cercados. ¡Oh, no más vacilaciones, digo, y vaya a grandes trancos descendiendo desde luego al infierno! (*Levántase*). ¿Para qué me dio el Doctor esta careta? ¡No parece sino que trata de representar una tragi-comedia! . . . Hágase el mal de frente y que el diablo nos estime por nuestro descaño. ¡Fuera careta! (*Sale bruscamente, arrojando desesperado la careta. Pausa*).

ESCENA IV.

BELTRANENA, que asoma la cabeza por la ventana del fondo.

Qué extraña casa es esta? No se ve una alma por toda ella, y es necesario que yo me acoja a cualquier parte. (*Desaparece para luego aparecer por la puerta. Una larga capa roja lo cubre;*

sombrero negro de anchas alas). El lance del ladrón provinciano es digno de mí, pues en apuros como ése, un elegante hábil pone a prueba su ingenio y su temple. Se lo escribiré a Su Excelencia; ay! de buena gana me reiría, si no tuviese herido este brazo. (*Mírase el brazo izquierdo, y al abrir la capa se ve el vestido manchado de sangre y lodo*). Me parece que echa sangre. Aquel negro de seguro es muy fuerte. ¿Pero es un ladrón como me parece? “El señor de Beltranena” —me dijo saliendo al camino de entre la maleza— “¿Quién me nombra?”— le respondo... Yo pude mentir, ¡mala peste! pero la sorpresa me vendió... Ahora, ¿por qué sabe mi nombre?... Y si lo pronunció para cerciorarse de si yo era Beltranena, como es seguro ¿cómo pudo saber que llegaba hoy, y de noche precisamente él... un negro, un esclavo?... Porque sólo tienen noticias de mi llegada el Intendente y el señor de Celis, mi futuro suegro... con cuyas luces cuento para mi desempeño... Hum! Blanca Celis es famosa por su belleza, y tal vez un rival... ¡Creo que acierto! —“Defiéndete”, me grita el bandido, lanzándome terribles improperios... Yo echo pie a tierra, tiro del sable: él cierra furioso, me desarma, me derriba y me clava el puñal... El no vio que en el brazo... Conocí que iba a secundar y a matarme, y adiós vosotros, favor del Rey, el oro de Celis y mi bella novia que voy a conocer dentro de poco. Antes que el esclavo me hiera de nuevo, me desplomo intencionalmente, finjo una agonía, y le digo desde el barro con voz entrecortada; —“Por la Virgen del Viejo! déjame el aliento para rezar mi última oración”... El asesino se santiguó, y heme allí muerto esperando que el ladrón llegue a aligerarme del dinero, el reloj y las ropas, lo cual pudo hacer que entendiese que yo estaba vivo; pero se contentó con robarme... a lo que parece... (*se registra*) mis papeles... Ah! ah! ya veo claro: —en todo esto interviene el diablo, o sea los señores liberales, que es lo mismo. Por lo que hace al asesino dibujaba en la noche una silueta infernal que no olvidaré en la vida... Mi caballo correrá por esos campos pues no he podido hallarlo. ¡Con que este puñal viene dirigido por los revolucionarios! Amanezca el nuevo día y yo les arreglaré las cuentas; pero ya es tiempo de hablar al dueño de la hacienda y de que acabe la aventura. (*Da algunos pasos hacia la puerta por donde entró Celis y se detiene asustado*). Diablo!... ¿qué mala visión es esta? embozados negros con antorchas, y un puñal clavado sobre una mesa... ¡si me habíá dado calentura esta herida!... pero, no; lo que veo es cierto: un hombre enmascarado está escribiendo, y qué aitor!, hasta aquí se oye el rasguear de la pluma... ¡Mala

estrella! parece que he venido a dar a manos de los conspiradores. (*Retrocede*). Si fuesen a venir por esa puerta!... ¿si me estarán acechando? Animo! todo está en silencio... Volvámonos por esa puerta, y a ganar monte. (*Va a salir cuando oye ruido de pasos y voces que llegan por el fondo*). Me cierran la salida... he caído por mí mismo en la trampa. (*Se abre la puerta del fondo: Beltranena inclina la cabeza para ocultar el rostro; entonces ve a sus pies la careta que arrojó al irse Júpiter*). Una careta... que veo a tiempo. (*Mientras él se inclina entra un grupo de conjurados cubierta la faz con caretas y abrigados con capas negras. Beltranena se cubre el rostro y se vuelve a ellos embozándose*).

ESCENA V.

BELTRANENA: grupo de conjurados

LOS CONJURADOS.—Libertad o muerte! (*Pasando; y éntanse por la derecha*).

BELTRANENA.—(*Aparte*). Es la consigna. (*Alto*). Libertad o muerte. (*Entra por el fondo otro grupo de enmascarados*).

ESCENA VI.

Grupo de conjurados, BELTRANENA.

CONJURADOS.—Libertad o muerte! (*Pasan*).

BELTRANENA.—Libertad o muerte! (*Otro grupo de enmascarados*).

ESCENA VII.

Conjurados, BELTRANENA.

CONJURADOS.—Libertad o muerte.

BELTRANENA.—Libertad o muerte. (*Pasan*).

ESCENA VIII.

BELTRANENA

BELTRANENA.—San Salvador no estará lejos, a lo que pienso; mas por si volviese tarde con gente armada, más vale saber lo que dicen estas máscaras. . . . (*Grupo de enmascarados*).

ESCENA IX.

Conjurados, CELIS, ARCE, BELTRANENA, todos con caretas.

CONJURADOS.—¡Libertad o muerte!

CELIS.—Libertad o muerte!

BELTRANENA.—Este parece de los cabecillas. (*Lo dice por Celis*).
No le perderé de vista.

UN CONJURADO.—Soy “Independencia”.

CELIS.—Y yo “Democracia”. (*Se reconocen.—Bajo*). Gregorio Celis.

CONJURADO.—(*Bajo*). Manuel José Arce. Es preciso que hablemos de mi tío, pues pasa algo muy grave que debo deciros a ambos.

CELIS.—Su contraseña es “Patria”.

ARCE.—Esperad. (*Vase*).

ESCENA X.

BELTRANENA, CELIS.

BELTRANENA.—(*Acercándose a Celis*). Amigo mío, parece que no han llegado todos los que debieran. (*Aparte*). Pondré atención en la voz.

CELIS.—¿Qué les ha retraído?

BELTRANENA.—Eso me pregunto yo ¿qué puede ser?

CELIS.—¿Sabéis que llega un agente de la Capitanía?

BELTRANENA.—Sé ciertamente, que ha llegado. (*Aparte*) ¿Pues como lo pregunta si ellos mismos han mandado asesinarme? ¡Ese esclavo vuelve a ser para mí un enigma!

CELIS.—Si ha llegado ha sido por la noche. Hasta hoy en la tarde nada se sabía.

BELTRANENA.—Ha sido por la noche efectivamente.

CELIS.—¿Estáis seguro?

BELTRANENA.—Podéis creerlo.

CELIS.—¿Vos lo conocéis?

BELTRANENA.—Cuando estuvo en Guatemala le conocí de cerca.

CELIS.—¿Y qué tal hombre es él?

BELTRANENA.—(*Aparte*). Vaya! la verdad. Un hombre implacable con los enemigos del Rey. Es bueno que estemos impuestos de esa circunstancia.

CELIS.—Sólo necesitamos un breve espacio, amigo; si hasta entonces no descubre nada, podéis estar seguro de que no es temible.

BELTRANENA.—Pero es lo malo que según informes que tomó por interés propio, él está informado más de lo que conviene a la conjuración.

CELIS.—¡Cómo! vos también sois de los que creen que hay entre nosotros quien nos traiciona.

BELTRANENA.—Ciertamente. (*Aparte*). ¿Qué escucho?

CELIS.—Si creéis eso, cuidado de no decirlo hasta dentro de algunos momentos.

BELTRANENA.—Estoy seguro de lo que os digo. (*Aparte*). Así meto desconfianza.

ESCENA XI.

Dichos; Conjurados.

ARCE.—¡Soy Independencia!

CELIS.—¡Y yo Democracia!

DELGADO.—Y yo Patria. (*Los tres forman aparte un grupo en el proscenio*).

BELTRANENA.—(*Bajo, a un conjurado*). Hay entre nosotros un trai-

dor. (*A otro conjurado*). Hay un traidor entre nosotros. (*Se pierde en los grupos del fondo hablando en secreto a los conjurados*).

DELGADO.—¿Qué dices?

ARCE.—Que alguien ve en el esclavo un espía de Gutiérrez de Ulloa y va a denunciarlo a la Junta.

DELGADO.—¿Pues qué hay?

ARCE.—Hay que se le ha visto al anochece salir de la guardia de Palacio; luego ha estado en la *Taberna del Seis de Agosto* de irrochando en unión del oficial de arcabuceros Góchez y del sargento Aleaga, y después en los barrios, con gente de la plebe a quien daba de beber largamente. Le siguió el guarda de esta hacienda y dio parte a su amo.

DELGADO.—Es preciso hablar al guarda.

ARCE.—El guarda anda huyendo lo mismo que el amo.

BELTRANENA.—(*Saliendo de un grupo, dice en voz baja a un conjurado*). Hay aquí un traidor! (*Rumores de cólera e inquietud*).

DELGADO.—¿Qué dices de esto, Celis?

CELIS.—Que os respondo de Júpiter; más si fuese verdad que nos traiciona, yo sería quien asentase sobre él el puñal justiciero con que han clavado en aquella mesa la denuncia: voy a ofrecérselo a la Junta. (*A los conjurados*). Vamos, señores! (*Entran por la puerta de la derecha los conjurados*). Amigo, (*a Beltranena*) por lo que pueda suceder, quédate a la puerta y haz de centinela. (*Sigue a los conjurados*).

ESCENA XII.

BELTRANENA

BELTRANENA.—Aquellos tres parecían los Jefes. (*Rumores de voces dentro*). Uno de ellos habla. Es todo una extraña jerigonza. . . (*Entra Júpiter y se detiene en la puerta del fondo. Beltranena se vuelve y ve a Júpiter*) ¿Pero qué veo? . . . Este es mi asesino. (*Júpiter avanza al proscenio*).

ESCENA XIII.

Dicho, JUPITER.

JUPITER —Ellos hablan mucho; yo siento más; y mis pasiones ca-

minan con más rapidez que sus pensamientos, y, cuando su cabeza ha alumbrado breve espacio, ya las llamas de mi corazón han desatado el incendio. (*Rumores a la derecha*). En verdad, (*representando*) ellos, como yo, persiguen una visión resplandeciente: ellos su visión que se llama La Libertad y yo mi visión que es... Blanca. (*Rumores y gritos*). ¿Más qué pasa? Han gritado ¡traición!... y me parece que me nombran.

BELTRANENA.—El esclavo es el traidor, dicen... (*Grita*). Aquí, amigos! Ved aquí al traidor que llega! (*Cubre la puerta del fondo*). Buena es la ocasión para deshacerme de él.

ESCENA XIV.

Dichos; CONJURADOS.

CONJURADOS.—Muere el traidor, el espía!!

BELTRANENA.—Sujetadle. (*Lo hacen*). Démosle muerte!

CONJURADOS.—¡Es un espía!

UNO.—¡Qué pudisteis esperar de un esclavo! ¡De un negro!

JUPITER.—Así como estáis, vuestros rostros son negros como el mío. Un esclavo es un hombre que atisba la hora de rebelarse: un esclavo es siempre traidor, pues los oprimidos acechan a los opresores: el negro lleva pintada su alma en el rostro. Me llamáis *El pueblo*: el pueblo es también esclavo, y en su pecho hierven el rencor, las celadas, la traición contra el amo. Yo soy el pueblo porque estoy en acecho, soy el rebelde, soy el esclavo: mi alma, quemada por el odio, como mi faz, es negra! ¡Soy el traidor de siempre! ¿Pero vosotros, por qué tenéis las faces negras, tenebrosas e inmóviles como la mía? ¿Acaso el alma se os ha ennegrecido y os habéis nivelado conmigo? ¡Entonces todos aquí somos traidores!

UN CONJURADO.—Insolente! (*Voces irritadas*).

OTRO.—Nos habla con descao!

OTRO.—Y nos insulta!

ARCE.—Nos ha llamado traidores!

OTRO.—En todo lo que ha dicho hay disimulo!

ARCE.—Se llama traidor y nos llama traidores!

VARIOS.—¡¡Traidores!! (*Tumulto*).

BELTRANENA.—He ahí mi voto: ¡la muerte!

VARIOS.—Miserable! ¿A quién traicionamos nosotros?

JUPITER.—¡¡Al Rey!!

BELTRANENA.—Ya ha confesado su traición: no le escuchemos y que empiece la votación.

CELIS.—Deteneos! A no dudar, pasa algo inexplicable en el esclavo.

UN CONJURADO.—Defiende al Rey con firmeza y nos acusa de traidores.

OTRO.—Pues qué! ¿piensas que nosotros somos esclavos como tú y que el rey es nuestro amo?

JUPITER.—Que el rey es nuestro amo! Sí.

EL CONJURADO.—(*Con ferocidad*). El tiempo urge y no hemos de perderlo hablando con un espía de Gutiérrez de Ulloa. Es evidente que es un traidor.

JUPITER.—Lo soy, y tanto como vosotros.

CELIS.—Dejémosle explicarse; y cuando hayamos juzgado de los hechos de este hombre, veremos si merece la muerte. (*A Beltranena*). Traed de aquella mesa el puñal que el acusador ha clavado sobre la denuncia; os ofrezco de nuevo que le inmolaré con mis propias manos si resulta culpable. (*Beltranena trae el puñal*). Pero antes de llegar a ese extremo, Conjurados, exijo que le juzguemos tranquilamente.

BELTRANENA.—He aquí el puñal, señores.

ARCE.—Vamos, en efecto, a los hechos.

VOCES.—Veamos los hechos.

OTRA.—¿Qué fuiste a hacer a Palacio hoy a las seis de la tarde?

OTRA.—¿Qué tienes apalabrado con el jefe de arcabuceros, el Capitán Ildefonso Góchez?

OTRA.—¿Por qué llegaste a esta hacienda en unión de gente desconocida?

DELGADO.—¿Dónde están las armas?

JUPITER.—¿Queréis estar seguros de mí?... Pues bien, yo quiero estar seguro de vosotros. Por eso no os responderé si antes no me permitís que os hable despacio del Rey Fernando VII. ¿No le debéis lealtad y vasallaje? Es el descendiente de aquellos reyes que mandaron sus hombres vestidos de hierro sobre los indios; que pusieron sus virreyes y sus capitanes generales sobre los tronos de los caciques; que derribaron unas ciudades y fundaron otras; que aniquilaron una raza y formaron otra nueva; que despedazaron los dioses malos y sobre toda la América hicieron abriarse los santos brazos de la cruz: ¡toda la América es del Rey Fernando, nuestro señor y dueño!

BELTRANENA.—Está doblemente confeso... Espero una señal para herirle. (*Levanta su puñal sobre Júpiter*).

CELIS.—Detén el brazo. (*Sujeta a Beltranena*). Y oye tú, “Pueblo” Si Pedro Alvarado derribó los dioses sanguinarios y sobre sus altares elevó la Cruz, nosotros del trono de los reyes vamos a hacer el altar de la Libertad: ¡la idea nueva debe matar la idea vieja!... ¡Ah! Si nos ves negras las caras no es que la traición se oculte tras los antifaces; más bien estamos así porque somos la nueva nación todavía sin nombre; los futuros ciudadanos, envueltos en la noche del coloniaje; las conciencias amenazadas y perdidas hoy en un océano de oscuridad más profunda que las tinieblas con que nos enmascaran estos jirones de terciopelo. De la sombra que nos oculta van a salir el hombre y la nación del porvenir. Imagínate, “Pueblo”, el aspecto que presentaría el caos, antes de que Dios soprase sobre él las prodigiosas corrientes de vida de Su Palabra; ese aspecto era de sombras; montes, llanuras, torrentes y tempestades desatadas, todo esbozado, todo informe, todo hecho de sombra: todo como un mar sin límites en que se debatían en una borrasca sin ruido, las gigantescas olas de las tinieblas: el mismo ¡oh “Pueblo”! el mismo aspecto que presentarían, si pudiesen verse detrás de estas caretas, las almas de estos hombres; el mismo que presentarían San Salvador y todo nuestro grande istmo, recostado entre dos océanos, si pudieses ver sus almas gigantescas tras del doble lienzo del despotismo y de la sombra con que los enmascara esta noche que en la Historia va a ser memorable. ¡Si tú pudieses ver como nosotros, si todos pudiésemos ver claramente tras esas caretas, tras esa noche! ¡Cuántas ansias de vida plegan las alas en su seno...

JUPITER.—(*interrumpiendo*). ¡Oh decid qué ambiciones!

CELIS.—¡Cuántas ideas redentoras!...

JUPITER.—(*interrumpiendo*). ¡Oh qué errores, desaciertos y blasfemias!

CELIS.—¡Cuántas cabezas en que yace entre cenizas la chispa divina arrebatada a la hoguera celeste; brazos que empuñarían la espada en que resplandece la luz de la libertad, pechos en que ruge, como una tormenta muy lejana, la palabra que defiende, que proclama, que salva los derechos de los pueblos oprimidos; la protesta que arroja a los cuatro vientos la verdad que redime, con bautismo de fuego, las ignaras muchedumbres! ¡Bajo estos antifaces, bajo esa noche espesa, bajo este caos, hay un mundo, una nación, una República! Espera breves horas. Cuando llegue el nuevo día, así como en el principio la palabra del Creador, llevaba en su soplo la luz, y con sus ecos todopoderosos iba modelando los globos gigantescos, y con su vibración tachonando los cielos de constelaciones y estrellas, así la palabra “libertad”, que también es de Dios, dentro de breves horas, va a encender en este pueblo, que yace en el caos, una vía-láctea luminosa de ciudadanos, un cielo de espíritus libres, una República democrática!!

CONJURADOS.—¡Viva la libertad! ¡Viva la República! (*Júpiter tranquilo. Beltranena se ríe*).

JUPITER.—Quienquiera que tú seas, que compares una obra de rebelión con la obra de Dios, sabe que tus palabras son una blasfemia. Ya que hacemos el mal, veámoslo frente a frente, y confesémoslo. ¿Por ventura si mañana, se forma una cuadrilla de facinerosos y declara la guerra a los hombres, al Rey y a Dios, con palabras oscuras y con espantables blasfemias, estos bandidos dejan de ser hombres malos para ser héroes o ángeles? Habéis hablado del caos. Ya lo veo. Las malas pasiones van a desatarse como huracanes; los brazos que hoy no mueve el odio o la venganza, van a elevarse armados, y hay mucho desconocido bajo esta noche; la tea del incendio va a mostrároslo. ¿Qué os mueve? No os conozco, ocultáis los rostros; si pudiese ver detrás de vuestras carretas, descubriría en efecto un caos de ambición, de pecados, de rebeliones.

CELIS.—Este caos va a hablarte: vas a oír sus voces. ¿Quiénes somos nosotros? ¡hablémosle!

UN CONJURADO.—Le hablaré yo el primero. ¿No sabes que el Rey Fernando VII ha traicionado a España y la ha entregado al Em-

perado! Napoleón? Yo soy la *Moral Universal*. ¡Muera Narizotas! ¡Viva la República! (*Tumulto*).

OTRO.—¿No has oído hablar del famoso ladrón cuatrero a quien llamaban *Ceniza*? Fue despedazado en la plaza de San Miguel por cuatro caballos salvajes. De mozo era criado de mi casa y la historia de su tormento horroriza allá a los niños. Pido tiempos mejores y desconozco el poder de España. Mi nombre ante vosotros es *Justicia* (*Voces: ¡Bien! ¡Bien!*).

OTRO.—Mi abuelo era un protestante alemán: oraba en su alcoba y ocultaba sus creencias como si fuesen un robo. Mi padre me hizo bautizar, para librarme del odio público. Pero yo, después de sesenta años de vida, en mi corazón soy protestante como mi abuelo. Aboiezco a los reyes y las sectas. Yo me llamo el *Libre Pensamiento* (*Tumulto*).

ARCE.—Yo soy *Independencia*. No pienso más, ni siento más, sino que soy un brazo armado de una espada (*Aplausos. Voces*).

OTRO CONJURADO.—Yo soy el *Derecho*, y hasta

OTRO.—Yo la *Esperanza*.

OTRO.—Yo la *Idea*.

OTRO.—Yo soy el indio: soy *La Vieja Raza* exterminada.

OTRO.—Yo me llamo *Progreso*.

OTRO.—Yo soy la *Razón Humana*.

DELGADO.—(*Adelántase*). Podría ser de los opresores y ofrezco mi vida por los oprimidos. Podría al lado del Arzobispo, oscurecer las conciencias, engañar al pueblo; recibí honores del Capitán General, y bendecí las naves en que van los deportados a Ceuta y las prisiones en que gimen los amigos de la libertad. Pero ahogan mi corazón las lágrimas de doce generaciones que pasaron por América bajo el azote de tiranos. De esta tierra abonada con sangre de esclavos es el barro de que formó Dios mi cuerpo. Sus dolores presentes punzan mi pecho: la luz de un gran porvenir es la aureola que rodea mi alma. Sus montes, sus ríos, sus bosques, su sol, sus crepúsculos son la poesía que embellece mis recuerdos. Mi trabajo es forjar sus destinos: mi gloria sería que en su historia viviese mi nombre. Yo me llamo *Patria*. (*Agitación*).

CONJURADOS.—(*en tumulto*). Soy La Libertad. Soy La Justicia. Soy La Razón. El Derecho. La Propiedad. La Ley. La República.

ARCE.—Basta, señores. Tocante a ti, esclavo, la cuestión es otra. La lealtad existió siempre y el traidor fue sentenciado a muerte en todos los tiempos. Has traicionado la conjuración. La votación va a empezar.

JUPITER.—Oídmeme antes pocas palabras. Os he dicho que así como queréis vosotros estar seguros de mí, quiero yo estar seguro de vosotros. . . Vais a ver por qué. (*Saca un papel de su bolsillo*). Tengo aquí este papel que contiene una noticia que no es conocida en todo el reino sino de Su Señoría el Intendente y del Excelentísimo Señor Capitán General. Sabed que hace pocos días la revolución ha estallado en México. (*Les da un papel que examinan*).

UN CONJURADO.—¡Es un oficio del Virrey!

OTRO.—¡México está en armas! (*Agitación y tumulto*).

OTRO.—¡Viva México!

JUPITER.—En esa noticia observad esto: el Virrey fue llamado a la cabecera de un moribundo: el moribundo era un conspirador que próximo a comparecer ante Dios, confesó su delito y delató a sus cómplices, que fueron presos, pero un cura, que era el alma de la conjuración, y que se llama Miguel Hidalgo, ha apresurado los sucesos y levantado el estandarte de la revolución en un pueblo llamado de Dolores. ¿Permaneceréis vosotros firmes en vuestros propósitos aun en el lecho de la muerte, en el tormento y en el cadalso? Si hay quien vacile, que se aparte de nosotros

UN CONJURADO.—¿Qué cambio es éste?

OTRO.—¡A votar! ¡A votar!

OTRO.—¡El moribundo sería un esclavo como tú!

OTRO.—Ha eludido la defensa.

ARCE.—¡Vamos a los hechos!

JUPITER.—¡Pues bien! Van a responder por mí los hechos.

DELGADO.—Las armas que se guardaban en la troje de esta hacienda, han desaparecido, ¿Sabéis dónde están las armas?

JUPITER.—(*Con sencillez*). Muy bien, mi amo: yo he puesto esas armas en manos de los calvarianos. Y sé más, que vosotros no sabéis: sé que los barrios de Concepción, Candelaria y La Vega juntos, dan mil hombres de arma blanca.

LOS CONJURADOS.—(*Con sorpresa*). ¡Ah!

JUPITER.—Contamos también con el capitán Góchez, edecán de su Señoría, y con el sargento Aleaga, de la guardia. (*Pone sobre la mesa unos papeles*). Aquí tenéis otras noticias. Juan Nepomuceno Cacho Gómez, contador de diezmos de Comayagua, trae de Honduras ciento diez hombres. (*Viendo una carta*). De ellos ocho reciben el pie del bolsillo de Nepomuceno; pues este hondureño hace méritos para pedir a su Majestad una contaduría de tabacos. (*Toma otra carta*). Por si esta tropa no bastase a prevenir un desorden en San Salvador, el Coronel de Aycinena, ha puesto sus tiendas a orillas del Paz, pronto a acudir a la primera señal de insurrección. Son los suyos quinientos hombres. Trae, sobre todo, para apaciguar al pueblo al Padre Vidaurte, que es un gran predicador. ¿Ignorábais todo esto? Esta es correspondencia del Intendente y debe volver esta misma noche a su despacho. (*La guarda*). Tendremos, pues, que resistir las milicias de las provincias de Guatemala y Honduras, (*Rumor*). Si hay entre vosotros quien tema por ello a fe que no tiene razón, pues dentro de algunas horas tendremos a San Salvador en nuestro poder, y hay en la sala de armas de palacio doscientos mil pesos del Tesoro Real y tres mil rifles, con los cuales podemos hacer frente a las milicias de todo el reino. Como sabéis, hoy debía llegar el Coronel Fermín de Beltranena, agente secreto de la Capitanía. Ved aquí sus papeles e informaos de sus planes. Llego de lejos, y estoy cansado (*Se sienta. Los conjurados por grupos cuchichean*).

CONJURADOS.—¡Bravo! ¡Es magnífico! (*Leen los papeles*). Ha querido probarnos.

BELTRANENA.—(*A un lado del proscenio*). Ved ahí cómo se imponen de mis papeles en mis narices.

CELIS.—Señores, ya veis lo que es el Pueblo. Eso que admiráis es obra de un día.

ARCE.—(*A Celis*). No me gusta ver tanto poder en manos de ese esclavo.

CELIS.—Bien está el rayo en manos de Júpiter. Júpiter es el pueblo.

DELGADO.—Guarda esos papeles. (*Los recoge de la mesa*). Arce tiene razón: vendréis con nosotros a casa.

JUPITER.—Ahora, si lo permitís, voy a retirarme: otros quehaceres me aguardan. (*Rumores de admiración. Le abren paso y le siguen. Se oyen aclamaciones: "¡Viva el pueblo!" "¡Viva Júpiter!"*).

ESCENA XV.

BELTRANENA

BELTRANENA.—¿Quién es este Júpiter, que es el pueblo? He ahí el enigma. Y ciertamente, ese esclavo es un enemigo terrible. (*Se descubre el rostro*). Pero toda su obra va a desvanecerse como un sueño, al despuntar el nuevo día... ¡Vamos! estos señores me guiarán a San Salvador. (*Vase esbozándose. Telón*).

ACTO III

Sala en casa de CELIS. (Amanece)

PRIMER CUADRO

ESCENA I

BLANCA.—*(Con manto y una lámpara en la mano: la sigue ENGRACIA)*. Esta madrugada no he oído con devoción la misa. *(Entreabre las cortinas de la ventana)*. La alborada parece triste. . . Mi padre hoy tampoco ha pasado la noche en casa, y esos rumores de guerra que empiezan a inquietar la ciudad, han aumentado mi desvelo y mi zozobra. . .

ENGRACIA —Señorita. . . ¿Júpiter va a quedarse aquí?

BLANCA.—El Padre Delgado lo ha obsequiado a mi padre. Engracia, prepárame el vestido de tisú de oro. Va a llegar el señor de Beltrarena, y hay que recibirle como a persona de calidad.

ENGRACIA.—*(Aparte)* ¡Y el esclavo, enamorado de la Señorita Blanca, y con paso libre para entrar y salir en la casa! *(Alto)*. ¿Sabe la señorita? Su merced va a espantarse; pero tengo ley a la familia y. . .

BLANCA.—¿Qué dice?

ENGRACIA.—Digo que ese negro que han obsequiado al amo está enamorado de su merced.

BLANCA —Engracia, eres aturdida. . . ¿Por qué lo dices?

ENGRACIA —¿No lo ha visto su merced a su paso plantado en el atrio de la Iglesia todas las madrugadas?

BLANCA.—Pues hoy no estaba

ENGRACIA —¿Y la noche del baile de las Aíce, cuando su primo Bernardo bailaba el fandango con su merced. . .

BLANCA —¿Qué?

ENGRACIA.—El espía por la ventana y la miraba a su merced con unos ojos como llamas.

BLANCA.—¡Había tantos curiosos!

ENGRACIA.—Luego, una vez que el amo despidió las visitas ya tarde de la noche, cuando yo fui a cerrar el zaguán, vi al negro que paseaba la calle, haciendo el galán que se pasa la noche en claro.

BLANCA.—Esperaría al Padre. . . Vaya, déjame en paz.

ENGRACIA.—Y en fin, ¿cómo habría podido hacer que el Doctor que aborrece a los dueños de esclavos, lo aceptase a él, si su locura no le aguzaba la mente? (*Blanca se ríe*).

BLANCA.—Tú estás loca, a lo que parece. Ve a arregláme el vestido, y calla

ENGRACIA.—Está bien, señorita (*Blanca va a la ventana*). Pero. . . (*Entra Júpiter*). ¡Caígue el diablo con el negro! (*Vase. Júpiter avanza sin ver a Blanca*).

BLANCA.—Ya está saliendo el sol.

ESCENA II.

BLANCA, JUPITER

JUPITER —Me asombra que hayan descubierto a esos desgraciados. . . Los instantes son preciosos y el señor de Celis tarda en venir. . . (*Vuelve a ver*).
Ella. . .

BLANCA.—Júpiter, ¿sabes dónde está mi padre?

JUPITER.—Mandóme que os diga que estéis tranquila.

BLANCA.—Pero él, ¿dónde está y por qué no viene? . . . ¿tú has pasado la noche sirviéndole? . . .

JUPITER.—Os repito lo que me mandó decirnos, sin pensarlo, como un eco.

BLANCA.—Pasa, pues, algo extraño. . . He aquí un esclavo que ha visto esta noche a mi padre y sólo puede atormentarme con su obediencia. . .

JUPITER.—¡Ah! sabed. . . solamente, que llegado el caso, daría la vida por vuestro padre.

BLANCA —(*Se sienta cavilosa*). Hablas de tal modo, que entiendo

que mi padre corre peligro... ¡Ah! no es, pues, mi boda lo que le trae caviloso... Porque, hoy lo pienso... cuando esa caita llegó, mi padre llevaba algunos días de estar meditabundo y sombrío. . . (*Júpiter permanece en el fondo. Blanca cerca del proscenio. Las palabras de Júpiter, que habla a media voz, se oyen como un soliloquio*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Cuánto tarda, corazón! qué distancia me separa del momento en que pueda decirle a esta mujer: “te amo”... ¡Ah! ¡esta idea!; hago esfuerzos y la rechazo, porque si esas palabras llegasen a salir de mis labios mi razón reventaría como un vidrio . . . Sin embargo, durante mucho tiempo creí que era imposible que alguna vez yo le hablase, —y que ella me hablase—; y hoy... yo le hablo, y ella me habla... Y está allí cerca, a mi lado, y he oído sus palabras como si cayesen de la altura de un trono; y su mirada llega hasta mí como si fuese la luz de una estrella lejana; ¡que está lejos, muy lejos, su corazón del mío!... Oh distancia... distancia... ¡Ayúdame, fortuna!. Riqueza, honores, poder, gloria, ¿no conseguiré llenar con estas cosas, el abismo que de ella me separa?... La esperanza, que dentro de mi pecho abre sus alas, eleva este canto: “Sí”.

BLANCA.—(*Aparte*). Más bien será que afligen a mi padre esos rumores de guerra, ¿o será?... ¡qué espantosa idea!... Sin embargo, este pensamiento, como si mi alma se complaciera en atormentarse, me domina como si viese ya algo claro y desgarrador . . . ¿Serán ellos, los de esa rebelión? . . . Veo a ese hombre... (*Por Júpiter*) y más me inclino a creerlo. Acércate, esclavo, ¿Qué iba a hacer, hija imprudente? . . . (*Júpiter avanza y la ve con timidez y asombro*). Si yo me engañase, sería hacer a mi padre sospechoso, preguntar si conspira contra el Rey... Con todo, tengo fe en los consejos de mi corazón, ¡Sí! y ahora desearía que fuese cierto que este esclavo me ama. Oye, esclavo, ¿no es verdad que eres muy fiel a mi padre?

JUPITER.—¿Hay quién lo dude, acaso?

BLANCA.—¡Oh no! pero hace un momento me decías que estabas pronto a defenderle... que...

JUPITER.—Os he dicho que llegado el caso, daría la vida por vuestro padre.

BLANCA.—Si es cierto lo que dices, júralo por Dios, esclavo.

JUPITER.—Oh ¿qué inesperada felicidad es ésta?

BLANCA.—Te digo que lo jures por Dios, esclavo.

JUPITER.—¡Sí, Sí! Con toda mi alma, lo juro. Lo juro por cuanto puede haber de sagrado... Lo juro por Dios y por la Santa Virgen... ¡Más! ¡Más todavía!... ¡Lo juro...! (*Blanca extiende las manos a los labios de Júpiter*).

BLANCA.—(*Con un grito imperioso que corta el diálogo*): ¡Silencio! (*Aparte*). ¡Oh! es cierto... (*Yéndose*). Este hombre me ama y estoy aterrada. (*Sale*).

ESCENA III.

JUPITER

JUPITER.—Qué iba a hacer... ¡insensato!... iba a jurar por Blanca, por mi amor!... Pero ella, ¿sintió acaso que llegaba el soplo de la tempestad, y selló mis labios antes que el rayo viniese a caer entre nosotros?... Sí, ella lo sabe... Ella lo sabe... Ella lo sabe, y esto es para mí al mismo tiempo, algo como una dicha, y algo como una irreparable desgracia! (*Cae en una silla y llora. Delgado y Celis entran, y se detienen al ver a Júpiter*).

ESCENA IV.

JUPITER, CELIS, DELGADO

CELIS.—Mírale anegado en lágrimas. (*Va a Júpiter y le toca el hombro*). ¡Valor amigo. (*Júpiter se vuelve fuera de sí y abraza a Celis llorando*)

JUPITER.—Es que eso es para mí como una irreparable desgracia. (*Pausa*).

DELGADO.—¡Ea! hay que tomar una resolución.

JUPITER.—(*Vuelto en sí*). ¡Ah! Os esperaba.

CELIS.—Durante el resto de esta noche, desde que nos dejaste, nuestra obra ha caído en ruinas. El oficial y el sargento están presos.

JUPITER.—Lo sé.

CELIS.—Y van a darles tormento para que declaren.

JUPITER.—Sin duda.

CELIS —Y la conjuración dentro de breves instantes va a ser descubierta.

JUPITER.—Sí.

CELIS —¿Pues para qué me esperabas? Huye y déjanos. Los presos sólo a ti pueden delatarte.

JUPITER.—Os esperaba para decirlos que el grito de insurrección debe darse al instante y no a las seis de la tarde, como dispuso la Junta. Hay que hacerlo saber a los conjurados. No necesito más tiempo que el de hacer una señal y tocar a somatén en La Merced. Al momento veréis hervir en las calles al pueblo.

DELGADO.—¿Cuál es la señal?

JUPITER —Tres campanadas, que serán repetidas tres veces.

DELGADO.—No hay tiempo que perder. De aquí vamos a los baños. Júpiter, vas a llevar un papel a Arce.

CELIS.—Voy a tomar mis armas. ¿Vienes, Padre?

DELGADO.—Voy a escribir a Arce para que se ponga al frente del asalto. *(Salen)*.

ESCENA V.

JUPITER

JUPITER.—¡Arce! . . . Esperad un poco. No es Arce quien ha tejido la red en que va a quedar presa como una mosca la Fortuna. Y mañana . . . ¡vive Dios, que mañana al hablar a Blanca no me turbaré más! . . . Toda esta ciudad, hombres, mujeres, nobleza, clero, ejército, todo va a hormigear bajo mis plantas. . . Ah, ¿Guatemala quiere la guerra? Juro a Dios que la venzo, y después, como en un tableo, pongo la mano sobre todo Centro América. . . ¡Oh! ¿qué idea ha cruzado por mi mente, que me ha cegado como un relámpago en el mar? . . . Tener una corona como él. . . ¡como Fernando! *(Beltrana aparece en el fondo con un látigo en la mano)*.

ESCENA VI.

JUPITER, BELTRANENA

BELTRANENA.—(*Desde el fondo*) ¡Anúnciame, esclavo! (*Júpiter no le oye. Se supone que por la clase de sus meditaciones, ni oye, ni creería que es a él a quien se dirige la palabra: “esclavo”*)

JUPITER.—¡Como Fernando!. ¡Oh, estupor!. . . ¿Por qué no?. . . Esas cosas divinas las foija también el azar. . .

BELTRANENA.—(*Viendo en torno*). Esclavo, ¡anúnciame! (*Viendo la sala*). Es una casa opulenta.

JUPITER.—(*Que no ha oído*). . . Y todo ese poder, toda esa grandeza, toda esa gloria a los pies de Blanca!

BELTRANENA.—(*Descarga un chilillazo que estalla sobre Júpiter*). Vil esclavo, ¿no me oyes?

JUPITER.—¡Ah! (*Da un rugido de cólera y desemboza su puñal con rapidez*). Quien quiera que seáis, vais a morir! (*Va a lanzarse sobre él*). ¡Espantosa ilusión! (*Con voz sorda*). ¡El señor de Beltranena a quien di muerte anoche! ¡Satanás juega conmigo!

BELTRANENA.—¿En qué pensabas, bribón?

El cuadro será éste: al alzar el látigo Beltranena, Celis y Delgado aparecen por segundo término, al mismo tiempo que Blanca por primer término, los tres a la derecha. Beltranena permanece en medio y al fondo: Júpiter espantado en el proscenio, a la izquierda.

BELTRANENA.—¡Calla! ¿pero qué veo? ¡si es mi asesino!. . . Me reconoce y está aterrado. ¡Jorge! ¡soldados! (*Entra un oficial y soldados*) Prended a ese esclavo. (*Prenden a Júpiter*). ¡Centinelas, a las puertas! ¿Sois vos el señor de Celis. . . ?

ESCENA VII.

Dichos: BLANCA, CELIS, DELGADO, JUPITER, JORGE, soldados.

BELTRANENA.—Los tiempos son malos, doctor. Desde cierto lance

del camino, (que os lo refiera ese esclavo), he dispuesto andar en San Salvador en buena compañía... Llevadle. (*Llévanse algunos soldados a Júpiter*).

ESCENA VIII.

Dichos: menos JUPITER

BLANCA.—¿Quién es ese hombre? (*Se ase a su padre*).

BELTRANENA.—Señores, mientras ventilo un asunto de familia, os prohibo dar un paso fuera. (*A Blanca*). Dispensad, Blanca, ¿sois vos, no es verdad? No creí conoceros en circunstancias tan irregulares. (*Aparte*). He hecho mala impresión: bien se deja ver. Señores, no tenéis idea del huésped que alojabais. (*A Celis*). Mi padre, señor de Celis, os escribió hace un mes, sobre un asunto de familia: yo soy Fermín de Beltranena.

DELGADO.—(*A Celis*). Es un mal hombre: pero mostremos calma

BELTRANENA.—Perdonad si me he excedido; pero ese esclavo es un gran conspirador, y ya os referiré, señor de Celis, todo lo que pasó anoche en una hacienda que llaman de "Guardad".

DELGADO y CELIS.—¡Ah!

BELTRANENA.—Os decía que mi padre, señor de Celis...

CELIS.—Señor de Beltranena, hacéis un papel menos imponente que cínico.

BELTRANENA.—¡Ah!... (*Aparte*). Esta es la voz de mi enmascarado de anoche; reconozco su estatura. Pero, entonces... Su vida está en mi poder y voy a vencerle por el terror. (*Tranquilo*). Señor de Celis, yo no os he arrojado el guante.

CELIS.—Pues yo sí: recogedlo.

BELTRANENA.—(*A Celis*). El esclavo va a hablar; lo recogeré entonces. Anoche se os dijo que Beltranena es implacable... Recordad el hombre de la capa escarlata...

CELIS.—(*Aparte*). Lo sabe todo, y el miserable quiere a mi hija a cambio de mi vida! Blanca, dale a entender, hija mía, que le desprecias tanto como tu padre.

BELTRANENA.—(*Aparte*). El triunfo está en mis manos. (*A Delgado*)

que hace pedazos menudos la carta que había escrito a Arce).
¿Por qué rompéis vos esa carta? ¿Quién sois? ¿Vuestro nombre?

DELGADO.—Me llamo Patria.

BELTRANENA.—Ese es vuestro nombre de conspirador; mas si queréis delataros, lo hacéis a medias.

DELGADO.—José Matías Delgado.

BELTRANENA.—Creo que haréis un prisionero importante, señor Cui a

DELGADO.—Y vos, amigo, parecéis un excelente verdugo. (*Avienta los pedazos de la carta.*)

BELTRANENA.—No os disputo el ingenio. Señor de Celis, vuestra última palabra.

CELIS.—¿Es, pues, verdad que la casa Beltranena está fallida? Escribid a vuestro padre que yo no cancelo esa quiebra.

BELTRANENA.—Jorge, prended a estos señores. Registradles. (*A Celis*) ¿Ibais a salir armado? (*A Jorge*). Quedan presos en esta casa. No les dejaréis hablar a nadie sin mi orden. (*A Blanca*). Besóos los pies, señorita. (*Extiende la mano*).

BLANCA.—Id, miserable.

(*Estupor de Beltranena. Luego ofendido*).

BELTRANENA.—Y por lo que hace a esta dama, Jorge, conducidla a palacio.

CELIS.—

BLANCA.—

DELGADO.—

¡Infame! (*Celis se arroja sobre Beltranena*).

BELTRANENA.—(*Que le ha presentado la punta de la espada al mismo tiempo que Jorge*). Os habéis herido el brazo, señor de Celis. (*Los soldados lo sujetan*). Ved que dáis coces contra el agujón. Vamos. (*A los soldados*). No pondréis las manos sobre esa dama si no os resiste. (*Blanca desfila dignamente entre los soldados que la llevan*). (*Con ironía, cuando Blanca ha desaparecido por la puerta del fondo*): Ya sabéis la consigna, señor de Celis: "libertad o muerte". (*Sale*).

CELIS.—Padre, es horrible. (*Caer*).

SEGUNDO CUADRO

ESCENA IX.

Galería de palacio que da a la sala de armas cuya puerta está en el fondo.

EL CARCELERO GONZALEZ

¿A mí que me va ni me viene en todo ésto? Que unos quieren que no haya Rey, y otros quieren que no haya Nemocracia . . . A todo esto, González, ¿y qué es Nemocracia? . . . Nemocracia es que vamos a tener generales; y va a haber guerra; y el que gane la batalla, . . . ese es el *Jeje*. . . dicen que así es en la Etopa. Eso *mesmo*; pero el Emperador Napoleón gana las batallas porque lleva siempre un botón mágico en la bolsa. (*Baja la voz y espía por la puerta que da a la sala de armas*). Hoy el *Chapín Beltranena* dijo al Intendente que los revoltosos querían robarse los \$ 200,000 del Rey que están en aquel cofre. . . y apoderarse de aquellas cajas de rifles. . . ¿Qué dices, González? . . . ¿te gusta la Nemocracia? . . . ¡Al oficio! al oficio, que hoy tengo que arreglar y debe estar listo el tormento. . .

TERCER CUADRO

ESCENA X.

Sala de armas de palacio.—Cofre-fuerte de la época: algunas cajas de rifles.

BELTRANENA, JORGE

BELTRANENA.—Sólo esta sala de armas puede servir de prisión a tan bella conspiradora. Haz que se la conduzca inmediatamente

JORGE.—Señor, una criada ha quedado llorando a la puerta de palacio y pide se le permita estar con su ama.

BELTRANENA —Ello será a lo mas un rasgo de fidelidad doméstica, Jorge: que no la dejen entrar. (*Vase Jorge*). Cierro que es bella Blanca Celis y que no sería difícil amarla. (*Blanca atraviesa la escena con imponente dignidad hasta llegar al proscenio*).

ESCENA XI.

BELTRANENA; BLANCA; luego JORGE

BELTRANENA —(*Aparte*). No baja un ápice de su altivez. (*Entra Jorge: Beltranena se sienta a una mesa y escribe*).

JORGE —El Intendente manda a decirnos que el proceso sólo arroja los nombres de Góchez, de Aleaga y del esclavo.

BELTRANENA.—¿Y el esclavo no delata al señor de Celis y al Padre José Matías Delgado?

JORGE.—El esclavo dice por el contrario, que era agente de otra persona cuyo nombre jura que no pronunciará.

BELTRANENA.—Caeo que dispongo de un medio para hacerle hablar . . . El potro de ayo. (*Escribe*).

JORGE.—El potro de ayo lo aplicaba el Intendente Azpeita a los ladrones de cuadrilla, a quienes hacía morir so pretexto de que no declaraban, aunque quisiesen declarar . . . Un ayo de hierro ciñe la cabeza del reo y tiene un resorte, que oprime a la vez cinco puntas que le taladran . . . Pocas vueltas de rueda y el hombre es muerto . . . Y el esclavo podría morir antes que declararse. (*Beltranena da lo escrito a Jorge*).

BELTRANENA.—Quedas en lugar de Góchez, Jorge. (*Aparte*). ¡Imbécil! Si el esclavo declarase ¿qué podría ofrecer al señor de Celis a cambio de su hija? Así le arreglaré su cuenta al negro por la puñalada del camino . . . como el difunto Azpeita. Jorge, que intimen de nuevo su declaración al esclavo y vuelve a informarme. (*Ve a Blanca; aparte*). Ha temblado. (*Sale Jorge. Beltranena va hacia Blanca lentamente*).

ESCENA XII.

BELTRANENA; BLANCA

BELTRANENA.—Doña Blanca, está en vuestras manos abrir o cerrar a vuestro padre la puerta de su prisión, y aún la de la muerte . .

BLANCA.—¡Ah! ¡de mi padre!

BELTRANENA.—Dadme la mano; yo os conduciré a su lado, y quedaréis ambos libres

BLANCA.—¡Oh! ¡qué decís!

BELTRANENA.—Mas desde que os la tome... (*En voz baja*) seá
mía.

BLANCA.—(*A media voz, retrocediendo*). Horror!

BELTRANENA.—Os concedo un instante para que lo penséis. (*Aparte*). Conviene que ella envíe a suplicar a su padre. Ahí estaba esa criada; la dejaré hablar a Blanca y a Celis... (*Entra Jorge*).

ESCENA XIII.

Dichos; JORGE

JORGE.—El esclavo permanece silencioso.

BELTRANENA.—Está bien... Jorge, haréis que se le ponga en el potro de aro. (*Ve a Blanca*). Si todos los conspiradores son tan obstinados como el negro, creo que esa máquina no descansa sino hasta acabar con su silencio o con ellos. (*Blanca se lleva la mano a las sienes*). Espera. ¿Tú decías que hay una criada a la puerta? Hazla entrar y que vea a su ama. Si algo queréis decir a vuestro padre, Doña Blanca, no seré yo quien se oponga. (*Sale Jorge*).

ESCENA XIV.

BELTRANENA; BLANCA

BLANCA.—Oh, señor de Beltranena!... (*Beltranena finge no oír*).

BELTRANENA.—(*Aparte*). Ella me habla: ha llegado mi vez: debo ser yo quien se haga suplicar. Quiero espiarla. (*Sale*).

ESCENA XV.

BLANCA

BLANCA.—Se ha ido: ¿qué haré? ¡Oh! ¿qué me ordenaría mi padre que hiciese? (*Entra Engracia*). ¿Engracia? (*La abraza. Se oye un rechino de cadenas que son las del potro*)

ESCENA XVI.

BLANCA; ENGRACIA; BELTRANENA, al paño

ENGRACIA.—¿Qué ruido es ese?

BLANCA.—Es un ruido de cadenas . . . ¡Es el potro! ¡Júpiter va a sufrir el tormento . . . por no denuncia a mi padre! *(Se oye un gemido sordo y prolongado)*.

JUPITER.—*(Dentro)*. Ahhh! . . .

BLANCA.—El . . . es él . . . oyes . . . Es atroz ese tormento, Engracia . . . *(Rechinan las cadenas)*. ¡Ah! otra vez . . . otra vez . . .

JUPITER.—*(Dentro)*. Ahhh! . . . *(Blanca cae de rodillas)*.

BLANCA.—Vengan del Pílar, misericordia! . . . *(Beltranena entreabre la puerta y espía)*. Engracia, ¿tú no sabes que sufre por mí ese inmenso dolor? *(Levántase enloquecida)*. Ah! van a matarlo! Me lo había jurado, Engracia y lo cumple . . . ¡Me ama y muere por mí, infeliz Blanca! . . . *(Vuelven a sonar las cadenas)*. ¡Socorro! *(Se desmaya deslizándose de brazos de Engracia, que arrodillada le sostiene la cabeza)* . . . ¡Socorro! *(Beltranena avanza y se detiene al fondo)*.

JUPITER.—*Dentro*. Ahhh!

BLANCA.—*(Desmayada y con estertor)*. Ah! *(Pausa)*.

BELTRANENA.—*(Que ha llegado al proscenio)*. “Me ama y muere por mí” . . . ¿De quién hablaba? . . . ¿Del esclavo? ¡Imposible! . . . Mas, si fuese cierto, pronto voy a saberlo ¡Jorge! *(Jorge al fondo)*. Suspende el tormento y haz que traigan aquí al esclavo. *(Vase Jorge)*. “Me ama y muere por mí” . . . ¿No escuché eso? . . . Por mi vida, que le oí decir cosas diabólicas . . . Mas si eso fuera, ¡con cien mil demonios! . . . que es fácil la boda . . . Ah, el esclavo, el negro es mi rival: tanto es así que ella le hizo saber mi llegada, él me esperó la noche en el camino para asesinarme, y yo salí bien librado con una sola puñalada. *(Se mira el brazo)*. Y el señor Júpiter Tonante, aunque anoche reconocía la autoridad del Rey, como tiene sus pasiones fogosas, en obsequio de sus amores con esta belleza casquivana que está allí, ha armado la máquina de esta conspiración que interesa al señor padre de la joven. Y ella . . . ¿será su amante? ¿Pues no se ha desmayado por él?

Parece, sí, increíble; pues Blanca es bella como un ángel y respira nobleza como una infanta. . . He leído en no sé qué libro, que la mujer de un emperador romano se enamoró de un esclavo del circo: un día el emperador envióle una urna de oro y ella al destaparla, encontró la cabeza de su amante. . . (*Entra Júpiter, la faz bañada en sangre*). Así bañada en sangre. . . Yo puedo enviar ésa a Blanca. . . pero, ¡voto al chápíro! será ella quien va a proporcionarme la urna (*Blanca vuelve del desmayo. Júpiter permanece en el fondo*). Doña Blanca, estáis en libertad, (*A los soldados*), Vosotros, ¡idos! (*Va al paño*).

ESCENA XVII.

BLANCA, ENGRACIA; BELTRANENA al paño; JUPITER

BLANCA.—Engracia, ¿has oído? me ha dicho que estoy en libertad. (*Levántase penosamente. Vuélvese para irse y queda aterrada*). Mas ¿qué veo? . . . o será que me alucina el ruido espantoso de esta cárcel? . . . ¡Júpiter!

JUPITER.—Ella es. . . Dame, dame fuerzas, ¡Dios mío!

BELTRANENA.—(*Al paño*). El va hacia ella . . . y ella hacia él. . .

BLANCA.—Eres tú, ¡Júpiter! Amigo mío.

JUPITER.—Yo me muero, pero antes . . . ¿Qué iba a deciros? ¡Ah! ¡iba a deciros que os amo!

BLANCA.—¡Pobre amigo mío! Engracia, ¡delicia!

JUPITER.—No; si eso no os lo debo decir. . . (*Se reanima*). Lo que os debo decir . . . es esto: Salvad a vuestro padre. . . Oídme y retened mis palabras. ¡Aquí! Debo deciroslo bajo, muy bajo . . . (*Blanca y Engracia se inclinan al pecho de Júpiter*).

BLANCA.—Valor, Engracia Mi vida está en tus manos.

BELTRANENA —Van a quedarse solos: es bueno ver el idilio hasta el fin. . . La confidente se marcha (*Sale Engracia*).

ESCENA XVIII.

JUPITER, BLANCA; BELTRANENA, al paño

JUPITER.—¿Estáis contenta de mí? . . .

BLANCA.—Dios os lo premie todo amigo mío.

JUPITER.—Oh no: Dios me castigará; y creo que voy a morir...
(*Blanca lo sostiene*) y a pesar de eso, perdonadme que os lo diga... ¡en este instante soy muy dichoso! (*Rueda desvanecido*).

BLANCA.—Virgen Santísima, recibe su sacrificio y perdónalo; pues ninguna mujer merece ser amada así en la tierra: voy a decíselo todo a mi padre (*Vuélvese*). ¡Oh! no le dejaré así; yo besaré sus manos. Mira, Dios mío, son las manos de un mártir... (*Lo besa*)... ¡Su frente! (*Lo besa*).

BELTRANENA.—(*Al paño*). ¡Va a reanimarle con el soplo divino de su amor!

JUPITER.—(*Vuelve en sí*). Os decía que soy muy dichoso...

BLANCA.—¡Vive, vive! ¡gracias, Dios mío!

BELTRANENA.—(*Al paño*). Me parece que basta, pues tal amor es cierto... y mi triunfo también (*Entra. A Blanca*). ¿No os dije que estábais en libertad?

BLANCA.—Voy a salir, Señor...

BELTRANENA.—¡Oh incauta mujer! todo lo he visto y oído.

JUPITER.—¡Ah! (*Entran Jorge y soldados*)

ESCENA XIX.

Dichos; JORGE y soldados

JUPITER.—(*Aparte*). Ha dejado ir a la criada, sin embargo... o quizás la hizo prender a la puerta...

BELTRANENA.—¡Jorge! ¡Que se lleven a ese hombre! (*Mientras llevan lentamente a Júpiter suenan a lo lejos tres campanadas*)

JUPITER.—(*Aparte*). Ha sonado la campana de La Merced (*Alto*)
¡Señor de Beltranena!... ¡temblad!

BELTRANENA.—¿Qué ha dicho?

JUPITER.—Digo que desde este momento os he condenado a muerte.

BELTRANENA.—Llevalle; está loco (*Llévanle*).

ESCENA XX.

BELTRANENA, BLANCA

BELTRANENA.—Así, la noble hija de Celis, que vaciló dos años en aceptar un esposo, porque aún dormía su alma el sueño de la inocencia, rechaza la mano de un Beltranena porque en su corazón ya está ocupada la plaza por un esclavo... (*Tres campanadas lejanas*).

BLANCA.—¿Qué os habéis atrevido a decir?

BELTRANENA.—¿Ahora vais a fingir la indignación como fingís el poder?... Vive Dios que voy a decíoslo. ¡Ese esclavo es vuestro amante!

BLANCA.—¡Sois un miserable!

BELTRANENA.—Es inútil, os digo... Y ahora la vida de vuestro padre depende de lo que vais a responder. ¿El esclavo está de por medio? No es dé cuidado. (*Va al fondo*). ¡Jorge! (*Aparece Jorge*). Llevad al esclavo al potro; le daréis tormento hasta que expire. (*Vase Jorge*). Ya lo veis... (*Suenan lejos tres campanadas*). Suena un toque extraño de campana... (*Avanza hasta el proscenio*). En pocas palabras; vais a ser mi mujer.

BLANCA.—¿Vuestra mujer?... ¡Ah! ¿y me creéis deshonrada?... Contestaría si pudiera abrir a vuestros pies el infierno: sólo en él hay fuego bastante para purificar vuestra infamia... ¡Contestaría si el cielo me diese un rayo para fulminaros! (*Suenan las cadenas del potro*).

BELTRANENA.—Es el potro... ¡El rayo en vuestras manos! el rayo está en manos de Júpiter: pedídselo a vuestro amante.

BLANCA.—¡Miserable! ¡ese rayo va a heriros!... (*Se oye fuera una descarga cerrada, Beltranena cae de rodillas. Al mismo tiempo la campana toca a lo lejos a somatén*).

BELTRANENA.—¿Qué es esto?

BLANCA.—No os admito a mis pies. ¡Fuera, miserable! (*Descargas, somatén, gritos*). ¡Miserable!... (*Beltranena sale aturdido*). Esta vez el estuendo se acerca... ¡Cómo me alegan y me aterran esos gritos! ¡Llegan... Virgen del Pilar! ¡salva a mi padre! (*Cae de rodillas: tiros y somatén: se oyen estos gritos: ¡Viva el Pueblo! ¡Viva Júpiter! Telón*).

ACTO IV

*Sala de armas. El cofre-fuerte y los cajones de rifles
están hechos pedazos*

ESCENA I.

BELTRANENA.—Preso. (*Se ve pasearse a los centinelas fuera de las
puertas*). Júpiter va llegar . . . La multitud lo saluda Ya llega . .
¿Qué hacei? . . . ¿Esquivaré su presencia? . . . (*Da unos pasos
hacia el fondo*). ¡Oh! No; yo iré a su encuentro . . .

ESCENA II.

*Dichos; JUPITER, con insignias de mando. Entra sin
ver a Beltranena*

BELTRANENA.—(*Aparte*). ¿Por dónde debo empezar? A pesaí mío
le temo. (*Se adelanta*). Señor . . .

JUPITER.—(*Ruge*). ¡Ah! (*Se va sobre él, le abofetea y le arroja al
suelo; Beltranena queda en el suelo con la cabeza en tierra viendo
de soslayo; Júpiter le vuelve la espalda*). ¿Qué espero? este hom-
bre vive aún! . . . Celis me estorba. Porque . . . al impedir la muer-
te de este hombre, Celis me agravia y me burla . . . Es preciso que
cobre la seguridad de que soy el que manda. (*A Beltranena, que
levanta la cabeza desde el suelo*). Oye, tú, vas a moii . . . Tienes
ahora sobrado tiempo de rezar tus últimas oraciones

BELTRANENA.—(*Desde el suelo*). Si yo hubiese sabido, señor, que
venía a interponerme entre vos y Blanca, (*Júpiter retrocede*)
ciento que . . . (*Aparte*). Veamos.

JUPITER.—¿Qué dice? ¿He oído bien? Oye, ¿vas a repetir lo que
has dicho?

BELTRANENA.—(*Incorporándose*). Oh, señor, ¿es uno de los ataca-
tivos de vuestros amores el guardar en secreto la historia del triun-
fo? . . . Os pido perdón . . . (*Se levanta*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Cómo! ¿este hombre sabe que amo a Blanca?
(*Alto*). Mi triunfo, blanco, mi triunfo . . . ¿Qué quieres decir?

BELTRANENA.—(*Aparte*). Habla al parecer con un tono candoroso
Algo me falta por descubrir, a no dudarlo...

JUPITER.—(*Con un grito de cólera*). ¡Habla!... he dicho que hables...

BELTRANENA.—Os he recordado, eso, General, para haceros saber que hasta ha poco lo ignoraba... y que me retiro. . General, os aseguro que podéis poseer tranquilamente el ídolo de vuestro corazón..

JUPITER.—Eres servil . . El miedo se apodera de ti... No hablemos más... (*Aparte*). Pero él lo sabe: ¿esto cómo puede ser? ¿cómo?... ¿Quién puede haber penetrado en mi corazón antes que yo me haya resuelto a abrirlo?... (*Alto*). Oye, vas a decir lo que sabes. . ¡Ya! . . ¿Vas a decirlo?... O vive Dios que si piensas builate . (*Lo sacude*) antes de morir vas a conocer cómo desgarran tus potros.

BELTRANENA.—(*Aparte*) ¿Habié dado un paso en falso?... (*Alto*). Orgullosa como estáis con la victoria de vuestro corazón, no os fijáis en que, en vuestros amores, lo que más falta es la reserva. Tenedlo presente para en lo de adelante... Cuando estuvisteis aquí esta mañana... que ella...

JUPITER.—¡Oh! ¡Cómo me impacienta!.. ¡Habla!

BELTRANENA.—Comprended que no es culpa mía si vi entonces el amor que ella os profesa...

JUPITER.—¿Ella? ¡habla! ¡habla!

BELTRANENA.—Ella, Blanca...

JUPITER.—El amor, dice, que me profesa Blanca . . ¿Hablas de builas, miserable?

BELTRANENA.—¿Cómo podría builarme?... ¿Cómo?...

JUPITER.—¿Si fuese cierto?... ¿Oyes?... ¿Quién podría decirlo...?

BELTRANENA.—Nadie.

JUPITER.—¿Ella?... (*Saca el puñal*).

BELTRANENA.—Nadie, señor... Yo lo he visto...

JUPITER.—¡El lo ha visto!... ¿Qué? ¡Dilo!

BELTRANENA.—Lo sabéis mejor que yo: ella se inclinó sobre vos, aquí mismo, y os cubrió de besos. .

JUPITER.—(*Retrocede deslumbrado y emocionado*). ¡Ah! . . . Es imposible que este hombre que tiembla acobardado, jugase de ese modo a la vez con su vida y con su muerte! . . . ¡Es imposible! . . . Sí. . . (*Esconde su puñal. Recordando*). Yo caí a su presencia desvanecido de amor . . . ¡había sufrido tanto por ella! . . . Después, al volver en mí, ella estaba a mi lado. . . Esto bien lo recuerdo. . . ¿Cómo no me apercibí de su ternura? ¿Por qué en sus grandes ojos sólo leí la compasión? . . . Pero éste ha dicho . . . ¿qué ha dicho? No me atrevo a recordarlo. . . ¿Me amaré ella? . . . Espera, felicidad, ¡espera! . . . ¡Yo he esperado tanto tiempo! . . . Ahora, no llegues así. . . de golpe. . . porque me matas. . . (*A Beltranena*). ¿Qué has dicho, di? . . . Yo estaba aquí ensangrientado, desmayado, muerto . . . ¿qué hizo ella? . . . Ah, dilo, dilo. ¡Amigo mío, dilo . . .!

BELTRANENA.—*Os lo juro*. Ella se inclinó sobre vos y os cubrió de besos. . . (*Júpiter se deja caer en una silla y se inclina pensativo, tomándose la cabeza con las manos*).

BELTRANENA.—(*Aparte*). Celis nada sabe. ¡Y yo lo creía! Todo camina bien: vamos con tiento. .

JUPITER.—Oye, sabes que vas a morir . . . Dentro de un momento vas a morir . . . Yo lo he resuelto. Es preciso que sepas que vas a morir . . . Pues bien, si repites que lo que has dicho es cierto. . . Oye, Beltranena; si es cierto lo que has dicho. . . si no me burlas ¿no es verdad? no me burlas . . . ¡si es cierto! . . . tú que has hecho molerse mis carnes y crujir mis huesos, si es cierto que ella me ama, que ella. . . tú dices. . . ¡Oh! ¡sé libre! ¡sé libre! ¡dí! . . .! ¡dí! . . .

BELTRANENA.—Sí, es cierto: yo lo he visto; ¿no me habéis oído? Ella se desmayó allí mismo, en brazos de su criada, cuando os oyó gemir; luego, cuando os condujeron a esta sala y os desvanecisteis, os sostuvo en sus brazos; después os besó las manos, después la boca; en fin, cuando iba a dejaros, os cubrió de lágrimas. . . vuestra Blanca. . .

JUPITER.—¡Mi Blanca! ¡mi Blanca! (*Pausa*). Y tú, vete. . . tú, mi enemigo atroz, hombre horrible . . . déjame a solas con mi felicidad . . . Quiero estar solo. . . ¡vete! . . .

BELTRANENA.—(*Aparte*). Este hombre es mío: astucia y habré

triunfado. Si quisiera salir, la multitud me prende y ello aceleraría mi muerte en vez de evitarla.

JUPITER.—¿Estás allí?... (*Impaciente*).

BELTRANENA.—Mi prisión es ésa: debo permanecer en ella mientras soy juzgado... como lo dispuso el señor de Celis... (*Júpiter no le oye*). No me oye (*Aléjase*). ¿Qué veo? (*Vuelve*). General, el señor de Celis llega. Salid de vuestro dolor: pedid a Blanca por esposa...

JUPITER.—Celis... ¡voy a echarme a sus pies!

BELTRANENA.—(*Aparte*). Quiero saber lo que aquí pase... (*Se hace al paño*).

ESCENA III.

JUPITER; CELIS

CELIS.—Júpiter...

JUPITER.—Quiero hablaros de rodillas. (*Se echa a sus pies*).

CELIS.—Le has ofrecido el saqueo al populacho; haces imposible la organización de un ejército para resistir a las otras provincias.

JUPITER.—He hecho mal y voy a castigar de muerte a quien cometa el menor extravío; y por lo que hace a la Capitanía, yo iré sobre ella!

CELIS.—No interrumpas. En pocas palabras. Vengo a pedirte, a nombre de los revolucionarios, que depongas en manos de Arce el mando que te ha dado la revuelta. (*Júpiter se pone de pie*).

JUPITER.—¡Ah! ¡de Arce! Como gustéis; pero permitid que a mi vez os hable... Acaba de estar aquí el hombre que me desgarró las carnes, Beltranena, a quien habéis salvado la vida, y a quien yo también perdono, puesto que vos lo habéis perdonado; aunque yo preferí la muerte a delataros...

CELIS.—Yo le he dado la vida, pero no la libertad: esto es derecho de la Junta. En todo te excedes... Tocante a ti he referido al pueblo tu heroísmo: he besado tus heridas ante la multitud para que viese cómo veneramos en ti al mártir de la libertad. He dicho al pueblo que te dejaba morir admirándote, sólo porque salvabas la revolución, y que la América algún día bendeciría tu nombre co-

mo el de Hidalgo. Pero es fuerza que Arce y Delgado, que son mejores que nosotros, dirijan los acontecimientos, y debes entregarles el mando y obedecerles. Además. . .

JUPITER.—Basta: será como decís, si lo queréis así después de oírme. . . Preferí la muerte a delataros. Yo era ayer un esclavo; pero en este momento sabed que está en mis manos el rayo. Todos tienen en ellas la vida o la muerte. Mirad mi frente: la ha lacerado la corona de hierro del tormento; pues bien; hasta hace un momento; hasta antes de que vinierais, yo me decía interiormente que iba a cubrir mis cicatrices con una diadema de oro.

CELIS.—¡Qué! ¿Cómo pude no apercibirme de este error espantoso? . . .

JUPITER.—Os asombráis. . . Pues bien, todos mis sufrimientos y mi ambición han tenido un solo fin: una mujer. . . (*Lentamente*). Celis, dadme la mano de Blanca. . .

CELIS.—¿Por qué me interrumpiste? Iba a decirte que Blanca acaba de hacerme esta revelación.

JUPITER.—¡Hablad! . . .

CELIS.—El esclavo, me ha dicho, se ha sacrificado por mí: ¿tiene derecho a mi corazón y a mi mano porque ha salvado la vida a mi padre?

JUPITER.—¿Y qué respondisteis?

CELIS.—Jamás, le he respondido. ¿Acaso tu insensatez merece el sacrificio de mi hija?

JUPITER.—¿Y qué os dijo ella? (*Pausa*). Celis. . . vais a herirme. . . ¿Qué os dijo ella? . . . Celis, me parece que vais a pronunciar alguna sentencia de muerte.

CELIS.—(*Con desdén*). ¿Qué me dijo ella? Ella. . . Está horrorizada.

JUPITER.—¡Ah! (*Rumores en la calle: aclamaciones a Júpiter*). Mentís. . . Sí, ¡mente; mente! . . .

CELIS.—(*Con bondad*). Ha concluido todo, ¿no es cierto? Soldado de la libertad, lucha, muere por ella. . .

JUPITER.—¡Blanca! ¡ella me ama!

CELIS.—¡Tú estás loco! Ella te compadeció porque me salvabas. . .

Pensó como hija: besó tus manos y tu frente horadada, porque estaba en ellas la vida de su padre; en fin, creía que habías muerto: hoy proclamas el saqueo y te muestras feroz y soberbio: hoy tiembla cuando cree que puedas hablarle . Conque, acabemos.

JUPITER.—(*Con un rugido*). ¡Entonces será por la fuerza! ¡Blanca va a ser mi esposa y pronto! Mas no: acabemos. Decís bien, señor, acabemos. Blanca no me verá más a su presencia. Decídselo . . . Y por lo que a vos hace, señor de Celis, sabed que siempre me causasteis horror por desleal, blasfemo y rebelde; y yo soy desleal al Rey, blasfemo y rebelde porque vos me habéis arrastrado a este abismo; y debéis comprender que si aborreciéndooos, dejé por vos quebrantar mis huesos y taladrar mis sienes, si maldiciéndooos desde el fondo de mi corazón en el mismo momento en que estaba tendido en el potro, no pronuncié vuestro nombre, que me había arrancado a la tortura; y quise morir por salvaros la vida . . . debéis comprender que si después de haberos hecho estos sacrificios, y otro, que vale más la salvación de mi alma . . . yo me encuentro con esta burla . . . con que vos me humilláis . . . y con que vuestra hija me tiene horror . . . ¡ah! entonces sólo queda en mí el inmenso odio que os profeso . . . y en las manos de Júpiter, señor de Celis, hoy armadas del rayo, es muy fácil la venganza . . . (*Celis le vuelve la espalda*).

CELIS.—Voy a decir a Delgado y a Arce que tenemos un nuevo tirano. Vergüenza para mí . . . (*A Júpiter*). Ciertamente, ¡eres un vil esclavo! (*Júpiter se cubre la cara con las manos, humillado. Vase Celis. Pausa. Beltranena, a la puerta, arroja una carcajada sarcástica*)

BELTRANENA.—Ja! ja! ja! ja!

ESCENA IV.

JUPITER; BELTRANENA

JUPITER.—¿Quién se ríe? . . . ¿Eres tú, miserable? . . . (*Próximo a lanzarse sobre Beltranena*)

BELTRANENA.—Júpiter, os contemplo próximo a lanzaros sobre mí y yo me río de vuestra simplicidad! . . . me río de ver cómo juega la hipocresía con la sinceridad. . . y de cómo se os engaña . . .

JUPITER.—¿Sí? ¿Verdad? Se necesita haber sido juguete del demonio... de un fariseo como Celis; de un relapso como Delgado... Y después de vender el alma a los diablos, ved ahora cómo se me desprecia...

BELTRANENA.—El poder, sin embargo, está en vuestras manos. .

JUPITER.—Oh! no le he olvidado... Hoy más que nunca puedo volver atrás... Deshacer lo hecho, y si usurpo el poder real puedo en cambio vengar a Dios; salvar mi alma.

BELTRANENA.—Aquí no hay más rey que vos.

JUPITER.—¡Y ella me tiene horror y su padre me llama vil esclavo!... Oh rabia! Oh venganza!

BELTRANENA.—Sobre todo, si herís, sea antes que nadie a Celis... ¿Oís en la plaza ese alboroto? (*Gritos*).

JUPITER.—Se trata del mismo Celis... El pueblo le persigue. ¿Qué puede ser?... Preso, lo han preso... Me llaman. (*Gritos: ¡Mue-
ran los nobles! Viva Júpiter! González y Jorge entran*). ¿Qué pa-
sa?

ESCENA V.

*Dichos: JORGE. EL CARCELERO GONZALEZ,
con insignias militares*

GONZALEZ.—Celis atengaba al pueblo y os quería quitar el mando, mi General. Yo al pueblo he desengañado y entonces se ha levantado y se ha echado sobre vuestro enemigo. (*Va a la ventana*). Viva nuestro caudillo! (*Fuera: ¡Viva!*) Viva el pueblo! (*Fuera: ¡Viva!*) ¡Viva Júpiter! (*Fuera: ¡Viva! —¡Viva el Coronel González!*).

GONZALEZ.—(*Hablando hacia la plaza por la ventana*). Gracias, amigos. Traed al traidor.

JUPITER.—¿Quién es ese Coronel González a quien victorean?

GONZALEZ.—Soy yo, mi General.

JUPITER.—Su falsía lo entrega a mis manos... González, haz que traigan aquí mismo a Celis... Tengo sobre mi alma el peso enorme de mi sacrilegio y mi rebelión y me impacienta castigar en ese hombre el mal que me ha hecho y los males que yo he hecho

agitado por él, como un azote para desgracia de los hombres... Hoy que estoy desesperado comprendo cuán grande va a ser esta justicia.

ESCENA VI.

*Dichos; CELIS, preso: grupo
a la puerta*

CELIS.—¡Pobre Júpiter! ¡Pobre esclavo!

JUPITER.—Hacedle callar y llevadle a ese calabozo. (*Gritos: ¡que muera! Llevan a Celis al calabozo que ha dejado Beltranena. Todos salen. Gritos: ¡Muera! —¡Viva el pueblo! ¡Viva Júpiter! Jorge habla aparte a Beltranena.*)

BELTRANENA.—(*Aparte a Jorge*). Celis va a ocupar mi lugar. ¡En marcha a la Capitanía! (*Salen*).

ESCENA VII.

JUPITER, solo

Ah! señor de Celis, vos sabéis cuando se debe hacer justicia y herir con la propia mano. Si hubiese resultado que yo os traicionaba, a vosotros los traidores, habíais sido vos, decíais anoche, quien me hubiera dado muerte: ahora sois vos quien me traiciona a mí y vuestra traición es cierta, y el puñal que debe heriros es éste. (*Desemboza su puñal*) ¿Por qué vacilo?... ¿No se dice: “el rey lo quiere” “Dios lo quiere”!... ¡Pues yo soy el rey! (*Entra en el calabozo de Celis y cierra tras sí la puerta*).

ESCENA VIII.

VACIO. (Rápido)

CELIS.—(*Dentro*). Ah!... muero!... (*Blanca pasa por el fondo, en la galería, sin entrar*).

BLANCA.—(*Dentro*). Júpiter! Júpiter!

ESCENA IX

JUPITER; luego BLANCA. Al final,
los CONJURADOS.

*Júpiter aparece vacilante y llega hasta la mitad de la escena.
Blanca entra precipitadamente y con el cabello desordenado
por la puerta del fondo.*

BLANCA.—¿Dónde está Júpiter?

JUPITER.—Ella!!! (*Sordamente. Retrocediendo hasta el proscenio*).

BLANCA.—Oh! no lo he creído... se me dice que le habéis condenado a muerte... Oh, no me digáis nada... Os digo que no lo he creído. ¿Podía olvidar vuestro juramento?... Los soldados no me querían dejar entrar y les he dicho que vos castigaríais su insolencia, y os he llamado, y entonces me abrieron paso... ¿Por qué tembláis?... Responded... Responded. (*Júpiter calla*). Leo en vuestro semblante que sois implacable... Sí; nada me digáis: no lo necesito: ¿pedís el premio de vuestro sacrificio, soy yo, ¿no es cierto? Os juro que a falta de amor, mi gratitud puede igualarlo: ¿queréis más?... estoy atenta a vuestro menor deseo... tomad mi mano, Señor... (*Júpiter permanece aterrado*). No me habéis escuchado?... Oh! me negaréis su vida! (*Finge seguridad y alegría*). Si no lo creo, os digo... no... ¿Habéis sufrido tanto por él, no es verdad?... Oh! no os conmuevo... Sé que me amábais mucho... Si yo lo sé bien, Júpiter!... No haréis que me desespere... ¿Es posible que amándome tanto os complazcáis en verme aterrada?... ¿Qué pensáis?... Ah! yo tiemblo!... (*Llora con grandes sollozos*). Júpiter, no os ofendáis... lloro, no porque os tema, pero me hacéis sufrir: habládmelo... Mi padre os rechazó?... ¿Qué importa? Yo os acepto. Habéis oído?... Yo... ¿Habéis oído?... Ah! (*Cae de rodillas*). Vedme quiero sanar todas las heridas de vuestro amor y de vuestro orgullo... Miradme. Blanca de rodillas os ofrece su mano... Oís?... ¡Soy vuestra!... ¡vuestra!... (*Júpiter se conmueve*) (*Júpiter solloza*). Llora!... Ah, llora! (*Con un grito de alegría*). ¡Os digo que soy vuestra! (*Se levanta radiante*). Se ha salvado. Vamos, Júpiter, vamos a libertar a mi padre... vamos a libertarle, esposo mío... Yo le hablaré: no vaciléis... no temáis... Yo le hablaré por los dos...

JUPITER.—(*Con delirio*). Por los dos! Sí, vamos... (*Vacilante*).

BLANCA.—Vamos!... *(Dan varios pasos hacia el fondo)*. No vaciléis... El hará lo que yo quiera... seréis su hijo... mi marido... Venid! Ilegatemos juntos... Dadme la mano... *(Júpiter sonámbulo, va a extender la mano en que tiene el puñal ensangrentado)*.

JUPITER.—*(Aparte)*. *Horror!* *(Esconde la mano)*. Está ensangrentada

BLANCA.—Júpiter, vamos... vamos.

JUPITER.—Ah! venció el infierno!... Venid y mirad...

BLANCA.—¿Qué decís, Júpiter? Vuestra vacilación me ofende... ¿Dónde está mi padre?...

JUPITER.—Allí: es allí: mirad! *(Blanca avanza vacilante)*.

BLANCA.—¿Allí?... ¿por qué tembláis?... Le diré que ya está en libertad, ¿no es cierto? que soy vuestra esposa... tembláis .

JUPITER.—Oh acabad!... mirad... *(Blanca ha llegado a la puerta del calabozo)*. Me va ver... no: no sufrí que ella me vuelva a ver!..

BLANCA.—Ah!! *(Grito de horror)*. *Horror!* ¡Oh, yo sueño!... Venid, yo sueño! *(En el momento en que Blanca vuelve el semblante horrorizada, Júpiter alza el puñal)*.

BLANCA.—Eh!..

JUPITER.—Yo... yo. *(Se hiere y cae)*.

BLANCA.—¡Ah!!... *(Se dirije vacilando a la mesa y se apoya en ella; solloza. En este momento se agolpa en la puerta del fondo una multitud. Los Conjurados y el Padre Delgado con una bandera azul y blanco)*.

VOCES.—¿Quién ha asesinado a Celis? Júpiter está muerto y en su mano el puñal ensangrentado...

DELGADO.—Una vez más el esclavo ha dado muerte al libertador, Abridme paso! *(Presenta la bandera. La multitud le abre paso)*. Por dicha no es posible herir la Libertad ¡Blanca! Venid conmigo.

(Se la lleva. Telón).

LA TORRE DE MARFIL

POR FRANCISCO GAVIDIA

RAMONA*

CUADROS

- Cuadro I.—Muerte del soldado Marcelo.
- Cuadro II.—Inmediación del caserío.
- Cuadro III.—Ante la casa de Ramona.
- Cuadro IV.—Ramona es perseguida.
- Cuadro V.—Marciano.
- Cuadro VI.—Final

* Esta obra es la primera parte de "LA TORRE DE MARFIL", por tener la misma acción y los mismos personajes; pero ambas pueden representarse independientemente, si se desea. Las dos juntas forman una representación de diez cuadros.

MI concepto de lo que se llama *vanguardismo* en el Teatro se limita a emplear las cosas modernas en el juego escénico. Así, en "LA TORRE DE MARFIL" interviene el fonógrafo, hará "solos" o "apartes" el teléfono, desatará el *nudo* y traerá el desenlace un aeroplano también en la primera parte, que se titula "RAMONA", el cambio de decoraciones imita el del cinematógrafo; pero es claro que puede substituirse por una sola decoración fija.

FRANCISCO GAVIDIA

PERSONAJES

Sóoter.		La Urbana.
Marciano.		Un oficial.
Ramona.		Un ayudante que
Marcela.		no habla.
Marcelo, su padre.		Un mendigo.
Don Lyco.		Colonos. *

CUADRO PRIMERO

La escena representa el cruce de dos calles. En las esquinas se parapetan algunos soldados y hacen fuego hacia el Oriente. Sólo un soldado permanece en plena calle a descubierto.

ESCENA PRIMERA

Sóoter; su ayudante. Soldados. Marcelo.

Sóoter

—Id ¡recontad, amigos, los puestos de combate!
Aún nos restan trincheas y la tarde declina.
(*Sale el ayudante y dos soldados*).

ESCENA SEGUNDA

Dichos; menos los del éxit.

Sóoter

—La luz, con la derrota, como un blandón que abate
Baña en honda tristeza, cuanto la vista alcanza.
Con todo, amigos míos, ¡nos resta la esperanza!
(*Se oye fuego nutrido*).

—¡Un chorio de metralla! . . . ¡Hacéos a la esquina!
Un caballo que corre . . . y alguien le sale al paso . . .
El soldado (lo dice por Sóoter)

—Para ver ambas calles el capitán se inclina.

* El primer cuadro pasa en una capital de América Latina. El segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto en un caserío de la hacienda "Río Frío" y en sus inmediaciones.

Sóoter

--Qué es ésto? En plena calle, se halla un soldado raso.
Se alza el caballo al verle... Y sin pasar delante..

(*Aparte*)

--Algo advierto en el hombre, de valiente y de noble
Y bien se reconoce, por su grave semblante,
Y al ver su duro trazo, armonioso aunque bronco,
Que numerosas ramas como de añoso roble,
Se extienden sustentadas por este duro tronco.
Le instaré, pues le veo con afán indecible...

(*Al hombre*)

--Qué hace usted en la calle? Protéjase a la esquina...

(*Aparte*)

El soldado, rehacio, permanece impassible.

(*Al hombre*)

--Tal vez un rapazuelo, de "abuelo" te da el nombre...

(*Aparte*)

--Un netezuelo! El hombre niega con la cabeza.

(*Al hombre*)

--¡Ternos niños se enredan a tus piernas, buen hombre!...

(*Aparte*)

--El conserva, con todo, su expresión de dureza.

(*Irrítase*)

--Te muestras insensato, por ignorancia o gala?

¿Había que repetirte, con tono de entereza,
Y empleando, como jefe, la fuerza y el derecho

(*Aparte*)

--No entiende o no escucha... pero... se oye una bala
Reconocer esas cuerdas, con un largo silbido

(*Silbido*)

Ha hecho blanco en el hombre y le ha herido en el pecho

(*El soldado cae*)

Se estremece a momentos, a un tiempo arrepentido
Y mostrando en sus rasgos obstinación, despecho...

(*Sóoter se llega hasta él*)

(*Al hombre*)

--Hay que abrir esta ropa, donde la sangre brota... --

Le sacaré del fuego, temeroso que muera,
Le llevaré en mis brazos y le pondré en la acera:
Que una vital arteria, sin duda, ha sido rota.

(*Le saca del fuego*)

—No deja este hombre, empero, cierta áspera arrogancia . . .
 Si bien, ¡ay! con la sangre, que corre en abundancia,
 Se ve dejar sus miembros, la vida, que se agota.
 Mas va a hablar, se incorpora . . .

Marcelo (que es el soldado herido)

—Yo . . . yo fui el entusiasta.
 Yo el que grité, en el cuerpo lleno de asombro: —¡Abajo
 La usupación! . . . Oyóse, pasado el primer pasmo,
 Rugir dos compañías, el regimiento entero,
 Después las dos brigadas . . . Mas ¿qué es el entusiasmo?
 A decir verdad, joven, yo no sé por qué muero . . .
 Con todo ¿a qué negarlo? Mi entusiasmo fue helmoso . . .
 No lo escarnecería . . . Pero hay algo espantoso . . .
 Dejo triste en el mundo, mi madre, muy anciana . . .
 Una esposa y diez hijos . . . ¡Malo de todos modos!
 Los varones pequeños . . . ¡Cuando pienso en la Urbana!
 Un mal no viene solo, cuando viene ¿no es ésto?
 Pues Ramona, la hija, que es la mayor de todos,
 Muy pronto iba a casarse . . . Poi Mayo iba a casarse
 Con Marciano . . . No sabe, su merced, este arresto
 De seguir su partido, lo que allá va a llorarse.
 ¿Sabe por qué me ha visto, loco, mil veces loco,
 Resistir a su acento que me llamaba amigo,
 Y de un jefe querido la orden tener en poco,
 Que, en segura trinchera, me señalaba abrigo?
 Lo dié aunque decirlo y el lamentarse es vano.
 ¿Poi qué no atendí su orden? Es que ayer he perdido
 A mi yerno . . . es lo mismo, al que iba a ser marido
 De Ramona . . . ¡Y decirlo! ¡Muerto! ¡Pobre Marciano!
 Me amaba como a un padre; no obstante, no he logrado
 Que al marchar yo en las bravas fuerzas libertadoras,
 El también no marchase para estar a mi lado.
 ¡Ah! ¡cuánto la tarea de la guerra es ingrata!
 ¿Qué va a decir Ramona? ¡Marciano! . . . Pocas horas
 Después del alzamiento, moría en Casa-Mata.
 (*Marcelo se excita*)
 Pero tú . . .

Sóter

—Tiene fiebre . . . ¡Tutearme! En el instante
 Se cambia su mirada, su ademán y su tono . . .

Marcelo

—Tú ¿por qué te pusiste de las tropas delante? . .

Sóoter (aparte)

—Hoy habla roncoso, febil y delirante . . .
Sí; mas sobre el delirio y la fiebre y su encono,
Su voz acusadora se torna penetrante . . .

Marcelo

—Tú eres el más culpable, digo, después de todo . . .
Tú, quien de la discordia distribuiste las teas!
Por quien yo dejo el mundo, cual perro, de este modo . . .
¡Hogar! . . . ¡Mujer! . . . ¡Familia! . . . ¡Sóoter! ¡Maldito seas!

Sóoter

¡Con asombrio infinito te oigo ahora, buen hombre!
¿Me han llevado muy lejos mi piedad y mi celo?
En fin, estás herido . . . ¡Habla! ¿Cuál es tu nombre?
Respóndeme.

Marcelo

—Marcelo Dimas.

Sóoter

—Pues bien, Marcelo:
Esa tarde candente de furiosa batalla—
En que había ocurrido, (y el caso es nuevo o viejo)
Que un jefe proclamado por tropas y canalla,
Disolviese Gobierno, Asamblea y Consejo,
Entre gritos de beodo y lluvia de metralla—
Lo que exaltó la prensa con razones extrañas;—
Cuando ante sus balcones el bravo ex-Presidente,
Contemplaba impasible, como Arce o como Cañas,
Pasara las ciegas turbas y el motín insolente—
Yo juí la protesta. Después me he presentado
Frente al cuerpo en que estabas. Y le hablé arrebato:
Leíle la sincera y elocuente proclama: . .

Marcelo

—Es como si lo viera. Se abre el pecho y exclama:
“O la ley o la muerte”. ¡Y el cuerpo lo ha aclamado!

Sóoter

—La lucha comienza. Leales y pretorianos,
Combatieron audaces... ¡heroísmos!... ¡proezas!
¡Cómo os vuelve punzantes una lucha de hermanos!
¡Se ha combatido en calles, templos y fortalezas!
Mas ¿quién será el vencido? ¿Quiénes los vencedores?
Es la segunda tarde de dos días de horrores...
La victoria a estas horas a decidirse empieza...
Y ya ves, ¿quiénes triunfan? ¡El traidor! ¡los traidores!...
Mas cuando hablé a tu cuerpo, la fila aterrada
Amatilló sus rifles... después he combatido,
Y pude ser herido, como tú mismo ahora;
¿Fue culpa mía, acaso, si hasta hoy no me han herido?
Yo he corrido igual suerte: la orilla del abismo
Bordeamos todos juntos, con inseguro paso...
Tú mismo, buen Marcelo, reflexiona, tú mismo...
A no haber sido teico... ¡si hubieras hecho caso!

Marcelo

—Ya he dicho. . . Al expresarme se torna fatigosa
La palabra . . . Ya he dicho, que no estuvo en mi mano
Mas no se trata de eso, ahora; es otra cosa . . .
Es lo que no se dice, pero lo siente el pecho.
¿Por qué guías los hombres a una hazaña irrisoria?
¿Por qué gritas al pueblo: ¡democracia! ¡derecho!?
¿No es llamar a las armas, ofrecer la victoria?
¡Pero algo es más odioso, más cruel e inhumano!
¿La libertad que ofraces no es mentido señuelo?
¿No sucede a un odioso tirano, otro tirano?
¿Y mentir de tal forma no es ofender al Cielo?
¡Sé maldito cien veces! Y quisiera en mi ira
Hacerme oír del mundo, con voces gigantes;
La Libertad, ¡mentira! Tú sabes que es mentira . . .
¡Sóoter, maldito seas! . . . ¡Sóoter, maldito seas!

Sóoter (dobla la cabeza agotado)

—Vano será con voces boñar ese anatema...
Todo sería inútil: con sus acentos fiecos,
Que han sonado más lúgubres, cuanto la hora es extrema,
Su voz ha hecho, en la tarde, temblar los aleros .
Gran trecho de las calles en derredor desiertas;
Pero tan rudo esfuerzo, por fin ha completado
La obra de la hemorragia y parece que ha muerto.
Su corazón no late... ¡Oh, Dios mío! ¡ha expirado!
(Grito de Sóoter)
¡Oh, cuán desesperado la existencia abandona!
¡Dios no tomará en cuenta sus iras, sus orgullos!
Yo empeñaré mi vida para salvar los suyos...
¿Cómo se llama su hija? Dijo el nombre... ¡Ramona!
(Sale)

CUADRO SEGUNDO

Inmediaciones de una hacienda. Oficial y fuerza. Mendigo, a orillas del camino, sentado en el suelo. Después, el Viajero.

Oficial (al mendigo)

—Buen hombre, puedes decirme
Cuál es, de tanta vereda,
La que lleva al caserío
Que llaman de “Los Herrera”?

Mendigo

—...La que lleva al caserío
Que llaman de “Los Herrera”!
(Canturrea)
¡Pobres, pobres campesinos,
Que es tiempo, tiempo de guerra!

Oficial

(Llega el Viajero)
—¿Quiénes son los sublevados
En la una u otra ribera

Del río. que han dado fuego
A los libros de la hacienda?

Mendigo

— . . Del río, que han dado fuego
A los libros de la hacienda . . .
¡Pobres, pobres campesinos,
(*Canturíea*)
Que es tiempo, tiempo de guerra!

Viajero (aparte)

—¿Qué hacer para retardar
La carnicería horrenda?
¿Y cuándo se oirá en el Cielo
La señal? ¡Cuánta impaciencia!
(*Al Oficial*)
Es inútil que Ud. le hable,
Oficial . . . Es su manera.
(*Lo dice por el Mendigo*)
Repite la última cosa,
Como a sus oídos llega,
Y le encaja el estibillo
Del romance que ganguea.
Si quiere Ud. un informe,
Que le ayude en la ardua empresa
De entender con los colonos,
Yo le dié cuanto sepa.

Oficial

—A tiempo llega . . . ¿El motivo
Que ha causado la revuelta?

Viajero

—De antiguo se hallan de malas
Estas hermosas haciendas,
La hacienda de "Río-Frío"
Y el ingenio de "Florencia"
Esta de los Almendárez

Y la otra de los Herrera.
De siglos atrás dejaron
Sus dueños, por río y tierras,
Y por lindes y colonos,
Con sus bienes, tal herencia
El "Río-Frío" murmura,
En la agua clara que lleva,
La historia de mil enojos,
Juicios, chismes y pependencias. .
Primero fueron los indios
Que peleaban la tenencia
De tierras, suyas de antiguo,
Ya puestas en encomiendas
Después, los encomenderos
(Los Almendárez lo eran)
Por colocar sus mojones
Allende de ambas riberas.
Luego finchados hidalgos
Formaron, con sus querellas,
Voluminosos procesos,
Hastío de la Intendencia.
En fin, los días que corren
Almendárez y Herrera,
Volvieron cosa política
El asunto de sus tierras:
Por ellos las elecciones
En el pueblo son sangrientas,
Por ellos llena el periódico
Largas columnas de ofensas;
Por ellos trabajan jueces,
Delibera la Asamblea,
Ganan votos Diputados,
El Ministro se desvela,
Cambian Comandantes, Curas,
Y dicen misas. . y hay guerras. .
Que todo traen revuelto
Almendárez y Herreiras.

Mendigo

— . . . Que todo traen revuelto
Almendárez y Herreiras. . .

¡Pobres, pobres campesinos,
Que es tiempo, tiempo de guerra!

Viajero

—En la capital ahora,
Ha habido doble revuelta,
Y con la sublevación,
El caserío de Herrera,
Que llevan a su servicio
Los Almendáez por fuerza;
Y que en la tienda de raya,
Tiene duplicadas cuentas,
Porque el rapaz de don Lyco,
Que es tirano de la hacienda,
Mano y ojos de sus amos,
Hace endiabladas las cuentas,
Por estas y otras razones,
Háse alzado en son de guerra.

Oficial

—¿Por cuáles otras razones?
Pero he aquí... alguien que llega.

ESCENA CUARTA

Dichos: don Lyco.

Don Lyco

—¡La escolta que yo esperaba!

Oficial

—¿Las causas de la reyerta...?

Don Lyco

—¿Es usted el oficial
Enviado con la fuerza...?
(*El oficial asiente*)

—¿Las causas de tal escándalo...?

No es de las menores ésta:

(Desdobra una carta)

—Marcelo Dimas ha escrito

Esta carta y dice en ella:

“Que el partido de Almendárez

“Aunque grande, va de pérdida;

“Y que es tiempo de vengar

“Tantas y tantas ofensas

“Mías y de don Lisandio.

“Y que está de triunfo Herrera;

“Que ha dado tanto dinero

“Para el pago de la fuerza

“De la autoridad legítima,

“Que ha de ser grande su influencia.

“Que Marciano está con él;

“Que pronto estarán de vuelta”.

Mendigo

—...Que Marciano está con él,

Que pronto estarán de vuelta...

¡Pobres, pobres campesinos,

Que es tiempo, tiempo de guerra!

Don Lyco

—Los colonos sublevados

Han asaltado la hacienda

De Almendárez. No fue fácil

La hazaña. Tengo escopetas

Bastantes: mozos, peones...

Los colonos de la izquierda

Orilla de “Río-Frío”,

Oponen a los de Herrera,

Que están al lado derecho,

La esperada resistencia,

Que ha habido ya en otro tiempo

Con varia fortuna, guerras.

Los de Herrera vencedores,

Han dado fuego a las cuentas,

Han cambiado los mojones,

Han destruido las cercas;
 Y como el joven Lisandro
 Tomó parte en la refriega,
 Disparando dos revólveres,
 De mi gente a la derecha,
 La bala de un cazador,
 Que los había de buena
 Punteía, en la otra parte,
 Le hizo blanco en la cabeza.
 ¡Cómo se metió Lisandro
 A herir a diestra y siniestra!
 ¡Como siempre mis consejos
 Eran para él letra muerta!
 ¡Cómo llevar a su hermano
 La desgarradora nueva...!
 Por lo que a mí hace, señores,
 Puse a mi caballo espuelas,
 Al ver caer a Lisandro
 Y como sé bien las sendas
 Y caminos de estos montes,
 Que el real peligro fuera,
 Heme allí ante don Alfredo
 Almendárez, dando cuenta
 No exagerada, ni larga...

Viajero (aparte)

—Como las que hace en la hacienda.

Don Lyco

—Le hallé que estaba de triunfo,
 La revolución deshecha...!

Mendigo

—...Le hallé que estaba de triunfo
 La revolución deshecha...
 ¡Pobres, pobres campesinos,
 Que es tiempo, tiempo de guerra!

Don Lyco

—Le doy al punto esta carta,
Y él, airado, hace con ella
Prender herido a Marciano
Que en un hospital se encuentra;
Y en la cuerda de proscriptos,
Puesto el cazador en cuenta,
Para ser ajusticiado
Desfiló esa tarde horrenda...

Mendigo

—...Para ser ajusticiado
Desfiló esa tarde horrenda...
¡Pobres, pobres campesinos
Que es tiempo, tiempo de guerra...!

Don Lyco (señalando)

—“Los Herrera” es aquel valle;
Lo esconden a la derecha
Las alturas, y en los planos
Hay unas cercas de piedra.

Oficial

—¡Soldados, arma!... El Sargento
A batir por la derecha;
El Cabo con sus soldados
Toma esa cercas de piedra:
¡A que se crucen los fuegos
Sobre la gente insurrecta!

Mendigo

—...A que se crucen los fuegos
Sobre la gente insurrecta...!
¡Pobres, pobres campesinos,
Que es tiempo, tiempo de guerra!
(*Marchan las tropas según lo mandado por el Oficial*)

Viajero (solo)

—En vano retardar quise
 La carnicería horrenda:
 Mas ¿cuándo se oirá en el Cielo
 La señal?... ¡Cruel impaciencia!
 (*Mutis rápido*).

CUADRO TERCERO

Selva cerrada

ESCENA QUINTA

Maiciano armado de un fusil.

Maiciano

—Selva, doquiera selva..
 Mi paso es valeroso, pero incierto.
 ¿Soy el mismo Maiciano?...
 Tócome, en tanta duda, para creerlo..
 Soy Maiciano, que herido en el combate
 De Casa Mata, refugiéme al huerto,
 Que está a la mano izquierda, como viene
 A la ciudad heroica, algún viajero...
 No hallándome aquel día, al otro día,
 Dieron mis camaradas a Marcelo,
 Noticias de mi muerte. Caso grave,
 Mas frecuente en la guerra... Caí luego,
 Aunque me hallaba herido, prisionero,
 Y en la tarde del once, en la espantosa
 Requisa, el vencedor me envió a las filas
 De los ajusticiados... ¿Es un sueño?...
 Borracha soldadesca y jefes ebrios,
 Feroces con dos días de combate,
 Lanzaron a la bárbara hecatombe,
 Cuanto su odio marcó.. Pero la noche
 Caía .. Tempestad electrizada
 Dejaba el seno oscuro del Oriente,

Caminando veloz. Ebrios, feroces,
Mas urgidos y torpes, en la fosa,
Que a veces no llegó a cubrir los cuerpos,
Los hombres de aquel día, amontonaron,
En largo surco pero no profundo,
Las víctimas... Entre ellas yo... ¡Yo mismo!
¡Sí! Marciano soy yo... Lluvia benéfica
Removió todavía y tornó fango
La tierra... Uno, entre tanto ajusticiado,
Aceptó a incorporarse. Miró en torno;
Luego, su brazo izquierdo, en que una herida,
Con el dolor, le despertó a la vida
Era el mismo Marciano.
Puesto en pie, oíé un instante. La tormenta
Se alejaba, y un hombre, entre la yerba,
Dormía. Era un soldado. Así del arma,
Gané la senda y en la obscura noche,
Mi hábito me orientó de campesino...
Duéleme el brazo... Mas ¡bendita herida,
Pues su dolor me despertó a la vida!...

CUADRO CUARTO

*Inmediaciones de la hacienda de "Río Frío", como en el
Cuadro Segundo.*

ESCENA SEXTA

El Viajero con el brazo izquierdo en cabestillo.

El Viajero (iónico)

—La batida ha sido firme,
La batida ha sido buena,
Que más que guerra esta ha sido
Caza de hombres. Resistencia,
La hubo, ¿pero qué valen
Las famosas escopetas
De caza, alguna pistola
Y los corvos de tarea,

Contra las tropas de línea
 Con que al Gobierno dio vuelta
 El usurpador? Después,
 La caza de hombres, por selvas,
 Abajo de "Río-Frío",
 En las chozas y viviendas
 De valles que en la montaña
 Se abren, donde ellas humean?
 Por cierto al fin a salvar
 A la Urbana, que a la puerta
 De su casa, desafiaba
 Con sus iras, cielo y tierra,
 Una bala me hirió el brazo.
 Y a la virtud de una venda
 Debo que toda mi sangre
 Fango y césped no cubriera...
(Rumor de gente que llega)
 Pero he aquí a los vencidos,
 En lamentable cadena:
 Avanza la triste fila
 De colonos, polvorienta,
 Atadas atrás las manos,
 Heridos por las saetas
 Del sol, hambrientos, sedientos...
 Seguidos de lastimeras
 Hembras, esposas e hijas,
 Por la ardiente carretera.
 Don Lyco trae otra carta;
(Lyco trae una carta)
 Don Lyco a todos la muestra.

ESCENA SEPTIMA

Dichos; Don Lyco; Oficial; Soldados.

Don Lyco

—Es Dimas, Marcelo Dimas,
 Complicado en la revuelta
 Del diez, en la capital,
 Quien ha alzado "Los Herreras"...
 Pensaba que vencerían

Sus amos... ¡Pero a la hora esta,
Están presos!... El correo
Ha pasado por la hacienda
Y trae buenas noticias...

Viajero (aparte)

—¡Don Lyco las llama buenas!
Pues deben de ser muy malas:
Oigamos cuáles son ellas.

Don Lyco, (agitando el papel)

—Marcelo Dimas, ha muerto...

Urbana

—¡Así yo también muriera!
(*Llora*)

Mendigo

—Marcelo Dimas ha muerto...
Así yo también muriera...
¡Pobres, pobres campesinos
Que es tiempo, tiempo de guerra!
(*La Urbana solloza*)

Oficial

—Se oye en la fila un sollozo.

Viajero (aparte)

—Llorara yo... si pudiera...
Mas ¿cuándo se oirá en el Cielo
La señal?... ¡Ciel impaciencia!...

Don Lyco

—Murió Marcelo y Marciano
¿Qué dirá la mosca muerta

De Ramona, que alborota
 A los mozos de la hacienda
 Y con sus zalamerías
 Ha hecho más por la revuelta,
 Que hubiera hecho, en cien proclamas,
 El tipo de las imprentas!
 Pero es la Urbana, la esposa
 De Marcelo, la que lleva
 Toda la culpa. ¿Quién hizo
 Pasar para que leyeran
 La carta del marido? Ella.
 ¿Quién regó dinero y armas,
 Vino...?

Viajero (aparte)

—Estas ya serán cuentas
 De don Lyco, —cuentas largas
 Como las que hace en la hacienda...

Don Lyco

—Por eso ha sido mi empeño
 Que lleven la Urbana presa.
(La señala)
 Y es la que llora en silencio,
 Que no deja oír su queja.
(El oficial y gente vuélvense a mirarla)

El Mendigo

—...Y es la que llora en silencio,
 Que no deja oír su queja.
 ¡Pobres, pobres campesinos,
 Que es tiempo, tiempo de guerra!

Don Lyco

—Si es culpable la muchacha,
 Señor Jefe de la fuerza,
 ¡Que acompañe a los demás!
(El viajero se marcha)

La Urbana

—¿¡Qué va la Ramona presa!?
(*Repiten los presos en masa*).
—¿¡Qué va la Ramona presa!?

El Oficial

—¿Quién ha gritado?

Don Lyco

—La Urbana
Y los otros de la cuerda.

El Oficial

—¡Callen todos!

Los de la fila

—¡La Ramona!
¡Todos vamos pero no ella!

El Oficial

—¡Pero qué quiere don Lyco!...?

Don Lyco

—Yo me encargo de traerla.
Que en las ancas del caballo
Hay espacio para ella.
(*Tumulto en la cuerda. Vocerío*)

—¡La Ramona!
¡Todos vamos pero no ella!

(*La fuerza interviene. Se libra un combate desigual, lacerante y cruel. La tropa carga sobre los prisioneros, que retroceden luchando. Al desaparecer ambos grupos en pugna, cambia la escena*).

ESCENA OCTAVA

Ante la casa de Marcelo.

Viajero

—Un rumor de indignación
 Corre de una a la otra senda:
 Se oye pasar la noticia,
 Las gentes de cerca a cerca:
 Desde la colina al llano,
 Choza a choza, puerta a puerta,
 A lo largo del camino
 Y del río en la ribera...
(Llega a la puerta. Llama)

—Buena gente, vengo a daros
 Un aviso... Oye ¡Marcela!
 Que se esconda la Ramona,
 Que la quieren llevar presa.
 ¡Pronto, que viene Don Lyco!
(Voces dentro):
 —¡Don Lyco viene por ella...!
(Con terror).

ESCENA NOVENA

Viajero; Ramona que atraviesa las sendas y desaparece.

*Viajero**(Siguiendo a Ramona con la vista)*

—¡Gentil es, por vida mía!
 Más rosada que morena,
 Blanca la falda que flota
 Como una grande azucena;
 El paso leve y seguro,
 Al aire la cabellera,
 En que el sol de la mañana
 Revuelve hebras a hebras.
 Ligera como una coiza,
 Dejando todas las sendas,

Ya aparece por la choza
Que se halla ante una arboleda,
Como se sube el estribo
Donde se empina la sierra

Marcela

—Es la choza de la tía:
¡Qué espanto, Dios! Que no sepan
Que ella está allí: que no la hallen,
¡Virgen buena! ¡Virgen buena!
(*Se oye un galope*)

Viajero

—Lyco viene en su caballo:
Riendo viene de su empresa:
En el cinto trae espada;
Lleva en cada pistolera
Pistola, y lleva emollada,
Como serpiente, la cuerda
Con que laza toros bravos..

Marcela

—Muchos desdenes que venga;
Muchas buflas que él ha oído;
Muchas risas que le ciegan
De ira.
(*Llega Don Lyco*)

ESCENA DECIMA

Dichos; Don Lyco desmontando.

Don Lyco

—¿Está aquí la Ramona?

Marcela

—Deténgase en esa puerta.
Cuanto a la Ramona está...

Don Lyco

—¡Pronto!

Responda pronto, Marcela.

Marcela—En la ciudad. La ha llamado
La patroncita.*Don Lyco*

—¡Con esas

A mí! ¡Digo a fe de Lyco,
Que lo más hace hora y media
Que llevaron a la Uibana,
Y ya ella está donde Heirera!
(*Examina los senderos*)—Aquí van los zapatitos. .
Que está mojada la tierra. .
No hay camino, por todo esto,
Que no guarde en tierra seca,
Los moldes. . . Dejó el camino
Y se entró en gramas y yerbas;
Aquí se perdió la traza.
Pero que está en las haciendas
No cabe duda. . . ¡A buscarla!
En la casa de la hacienda
De "Río Frío", es inútil
Buscar. ¡Subiré a la sierra!
(*Va a montar en su caballo*)*Marcela (viendo hacia el campo)*—¡Maldito su buen caballo!
Corre campos y laderas,
Más semejante a demonio,
Que a hombre. .*El Viajero (aparte)*

—¡Cruel impaciencia!

¡Ah! ¿Cuándo se oirá en el Cielo
La señal?...

CUADRO SEXTO

ESCENA UNDECIMA

Breñal y altozano que se detiene al borde del “Río Frío”, que corre en el fondo de un cauce muy profundo y que no se ve. En el otro borde más abajo, un bosque verdequeante. Arriba de todo, pendiente coronada por la arboleda que hace frente a la choza donde se acogió Ramona. Don Lyco pone oído a lo que pasa dentro de la choza.

Don Lyco

—Tras de la cerca,
La choza... Con el ruido
De hojas, de la arboleda,
Se oyen apenas las voces...
¿Pero qué rumor? ¿Será ella?

(Ramona gana la puerta y huye esquivando ser vista; pero Lyco observa en torno y la descubre cuando ella ha salvado alguna distancia. La sigue. Ambos desaparecen).

ESCENA DUODECIMA

Marciano que aparece en el bosque opuesto del río.

Marciano

—¡Ah, mi agreste ribera! ¡Ah, “Río Frío”
Con su verde bosque!
En el cauce murmura entre las rocas
Y en la ribera opuesta bate obscuro
Los cimientos de piedra, en que se eleva
Tal precipicio abrupto, que la vista
Se detiene en lo grave del paisaje.
En las breñas y zarzas se oyen pasos...
Mas ¿qué veo? ¡Es Ramona!...

Huye por entre rocas y jarales. . .
 ¡Huye y deja jirones en las ramas!

*
 * *

—Lejos con un caballo. . . es que el jinete
 Se desmontó sin anudar las riendas. . .
 Que el breñal es muy áspero. . . y las botas
 Valen más entre zarzas y asperezas.
 Mas Ramona camina como una hada. . .
 No importa que al pasar, rama perversa
 Haga presa en sus brazos. . . gota a gota
 De sangre, va trazando su carrera.
(Alza su fusil para apuntar)
 Por fin, se para. Allí, cortado a pico,
 Se abre el abismo: el cauce que en la sieña
 Tajó con su caudal el “Río-Frío”,
 Que entre las rocas hierve, el valle atenua.
(Ramona alisa su falda)
 Ella está allá. . . Sus faldas ha alisado,
 Con manos breves sus cabellos peina;
 No ve al río de horror. . . que el borde horrible
 Y su despeñadero están muy cerca.
 La he visto sonreír ante el peligro
 Y al canto del abismo está serena. . .
(Aparece don Lyco)
 Habla y el viento trae sus palabras.

Ramona (dentro)

Si da un paso, don Lyco, de esa cuesta,
 ¡Me echo al río. . .!
(Don Lyco rápidamente echa mano de su lazo)

Marciano

—De pronto como sierpe,
 Que del árbol silbando traicionera,
 Se lanza, y enroscándose a su víctima,
 La derriba— un dogal ciñe la esbelta
 Cintura y blancos brazos de Ramona,

Que cual palma osciló sobre la hierba
El lazo del astuto ganadero,
Pende en el otro extremo de su diestra:

Ramona (dentro, cogida en la lazada)

-- ¡Por el cielo y sus santos, que no lleguen
A tocarme sus manos!

Marciano

—Así sea;
¡Mas en vano! El Don Lyco la contempla
Somniando... Se adelanta hacia Ramona . .
¡Muera, pues que de Dios está que muera!
*(Dispara: se oye dentro el ruido del
derrumbe de Don Lyco).*

Ramona se ve libre y a sus plantas,
como herido del rayo, el hombre rueda,
Se agita de dolor, alcanza el borde
Y rebota al caer de peña en peña
*(Por entre las rocas desaparece y re-
aparece Marciano).*

Ramona

—¡Es Marciano!

Marciano

—¡Ramona!

Ramona

—¡Mi Marciano!
(Pausa)
*(Se oye el ruido de un aeroplano y
gritos dentro).*

—Mas ¿qué veo? Que avanza por las sendas
Gente armada.

(Entran el Oficial y tropa; suspensión de Marciano y Ramona).

Sóoter (y voces dentro)

—¡Ya el lobo de Almendárez Pagó tanta maldad con su cabeza...!

(Entran el Viajero, que es Sóoter, con Euforión; la Urbana y prisioneros, libres. Marciano y Ramona descienden y se unen a los amigos que llegan).

Otras Voces

—¡Bien por el cazador!

ESCENA FINAL

Dichos: el Viajero, que es Sóoter; Euforión; el Oficial y fuerza armada. Gente.

Viajero

—¿Eres Marciano?

(Marciano asiente).

¡Pues bien, soy el Ministro de la Guerra,

(El Oficial se lleva la mano al kepís).

Según dicen, amigos, estos pliegos!

¡Cayó el tirano!, y libres los Herrera,

A(todos).

Entregaré a los brazos de Marciano

A Ramona: la boda es por mi cuenta.

(Acércanse y contéplanse felices Marciano y Ramona).

(Aparte)

Esto ofrecí a Marcelo, hace tres días,

Al sostener, ya muerto, su cabeza;

¡Lo ignoran! No osaré nublar su dicha;

¡Son tan breves sus horas en la tierra!

(TELON).

II

LA TORRE DE MARFIL

Drama en Cuatro Cuadros y Dos Actos.

PERSONAJES

Edita, contracción de Eudémona.
La Madre, de Sóoter.
Ramona, criada de Edita y esposa de Marciano.
Sóoter, jefe de partido político.
Almendárez, su contrario.
Herrera.
Marciano.
Euforión.
Belpartizán, partidarios de Sóoter.
El Fonógrafo } que hablan.
El Teléfono }
Un Ujier.
El Doctor, (un médico).

PERSONAJES DE "LA BOHEMIA"

TODOS EN CIERNES:

Periodista	<i>A. Moro.</i>
Escultor	<i>Arriaza.</i>
Literato	<i>Lavalle.</i>
Profesor de Altos Estudios	<i>Dotesio.</i>
Actor	<i>Browns.</i>
Músico	<i>Tanis.</i>
Novelista	<i>Rogel.</i>
Oradores	} <i>Zuluaga.</i>
	} <i>Pareto.</i>
Actor Dramático	<i>Vandick.</i>
Profesor de Ciencia Pura	<i>F. de Larra.</i>
Convidados de boda. Aldeanos. Pueblo.	

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

En Palacio. Partidarios Primero, Segundo y Tercero.

Belpartizán, Primer Partidario

—¡Gran noticia! El Presidente
Se marcha a Europa. Han llamado
A Sóoter. . . ¿Pero qué ruido?
(*Ruido de aeroplano a lo lejos. Pausa*).

Partidario Segundo

—¡La hélice de un aeroplano!. . .
¿Y Sóoter? ¿En dónde se halla
Sóoter?

Belpartizán

—En uno de tantos
Apostolados que vuelven
Todo cuanto el hace, extraño.
En medio de su derrota,
Cuando se daba a buscarlo
Tanta gente, tuvo aviso,—
Ved cómo esto lo ha salvado,—
De que cierto caseíó
De colonos, —el llamado
“Río Frío”, —de la hacienda
“Los Herreras”, —era el blanco
De los odios de Almendáiez;—
Y como que allí han quedado
Los hijos de un tal Marcelo,
que él toma bajo su amparo,—
Sin ver el peligro propio,
Voló al instante a salvarlos. . .
Pero hizo esto ¿en qué momento? . . .

Pues no lo hizo sino cuando,—
Por la derrota abatido,—
¡Eia un secreto!, echó mano
De un invento prodigioso
Que él, modesto como sabio,
Guardaba con gran sigilo
En el terrible santuario
Donde él cree matar sus ocios
Y hace el misterio su esclavo.
Dióle a Euforión, a las veces
Su ayudante y su mecánico,
Orden, y haciendo de torre
Sobre la montaña, un árbol,
Centelleó en medio del día
Su reflector. . . ¿Mas qué ruido?
*(Vuelve a sonar, esta vez más cerca
la hélice de un aeroplano).*

Partidario Tercero

—Se ha dicho, por estos días,
Que por la noche, y acaso
De día, se oye volar
Sobre la ciudad. . . En vano
Quise decir. . .

Partidario Primero

—Pues este amigo,
Por cierto que ha aterrizado
En la peluza del parque .

ESCENA SEGUNDA

Dichos; Sóter; Euforión.

Partidario Primero

—¡Gran noticia!

Sóoter

—Os doy los brazos;
Mas ni una palabra, amigos,
Los minutos son contados.
Luego hablaremos; dejadme
Con Euforión. . .

ESCENA TERCERA

Sóoter; Euforión.

Sóoter

—Ha llegado
El momento: sopla arriba
Un viento y temí estorbaros
La maniobra. . . Hablad amigo,
Que sangra un poco mi brazo,
Y he de cambiarme la venda,
Que allá hay malos cirujanos
En “Los Herreras”.

Euforión

—Amigo,
Pocos segundos y acabo
De explicarme. . . ¡Yo el primero
Me inquieto, por ese brazo. . .
Pero el asunto es tan breve
Como grande. . .!

Sóoter

—Algún espacio
Requiere, si es grande. . .

Euforión

—En suma,
Tan luego que hube instalado

El reflector en la torre
Del telégrafo inalámbrico
¡Oh prodigios!, a lo lejos,
Se oyeron cien cañonazos,
Fuego de ametralladoras,
Inopinados disparos,
Explotar las Santa-Bárbaras,
Y el menudo tiroteo
De cartucheras... Los fuertes
Fueron así desarmados.

Sin darse cuenta los jefes,
Oficiales y soldados,
Gritando: ¡incendio!, ¡a las bombas!
Encontraron solitarios
Los reductos, los portones,
Cuadras, portales y patios!
Luego llegan los amigos,
A llevar entre sus brazos
A algún herido... Las balas
Que dispararon sin blanco,
Sepultáronse en el suelo,
Silbaron en el espacio,
Y quedó así el enemigo,
En media hora, desarmado

No bien el nuevo Gobierno,
Os puso tantos despachos
En que os nombraba Ministro
De la Guerra... ¡se habló tanto
Del suceso!, y os llamaron, presentóse
En mi casa, Alcíd Idáison,
El agente de Alemania,
Con un cable... Era un despacho
De su Gobierno... ¡El invento
Que es desvelo de sus sabios!
¡Ofrecen cuatro millones
Dólares...! ¡Sóoter, hermano!

Sóoter

—Pues, no querido Euforión,

El cable ha vibrado en vano.
 ¡Por estas gotas de sangre
 Que mi invento ha derramado
 Llorará tanto la Ciencia
 Como yo habré de llorarlo!
 Como el sol vierte su luz,
 Sobre cuanto fue criado
 Dios mandó el ciego fluido
 A darnos la vida ¿y vamos
 Los hombres, con reflectores,
 A coger en haz sus rayos,
 Para que fuego implacable,
 Cual invisible relámpago,
 Consuma el germen de vida
 Que mandara El a animalos?
 Créome, buen Euforión,
 Excelente ciudadano,
 Con todo, no entregaría
 Mi invento a ninguna mano
 Que puede ser vengativa,
 Que puede ser de hombre airado,
 Que puede ser ambiciosa,
 Que puede ser de un tirano,
 Que puede hacer de mi invento
 Aquella quijada de asno
 Que enseñe a matar, no a un hombre,
 Sino . . . ¡al Gran Género Humano!
 Hoy mismo, después del triunfo,
 Esperarían en vano
 Mis amigos, que yo armase
 Mis pasiones con el rayo.

Euforión

—¡Cuatro millones de dólares!

Sóoter

—Fueran el doble de cuatro,
 No enjugarían las lágrimas
 Con que estaría llorando,

Euforión, tantas desgracias
Que el mundo habían llenado.

Euforión

—¡Adiós! Siento no saber,
¡Ay de mí!, ¡pobre mecánico!,
El secreto que asombraba
Al mundo, a estar en mis manos.
Mas tres años de labor,
A vuestras órdenes, algo
Deberían producirme..

Sóoter

—¡No más! ¡Hoy haréis pedazos
El reflector!

Euforión

—Ni un momento,
Más, he de ser empleado
Vuestro!

Sóoter

—¡Euforión!

Euforión

—¡No más digo!
¡Basta. .! (*Vase*).

Sóoter

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡Hermano!

ESCENA CUARTA

Sóoter

—¡Que la ciencia,—uno de aquellos

Aunque divinos, escasos
 Haces la luz, que se cuelan
 Por las rendijas de lo alto,
 Al penetrar en el mundo,—
 Se ha de tornar en su daño,
 O centella que consume
 Cuanto se ofrece a su paso,
 O llama a las mariposas
 Que buscan sus puros rayos . . . !

ESCENA QUINTA

Dichos; Sóoter; el Ujier.

Ujier

—Señor, su señora madre
 Está en la sala de espera:
 No ha llegado hasta el despacho,
 Temerosa . .

Sóoter

—Yo iré a ella.
 (*Entran los partidarios*).

ESCENA SEXTA

Dichos; los Partidarios.

Partidario Primero

—Sóoter, hemos de ser francos . . .

Sóoter

—¡Pues hablemos con franqueza!

Partidario Primero

—¡No puede ser de otro modo!

Digo, que en la diferencia
Con Eufonía, la razón
Está de su parte.

Sóter

—Deja
Que abrace a mi madre.

Partidario Primero

—Alcid
Idáison, hace propuesta,
Por el reflector de herzianas,
De cuatro millones. . .

Sóter

—Esa
Es cuestión resuelta, amigo. . .

Partidario Primero

—¡No es posible!

Sóter

—Está resuelta
Esa cuestión. . .

Partidario Primero

—Y tenemos,
Como si dijera en puerta
Los gastos eleccionarios,
Y hemos hecho algunas deudas. . .

Sóter

—Ni una palabra. . .

Partidario Primero

—A estas horas
¿No sabéis? . . . la Presidencia. . .

Sóoter

—Amigos, soy con vosotros
 En un segundo: ¡me espera
 Mi madre...!

ESCENA SEPTIMA

Partidarios

Belpartizán, Partidario Primero (indignado)

—¡En fin!.. Mal la Patria
 Anda entre gente de letras
 Y ciencias.

Partidario Segundo

—En tanto, amigo,
 Repuestos de la primera
 Impresión, los Almendárez,
 Que saben cuál es la cueida
 Que hay que tocar al *factotum*,
 Compran todas las imprentas,
 Compran los folicularios,
 Y se arman de las promesas
 Que hizo la revolución,
 Para hacer las elecciones,
 Máscara de una revuelta:
 ¡Cómo llamaron á Sóoter
 Al despacho de la Guerra!

Partidario Primero

—En primer lugar, su invento...

Partidario Segundo

—Amigo, es como si hubieran
 Llamado a ser el Primer
 Ministro, a Nobel, en Suecia

Partidario Primero

—O a Zepelín por su globo.

Partidario Segundo

—Hay notable diferencia.
Sótese guarda su secreto:
Y al alza la mano, en ella
Va el rayo: es el nuevo Júpiter
De las naciones modernas. . .
Que hay plan en lo que hace, dígalo
El rechazar la propuesta
De Idáison. . . cuatro millones
De dólares. . .

Primer Partidario

—Eso era
Lo necesario! El invento
Ya no hace falta: una guerra
No es probable, contra quien
Se ha armado de esa manera.
Y hoy el problema es de fondos. . .

Segundo Partidario

—Para Sótese el problema
Es otro: debe su puesto
Al bando de los Herrera:
A los Herrera preocupa
El asunto de las tierras
De "Río-Frío". Esta vez
Dan la cuestión por resuelta.

Partidario Primero

—Hay algo muy importante
Que con todo ello se mezcla
Y da a la actitud de Sótese
Algún tinte de novela
Invernizziana. Es el caso

Que él ama hace tiempo a Eudémona . .

Hoy que el poder en sus manos,
Puede hacer que los Herreras
Lleven tan lejos que gusten,
Los mojones de sus tierras,—
Ellos traen con la madre
De Sóoter la rubia Eudémona . . .

Partidario Segundo

—En ese amor hay historia:
Pues siendo él de corta hacienda,
Mucho tiempo rechazaron
Muy adustos los Herreras
La pretensión. Frente a frente
De los balcones de Eudémona
Está el antiguo zaguán
De Almendárez, y es leyenda,
Si no es historia verídica
Que de tiempo atrás se cuenta,
Que más que atentos saludos
Cruzan de puerta a puerta,
Con malas razones tíos,
Otro tiempo de ballesta
Y arcabuces y hoy en día
De pistolas y escopetas.
Con todo, y esto no extraña
A quien tiene la experiencia
De que el dinero concilia
Las palomas y culebras.
Ahora Alfredo Almendárez,
Ofrece su mano a Eudémona,
Queriendo con esta boda
Reunir las dos herencias,
Que es,—puesto que ella ama a Sóoter,—
que comienza una tragedia.

Partidario Primero

—Poco es conocer a Sóoter,
Crear esas componendas
De intereses y mojones

Y de bodas y de tierras.
Que ama a la niña es muy claro:
Pensar que entre en la secreta
Maquinación que tú dices,
No es cosa clara ni es cieita

Partidario Segundo

—Confusa es la situación . . .
Hoy mismo cierro mi cuenta
Con el partido “Switchista”.
Hoy abandono la mesa
De redacción de “La Torre
de Marfil”, y entro en la opuesta.
Me paso a “La Chinchintorra”.

Partidario Primero (viendo a la antesala)

—Silencio todos, que llegan
Sóoter, su señora madre,
Con ellos la rubia Eudémona . . .
Bohemios y socialistas,
Los dos hermanos Herrera,
Y además, gente menuda . . .
(*Aparte*)
—Buen cebo . . . Sí; Edita es bella!

ESCENA OCTAVA

Dichos; la Madre de Sóoter, Doña Isabel; Eudémona; Fernando Herrera; Marciano y Ramona. Los de la sociedad “La Bohemia”.

Partidario Primero

—¡Por fin, hay tiempo de daros
La gran noticia!

Sóoter

—Ya es tarde
Para vos, amigo mío,

Pues por no hacer que aguardase
He podido recibirla
De los labios de mi madre. . .

Partidario Primero

—A ambos felicito yo;
Pues bien sé cuánto de grande
De tan buena madre puede
En política esperarse. . .

La Madre

—Hijo, ante todo, la herida
Del brazo está por curarse. .
Veo que de vez en cuando
Tiñe la venda de sangre.

Partidario Primero

—Mucha es la gente que espera
Esa palabra que hace
Caer a un pueblo en la sima
O hasta la gloria elevarse. . .

Herrera (a Sóoter)

—Vos nos daréis la razón:
Dos cosas hallan cabida
Para pedir la ocasión:
El uno asunto de vida;
El otro del corazón.

Sóoter

—Herrera, la de la vida
No es la primera ocasión:
Con mi madre habrá cabida;
Trataré con la otra herida,
La herida del corazón.
Es razón que así se entienda.
(*Al Ujier*)

Que esperen las redacciones.
No es justo que alguien se ofenda,
Pues que sangrando mi venda,
Cedo el paso a otras razones.
Entre "La Bohemia".

Herrera

—¿Qué clase
De gente .? ¿Es una academia?

La Madre de Sóoter

—¡Qué así el tiempo se nos tase!

El Ujier

—¡Si son servidos que pase
Adelante "La Bohemia"!

(El Ujier anunciando:

A. Moro, Periodista Redactor de "La
Torre de Marfil";

Arriaza, Escultor;

Lavalle, Literato;

Dotesio, Profesor;

Browns, Actor;

Tanis, Músico;

Rogel, Novelista;

Zuloaga y Pareto, Oradores Estudiantes;

Vandick, Autor Dramático;

F. de Larra, Profesor de Ciencia Pura.

(Lléganse en confusión).

Sóoter

—Venís a segar en paz,
Después de cebar cañones...

Pareto

—Y a dar felicitaciones...

Sóoter (conservando la hilación)

— . . . Cuanto hablamos en paz y haz
De los perdidos rincones
De talleres en agraz
Y mesas de redacciones.

Periodista

—Cosa de gran artificio . . .

--Mas yo os la sabré decir:
Quiso un loco construir,
Como loco, un edificio . . .
Pues se había de concluir
Sin emplear útil, ni carro,
Ni pilares, ni guijarros
Donde se prenda la hiedra,
Ni maderamen, ni piedra,
Ni cal, ni arena, ni barro . . .
Pues ¿cómo—¡ironía cruel!--
Hacer al Adán moderno,
Sin su material eterno? . . .
¿Si es forma, es decir, cincel?
¿Es vida, es decir, pincel?
¿Es verbo, y es libertad?
¿Es ciencia, y es pureza?
¿Es sonido, es decir lira?
¿Y es la divina mentira
Que es la única alma Verdad?
No basta, ¡oh Moro sutil!,
Que llene vuestra razón
La mesa de redacción
De “La Torre de Marfil”;
Yo que hollara el fango vil
Con la excomulgada grey,
Sé que cada hombre es un rey,
Y voy porque el mal se borre,
A convertir vuestra Torre,
En la Torre de la Ley.
Y así segaréis en paz
Cuanto hablamos en paz y haz
De los perdidos rincones
De talleres en agraz
Y mesas de redacciones.

Moro

—*No todas las voluntades
Siguen las mismas verdades
Y hoy publica, estafalaria,
Que es tal reforma arbitraria,
Una de las facultades...*

Sóoter

¿Y es...?

Moro

—*La de veterinaria.
(Se hace al fondo "La Bohemia")*

El Ujier (consultando su lista)

—Entre el partido *Suitchista*.

Primer Partidario

—¿Habla con tanto testigo?

Sóoter

—O bien me engaña la vista
O faltan muchos amigos
De los que cuento en mi lista.

Partidario Primero

—No cabe hacerlo misterio:
El partido anda muy mal...
Y la razón principal
Es que no hay Ministerio...

Sóoter

—Hay Ministro General...
En el partido es ya viejo
Y hace irrisoria tal prisa,
Que al Parlamento es anejo,
Que forme al llegar Consejo,
Con la fórmula de Suiza.

Partidario Primero

—Pues no falta quien deslice
 Que la gente nos maldice. . .
 “La Chinchintoria” hace risa
 De nuestro programa y dice
 Que nos hallamos de Suiza
 A mil leguas, moralmente.
 Que no es para nuestra gente
 Un consejo tan extraño,
 Ni cambiar de Presidente,
 A tiempo fijo, cada año.

Sóter

—Hubo un Mago muy sutil
 Que por evitar la grima
 De lodo . . . o de gente vil,
 Se construyó en una cima
 Una Torre de Marfil.

Y al entrar en ella jura,
 Aunque de él el mundo ría,
 Para guardar su alma pura,
 Que jamás descendería
 De esa Torre y de esa altura

Túvolo otro Mago a mal,
 Y le escribió: Eres mi igual
 Y es falso tu orgullo y rango;
 Siendo yo en virtud cabal,
 Llevo los pies en el fango.

Pero el Mago no se corre
 Y escribe: Puedes ser más. . .
 Si es así, razón demás,
 De que subas tú a la Torre;
 Mas que yo baje, ¡jamás!

Moro

—Dadnos la palabra de orden. . .

Sóter

—En dos renglones estriba,

Y ha de mantenerse viva,
Sin desmayos, sin desorden,
Cual se dijo abajo, ¡arriba!
El pueblo ha de dar la norma
Y para nadie es misterio
Que el Parlamento es su forma;
Pues él hará la Reforma
Y él formará Ministerio!

Ujier

—Entren los Mayoritarios!

El Jefe de los Mayoritarios (Bolshevique)

—Este es el punto esencial;
Los Soviets son necesarios,—
Que al suprimir los salarios,
Lo den todo por igual,
No admito al rico jamás. . .

Sóoter

—Pues si se ha de despojarle,
Tendría el Poder que darle,
En cada rico, a uno más.

El Bolshevique

—¡No tal! ¡Que pida por Dios!

Sóoter

—Había que dar, amigo,
Con este nuevo mendigo,
No a un mendigo, sino a dos.

El Bolshevique

—¡Niego! ¡No habrá más esclavos!
¡Repártase la riqueza!

Sóter

—Tocáían por cabeza
 Dos puñados de centavos.

El Bolsheviqúe

—Pues déñsele a la Nación,
 Que de al grano a todo pico.

Sóter

—El gran Soviet pone al chico
 Y al grande, a media ración.

El Bolsheviqúe

—¿Qué da, pues, el soterismo?

Sóter

—¡Identidades!

El Bolsheviqúe

¿Verdades?
 ¿No son eso identidades?

Sóter

—Casi... algo más que lo mismo!

El Bolsheviqúe

—¡Habías de hacer que me asombie!
 ¿Cómo puedo vivir yo
 De identidad...?

Sóter

—¡Como no
 Sólo de pan vive el hombre!
 (*Apologando*)

Era un mozo de tahoma
Contra su amo el panadero;
Y él quería ser persona,
Gorro blanco por corona,
Y el delantal, y el dinero.
 Dice el amo, pieza lista,
—Tome el delantal y el gorro,
Señor mayoritarista,
Mas si le suelto el ahorro
No es la clientela provista;—
 Y el mozo se vio galán,
Con gorro,—ello es cosa cierta,—
Pero fue el amo barbián
Quien tuvo que hacer el pan;
Y el otro... llevó la espuerta.
 Por fin dijo el amo franco
—¿Me impondrás siempre el bochorno
De estar yo sin gorro blanco
Ni delantal, frente al horno,
Y tú tendido en el banco...!

Ahora ved al poeta,—
Hace el mundo cigarral,
Que es un coro general;
Y es diosa la Musa inquieta;
Pero él no gana un real.
 Da así el vino de su vid:
Mas, quien dude, no es sincero,
Que es suyo, en el mundo entero,
Desde el trono de David
Hasta el báculo de Homero.

 Y en su indolencia le abona,
contra el vulgo necio y truhán,
Que sabe,—aunque no sé entona,—
Qué solo él es quien da el pan,
Como el amo de tahoma.

Jefe de los Mayoritarios

—Entendemos.
(*Se retiran*)

Sóoter

—Id con Dios.

Partidario Primero

—Esos votos son perdidos.

Sóoter

—¿Acaso querriáis vos
Que se den, una de dos,
Por buñados o creídos?

Herrera (satisfecho)

—La fábula de la gorra
Me ha parecido muy bien...
¡Retebién...! Sí; ¡retebién...!
¡Retebién...!

(Gritan fuera un periódico)

—“¡La Chinchintorra!”
*(Sobresalto de Herrera, Belpartizán y
sus partidarios).*

Sóoter (al Ujier)

—Compradlo y haced que estén
Los diarios de la camorra
Con los amigos también...
*(El Ujier trae un ejemplar de “La
Chinchintorra” que pasa a manos de
Belpartizán).*

Partidario Primero (leyendo para sí)

—Hay cien cargos...

Sóoter

—Leed el peor;
Y omitid las frases vanas;
Lo esencial...

Partidario Primero (lee)

—“*Al inventor*

“*Del célebre reflector*
“*De las ondas hertzianas*
“¿Cómo esperó la derrota
“Para usar el referido
“Invento? . . . ¡hay quien no se asombre!
“¡Y cuando había perdido
“Trescientos, hombre por hombre,
“Su partido?
“Aquí, lectores, comento,
“Si anduvo el oio y el Moro
“De por medio? ¿Y si esto era
“El invento?
“¿Y así el invento fue el oro,
“El oio de los Herrera?”

Sóoter

—¿A tanto el mendaz se atreve?

Partidario Primero

—Y la codicia hermanados:
Pues dice aquí neto y breve:
(*Lee*)
“Los datos nos fueron dados,
“Por un práctico a quien debe
“Alguna que otra lección;
“Y ensayos de Ciencia Pura”.

Herrera

—¿Quién el tal hombre?

Belpartizán, Partidario Primero

—Euforión.

(*Sigue leyendo*)
“Y a quién pagó su adhesión
“Con la ingratitud más dura”.

Sóoter

—¡Caro cuesta dar ejemplo;
Y ya el tal se satisfizo!
Pedir a Cristo contemplo
Que deshaga y que haga el templo
En tres días... ¡Pues no lo hizo!

Herrera y Belpartizán (coincidiendo)

—¡Pero lo crucificaron!

Sóoter

—¡Pues dé usted a tantos viles
Armas que los desarmaron!
Por uno que reclamaron
Se alzaron templos a miles.
¡Tal vez ya la antigua Ciencia
Su misión habrá concluido
Y será Ciencia y Conciencia!...
Mas... la audiencia ha concluido.

El Ujier

—Ha concluido la audiencia.

(Todos salen; excepto Herrera).

ESCENA NOVENA

Sóoter; Herrera; asoma por la puerta que da al interior
la Madre de Sóoter y Eudémona.

La Madre

—¿Entramos ya?

Sóoter

—¡Madre mía!
¡Eudémona!

La Madre

—¿Es ya ocasión

De verte?

Sóoter

—¡Cruel desazón!
Dadme tiempo todavía.

La Madre

—¿Hemos de esperar otra hoia?
¿Cuál será la sin razón?

Sóoter

—La verdadera razón
De Estado, madre y señoia.

La Madre

—¡Cuánta pena!

Eudémona (conciliadora)

—Hemos oído
Lo de los Mayonitarios,
Lo de los veterinarios,
Los tráfugas del partido...

Sóoter

—¿Haréis también que me corra?

Eudémona

Vuestra herida nos apura
No impediende la lectura
Que hacéis de “La Chinchitoia”.

La Madre

—¿Se llama ya al cirujano?

Sóoter

—En una hora no se muere.

Eudémona

—¿Pero quién se nos prefiere?

Sóoter

—¡Vedlo!

Eudémona

—¡Mi señor hermano!

ESCENA DECIMA

*Sóoter; Herrera.**Herrera*—Dejo preámbulos vulgares...
Pido sin treta o malicia,
Una cosa de justicia...*Sóoter*

—¿Qué es?...

Herrera—La prisión de Almendárez—;
Que hizo fuego, sin razón,
Sobre un hombre de mi hacienda
Que era ajeno a la contienda...
Y salía del portón
De casa hacia "Río-Frío"...

Debía ir a tienda suelta
E informarme de la revuelta...
Iba en un caballo mío,
Que al ser mi hombre derribado,
Halló en la trinchera tope...

Sóoter

—Yo vi por cierto el galope
Del caballo desbocado...

Herrera

—Esto no calmó su inquina...
Que en él el odio no acaba...
Miró a un soldado que estaba
Faccionario en una esquina,
Y le tiró de balazos;
Castigando así su celo
Por mi causa... Era Marcelo...

Sóoter

—Marcelo murió en mis brazos...
¡Así el combate ensimisma!

Herrera

—No; él tiró de su ventana...

Sóoter

—¿Quién le vio?

Herrera

—Le vio mi hermana.

Sóoter

—¿Eudémona?

Herrera

—Sí, ella misma;
Detrás del biombo calado
Del balcón.

Sóter

—¡Un vergonzoso
Asesinato! ¡Es odioso!
Pero Alfredo es diputado
El Congreso: es inviolable.
La Ley...

Herrera

—¡Cómo!

Sóter

—Hay que cuidar
De que no nos haga obra
Mal, cualquiera miserable.

Herrera

—¡Hay para un juicio de Dios!

Sóter

—¡Un miserable...! por eso...
Llevad la causa al Congreso...

Herrera

—Pues si no lo apresáis vos...

Sóter

—No os entiendo.

Herrera

—¡El hombre osado

Que tiró sobre la Uibana,
Cuando escudarla os dio gana,
Y os hirió... ha sido linchado!
Y hoy esa prensa maestra
En mentir, dirá a porfía
Que ha sido venganza mía,
Es decir, venganza vuestra.
Hay más: del círculo arterio,
El voto, como su prensa,
Se esgrime, según él piensa,
Cual una hoja de acero.
 Esto es lo que os toca a vos...
Ahora, llega mi parte;
Aunque todo es de tal arte
Que no es propio a los dos...
 Las gentes de "Río-Frío",
Sin oír otras razones,
Han llevado los mojones
Hasta más allá del Río;
 Y es tiempo de cerrar la era
De pendencias y asonada...
Sótese, con una plumada
¡Con una plumada ...!

Sóoter

—Herrera,
No tomaréis a malicia
Si hago de padre las veces...
Herrera, sabéis que hay jueces
Y una Corte de Justicia!

(Cae Herrera en un sillón, abatido)

¿Pues cómo podía ser...?
¿No he de pedir al Congreso
Reformas?... ¡Pues bien, por eso
¡Mañana dejo el poder!
 No somos hombres sutiles
Los que dan ejemplo y normas:
No se presentan reformas
Subrayadas de fusiles...

¿Pide el rayo que desgana
 Bajando del Capitolio?
 No han de hacerse desde el solio:
 Pues descenderé a la baña!

Herrera

—¡Pobre Eudémona! Lo siento
 Por mi hermana.
 (*A su vez cae abatido Sóoter en un sillón*)
 Había creído
 Su amor en bronce fundido,
 ¡Y se lo ha llevado el viento!
 ¿No veis que todo camina
 Con el vórtice que os sigue?
 ¿Pues quién queréis que se abrigue
 Bajo de un techo en ruina?
 Los que vemos intereses
 Somos pasajeros en tren,
 Y hay un vórtice también
 Que nos lleva en sus reveses.
 No asimos de los cabellos
 Razones . . . no razonamos . . .
 Nosotros no los llevamos,
 Por cierto, nos llevan ellos . . .
 Por un momento nos vimos,
 Y hallamos, ya aleccionados
 Y en las sombras alejados,
 Que apenas nos conocimos . . .
 ¡Tal es la vida y sus azares . . .!
 ¡Eudémona . . .!

Sóoter

—¿Vais a hacerla

Saber . . . ?

Herrera

—¡No estoy para verla!

Sóoter

—¿Dónde vais?

Herrera

—¡¡Donde Almendárez!!

ESCENA UNDECIMA

Sóoter y después Eudémona. Sóoter permanece abatido y en sopor.

Sóoter

Se ha ido... ¿Y ella? ¡Oh suplicio, también ella!
¡Faltaime en esta vez su simpatía!
¡Por ella la llamé mi buena estrella!
Porque cuando, en la lucha, me abatía;
Cuando la sombra de la angustia crece;
Cuando en nuestro redor todo es extraño,
Y en nuestra frente el alma se ensombrece
Y el mundo, con rencor, se muestra huraño,
Como si adivinase mis enojos,
En mi alma quebrantada e indecisa,
Se encendía la lumbre de sus ojos
Y bajaba una aurora, su somisa.
Mas entonces el alma embebecida
Iba tras algo que se ve y se alcanza.
La negra encrucijada de la vida
Se alumbraba hacia el fin, con la esperanza.
Pero ahora, ¡oh terror!, yo mismo siento
Que hay una tempestad bajo esta calma:
¿Responderá el Destino...? Este momento
Es de una oscuridad que espanta al alma.

*(Vuelve la vista y se encuentra con la de Eudémona
que está detrás de él a algunos pasos. El lanza un
grito de alegría).*

¡Ah, hoy tampoco ha dejado que taladre
Mi espíritu el dolor que así me abisma!
¡Vuelve la vida!

(*A Eudémona*)

—Eudémona, ¿y mi madre...

No está con vos?

—Es porque ha ido ella misma

Por el Doctor...

(*Pausa*)

Sóoter

—¡Hablad de nuestra boda!

Eudémona

—Sóoter ¡poi Dios! ¡Qué cándido habéis sido!
Coidura es no empeñat el alma toda.

Sóoter

—¿Habláis así? ¿Pues a qué habéis venido?

Eudémona

—¿A qué he venido? ¡Si escuché a mi hermano!
¿No soy quien os admira y os comprende?
¡Vengo a daros el alma, no la mano!

Sóoter

—¿El alma nada más?

Eudémona

—¿Eso os ofende?

Sóoter

—¡El alma!

Eudémona

—Un alma de mujer, secreto
Con que salvaros mi pasión ensaya:
Guardadle cual mirífico amuleto. . .
 Como el mar en la arena de la playa,
El océano sin fin del sentimiento
Se detiene en el pecho que suspira
Y gime dulcemente, como el viento
Que hace sonar las cuerdas de una lira.
 Mas, ¡ay de vos, si le llamáis a solas;
Si llamáis hacia vos el mar abierto,
Rompiendo el dique a que entien altas olas!
¡Ay de vos y la nave! ¡Y ay del puerto!
 Hay un límite obscuro en esa obscura
Playa en que la marea se detiene.
No ha de romperse el dique y es cordura
No empeñar tanto el alma. . . y más quien tiene
Una misión, cual vos, en quien emula
Lo prudente y sereno a lo amoroso. . .
Recordad las palabras de la Tula
De Avellaneda, al que iba a ser su esposo. . .
Pues bien, no soy tampoco un ser divino. . .
¡Qué impiedad!: ¡adorarme! ¡idolatrarme!
 También libro el combate del Destino.

(Sóoter se ensombrece)

—¡Pero no es tanto! ¡No vayáis a odiarme!
También sufio y soy blanco del encono.
Conozco el sacrificio y el tormento,
Hago algún bien al hijo de un colono,
Y estoy a vuestro lado, este momento. . .
 ¡Pero amor. . .!

Sóoter

—¡Ah! ¿queréis que sacrifique
El amor? ¡Que lo tenga como incierto?
¡Vano dudar! Ha tiempo rompí el dique. . .
Hoy salta el mar y se sumerge el puerto!

Y hemos de ser, la culpa bien medida,
Ambos culpables. . .

Eudémona

—¿De qué amor nos lleva?

¿Qué prueba? . . .

Sóoter

—Si el amor me da la vida

¿Será que esto es amor?

Eudémona

—¡Pues a la prueba!

(Rasga él sus vendas y corre sangre de su herida)

¿Qué hacéis? ¿Rasgáis las vendas rencoroso?

Sóoter

—¡No empañaré mis ojos con el llanto!
¡No apagaré mi voz con el sollozo!
¡Mas el dique se abrió! ¡No puedo tanto!
¡Mas si tanto pueden, engaño y olvido,
Y el pecho, a quien rinde, tan grande dolor,
Séneca es entonces de un Nerón Cupido,
Petronio es entonces de un tirano amor.
Si amor con sus manos no me da la vida,
Amor que del alma tan pronto se borra,
Si el amor no quiere restañar la herida,
Entonces, mi sangre, que corra, que corra! . . .

Eudémona

—Pues bien, sí; esto es amor, si os satisface;
Culpable soy, la culpa bien medida,
Y si por el amor el alma se ase

A las ramas del árbol de la vida . .
Mas, ¡soco111o! ¡Oh a11ebatos inhumanos!
(*Se oye fuera llegar un auto*)
Llega un auto . . . El Doctor.

Sóoter

—Pues esperémosle.

Eudémona (trata de contener la sangre)

—¡Cuánta sangre! ¡Qué torpes son mis manos!

Sóoter

—Tenemos un secreto: ¡pues guardémosle!
(*Llegan la Madre y el Doctor*).

(TELON LENTO).

ACTO SEGUNDO

*Sala en casa de los Herrera. Música lejana en un kiosko del jardín.
Fiesta de boda. Bullicio que se oye en los interiores y no impide
el diálogo.*

ESCENA PRIMERA

Convidados.

Convidado Primero

—¡Hoy día las cosas caminan
Al vapor!

Convidado Segundo

—Alfredo casa

Con Eudémona

Convidado Primero

—Eso pasa,
Y así los odios terminan.
Hay más: su fortuna toda
Es de Edita, en los altares
De Amor. ¡Hombre es Almendárez
Que aquí celebra su boda
Y en el Parlamento atiza
Tal intriga, en tales formas,
Que hoy cae con sus reformas,
El partido de la Suiza!
Datos me dio Herrera a mí
Que a larga fama se preste.

Convidado Segundo

—Contadnos algo...

Convidado Primero

—Como éste;
Que Almendárez dijo así:
—Lo que no pudieron leyes
Las bodas lo terminaron:
¡Cuántas guerras se acabaron
Por enlaces de los reyes!

Convidado Tercero

—¿Y el leader de los suitchistas?

Convidado Primero

—Esos son otros cantares.
Piensa vencer a Almendárez
Con academias de artistas.
Mas ¡chist! La boda iba a ser
De Edita y Sóoter. Ello era
Que accedían los Herrera...
Pero él renunció al poder,
Y Herrera, hombre de intereses,
Y Eudémona, al fin mujer,
Perdiendo toda paciencia,
Han dejado al reformista
Del gran partido suitchista
A la luna de Valencia.

Los Tres

—¡Claro!
(*Calla la Orquesta*).

Convidado Tercero

—Todo está muy bien
Pero la orquesta se calla.

Convidado Segundo

—En cambio a la mano se halla

El fonógrafo y también
Un guarda-discos no escaso.

Convidado Tercero

—Pues alegremos la fiesta
Mientras se calla la orquesta.

Convidado Segundo

—Escoged.

Convidado Tercero

—Tomo al acaso.
(*Arregla el aparato y vanse*).

ESCENA SEGUNDA

El Fonógrafo (canta)

—Dicen que la boda fue
Casualidad . .
Casualidad . . .
Y que la novia quería
A otro galán,
A otro galán . . .
(*Entra Eudémona espléndidamente vestida de novia*).

ESCENA TERCERA

Eudémona y el Fonógrafo

El Fonógrafo

—Dicen que la boda fue,
Casualidad . . .
Casualidad . . .
Y que la novia quería
A otro galán,
A otro galán . . .

Eudémona

—¿Lo haré callar . . ? Es de suerte
(*Calla al aparato*)
Que estoy loca . . . Mas parece
Que a veces, nos escatnece
La misma materia inerte.
O más bien, acomodamos
Nosotros su rum, rum, rum,
Y lo entendemos, según
Lo bien o lo mal que obramos . .
Mas ¿qué haré, corazón mío?
¿Seré un fantasma, una ruina?
Tomaré mucha morfina,
Y salvaré a “Río-Frío” . . .
Tiene su ley la belleza,
Cual tiene leyes el bien . . .
¡Tiénela el mal . . ! ¡El también!
¡Y las tiene la riqueza!
La tierra, siendo materia,
Arrastra nuestro destino;
Y sigue así, lo divino,
Tanto dolor y miseria . . .
Pues así, hay algo inhumano
Que arrastra a mi corazón . . .
Mucho que tuvo razón
En lo que dijo mi hermano:
—Los que vemos intereses
Somos pasajeiro en tren,
Y hay un vórtice también
Que nos lleva en sus reveses.
Nos asimos de los cabellos
Razones . . . no razonamos;
Nosotros no los llevamos;
Por cierto, nos llevan ellos . . .
¿Y él? ¡Tengo ideas muy vanas
En caso como este, extremo . . .
Cómo le admiro y le temo
Por sus ondas hertzianas . . .
Pero mi ignorancia es mucha
Para darme así a pensar . . .
Tal vez él hizo sonar

El fonógrafo... ¡Y me escucha!
 Esa Casandra del drama
 De unos amores impuros
 Que ve, a través de los muros,
 La muerte que da una dama
 A su esposo... El, en razón,
 La explicaría muy bien...
 Si yo escuchase también
Palpitar su corazón

(Suena duramente el timbre del teléfono. Eudémona aplica el tímpano a su oído).

El Teléfono

(Habla en el género de tono y efecto del monólogo, aparte).

—¡Doctor!
 —Le hizo usted saber...
 —Ha poco la verdad toda.
 Que hoy mismo iba a ser la boda,
 Y que esta noche iba a ser...
(Asombro de Eudémona)

Hícelo así porque entienda
 Qué ha de hacer.

—Cosa acertada.

¿Y qué dijo Sóoter?

—Nada.

Eudémona

—¡Nada!

Teléfono

—¡Se rasgó la venda!

Y me miró duramente;
 Cuando a su herida me arrojó,
 Corría un río tan rojo
 De sangre... ¡Tan persistente!
 ¡Temí que iba a rechazarme!
 ¡No lo sufriera jamás...!

¡Venga Ud.! ¡Yo no hago más
Que orar a Dios y postarme!
—Voy, pero hágale estancia . .
—Las madres que no podemos
Más, mi Doctor, esto hacemos
En tales casos . . . ¡Orar!—
(*Suena el timbre*).

Eudémona

—No debieran ser así
Los grandes hombres . . . ¡Crear
Que lo es todo una mujer
Ni desangriarse por mí!
Así sólo él no entendió
Que era, al mostrarle desvíos,
De los suyos y los míos,
La única víctima yo . . .
El no debía saber . . .
Sea fuerza o sea estigma . . .
Ni penetrar este enigma,
El enigma de mujer . . .
Que brillando en la victoria
O la derrota . . . en el duelo
De mi amor, fuese consuelo
De su grandeza, su gloria . . .!
¡Me quitaré esta corona!
¡Y que haga de abrigo el velo!
¿Lo salvaré? . . . ¿qué haré, cielo?
¡Pronto! ¡Ramona! ¡Ramona!

ESCENA CUARTA

Eudémona; Ramona.

Ramona

—¡Mande!

Eudémona

—Di al chofer que se halle

Ante la puerta que da
Al salón, mi auto. . .

Ramona

—¡Si está
Ahí cerca! ¿Vais a la calle?
¡Estáis demudada toda!

Eudémona

—¡Calla! No sé ya quién soy

Ramona

—¿Dónde vais?

Eudémona

—¿Que dónde voy?

Ramona

—Pero, ¿y la boda?

Eudémona

—¡Ah, la boda! . . .

Ramona

—¿Qué no teméis que se ofenda
Vuestro hermano?

Eudémona

—¡Ah, sí, mi hermano . . .!

Ramona

—¿Dónde vais?
(*Asela de la mano*)

Eudémona

—¡Suelta mi mano!
¡Voy a poner una venda!
*(Sale toda de blanco Eudémona. Se oye la sirena
y rodar del carro).*

ESCENA QUINTA

Ramona.

Ramona

—¿Ha perdido acaso el seso?
¡Cómo demudada está!
¡Quiero saber dónde va!
(Sale presto).

ESCENA SEXTA

Herreia.

Herreia

(Llama al teléfono)

—¡Almendárez! ¡Al Congreso!
(Se dispone a hablar Cambia la decoración)

ESCENA SEPTIMA

Sala en casa de Sóteu. La Madre arrodillada y en oración.

Entra Eudémona.

Eudémona

—La madre está en oración.
*(Vuélvese la madre y ve a Eudémona vestida
de blanco)*

La Madre

—¡Eudémona . . ! Esto no es bueno . . .
Vuestro amor es un veneno . . .

Eudémona

—Os dié en otra ocasión . . .
Mas ¿dónde está? ¡He de saberlo!
¿No veis que aturdida toda,
Con el vestido de boda,
Vengo a verlo? ¡Quiero verlo!

La Madre

—¡Si no está!

Eudémona

—¡Cómo!

La Madre

—Ha partido.

Eudémona

—¡Ha partido y moribundo!

La Madre

—Edita, le hice saber
Ha poco, la verdad toda.
Que hoy mismo iba a ser la boda;
Que hoy por la noche iba ser
Hícelo así por que entienda
Lo que ha de hacer . . .

Eudémona

—¡Ay cuitada!

¿Y qué dijo Sóoter?

La Madre

—¡Nada!

Eudémona

—¿Nada?

La Madre

—Se rasgó la venda.
¡Y me miró duramente!
Cuando a su herida me ayojo
¡Corría un hilo tan rojo
De sangre . . . tan persistente!

Eudémona

—¡Sí, ya sé. . . ! ¿Y él?

La Madre

—Ha partido;
Pues al punto llegó un hombre:
No conozco ni su nombre;
Y habló un instante a su oído.
Y sin demostrar desmayo
Ni usar excusa ni ardid,
Dijo a aquel hombre:—Venid
Pronto,—y partió como un rayo.
Pero ¡Eudémona! Ud. llora.

Eudémona

—¿Cómo ha podido esto ser?
¿Qué haremos para saber
En donde se halla, Señora. . . ?
Que está demás el llorar.

La Madre

—Las madres que no podemos

Más, Eudémona, esto hacemos
En tales casos. οίαι!

ESCENA OCTAVA

Dichos: El Doctor.

El Doctor

—¿Qué es del enfermo?

La Madre

—Ha partido,
Que hace poco llegó un hombre
(No conozco ni su nombre
Y habló un instante a su oído.
—Todo se explica. . . Al cruzar
La esquina del Parlamento,
Oigo un tío, y al momento
Pairo mi auto, a preguntar
Qué pasa. . . y alguien me informa
Que hay quien la discordia atiza;
Que el partido de la Suiza
Presentaba hoy su reforma.
La ignorancia manifiesta,
La intriga y el odio insano
La rechazaron de plano .
Y en medio de la protesta,
Se alzó un grito que desgarró,—
Que alguien sacó su pistola,
Se escudó en la batahola
Y tiró sobre la barra. . .

Eudémona

—Pero ese hombre, ¿a qué ha venido?
¿No hay contra Sóoter malicia?

El Doctor

—Es claro, a darle noticia
Que ametrallan su partido.

Eudémona (aparte, impaciente)

—¡Más aprisa va el amor!

(Se lleva el pañuelo a los ojos).

La Madre

—Pero Eudémona, usted llora

Eudémona

—Vamos, Madre, sin demora;
Venga Usted pronto, Doctor.

El Doctor

—Es de un segundo la espera.

Eudémona

—Venid, venid sin tardar!

La Madre

—Qué hacéis?

El Doctor

—Telefona.

*(Habla por teléfono. Salen apresuradamente
Eudémona y la Madre. Se oye la sirena y
rodar el auto).*

—Bueno es que sepa esto Helena.

(Llega Ramona)

ESCENA NOVENA

El Doctor: Ramona.

Ramona (entrando con precipitación)

—¿Está aquí la Señorita?

El Doctor

—En el Palacio. A ese lado.

Ramona

—¡Voy!

*(Sale Ramona).**(El Doctor contesta de nuevo el teléfono)*

—¿Estoy comunicado

Con Herrera? Bueno. Edita . . .

(Mutación rápida)

En la calle. En el lado izquierdo, al fondo, balcón del Palacio. Portón de entrada bajo el mismo balcón. Barricada, esquina distante, primer término, del lado opuesto. Los Partidarios; “La Bohemia”; Gente.

ESCENA DECIMA

Sóter; Partidarios.

Partidario Primero

—El poder le da la mano
A Almendárez.

Partidario Segundo

—Y refuerza

Su gente con nueva fuerza . . .
¿Quién es el Jefe?

Partidario Primero

—Marciano.

(Entra el pelotón que manda Marciano y se dirige al portón del Palacio).

ESCENA UNDECIMA

Dichos; Almendárez, en el balcón. Tiene un antejo en la mano. Luego Marciano y fuerza armada que aparecen en el mismo balcón.

Almendárez

—Negra noche; mas no es nada . . .
Mi antejo hace largos viajes . . .
(Observa con el antejo)
Con un auto y dos carruajes
Han hecho una barricada; . . .
(Entran Marciano y su gente)
¿Censurarán que ametralle
A quien es mil por su nombre?

(Da orden a Marciano que se ha llegado a él saludando militarmente y seguido del pelotón de fuerza armada).
Disparad sobre aquel hombre
Que da órdenes en la calle.

Marciano

—¡Un sólo! ¡A campo raso!
¡Lástima, es todo un valiente!

Almendárez

—Ordenad a vuestra gente;
Lo valiente no hace al caso.

(Dentro en las calles vecinas).

Voces de mando

—¡A retirar!
 ¡A retirar!
 ¡A retirar! (*Simultáneamente*).

Almendárez (aparte)

—Los azares
 Del conflicto me dan sólo
 A mi enemigo . . . ¿Esto es dolo
 O gueira?

Marciano (aparte)

—¡Este es Almendárez,
 Que hoy es mi jefe! ¡Qué inquina
 Le tengo!

Almendárez

—Vos, cubrir luego
 La ventana y que hagan fuego
 Sobre el hombre de la esquina.

Marciano (aparte)

—¿Quién ordena? ¡Mi enemigo!
 ¿A quién castigo? No sé.
 ¿Y por qué? ¡No sé por qué!
 ¡Y es sólo muerte el castigo!

*(Marciano sitúa la gente en el balcón;
 él, dos pasos atrás, en la sombra de
 la ventana al lado de Almendárez va
 a dar órdenes).*

(En la barricada)

Sóoter

—En medio de tanto duelo,
 Pienso que quizás podía

Hacer hoy en salud mía,
Lo que hizo por él Marcelo.

ESCENA DUODECIMA

Entran Eudémona y la Madre. (Se dirigen precipitadamente a Sóoter).

Eudémona

—Madre, ¡venid! Aquí se halla.

Sóoter

—¡Mi madre! ¡Qué desvarío!
(*A Eudémona*)
¿No se os advierte, ángel mío,
Que esto es casi una batalla?

(*En el balcón*)

Almendárez

—Es orden imperativa...

Marciano

—¡Téngolo por cosa indigna!

Almendárez (amartilla su revólver)

—¡Disparad! Es la consigna
De la obediencia pasiva.

(*Marciano arregla la puntería de los
fusiles y se echa atrás*).

(*En la barricada*)

Sóoter (a Eudémona)

—Sois a la verdad, Eedita,
La del cuello de cisne.

Eudémona

—Eia

Cosa fatal que viniéra.

Eudémona y la Madre

—¡Venid pronto!

*(Asiéndole de la ropa)**(Entra Ramona y al instar a Eudémona para llevarse la cubre con su cuerpo como Eudémona a Sóoter).**Ramona*

—¡Señorita!

*(En el balcón)**Marciano*—Soldados son una grey
A quien sólo fueron dados
Deberes... ¡Tirad, soldados,
Si tanto manda la ley!*(Hacen fuego del balcón sobre la barricada
y Ramona cae herida).**(En la barricada)**Ramona*—¡Me han herido...! ¡Estoy herida!
¡Adiós...! ¡La voz me abandona!
*(Acuden a ella)**(En el balcón)*

Marciano

—¡Qué oigo! ¡La voz de Ramona!
¡He de ir allá, por mi vida!

(En la barricada)

(Sótese, Ramona; voces dentro)

Voces

—¡Ramona! ¡Pobre Ramona!

*(De la calle contestan con disparos la
descarga de la balconada)*

(Un grito resuena por todas partes:)

—¡Que ametrallan las mujeres!

(En el balcón)

Marciano

—¿Qué grito y nombre he oído?
Se me ha engañado el oído;
Esta locura me abona,
Y por ver si me ha engañado
El oído, hablé de ir luego
Sobre el círculo de fuego,
Hasta ver quién ha gritado
(Baja Luego aparece en el portón)

(Almendárez en la balconada. Aparte)

—No se advierte mi malicia.

(Un soldado a los otros soldados)

—¡Oíd, amigos! Se me alcanza,
Que esta ha sido una venganza,
Y que aquí falta justicia

ESCENA DECIMOTERCERA

Dichos; Gente.

Voces

—¡Sobre ellos! ¡Son unos viles!

Voces

—¡Con las mujeres fusiles!

Voces

—¡Cómo tales procederes!

*(Se forman grupos hostiles que se arman).**(En la barricada)**Sóoter*

—¿Es Marciano?

Marciano (llegando)

—A ver me arrojó.

Sóoter

—¡Avanzad!

Marciano

—¡Son los señores!

Sirvió Alfredo sus rencores . . .

Hizo uso vil de su antejo . . .

(Cae su vista sobre Ramona)

¡Cómo estás sin vida, esposa!

¡Cómo echar tan cruel desgracia

A quién sólo daba gracia,

Dulce lirio, fresca rosa!

¡He de vengarme cruelmente!

Eudémona

—¡Poi milagro nos hallamos!

Sóoter

—A la distancia en que estamos,
Se mió distintamente.
Aunque está obscuro el espacio,
Que la descarga cerrada
Salió de la balconada,
Sobre el portón del palacio. . .
(*Los grupos empiezan el asalto*).
¡Horrendo, inmenso delito!

Marciano

--Voy a salvar mis soldados
Y a dejar también vengados
A mis parientes. . . Repito
Que he de vengarme cruelmente,
Si es la voluntad del Cielo,
Del matador de Marcelo
Y su pobre hija inocente

Sóoter

—¡Amigos, yo os llevaré
Donde veáis qué es justicia!
(*Marchan al palacio*).

Marciano

—¡No, yo mismo vengaré
A la hija de Dimas!

Voces

—¡Guerra!

¡Guerra!
(*Asalto furioso*).
(*Marciano, dentro del palacio*)

Marciano

—¡Apresad al artero
 Alevoz!
*(Almendárez huyendo se acoge al extremo
 de la balconada)*

Voces

—¡Daos prisionero!

Almendárez (aparte)

—¡Mi propio crimen me aterra!
(A Marciano)
 —¡Yo mando!

Marciano

—Pero esta vez
 No soy la fuerza pasiva:
 Soy, no escrita sino viva,
 La Ley. ¡Soy el hombre-juez!
 Y como culpable os hallo.
 Aquí represento al Cielo
 ¡Vos disteis muerte a Marcelo
 Y al campista del caballo...
 Y hoy me hacéis matar mi esposa!
 Y habéis obrado de suerte
 Que aquí no hay legisladores,
 Y soy, de tales horrores,
 Juez... ¡Sed penado de muerte!

Apuntad... Deje el horror
 La justicia satisfecha...
 ¡Fuego! *(Disparan)*
(Cae Almendárez)

¡La justicia es hecha!

*(Señalando a Almendárez ante los grupos
 de la calle).*

¡Y este ha sido el matador!

(En la barricada)

Eudémona

—Nunca pensara, ¡por Dios!
Ver el castigo de Alfredo. . .
¡Tal hombre me daba miedo!

La Madre (a Sóoter)

—Ahora pensad en vos
*(Los soldados retiran el cadáver de Almendárez.
Sale gente armada del palacio. Unas se dispersan.
Los partidarios se reúnen a Sóoter que vuelve al
lado de su madre y Eudémona).*

(Marciano y tres soldados con una angarrilla).

Marciano

—Vengo aquí a llevarte, esposa. . .
¡Cómo llegó tal desgracia
A quien solo daba gracia,
Dulce lirio, fresca rosa!
(Llevan el cuerpo de Ramona).

Eudémona (a Sóoter)

—Algo hay en vos de sutil,
Que al rancar, de tal manera,
La venda, os ha puesto fuera
De “La Torre de Marfil”.

Sóoter

—¡Es bienvenido el dolor
Y se apura hasta las heces
La amargura; pero a veces,
Se muere, en ella de amor!

La Madre

—¡Piedad!

Sóoter (por Eudémona)

—Lo hago por que entienda
Cuánto tienen de inhumanos
Sus ojos.

Eudémona

—Sean pues, mis manos
Las que pongan esta venda,—
Como hermana, a lo que siento,—
De una caridad de amor.
(*Llega el Doctor*).

ESCENA DECIMOCUARTA

Dichos; el Doctor.

Eudémona

--Venid a asistir Doctor,
Este doble salvamento
(*Vendan a Sóoter*).

ESCENA DECIMOQUINTA

Dichos; entra Herrera.

Herrera (indignado)

—Gracias, Doctor, por Eudé...
¡Vergüenza al nombre de Herrera...
¡Si nuestra madre viviera,
Te llamaría hija maldita !
(*A Eudémona*)
En dos palabras... Sabéis

Que Alfredo testó por vos;
Y que Sóoter...

Sóoter

—¡Sí, por Dios!

Hacéis bien, si lo creéis:
No mancharía mis manos...

Herrera

—Y a faltar, por causa alguna
Eudémona, esa fortuna
Pasaría a sus hermanos...
Sabéis quiénes son Herrera...

Eudémona

Aún sin el fin horroroso
De Alfredo, sería mi esposo
Aunque todo se perdiera,
Sóoter, mil veces y mil.

Herrera

—Pero, en fin...

Eudémona

—En fin, cruel...

Herrera

—¿A quién os quedáis?

Eudémona

—Con él...

En "La Torre de Marfil".

ESCENA FINAL

Dichos; el Ujier.

Ujier (a Sóoter)

—Os traigo un despacho urgente

Sóoter

—Esto es destierro... Por Dios...

Me duele, Edita, por vos...

Leedlo (*Falto de ánimo*)

Eudémona (leyendo el despacho)

—Es del Presidente,

“Hoy cumpla nuevo deber,

“Acepté el poder por forma,

“Porque hiciéses la reforma,

“Y hoy mismo os dejo el Poder”.

Partidarios (ocasión indescriptible)

—¡Seréis un Mitre!

Voces

—¡Un Sarmiento!

Partidario

—Iré el mundo, aunque sin vida,

Como en un éter de vida,

En un sólo pensamiento.

Y ajeno a todo sutil

Desviamiento, estaré fiel,

Como Eudémona

Todos

—Con él,

En “La Torre de Marfil”

(TELON)



Gavidia, en su Lecho de Muerte (Valero Lecha).

CUENTOS Y NARRACIONES
DE GAVIDIA
VERSO Y PROSA

LA PRINCESA ESTRELLA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

*La embajada ha vuelto: se sabe por ella
Que Donadiú viene: que la hora es llegada...
Y hablaba de México la princesa Estrella,
La hija de Oxim, jefe de aquella embajada.*

*“—Donadiú una tarde bajaba una rampa...”
Y cuenta a la corte de los Atlacales
Lo que hubo esa tarde que en una chinampa
Ella repasaba los verdes canales.*

*Donadiú la sigue: su esperanza es cierta:
La tarde es de aquellas rosadas y brunas;
La chinampa ha huído por una compuerta
Que de los palacios daba a las lagunas.*

¿Donadiú alimenta culpables anhelos?

*Viene tras sus pasos; mas . . . ¿qué sabe ella?
Atlatl el Joven, ardiendo de celos,
Ha escuchado el lance de labios de Estrella.*

*Tiene ella un sinsonte . . . Sobre un balsamero
Canta él, y ella dice el refrán que reza:
—Si su quetzal muere, perece el guerrero;
Si muere el sinsonte, muere la princesa.*

*Cantaba el sinsonte mientras ella hablaba.
Cantaba el sinsonte melodiosa endecha:
Atlatl airado requiere la aljaba
Y al cantor abate con traidora flecha.*

*Triunfante ella ríe, que avivar procura
El ardor del héroe y aunque ella muriera . . .
Atlatl el Viejo, lo entiende y murmura:
—Si él triunfa por celos, Estrella . . . que muera.*

*Un escudo pende por regio decoro,
Con que recorría Quetzalcoal la tierra;
Que Axcit el magnífico, recubriera de oro;
Que Orbazán, ha siglos, llevaba en la guerra.*

*Es un sol de oro, trofeo de un muro
En que se ve y oye cuanto se hace y piensa,
Y por él se sabe pasado y futuro,
A un tiempo amuleto, reliquia y defensa.*

*Atlatl descuelga el escudo de oro,
Que todos llevaron sus antepasados . . .
Golpea el escudo y al eco sonoro
Responden con ¡hurras! nobles y soldados.*

II

*Acajutla! Acajutla! reliquias son tus campos.
Los huesos de mil héroes esconde tu llanura.
Y el Sol no sabe, cuando inflama la verde pastura
Si son de luz o gloria, los toques de sus lamos.*

La batalla empezaba. De pronto, sonó el clarín. Las haces

*Vuelven cara: siniestra retirada! Gritan furiosos
—¡Victoria!— ¡Sus! los náwates, y a los rangos falaces
acometen audaces. Y lanceros, flecheros, honderos,
Dan la carga final. Hay quien ase, por las colas los fieros
Centauros, hombre y bruto, ágiles cuanto pasmosos.*

*Mas de nuevo retiñen los clarines: ¡Santiago y cierra!
Vuelven caras jinetes e infantes, que era un ardid de guerra.
La lucha recomienza a campo llano, y el Marte ibero,
No en valor, en saber, al Marte indiano eclipsa fiero.*

*De pie sobre de un túmulo, con el nervudo brazo,
Alza en alto Atlacatl, resplandeciente, su escudo de oro,
Blanco de ambos los campos, que retiñe sonoro.*

*Fue quien más deseara y él hace de competencia el caso,
Pedro Alvarado, tener entre sus manos tal presea.
—Ea, Señores, ea! gritaba. ¡Paso, paso!
Que tal sol de oro, sólo estar destinado
Puede a otro Sol y Donadiú es mi nombre.
Mas por Santiago! si entre vosotros hubiese el hombre,*

*Sobre tantos valientes bravo y afortunado.
Que el bello plato de orfebre moro, o luna o sol pagano,
Sin daño ponga en las mías, tras ganarlo riñendo
Su fuerte mano, yo ofrezco por Santiago iba diciendo,
Que el quinto del Rey no pague por el resto de sus días.*

*Dijo, y en cuadro denso diez bravos caballeros,
Marchan a abrir las pavorosas filas, de largas lanzas
Que guardan la explanada, do se alza breve monte,
Fúnebre monumento, regio túmulo, al horizonte.
De altas gradas de césped, guarnecidas por los flecheros
Arriba, y por honderos; y abajo, por lanceros.
Los honderos son fuertes y agigantados: de aquella casta
Guerrera, flor y nata del viejo Cuscatlán: y por encima
De todos, Atlacatl, protegido en la altura por la vasta
Rodela, haciendo que el nervio ruja y el aire gima,
Lanza de su arco enherboladas flechas, en la agria cima.*

*Pronto los caballeros, a su frente, don Jorge de Alvarado
Y el gran Portocarrero, deshicieron tres filas*

*De la explanada. Las demás, lanceros, rodilla en tierra,
 Cazadores erguidos, que herían al jinete
 Con letal flecha, mientras las largas picas los caballos,
 Eran impenetrables. Donadiú lanza un grito
 De estrategia, obedientes los jinetes forman dos alas;
 Mientras que los infantes, se aprietan en columna,
 Y abren una ancha calle que a Atlacatl y los suyos
 Dejó ver ¡cosa horrible! los ignívoros cañones.
 Detonó la pesada artillería: rayos y truenos
 Hacen temblar el campo y altas selvas; y el humo denso
 Forma nubes terribles donde baja a la tierra
 Sembrando espanto y muertes el numen de la guerra.*

*Claros y huecos en las fieras haces de la explanada,
 Dejan paso a la carga, y los centauros, lanzas y sables
 En ambas manos, y el guerrero bruto
 Dócil y enardecido, desordenan el reto
 De los bravos lanceros, que abandonan el túmulo.
 Don Jorge echó pie a tierra y a su ejemplo, los caballeros,
 Arrojando las lanzas y esgrimiendo los sables
 Acometen, con grito pavorosa de ambos los lados,
 El primer escalón. Quedó entonces, a descubierto el Jefe.
 La brillante armadura, su corcel corpulento,
 Su voz de mando, muestran al Donadiú desde la cima
 Lanzó Atlacatl terrible la enherbolada flecha
 Que hizo silbar lúgubrementemente el aire, y como el rayo,
 Pasando entre quirote y rodillera, con la armadura,
 Fue a atravesar el muslo de Pedro de Alvarado
 Y lo clavó en la silla. Lo rodearon al punto;
 Se alzó grave clamor en ambos campos; en el campo indio
 De triunfo ovante; de furor en las haces castellanas.*

*Pero guerrero indómito Alvarado
 Desplegó nuevos bríos
 Y el combate siguió con redoblada
 Furia. Entonces rodeando la pirámide
 Caballeros e infantes,
 La asaltan vengativos,
 Grada por grada. Ruedan,
 Mas vuelven mientras tienen alma y vida.*

Atlacatl por los suyos rodeado

*Baja la escala opuesta que aun defienden
La reserva y su guardia de colosos.
Y al pie del verde túmulo se traba
Desesperada lucha.
A ese tiempo, lo náwas destrozados,
Se declara en su campo la derrota.*

*Atlacatl busca en vano, con su cuadro
Retirada en el bosque: aun está lejos
De las estribaciones
De la amiga montaña y de los suyos
El cuadro se desbanda y es diezmado.*

X X X X X

*Tres jinetes le siguen, y aunque lejos,
¡Oh destino fatal! cae entre él y ellos,
Portaestandarte fiel, y aun la bandera,
Pantli sagrado, entre las frías manos
Del moribundo, yérguese y flamea.
Tornó Atlacatl hasta salvarlo; empero
La distancia acortó; los castellanos
Apretaron la espuela,
Relinchando los brutos aguerridos.
¡Cruel pareció el momento al joven héroe!*

*¿Salvará el estandarte o el escudo?
Breve fue su estupor porque es soldado:
Salvará la bandera. Fue ese instante
Cuando irguiéndose hercúleo, alzó hasta el cielo
La joya refulgente, dióle impulso,
Sacando de ella vibración sonora
Y lanzó el sol de oro que en los aires
devolvió al dios mayor que se ocultaba
Duplicados los vívidos reflejos,
Y giró en vasta curva, resonante,
Hasta caer muy lejos clamoroso,
Fulgando siempre en el funesto campo.*

X X X X X

A un tiempo sofrenaron

*Sus ardientes corceles
 Los bravos castellanos: que ha ofrecido
 Don Pedro, que al valiente a quien Fortuna
 Dé y su valor, la fúlgida presea,
 Dará el quinto del Rey de por la vida.
 Los tres echan pie a tierra presurosos...
 Unos a otros volvieron las espadas...
 —¿Mas a quién? ¿Por qué herir? El delantero
 Pedro Gómez, asiendo del escudo,
 Lo alzó triunfante: desató en bravatas
 Su ruda verba y se tornó al caballo,
 Que con los otros dos, a largo trecho,
 Ora pacían, ora relinchaban
 Volviendo la cerviz hacia el combate.*

*Atlacatl con sus fieles
 Al llegar a los riscos y la selva,
 Disparó en el jaral su última flecha,
 Como todas fatal, que la enemiga
 Cohorte recibió con un gemido.*

III

*Solicitos rodeaban
 A un Faraute los bravos caballeros,
 Y el tal Faraute, lenguaraz o intérprete,
 Revela a la asamblea condolida
 Que las flechas mortales
 De los maya-nahoas
 Están enherboladas y que sólo
 Las cabezas, discípulas de Toci,
 Que rigen el colegio de vestales,
 Guardadoras del bálsamo,
 Poseen y conocen
 El mirífico antidoto.
 —¿Cómo hablarles? ¿Qué hacer? Dice el Faraute:
 —Déseme el punto perlas brujerías
 De vidrio, como ajorcas y collares,
 Que yo sé son pasión de las cabezas,
 Y al entrar al colegio, el alto muro
 Salvar, y despistar las vigilantes,
 Todo cosa mía es.*

*Todos le dieron
Cuanto hallaron a mano en oro y joyas.*

IV

*¡Campos de Taxucalco! . . .
No valieron
Las lanzas de diez codos, en el Juego
De herrón. Las fuertes haces que espantarían
Al audaz Donadiú, que de la altura
De una colina, herido y febril,
Contempló el gran combate, desbandadas
Por los fieros caballos y el tremendo
Rayo con que los monstruos
De metal, proclaman sei dios Marte,
Dieron a comprender a los prudentes
Atlacatl, cuán funestas las llanuras
Eran para su gente, y erizaron
De banderas y flechas las montañas,
Abriendo a los guerreiros castellanos
Su famosa ciudad y sus palacios.*

*Donadiú vio otro día la empalizada abierta:
Lucir sobre las sierras lanzas y banderillas
(Y es que Atlacatl empieza su guerra de guerrillas)
Desiertos los palacios y la ciudad desierta.*

*Cien combates libróle, mas a vencer no acierta
Y han muerto once caballos, que es decir maravillas;
En fin manda un Faraute que llega a las orillas
Del fuerte y dice: —Cada caballería muerta*

*Un millón de ducados, salvo el caballo moro
Que hace un millón y medio, ¡Sumisión y decoro
Al César Carlos V y a Dios Trino; a los dos!*

*Y la tilma de pluma, joyería y tesoro
El maxtli, un sol al pecho, como el turbante, de oro,
Del fuerte de la sierra, deja oír su gran voz
Atlacatl: —Ve a decirle y así de salud goce*

*El Donadiú, Faraute, que Atlacatl no conoce
Su César Carlos V no conoce su dios.*

*Escalando los muros
Que signos y entrelaces
Adornan, el Faraute meditaba
Su ardid para triunfar: Daré las joyas
A Toci, la cabeza,
Que conocí otro tiempo y se desvive
Por cosas castellanias.
Tal pensaba
Posando el pie en un patio solitario.
Sintió extraño terror: el silencioso
Palacio, detenido en los estribos
En que empiezan las sierras de la costa,
Se había improvisado en fortaleza.
Pronto escuchó unos pasos:
—Es toci, la cabeza.
Propuso el temerario su convenio,
Que ella al sólo escuchar, en grandes voces
—¡Un hombre en el convento!— repetía;
—¡Pide violar del bálsamo el secreto!
Llegan los Atlacatl, jefes guerreros,
Y la Virgen del Fuego aún no había
Referido el convenio por completo
Y ya el Faraute misero moría
A la flecha letal de los arqueros.*

*—Tenemos tu secreto
Sin entregar el nuestro, castellano—
Dijo el Gran Sacerdote, y por ahora,
Ganado he por la mano;
Hay que aprovechar la hora.
Dispongo que se envíe una cabeza
Con enherboladura.
Donadiú espera el dictamo impaciente;
Mas cierto que se juega la cabeza
Si hiciese una imprudencia, una locura,*

*La vestal, escuchaba
La Toci hablar al teotl, y así temblaba
Como la hoja en el árbol; pero Estrella,
dijo: —Yo iré por ella
Con la enherboladura;
Y haré algo más, lo juro,
Levantaré un dolor que hoy os abate:
Traeré el sol que ora pende sobre el muro
Cual trofeo del jefe castellano,
Y quedara en el campo de combate.
—no haréis, por todo un mundo!
Dijo Atlacatl el Joven, y dijo ella:
—¿Tenéis celos, quizás, de un moribundo?
Aún pudo sonreír. —¿Sabéis lo que hago?
Daros un muerto y el sagrado escudo
Para calmar ese dolor que es mudo.
Conozco el viaducto que da al lago,
No valdrían el furor y los aceros
Para cortar mi paso;
Que he de inmolar al Sol... que está en su ocaso...
En medio de su corte y sus guerreros.*

*Donadiú en el palacio suntuoso,
Mira desde su lecho
Por la abierta tronera
Que da paso a las brisas nupcias,
Lenitivo a la fiebre
Que le clava en el lecho y le consume,
Las floridas chinampas.*

*En que las labradoras de las huertas
Y colinas risueñas que bordean
El lago, a cuya margen el macizo
Del palacio se asienta, traen flores,
Aves, yerbas, a hacer sus granjerías.*

*Más entre todas una,
Más florida y ligera, breve islote
Flotando en el espejo de las aguas,
Fija su vista de águila.
De pronto*

*Lanza un grito. ¿Se engaña?
 ¿No es aquella la faz, aquel el talle,
 De la joven que en tarde de bochorno,
 Vio en México, paseando los canales,
 En la breve chinampa florecida,
 Que huyó por la compuerta
 Que da paso a un palacio a las lagunas?
 ¡Ella es! y era la flor que embellecía
 La secreta embajada
 De Cuscatlán... ¿Su nombre?
 A ver... sí... ¡Citalá! Bien lo recuerda.*

*La chinampa se pierde
 Bajo las frondas y apiladas rocas
 En que el jardín real se extiende al lago.*

VI

*Donadiú se sumerge en el delirio...
 Sueña, cierra los ojos...
 Se mezcla a su sopor, a su martirio
 Un antojo de amor... ¡vanos antojos!*

*Mientras tanto deslizase en el muro
 Labrado estuco... y el olor del lirio
 Llena la estancia... Y el espacio obscuro
 Del muro o puerta falsa, la cancela
 Vuelve a cerrar y a completar el muro.*

*Donadiú siente entonces el perfume:
 De sus párpados vuela
 El sopor y el delirio en que le sume
 La persistente fiebre, y su mirada
 Cae en una visión; se alza de prisa,
 Cree soñar... En el suelo está clavada
 Una sacerdotisa
 Cubierta con la máscara sagrada.*

*Yergue él noble cabeza,
 Y ella ante la inquietud que en él asoma,
 dice: —Soy la cabeza,
 Mostrando una redoma.*



*Tanto es de melodiosa
La voz, tanto de arrullos su tesoro,
Fue él cree recordar una voz de oro
Que oyó en Tenochtitlán, en los canales.
El bajaba una rampa...
Pero ¿no hacía poco
Que él creyó ver, por la ventana abierta,
Sobre florida y rápida chinampa,
La faz de Citalá... ¿Si estará loco?
¡Pues hay que ver si su locura es cierta!...*

*Y cuando ella le dice:
—Refiere tus pecados,
Que es la sabia doctrina
De los antepasados,
Que para que haga bien la medicina,
Que el enfermo refiera sus pecados,
Se impacienta a tal punto
Que el pensar y el hacer fue todo junto,
Y la máscara aquella al rostro alzando
Que una faz descubrió de perla y rosa,
Gracias y hechizos tales
Absorto permanece contemplando,
Que sólo pensó al fin:*

—¡...Maravillosa...!

*Se lanzó como un tigre hacia su presa
Mas la herida enconada,
Llevaba tanta vida tan minada,
Que el Hércules Farnesio al fin sin base
Cayó al punto a los pies de la princesa.*

*Con fatiga y despecho
Dejó que la princesa le ayudase
A alzar y desplomóse sobre el lecho.*

La fiebre duplicóse y dijo:

—¡Estrella!

Habló ella desde lejos:

—¿Seréis dócil...?

—¡Estrella!

—¿Dócil a mis consejos?

Alzó la vista vacilante hacia ella:

*—Será esa ceremonia aunque macabra;
Mas que sea muy pronto, porque, cierto,*

*Las potencias se embotan
Y las fuerzas se agotan,
Y en fin, que va faltando la palabra.*

Dijo ella:

*—No habléis más, que el sol de oro
Pendiente en ese muro por decoro,
Que es reliquia, defensa y amuleto,
Tiene como las piedras misteriosas
De Uatlán y Sesori, tan famosas,
Virtud de revelar todo secreto.
Yo sabré interrogarle.*

*Fijó entonces la vista en el bruñido
Disco revelador, y pensativa
Y hablando a Donadiú, mas sin mirarle,
Dijo: —Lo de pasearos en la viga
Que en el aire al espacio se endereza,
De una alta torre, en fin, fue gentileza,
Dígase, Donadiú, lo que se diga;
Mas la hazaña irrisoria
De llevar sin derecho
Una cruz en el pecho, vanagloria...
Fue gallardo —le dice—
—Que cortasteis la soga a un condenado
A horca... Mas muy poco que os maldice
Quien por matar seiscientos en un juego
os maldice del nombre de malvados...
¿Meditáis la espantosa
Destrucción homicida
De Cuscatlán?*

—¡Pardiez!

—Responde a esto.

*(Pues en verdad, pensó, sin tal supuesto,
¿Le quitará la vida?)*

—Digo, ¡por vida mía!

*Digo yo que esta cosa
Todo es superchería.*

*—Pues escuchad, dice ella ¿vuestra esposa
No habrá de ser Cecilia, de la casa
De Hernán Cortés?*

Respondió él: —Eso pasa.

—Pues bien, la veo muerta:
La traición, hoy oculta, la mancilla,
Que ambicionáis esposa, por lo menos,
De la casa de un duque . . .
—¡Es maravilla!
—Bueno, ¿a qué habéis venido?
¿No gustáis que se os cuente entre los buenos?
¿Destruir a Cuscatlán?
—Cosa es sencilla.
—¿Tal osastéis decir? (¡Está perdido!)
—¡Basta! ¡basta! el flechazo
Duele cada vez más. ¡Esa redoma!
—(¡Está perdido!)
—¡Pronto! que me abrazo.
—(¡Perdido!) Sea pues.
Entonces toma
Del manto la ampolleta del veneno,
Pero cuando a verterlo se encamina
Siente la virgen palpar su seno:
Se oye en el castellano campamento
Levantarse un clamor:
—¡Salve Regina!
Dulce mas con fervor que atruena el viento.
—¿Qué es?
—El canto a María.
—María ¿quién, María?
—Sabéis todo,
Y eso no os enseñó, por vida mía,
¿vuestro sol de oro?
—Si tal! Daré modo
De hacer este conjuro . . . ¡Oh, cómo es bella!
Y miraba, miraba.
Se incorporó Alvarado y vio que estaba
De rodillas Estrella.
—(¿Yo he de aplicar ahora este veneno?)

Pensó Estrella. Lloró.
Don Pedro grita:
—¡Esta herida maldita!
Tomad a Cuscatlán.
¡Con que sois bueno!

—Sí, pero dadme el bálsamo, ¿Ha concluido
La confesión?

—Juradme por María

Que os marcharéis.

—Lo juro a la divina

Madre de Dios! ¿Sabéis que me han matado
Diez o doce caballos? . . . ¿destrozado
La gente?

—¡Sea así!

—¡Salve Regina!

Mientras ella con dulce arrobamiento
Cambiaba el letal filtro ponzoñoso,
Por el dictamo puro y milagroso,
Se alzaba el gran clamor del campamento:
—¡Cómo esto me hace bien! dice él gozoso;
Llevaréis este anillo; será el mudo
Código de una ley: vuestros antojos.
—Acepto. Comenzad: ¡cerrad los ojos!
—Ya está.

Llevo conmigo el grande escudo.

—Obra del Diablo es, y me da miedo.

—¡Cuidado con mirar!

—Id advertida

De que os debo una vida por mi vida.

—No mirar . . . Quedo . . . Quedo . . .

VII

—Cuando del acueducto de basalto
Salía Estrella—, dando como cierto
Que Donadiú ya ha muerto,
El joven Atlacatl daba el asalto
Del palacio; no sólo porque Estrella
Muerto habrá al Donadiú, porque allí está ella.
Costó entrar al jardín más de un guerrero,
Mas por fin Atlacatl saltó el primero
Del jardín al gran patio del manteado
De mástiles. Allí estaba Alvarado.
Tras reñido combate
Cae Atlacatl el Joven prisionero.
—Distinguido es el porte,
Dice Don Pedro, y si no son perdidos

*Mis sentidos, me encuentro en esta corte
Notables conocidos;
Pues o muy poco acierto
O es el flechero que en el grande asalto
Por el sol de oro, me flechó de lo alto
Del monumento fúnebre del puerto:
Que sea al punto ahorcado.*

*Va a cumplirse tal orden
Mientras el campamento
No sin mucho contento
Se dispone con grita y con desorden
A cumplir la única orden que haya dado
De "retirar" Don Pedro de Alvarado:*

—¡A retirar!

Mas llega un mensajero:

—¿Qué persona os envía?

—Hable por ella

La joya al punto.

La princesa Estrella.

¿Qué es lo que pide?

—Pide al prisionero

No dijo más, Señor.

Pues así fueses

*El mismo hijo del Rey, vos iréis libre,
¡Seáis quien seáis! Por cierto un hombre bravo
Como tienen muy pocos su calibre.
Sólo siento que el que hizo hasta hoy mis veces,
Os ha errado de esclavo*

Sin darme aviso: en fin, decid a Estrella

Que os mando como estáis, pues lo manda ella, —dijo a Atlacatl.

Marchóse él impasible. . .

*Y mientras los clarines y tambores
Suenan "a retirar", en la ribera
Del lago, que da al Sur, al pie del monte,
Pasaba algo terrible.*

*De la breve chinampa entre las flores,
Al descender Estrella,
Reluciendo sus galas,
Encendido tesoro
De las teas del campo a los reflejos,*

*Cual palma cimbreadora y nueva Palas,
Pendiente de su espalda el sol de oro,
Mientras se oyen, perdiéndose a lo lejos,
En marcha los clarines y atambores,
Gritó una voz, y diez, y cien con i a.*

*—¡La princesa ha salvado
Al Donadiú!*

—Más bien le he alejado

De Cuscatlán!

Responden:

—¡Es mentira!

¡Cien veces le han los nuestros derrotado!

—¡Traición! ¡traición! ¡traición! todos clamaron

Y sobre ella que triste sonreía

Los arqueros sus flechas dispararon

Sólo dijo ella al expirar:

—¡María!



CUENTOS DE MARINOS

POR FRANCISCO GAVIDIA.

I

*En las rocas de Acajutla
Mitad castillo y torreón,
Se alzaba bien ha tres siglos
la casa del Armador.
Dos balcones con macetas
Se abren en el paredón
Que sustenta los dos arcos
De almenado mirador.
Desde él se ven los galeones
Llegar: se ve en derredor
La mar del Sur; se ve el vuelo
De las garzas y el alción.
El buen viejo Alvar Melara,
Tan afamado armador,
De tiempo no muy remoto
Goza el provecho y blasón;*

Que al presente poco hace . . .
 Como ya el tiempo pasó
 En que Pedro de Alvarado
 Que ha días goza de Dios.
 Armó la notable flota
 Para ir a la expedición
 Contra Pizarro y Almagro . . .
 O en que la rada se vio
 Tachonada por las velas
 De nueva flota y mayor,
 Cuando el mismo Adelantado
 A conquistar se lanzó
 Las islas de Especiería
 Con malhadada ambición.

La primera vez su padre
 Fue afortunado armador.
 La segunda vez fue Alvar,
 Que con el arte heredó
 Alguna hacienda . . .

—Por hoy,
 Dice el Buen Alvar Melara
 A un noble interlocutor
 Que apoyado ante una almena
 A la grupa del cañón
 De señales, le escuchaba,
 Viendo el afán y fervor
 Con que en los diques trabajan
 Con desusado tesón,
 Herrerros y carpinteros
 Con mucho estruendo, —por hoy
 Se acaban los bergantines
 Con que vos, Señor Oidor
 Don Diego, lleváis a cabo
 La conquista que dejó
 En planes, el valeroso
 Alvarado (Que de Dios
 Goce).

—El honrado recuerdo,
 Mi buen Alvar, con que vos
 Enaltecéis a Alvarado

*Me hace pensar que no soy
Despreciable a vuestros ojos,
Como en la necia opinión
De los menguados que tildan
Mi hazañosa expedición
De insensata. Y esto dicho,
Don Diego altivo bajó
La escala y quedóse Alvar
Sombrío, en el mirador.*

II

*¡Lo que juzgo de tal viaje!
Entre dientes murmuró,
Que Mencia esperó cinco años
Con promesa del Oidor
De ser su esposa, a que él coja
Los frutos de su ambición,
A que pasease su altivo
Rango de Visitador,
Que ser Don Diego García
De Palacio, en su opinión
Es poco ofrecer a Mencia
Pobre hija de un armador.
A que volviese de andarse
Del uno al otro rincón
Del reino, viendo tal cráter
De un volcán que se apagó,
Las llamas y los barrancos
De un volcán en erupción,
Los ríos cuando el Invierno
Con torrentes acreció,
Las ruinas que las malarías
Hacen hoy su habitación...
Y con nueva fantasía
Palacio y con nuevo ardor,
Pide el plazo temeroso,
Del fin de su expedición
A especiería, que quiere
Según trato que asentó
Con el Rey, volver a Mencia
Siendo ya Gobernador.*

*Pobre hija mía, que espera,
 En los labios la oración,
 Que Dios eche en brazos tanta
 Ambición de tanto amor!
 Cada golpe de martillo
 —y el último se dará hoy—
 Resuena lúgubriamente
 De Mencia en el corazón*

III

*—¡Doña Mencia! ¡Doña Mencia!
 Dice en un balcón Palacio,
 Cinco años de amor os dicen
 Todo el amor con que os amo.*

*Y responde Doña Mencia ·
 Repórtese el de Palacio.
 Cuando él pasó de visita
 Tenía yo los quince años
 Le oí tocar la guitarra
 Con sus modos cortesanos
 Y le pedí muchas copias
 De sus coplas y sus cantos
 Que harto sé que él los hacía
 Frente a frente mi retrato.
 Si él me amó por tanto tiempo
 Yo he esperado otro tanto
 De tres Alcaldes Mayores
 Dos me ofrecieron su mano,
 Que eran los ambos solteros
 Solteros eran los ambos
 Si esperando tanto tiempo
 Las rosas que él ha cantado
 No se ajaron en mi rostro,
 Ni estos mis ojos llorando;
 Si ha triunfado de silicios,
 Aquel talle, Licenciado,
 Que a las palmas del desierto
 Vuestros versos compararon,
 Si mezclé en mis oraciones
 Amores, que son pecado,*

Y son color de piedad
 He llorado suspirando;
 En cambio, y esto al Amor
 Duele, cuanto fuera en vano
 Querer decir, —una hebra
 Que es plata que están dorando,
 (Hebra de plata que ausencias
 Me hicieron, no mis veinte años);
 Me dice que amor espera
 Tiempos que le son contados
 Y que en el mar de la vida,
 Si hoy no se unen nuestros barcos
 Ya no podrían avistarse
 Ni allá arriba, ni aquí abajo...
 ¡Conquistar Especiería!...
 Cosa es del Rey y no hablo
 ¿Más cómo sabré si ha muerto?
 ¿Si en el mar ha naufragado?
 ¡Las islas de Especiería!
 ¡Cuántas vidas que costaron!
 ¡Baste decir que en el viaje
 ¡Muriera el Adelantado!

I V

Contestó Diego García:
 —Cuéntase y no sé si es cuento,
 Que de tantos navegantes
 Como del mar no volvieron,
 Hubo algunos que en las noches
 De borrasca, cuando el cierzo
 Amontona la neblina,
 Columna entre mar y cielo,
 O bien en noches de luna
 Y niebla se aparecieron
 En la rada en que esperaban
 Su vuelta amigos y deudos
 Esposas o prometidas,
 Madre amante e hijos buenos.
 Hubo uno que temerario
 Bajo la racha y el trueno
 El Cabo de las Tormentas

*Juró a pesar de los Cielos.
 Doblar mil veces y mil,
 Por lo que irritados Ellos
 Lo condenaron a errar,
 Por el mar, siglos sin término,
 Hasta hallar un corazón
 De mujer constante y bueno,
 Que le esperara siete años
 Después de dejar el puerto.
 Por cierto, no se ha sabido
 Si se aplacaron los cielos
 Porque el marinero errante
 Hallase el corazón bueno.
 Callad, Don Diego García,
 Que hija soy de marineros;
 En la historia de Penélope
 La cantó el poeta Homero:
 Que la esposa del marino
 Vence en constancias al Tiempo.
 —Si yo soy el ambicioso,
 Mencía, a quien castigue el Cielo
 Condenado a errar el mar
 O entre sus abismos muerto,
 Yo os juro que he de volver
 A vuestros pies, a poderlo,
 Sea por deuda de Amor.
 Sea por aplacar los Cielos.*

*Un ¡hurra! a orilla del mar
 Resonó en el astillero.
 Bajó Alvar del mirador,
 Y un marinero a ese tiempo
 Le dijo: —El último clavo
 De los tres barcos se ha puesto.
 Y Mencía cayó en los brazos
 De su padre sin aliento.*

V

*Ah! tiempo de temporales
 Cuando sopla la borrasca,
 Cuando la niebla en las costas*

*Erige murallas altas,
 Cuando galeones dorados
 Que el Perú en hilería manda,
 Barridos del Austro frío
 Gimén en las rotas jarcias,
 Y las velas en jirones
 Se disparan en mar alta,
 O se estrellan en las rocas,
 O en los córtices naufragan
 Cuantas veces Doña Mencia,
 Sobre las rocas sentada
 Vio las nieblas, vio las nieblas
 Que forman murallas altas,
 Torres, palacios errantes,
 Que las centellas desgarran! . .
 Han pasado ya tres años
 Está Mencia a su ventana.
 —Esos palacios errantes,
 Dice ella, son figurados
 Emblemas de mis dolores,
 Y son letra de mis ansias,
 Porque yo un Palacio espero
 Que vuelva por la Mar alta.
 ¡Qué formas toma la niebla!
 Allá lejos, velas, jarcias.
 Mas no . . . es la nube que flota,
 Mas no . . . es la bruma que avanza.
 Y recuerda que Don Diego
 Cuando estaban en la playa
 A punto de despedirse
 Y ella reprimía lágrimas,
 Le dijo de cierto modo
 Que hoy sostiene su esperanza.
 Si mi espíritu pudiera
 Ya sin cuerpo y sólo alma,
 Con mi galera ya muerta
 También como yo fantasma,
 Llenarla con los tesoros
 Que en esos mares me aguardan
 Y traerla en una noche
 De luna, en las horas altas
 Cargada de ánforas de oro,*

*Velos tejidos de hadas,
 Sartales de piedras ricas
 Que poner a vuestras plantas
 Vendría... Que os halle entonces
 Doña Mencia, en esta playa.
 Como yo he viajado tanto
 Perdonad si esto os espanta.
 Que es un cuento de viajeros
 Cuento del Galeón Fantasma
 En la Alcaldía Mayor
 De esa villa tan nombrada,
 Villa de la Trinidad
 De Sonsonate, se habla
 Cosas de marinería,
 De naufragio, de borrascas
 Pero a este tiempo la gente
 O se santigua o se pasma:
 —Que García de Palacio
 Y su galeón y sus almas,
 (Que del galeón cual de gentes
 En tales decires se habla)
 Se aparecen entre nieblas,
 Se aparecen en la rada
 Y que se oyen del Oidor
 La canción y la guitarra.*

—*Fuere vivo
 Palacio, y es cosa llana
 Que en mis brazos estuviera
 Como amigo, cuya fama
 De explorador, sólo tiene
 En la mía quien la iguala,
 Que por mis letras he sido
 Honrado con la alabanza
 De aquel Príncipe de Ingenios,
 A quien en el mundo llaman
 Manco de Lepanto.*

*Así
 Tengo por averiguada
 Cosa, que el Oidor ha muerto.
 Y que el buque es un fantasma*

*Locura es ya desde luego
Y puede también tomarla
Doña Mencia, que aventura
Su juicio, al ir a la playa
Del puerto, a ver si entrevista
A este su galeón fantasma.*

VII

De noche.

*Esbelta figura,
Envuelta en flotantes gasas,
Más que caminar parece
Flotar por la oscura playa,
Que el fulgor de las estrellas
Y de la espuma hacen blanca.
¿Será verdad? A lo lejos
Brumas, nubes, nieblas raudas...
Lo de siempre*

*Más de pronto
¡Una luz... luz que se agranda!
Se aviva... Blanco de velas
Y el rumor de una guitarra
¿Sueña Doña Mencia? Ansiosa
Su vista en las ondas clava...
Pero la luz se divide,
Una queda y otra baja,
Y una la barca se trae
Rielando en la onda la llama.
Se oye una dulce canción
Que está por siempre grabada
En la alma de Doña Mencia,
Y puntean la guitarra
En la barca, como un tiempo
Lo oyera ella en su ventana
Ya atracaron a la roca
Donde hace profundo el agua.
Saltan extraños marinos
Nunca vistos en la playa
Echan al suelo tapices,
Tibores de ámbar y laca,*

*Amontonan los collares
 De perlas negras y blancas,
 En ajorcas de corales,
 Urnas y ánforas repletas.
 Cálices y copas de oro,
 Coronas y joyas santas,
 Y ostensorios que amontonan
 En sus calas los piratas.
 A la luz de las estrellas
 Y al reflejo de la antorcha
 Tanto oro lanzaba llamas.*

*Luego descende García
 De Palacio, la faz pálida,
 Tan pálida que en la noche
 Que espuma y hachón aclaran,
 Se vio más blanca que espuma,
 Con ser la espuma tan blanca*

*Dijo entonces Doña Mencia:
 —Como está la noche oscura...
 Palacio, ¿estáis muerto o vivo...?*

*Rasgó ese instante la Luna
 un nubarrón . En la nave
 Se oyó entonces una ruda
 Voz, entre alarido y canto.
 Dijo Diego:*

*—¡La Tangura!
 —La Tangura!
 —Es una diosa!
 —¡Diosa viva!
 Como es una
 Reina que se adora en vida!
 Que un rey es dios en Molucas
 (Sin duda ha visto en la playa
 De Mencia la alba figura
 Y con celos insensatos
 Sus torvos dioses conjura!)
 —¿Pero estáis muertos o vivos?
 —Me es prohibido alzar la duda*

*Si vivo, porque le debo
 Al Rey, por una escritura,
 Conquistarle aquellas tierras
 Que sólo la fuerte ayuda
 De amigos podría darme,
 Que debo ya a la fortuna
 Y a mi espada; y en los brazos
 De una esposa que en la bruma
 De este silencio se me abren,
 Fuera mi espada perjura;
 Si muerto, porque el horror
 Turbara vuestra alma pura
 Oscureciera el cristal
 A través del cual alumbra
 Vuestro espíritu llenando
 Otras almas de ventura.
 Así guardad los tesoros
 Que os ofrecí en las angustias
 Del partir, que a vuestras plantas,
 Pondría en toda fortuna
 —Este tesoro Don Diego,
 Daría a la Virgen Pura,
 A los pobres, al Beaterio. . .
 Pero de manera alguna
 Tocaría oro que puede
 Venir, decís, de la tumba. . .
 Pero ¿por qué no os llegáis?
 La mano que os tiendo es pura;
 Con ella os concedí un tiempo
 Esposa sumisa y púdica.
 —Mencia, no puedo llegar me
 A daros la mano, y si una
 Fuerza me impele hacia vos,
 Mi planta vacila, en lucha
 Con la fuerza que me arrastra
 Al mar. . . Siento a la vez juntas
 La mano de Amor, asirme
 Y del Destino; que empuja
 Uno mi sér a tus plantas;
 Otro a las olas me impulsa*

Mencia le dijo: —Ah Palacio

*Tened piedad de mi angustia:
 ¡Que no he de saber si vive
 Si está muerto, si me burla,
 Si me adora, si me engaña,
 Si me entrega a la locura.
 Quien esperé como esposo
 Y cualquiera la fortuna
 Que fuese, por tanto tiempo,
 Sin vacilación, sin luchas,
 Año a año, día a día,
 Hablando de él con ternura;
 Hablando de él a mi padre,
 Al sol que tanto va a Oriente
 Donde él se fue la vez última,
 Al mar que debía traerle
 En sus olas, con sus brumas,
 A la luna . . . ¡Cómo veíamos
 Un tiempo, él y yo, la luna . . . !
 Oyose en el mar turbando
 el ambiente de ternura
 Con que hablaba Doña Mencia
 Llenó el aire, el mar, la duna,
 La voz, alarido y canto
 De la nave*

—¡La Tangura!

Gemía Mencia:

—¡Ah Palacio!

*Tened piedad de mi angustia. . .
 Esa mujer de la nave
 ¿Causa el mal que nos abruma?
 —Es la diosa prisionera
 Que éxito a mi empresa augura.
 Mas, ¡oh poder del Destino!
 Que hacia las olas me impulsa!
 Mirad escrita en mi brazo
 En mi cara, la escritura
 Con que mi voz y mi espada
 Cumplir el destino juran . . .
 ¡Vamos! Mencia, ¡ha sido un sueño!
 Pensad, buen ángel, que en suma
 No sabéis si muerto o vivo
 Me habláis . . . y si la Fortuna*

*Me devuelva a vuestras plantas . . .
¡Vamos!*

*Y partió en la oscura
Noche.*

*Y dijo ella:
—¡Ah Palacio!*

*Tened piedad de mi angustia.
Llamaba a la Tempestad,
Entre tanto la Tangura.
Cual si la oyeran sus dioses
Cubrióse la mar de brumas.
Desatóse el temporal,
Corrió en férvida espuma
Altas olas, sonó el rayo,
Silbó la racha . . . En la duna
Gigantes olas saltando
Cual quimeras, una a una,
Ariastró al fondo del mar
El oro de las Molucas . . .*

*Asido al brazo de su hija
Alvar Melara la empuja
Cariñoso . . .*

—Vano afán!

*Le dice, aprensión . . . ¡locura!
¡Mentidas nieblas del día!
De noche cerradas brumas.*

*Doña Mencia en su balcón
Vio perderse entre la oscura
Tempestad, las desgarradas
Velas, en tanto fulguraban
Las centellas.*

—¡Muerto o vivo!—

*Murmuró Al salir la luna
Mañana a pensar de nuevo
Si son naves o son brumas.*

*¿Que fue del audaz Palacio?
¿Cuál su azarosa fortuna?
Los buenos cronistas dicen
Que partido a la Moluca
De él ya nunca más volvió
A saberse en Acajutla.*



EL CODICE MAYA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

Al Dr. Alberto Luna.

Éra un indio de esa región de Quintana Roo, donde las ruinas, que protege la fiereza de los mayas a quienes no ha sometido la conquista, no han recibido aún la visita de exploradores ni arqueólogos.

¿Consevan allí la antigua religión, como consevan el idioma? ¿Descifran o más bien leen corrientemente esos jeroglíficos que desde hace ciento cincuenta años estudian sabios eminentes del mundo civilizado?

¿Llevan los antiguos nombres, usan sus mantas pictóicas o monedas antiguas, se recrean en los jarrros, en los ladrillos ornamentales, cubiertos de relieves y dibujos, y en los estucos maravillosos? ¿Guardan cuidadosos el pez de oro y plata que se mueve y ondula imitando la vida, al solo contacto de su dueño?

¿Sobre todo, hojean, engolfados en esa ciencia que hace tanto tiem-

po inquiere con avidez el sabio europeo, esos analtés, tiras de papel de maguey de muchos metros, plegadas como abanico, en que desfilan su ciencia, su vida, su historia?

Si es así, ellos han comprado este derecho al precio de cien combates y el extranjero ha pagado su curiosidad con su sangre.

Este indio cuyo nombre es Kanob en Quintana Roo, ha leído en un pedazo de periódico, hallado en un camino, arrojado al acaso por un viandante, la noticia de que una expedición científica formada por ingleses, alemanes, mexicanos y franceses, se dirige al país "misterioso" de que hablan antiguas tradiciones, que él lee a diario en sus piedras y amatles o libros: van a Tlapalan.

Indudable es que en ese país podrá el completar sus nociones sobre la época trágica de la lucha de Tula y Palenque.

Se dirige, pues, a esa ciudad de Tula que hoy se llama Ciudad Real, en Chiapas, donde se halla la expedición.

Se presenta, no como práctico, menos, entre aquellos sabios, como el único que puede leer en monolitos, graderías, relieves y analtés, lo que es habitual para Kanob desde sus primeros años —sino como simple bracero.

—¿Cuál es tu nombre?— le pregunta Mr. Koenigsberg, el jefe de la expedición.

Se llama como todos los indios:

—José.

—¿Y tu apellido? —insistió el arqueólogo.

¿Su apellido?, el de todos los indios:

—Pérez.

Su nombre para todos es José Pérez. Sólo él sabe cuál es su verdadero nombre. Su nombre es Kanob —el Firmamento.

Llegada la expedición a Copán, su oficio de bracero le da tiempo, al remover los bloques esculpidos, de leer fragmentos o frases sueltas de las inscripciones.

¡Nada!, no hay nada de lo que busca.

Un día, la única vez que habló, exclamó dirigiéndose al sabio:

—¡Si estos bloques se pusieran en fila como estaban en las graderías!

El sabio aceptó.

Un gran espacio del césped se llenó de bloques.

Después de lo cual Pérez murmuró:

—¡Nada!, ¡no hay nada!

Entonces pidió que se le diese una de las barras; y obtenido esto, se lanzó a los montículos. Dentro hallaría los templos cuyo plano litúrgico le era tan conocido —el sitio de la cripta, la orientación de la entrada o puerta de los sacerdotes, que daría frente al Bacab que sostiene los cielos por el lado en que sale el Sol; el lugar en que está la mesa de piedra donde se halla la vasija sagrada en que guardaban los analtés—, los libros sagrados.

A los pocos barretazos la tierra se hundió, y José Pérez desaparece de la vista de sus compañeros. El caporal dice al cabo de pocos instantes:

—Un hombre perdido! Los gases le han dado la muerte.

Todos se alejan aterrados. Habrá que tomar precauciones para descender al resumidero.

Mientras tanto en el seno de la cripta, un haz de luz que penetra por dos lejanas claraboyas que horadan la pirámide, alumbró la vasija sagrada: una tira de maguey está allí intacta: el negro, el rojo, el azul de las escrituras han palidecido muy poco.

Kanob en aquella cripta estaba transfigurado. Leía, leía con la serenidad de un Sol de los bajo-relievés.

Era claro. El primer Quezalcoatl había unido a Copán, Mictlán, Cuscatlán y Tehuacán; había formado la familia maya-nahoa, la misteriosa Tlapalan. Después había emprendido la gran expedición por el mar, que saliendo del Golfo Dulce, había ido a fundar a Tula. Se veía en la parte ilustrativa o pictórica, el momento en que un guerrero, para dar un distintivo al gran Jefe, le ataba al brazo una correa, y a Quezalcoatl que le decía:

—Tú serás *el del brazo* y los tuyos llevarán este nombre. De hoy en adelante, pues, te llamas *Acolhua*.

El analté explicaba en torno de las figuras, en signos aglutinados,

que la raza de Acolhua o Aculhua, eran los señores del poblado de Aculhuac, en Cuscatlán de Tlapalan.

Kanob dijo para sí:

—De esta misma familia que pasó de la Tula de Chiapas a Tula de Anahuac descendía el desgraciado Acolhua que se llamó Moctezuma.

Una ojeada le bastó a Kanob para leerlo todo: eran signos y dibujos familiares para los de su clase. ¿Qué hacer con el códice? ¿Entregarlo a los arqueólogos que lo insultaban con su impertinente curiosidad? ¿Cuánto valdría ese códice, si sabía ocultarlo? Toda una fortuna.

Una sonrisa de desprecio se dibujó en su faz de ídolo moroso.

Además, sería registrado. Se le daría si bien le iba, la gratificación de unos pocos duros.

—¡Ah! —pensó—, algo debemos al extranjero, que en vez del sagrado malahuaste de donde sacaba un príncipe cada medio siglo, el don terrible del fuego que conservaban las vestales, nos vende estas cajillas de fósforos que son tan baratos, portátiles y manuales! ¿Llevar este analté? ¿Para qué? Con nuestra fácil escritura todo lo tengo en la memoria. Puedo escribir estos signos y trazar estas figuras cuando yo quiera.

Y al decir esto encendió hasta tres fosforillos que aplicó a la valiosísima tela. El libro que a través de la ánfora sagrada había calentado el rayo del solo por tantos siglos, ardió con más rapidez aún que la yesca.

Al mismo tiempo Kanob dirigía hacia arriba el puño cerrado, en señal de desafío a los arqueólogos.

Vuelto a salir del sumidero, José Pérez con fingido enojo, pretextó que se le había dejado sin auxilio en el percance, y pagada su liquidación, manifestó que se volvía a su tierra, pues era de Quintana Roo.

Los arqueólogos lo vieron alejarse con estupefacción:

—¡Un indio de Quintana Roo!



LA LOBA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

Es Cacaotique (1) que modernamente se pronuncia y escribe con toda vulgaridad Cacahuatique, un pueblo encaimado en las montañas del Salvador, fronterizas a Honduras. Por ahí nació el bravo General don Gerardo Barrios, que, siendo Presidente de la República, más tarde, se hizo en Cacahuatique una finca de recreo, con dos manzanas de rosales y otras dos de limares, un cafetal que llegó a dar 900 sacos, y una casa como para recibir a la Presidenta, mujer bella y elegante por extremo. Un vasto patio de mezcla, una trilla y una pila de lavar café; una acequia que charlaba día y noche al lado de la casa, todo construido en la pendiente de una colina, arriba y de modo que se dominaban de allí las planicies, los valles y vericuetos del cafetal cuando se cubría de azahares; la montaña muy cerca en que se veía descender por los caminos, casi perpendiculares, a los leñadores con su haz al hombro; por otro lado, montes; por otro, un trapiche, a tiempos moliendo caña, movido por bueyes que daban la vuelta en torno suyo, a tiempos enfundado en un sudario

(1) Huerta de cacao

de bagazo, solitario y silencioso bajo un amate copudo; más allá cerros magníficos, uno de los cuales estaba partido por la mitad; limitando la finca, una hondonada en cuyo abismo se enfurecía un torrente, lanzando ahogados clamores; aire frío, cielo espléndido, y cinco o seis muchachas bonitas en el pueblo: estos son recuerdos de la infancia.

Mi padre compró la finca a la viuda del Presidente, y dejando a San Miguel vivimos en ella por tres años. Yo tendría entonces unos ocho. Algo más quisiera escribir sobre aquel pueblo, pero no hay tiempo; no dejaré de mencionar, sin embargo, uno de los más soberbios espectáculos que puede verse. Desde la plazoleta del Calvario se ve extenderse un valle de diez o doce leguas de anchura. Por él pasaban otro tiempo, formando selvas de picas, carcaj al hombro, las huestes innumerables de Lempira. En el fondo del valle se ve arrastrarse el Lempa como un lagarto de plata. En un lado del río, hasta San Salvador, se llamó Tocorostique; el otro lado, hasta San Miguel, se llamó Chaparrastique. Más allá del valle se extiende el verde plomizo de las selvas de la costa; y más allá como el canto de un disco, la curva azul de acero del Pacífico. Un cielo tempestuoso envuelve con frecuencia en las nieblas de un desecho temporal el gigantesco panorama. Como el valle se extiende hasta el mar, desde el mar vienen aullando los huracanes, por espacio de cincuenta leguas, a azotar los liquidámbaros de las montañas de Honduras. Por eso habréis oído decir que alguna vez el viajero que pasa la altura de Tongolón, desde donde se ven los dos océanos, derribado por el viento furioso, rueda por los precipicios horribles.

Cacahuatique es un pueblo en que se ve palpablemente la transición del aduar indígena al pueblo cristiano. Los techos pajizos se mezclan a los tejados árabes que adoptó sin restricción nuestra arquitectura colonial. Los cazadores usan la escopeta y la flecha. El vocabulario es una mezcla pintoresca de castellano y lenca, y la teogonía mezcla el catolicismo, el panteísmo pavoroso de las tribus. Todavía recuerdo el terror infantil con que pasaba viendo al interior de una casucha donde vivía una mujer, de quien se aseguraba que por la noche se hacía cerdo.

Esta idea me intrigaba, cuando al anochecer, iba a conciliar el sueño y veía la corniza del cancel de la alcoba; corniza churrigueresca que remedaba las contorsiones de las culebras que se decía que andaban por ahí en altas horas. Pensaba también en que podía oír los pasos que se aseguraba que solían sonar en la sala vecina y que algunos atribuían al difunto Presidente.

Quitad de este pueblo los tejados árabes, las dos iglesias, los in-

numerables árboles de mango que se sembraron entre los años de 1840 a 1860, importados de la India; quitad las cruces del cementerio, su levita de algodón, bordada de cinta de lana, al alcalde; sus pañolones de seda a las aldeanas descalzas; suprimid los caballos y los bueyes, y ya Cacahuatique es lo que era antes de la conquista, con sus ídolos acurrucados en el templo, cuyos flancos ofrecen un intrincado mosaico donde las floescencias y los animales, se mezclan a la figura humana, como el espíritu humano se mezclaba en la sombría filosofía indígena a los brutos, a los árboles y a la roca.

Como hayáis concebido a este pueblo en su faz primitiva, empiezo mi narración, que es, en el fondo, la que me hizo Damián, un mayordomo.

Kol-ak-chiutl, (mudada de culebra) que en la tribu por abreviación acabaron por pronunciar kola, era una mujer que se iba emiqueciendo a ojos vistas, debido a que era bruja y además ladrona.

Tenía una hija, Oxil-tla, (flor de pino) de ojos pardos como la piel de una liebre montés. Su pie era pequeño; sus manos, que sólo se habían ensayado en devanar algodón y en tejer lienzos de plumas, puestas al sol dejaban pasar la luz como una hoja tierna. Su pecho era como la onda del río. Para completar su belleza, niña aun, su abuelo materno le había pintado el más lindo pájaro en las mejillas. Kola llevó un día a su hija al campo, y allí le dijo un secreto. Tres días después Kola había ido con ella al peñol de Arambala, donde moraba Oxtal, (Cascabel) señor de Arambala, con diez mil flecheros que defendían el peñol; pues el príncipe se había apoderado de la comarca por traición. Invitado a una fiesta, su gente, que había dejado en los bosques vecinos, cayó de improviso en la tribu embriagada con aguardiente de maíz. Kola y su hija Oxil-tla pusieron a sus pies una sábana de pieles de ratón montés y un dosel de plumas de quetzal. Oxtal las besó en los ojos y espero en silencio. La madre hizo una seña a su hija, y ésta, ruborosa, desdobló el manto y puso a los pies del cacique sus ídolos de piedra de río.

Entonces Kola habló de esta manera: “Estos son los cuatro dioses de mis cuatro abuelos, el quinto es el mío y el sexto el de esta paloma, que trae su familia para mezclarla con la tuya”.

Oxil-tla bajó los ojos.

—Oxtal, señor de Arambala, tiene tantas esposas como dedos tiene en las manos; cada una le trajo una dote de valor de cien doseles de

plumas de quetzal y de cien arcos de los que usan los flecheros de Cerquín. Tu paloma no puede ser mi esposa sino mi manceba.

Kola se levantó, empujó suavemente a su hija, desde la puerta, y dijo:

—Tus ojos son hermosos como los del gavilán y tu alma es sabia, y sutil como la serpiente: cuando la luna haya venido a iluminar el bosque por siete veces, estaré aquí de vuelta. Cada hijo que te nazca de esta paloma tendrá por nahual una víbora silenciosa o un jaguar de uñas penetrantes. Los mozos que van a mi lado a las orillas de las cercas a llamar por boca mía a su nahual, fiel compañero de toda su vida, traen a su llamamiento a los animales más fuertes, cautelosos y de larga vida. Oxil-tla, camina delante.

Por esta razón Kola había visto una tarde, con impaciencia, el árbol del patio donde estaban hechas seis rayas.

—Seis veces la luna ha iluminado al bosque, dijo: y aún falta mucho para completar tu dote.

La viva tristeza de Oxil-tla se iluminó un momento por un rayo de alegría.

Porque Oxil-tla iba por las tardes a la cerca del maizal vecino, siempre que el zumbido de una honda hacía volar espantados a los pájaros negros de la comarca; ¡de tal modo el poderoso hondero hacía aullar el pedernal en los aires!

En el verde y floreciente maizal había oído ella la canción que solía murmurar entre dientes cuando estaba delante de su madre:

*Flor de pino, ¿recuerdas el día
En que fuiste, a los rayos del sol,
A ofrecer esa frente que es mía
Al beso altanero
Del cacique que guarda el peñol?
Dí a tu madre, cuando haya venido
La ancha luna por séptima vez,
Que yó de ir a su sombra escondido,
Y que hará al guerrero
La piedra de mi honda caer a mis pies.*

El que así canta en el maizal es Iquexapil (perro de agua), el hondero más famoso que se mienta desde Cerquín a Arambala; ora,

Oxil-tla ama a Iquexapil, por eso se regocija de que su madre no pueda recoger una dote por valor de cien doseles y cien arcos.

Kola, medita-bunda, pues ambiciona que su bella hija sea la esposa de un cacique, toma una resolución siniestra: llama en su auxilio al diablo Ofo, con todo su arte de llamar a los nahuales.

Una noche que amenazaba tempestad, fue a la selva e invocó a las culebras de piel tornasol; a las zorras que en la hojarasca chillan cuando una visión pasa por los árboles y les eriza el pelo; a los lobos, a los que un espíritu de las cavernas les pica el vientre y les hace correr por las llanuras; a los cipes que duermen en la ceniza y a los duendes que se roban a las mujeres de la tribu para ir a colgarlas de una hebra del cabello en la bóveda de un cerro perforado y hueco, de que han hecho su morada. La invocación conmovía las raíces de los árboles que se sentían temblar.

En la bruma del río que había mezclado su rumor al odioso conjuro, llegó Ofo, el diablo de los ladrones, y habló de tal manera a los oídos de la bruja, que ésta volvió contenta a su casa, donde halló a Oxil-tla dormida.

Pronto se habló de muchos lobos en la tribu y sus alrededores.

Uno hubo que puso un lienzo de plumas valiosas en la piedra de moler y se escondió para atisbar al ladrón.

Vio llegar una loba, a quien quiso espantar; la loba saltó sobre él, le devoró, y se llevó el lienzo. La población estaba aterrada.

Kola, desde la puerta de su casa, aguardaba impaciente que la luna dejase ver tras los montes su disco angosto como un puñal de piedra.

Ahora, he aquí lo que pasó una noche. Mientras Oxil-tla dormía profundamente, Kola, se levantó desnuda. El frío de la noche es glacial y la sombría mujer echó al horno los troncos más gruesos, en que empiezan a avivarse ascuas enormes. La bruja entonces toma la sartén de las oraciones, en que presentara a su dios la sangre de las liebres sacrificadas al venir la estación de las lluvias. Coloca esta sartén en medio de la casa, da saltos horribles al fulgor de la hoguera, hace invocaciones siniestras a Ofo, y finalmente vomita en el tiesto un vaho plomizo que queda allí con aspecto de líquido opalino: es su espíritu: en aquel momento la mujer se había transformado en loba. Entonces se fue a robar.

En el silencio de la noche, la claridad de la hoguera hizo abrir

los ojos a Oxil-tla, que mira en torno, busca y llama a su madre, que ha desaparecido.

La joven se levanta temerosa. Todo es silencio. Recorre la casa y da en el tiesto, en que flota algo como líquido y como vapor.

—Madre, dice la joven—, madre fue al templo y dejó impuro el tiesto de las oraciones; una buena hija no debe dejar nada para mañana: es preciso acostumbriarse a un trabajo regular; que más tarde Iquexapil vea en mí una mujer hacendosa . .

Al decir esto, se inclina, toma el tiesto y arroja a la hoguera su contenido: el fuego crece con llama súbita, pero luego sigue ardiendo como de ordinario.

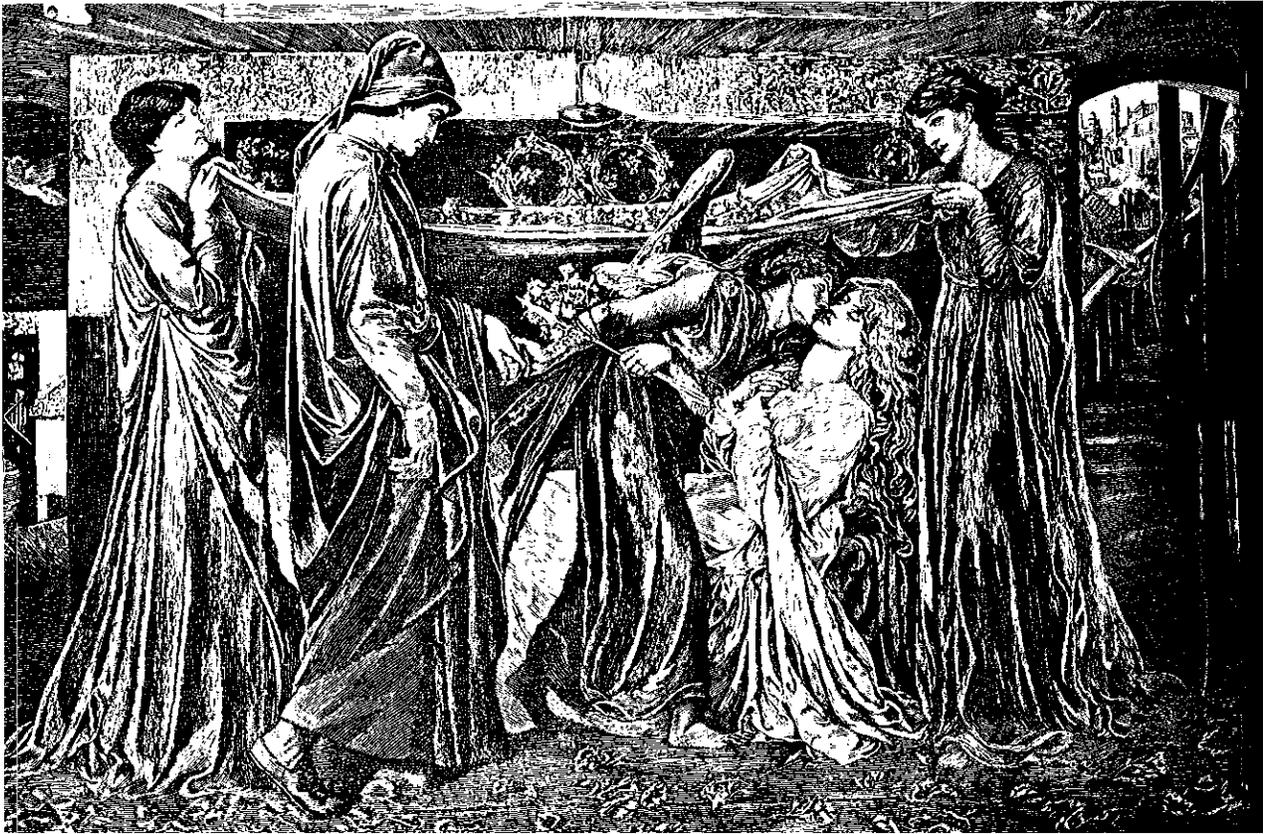
Oxil-tla guarda el tiesto, se acuesta de nuevo y, para calmar su terror, procura conciliar el sueño y se duerme.

A la madrugada, la loba husmea toda la casa, va, se revuelve, gime en torno, busca en vano su espíritu. Pronto va a despuntar el día. Oxil-tla se despereza, próxima a despertarse con un gracioso bostezo. La loba lame impaciente el sitio en que quedó el tiesto sagrado. ¡Todo es en vano!: antes que su hija despierte, gana la puerta y se interna por el bosque que va asordando con sus aullidos. Aunque volvió las noches subsiguientes a aullar a la puerta de la casa, aquella mujer se había quedado loba para siempre.

Oxil-tla fue la esposa de Iquexapil.

Estas formas tomaba la moral en los tristes aduares.

TRADUCCIONES



EL SUEÑO DE DANTE

Dante Gabriel Rossetti

FRANCESCA DE RIMINI

POR FRANCISCO GAVIDIA.

TRADUCCION DIRECTA DEL EPISODIO DE FRANCESCA DE RIMINI, DE LA "DIVINA COMEDIA" DE DANTE ALIGHIERI

ARGUMENTO:—Segundo círculo del Infierno: el Dante encuentra en él el tormento de los lujuriosos, que son arrastrados por horribles huracanes en una región lóbrega. Entre estos condenados reconoce a Francesca y a Paolo.

Habla Dante:

*—Deseo, dije yo a Virgilio, sienta
De hablar a esas dos almas (1) que volando
Ligeras van al ímpetu del viento.*

NOTAS DE D. CAYETANO ROSELL,
Autor de una traducción en Prosa

- (1) Las dos almas que tanto interés produjeron en Dante eran la bellísima Francisca, hija de Guido de Polenta, y Pablo Malatesta, su cuñado Casada aquella según parece, por engaño, con el hermano de éste, Lanciotto o Cianciotto, príncipe despreciable y deforme, cuando su hermano era gentil y airoso, tuvieron ambos cuñados, que ya se habían amado, la desgracia de entregarse a su pasión; de lo que sabedor el marido, los sorprendió un día, y a un mismo tiempo les dio la muerte. Llámase Francisca de Rímini la desdichada amante, y generalmente por este nombre, se la conoce, porque los dos hermanos Malatesta eran hijos del señor de Rímini.

*Y él respondiome: —Estemos esperando
Que ante nosotros la pareja arribe,
Y a nombre del amor que están penando,*

*Llámalas y vendrán. ¡Oh, en quienes vive
Profunda pena; oh almas! acercaos
Si nadie mal mi súplica recibe,—*

*Grité en esa región llena de vahos.
Dejando el grupo en que se hallaba Dido
Cruzaron el ambiente de aquel caos,*

*Cual dos palomas que el amor ha herido
Las alas tienden tersas y lascivas
Y el aire cortan hasta dar al nido.*

*—¡Oh tú, mortal, de entrañas compasivas!
¿Vienes de los que el mundo hemos manchado
Con sangre, a las moradas aflictivas?*

*¡Oh! si el Rey de los mundos ablandado
Me oyera, pediría tu ventura,
Ya que en ti nuestro mal piedad ha hallado.*

*Mientras la calma de este viento dura,
Te oiremos y hablaremos en reposo,
Si esto al llamarnos tu intención procura.*

*La tierra en que nací está en el tortuoso
Golfo, donde el Eridano aumentado
De otros ríos desagua fatigoso. (2)*

*Amor que hiere el pecho delicado,
A éste, (3) con mi hermosura le encadena,
Que ya he perdido y tanto me ha dañado. (4)*

(2) Era la ciudad de Ravena, situada en la playa del mar Adriático, a unas diez millas de la desembocadura del Po

(3) A su amante y cuñado Pablo

(4) *Ancor m'offende* La dañada por el recuerdo de su trágico fin, o por la pena que la causaba, o, según otros, por el engaño de que fue víctima al casarse (x)

(x) Este comentario sigue el texto "e' l modo ancor m'offende" Yo sigo la lección de Vincenzo Promis: el *mondo ancor m'offende*, "que equivale a mi expresión y tanto me ha dañado" (N del T)

*Amor que al ser amado a amar condena,
Tanto me enamoró que todavía
Sufro con éste aquí la misma pena.*

*Amor nos trajo hasta la tumba fría (5)
A ambos a dos: Caín (6) está esperando
A aquel que nos matara en hora impía.*

*Estuve estas palabras escuchando,
De aquella alma infeliz quejas intensas,
Con el rostro en las manos y callando.*

*Virgilio, en fin, me interrogó: —¿Qué piensas?
Respondí: —¿Qué de plácidos ensueños;
Qué de amor, les trajeron a estas densas*

*Sombras, y fueron de sus almas dueños!
Y volviéndome hacia ella: —Tu castigo
Me puebla el alma de angustiosos sueños!*

*Cuando vosotros suspirabais, digo,
¿Con qué indicios, y modo ingenuo y diestro,
Tu oculto amor se reveló enemigo?—*

*Y respondiéndome: —“No hay (como lo nuestro)
Mayor dolor que recordar el goce
En la desgracia”, ha dicho tu maestro. (7)*

*Mas si tu afán el trance no conoce
Que nos llevó a este amor y falsa gloria,
Lo diré, aunque el decirlo me destroce:*

*Un día, que yo guardo en la memoria,
Leíamos los dos a horas perdidas
De Lancelote la amorosa historia.*

*Solos, confiados... Al leer, rendidas
Nuestras almas, buscaban inmutadas*

(5) Los condujo a la par, a un mismo tiempo, a la muerte

(6) Caín o Caina, el lugar o círculo reservado en el Infierno a Caín y los fratricidas

(7) Esto se dice, o por Virgilio, o por Boecio, autor del libro *De Consolatione*, etc., de quien era Dante muy apasionado

Mis pupilas las tuyas encendidas,

*Diciéndose mil cosas ignoradas;
Mas un punto, no más, dejó cautiva
Nuestra alma en ligas al honor vedadas:*

*Cuando al leer que el amante en su ansia viva,
Con un ardiente, apasionado beso
Apagó una sonrisa incitativa,*

*Este mi inseparable, escuchando eso,
Trémulo de pasión que ambos sentimos,
La boca me besó con todo exceso.*

*En el ardor de un libro nos ardimos:
Galleotto (8) fue, como su autor, la historia . . .
Ya más en aquel día no leímos (9).*

*Mientras Francesca hacía esta memoria,
Paolo sollozaba sin concierto,
Tal, que sentime en aflicción mortuoria,
Y caí como cae un cuerpo muerto.*

(8) Tan confuso está este pasaje, que requiere una explicación. Galeotto fue el medianero en los amores de Lanzarote y la reina Ginebra. Por esto dice Francisca que entre ella y su amante fue también Galeotto, esto es, medianero el libro, como su autor, que se llamaba así.

(9) No llevarán a mal nuestros lectores que insertemos aquí alguna de las muchas ilustraciones que se han dado a luz sobre el célebre cuento poético episodio de Francisca de Rímíni.
Desde luego parecerá no muy delicado el proceder de Dante, al saber que imprimía esta mancha en la ilustre familia de un favorecedor y amigo suyo. Mas las palabras que pone en boca de Francisca son de tal naturaleza, que no pueden menos de inspirar vivísimo interés y lástima. Francisca atribuye la pasión de su cuñado, no a depravación, sino a nobleza de ánimo. Confiesa que ella le correspondió, que amó porque se vio amada, que triunfó de su corazón este sentimiento, y que fue su castigo una muerte indigna. Dante reúne aquí la concisión a la claridad, y la más ingenua sencillez al conocimiento más profundo del corazón humano. La pasión de Francisca sobrevive al castigo que le impone el cielo, pero sin vestigio alguno de impiedad. No fue seducida: solos y desprevenidos contra el peligro a que se exponían, pusieronse ambos cuñados a leer una historia amorosa; la ventura de los dos amantes de que se trataba les sugirió involuntariamente un ciego deseo. Confesado el hierro, se apresura la infeliz a terminar la escena con un toque que revela su vergüenza y su confusión. —*Quel giorno più non vi leggemmo avante*. Y no profiere una palabra más.

Dante hace siempre que la justicia divina caiga sobre el culpable, pero la piedad humana compadece y atenúa la ofensa según las circunstancias que han contribuido a ella. Vitupera o alaba a las personas conforme al bien o al mal que han ocasionado a su patria, conforme a la gloria o infamia que han procurado a su reputación. Para las naciones que viven en un estado semi salvaje, no hay más que las pasiones; y Dante, que escribió para su época, juzgaba honrosa la venganza, como lo demuestra el pensamiento que concluye una de sus composiciones líricas: *Ché bell'onor s'acquista in far vendetta*. Estas observaciones ilustran el episodio de Francisca, conforme en un todo con las máximas, la poesía y las inclinaciones de Dante y del siglo en que vivió. Satisface a la justicia divina poniendo a Francisca en el infierno, pero de suerte que es digna de compasión, y da a la hija de su amigo la celebridad que no podía concederla la tradición. Añádase a esto que cuando Dante escribía estaba aún vivo y era poderoso, el marido de Francisca, pero la audaz indignación del poeta le destina a la infamia, condenándole como a los fratricidas: *Caino attende chi in vita ci spense*. La verdad es que el padre de Francisca continuó protegiendo a Dante, y que no sólo acompañó sus restos mortales al sepulcro, sino que pronunció en su honor un elogio fúnebre. Sus sucesores defendieron también la tumba del poeta contra el poder de Carlos de Valois, rey de Nápoles, y del Papa Juan XXII, cuando mandó desde Aviñón a Ravena al cardenal de Poggetto para que exhumados los huesos del poeta, los quemase y esparciera al viento las cenizas. Esta anécdota la incluye el Boccaccio en la vida de Dante, que generalmente se tiene por una novela; pero la confirma en sus escritos Bartolo, célebre jurisperito que vivía por entonces, y que muy claramente alude a aquel hecho al tratar de la ley de Reindicandis reis (ad, cod, lib I cod.) De Reindic

S T E L L A ¹

Yo dormía una noche a la orilla del mar.
 Sopló un helado viento que me hizo despertar.
 Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía
 en el fondo del cielo, en la honda lejanía,
 en la inmensa blancura, suave y soñolienta.
 Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.
 Aquel astro en vellones el nublado cambiaba.
 Era una claridad que vivía y pensaba. . .
 Blanqueaba el escollo, que hincha la onda al romperla,
 Se cree ver un alma a través de una perla.
 En vano es aún de noche, pues la sombra declina
 y se alumbran los cielos con sonrisa divina.
 Un reflejo argentaba, en el mástil, la altura.
 El navío era sombra; la vela era blancura.
 Atentas, de las rocas desgajadas y rotas,
 veían gravemente el astro las gaviotas,
 como un ave celeste formada de una estrella.
 Océano, semejante al pueblo, iba hacia ella
 y rugiendo muy bajo la miraba brillar
 cual si tuviese miedo de ir a hacerla volar.
 Un amor inefable lo infinito llenaba.
 Débilmente a mis pies, la yerba murmuraba.
 Pláticas, en los nidos. Luego, una flor galana
 se despertó y me dijo: "esa estrella es mi hermana".
 Y mientras que sus pliegues la sombra recogía,
 yo escuchaba una voz que del astro venía:
 —"Soy el astro del alba que llega desde luego;
 soy la estrella que muere, que nace con más fuego;
 si se me cree en la tumba, la tumba no me inquieta.
 Brillé sobre el Sinaí; brillé sobre el Taigeta.
 Yo soy el pedernal de oro y fuego que Dios
 arroja, cual si fuese con una honda veloz,
 de la espantosa noche sobre la oscura frente.
 Cuando el mundo perece, yo soy la renaciente.
 ¡Oh Naciones! ¡Yo soy la ardiente poesía!
 Yo ardí sobre Moisés, yo sobre Dante,
 el león Océano muere por mí de amor.

(1) En este poema, traducción de Stella de Víctor Hugo, Cavidia plasma por vez primera en lengua castellana, la melodía del alejandrino francés. Esta traducción lleva la fecha de 1882

*Llegó, pues; levantaos, Fe, Virtud y Valor.
Pensadores, espíritus; ¡tú, que en lo alto vigilas!
¡Oh, párpados, abrios! ¡Alumbraos, pupilas!
¡Tierra! que se abra el surco, que todo se desligue.
De pie los que dormís; porque aquel que me sigue,
porque aquel que me envía adelante, en verdad,
es el gigante Luz, el ángel Libertad!”*

POEMAS DE
FRANCISCO GAVIDIA



R O M A N Z A

*Sus pestañas cargadas de sombra
Velaban los ojos profundos y negros;
El amor como luz de una estrella
Cintilaba lánguido rompiendo su velo.*

*Era aquella una noche de luna.
La luz de la luna que alegra los sueños
Dilataba con vaga tristeza
Mi cansado espíritu en el firmamento.*

*Yo le dije: —La noche se mece
Llevada en los brazos del vasto silencio:
Allá arriba en los cielos azules
Hay estrellas pálidas que ven lo que hacemos:*

*En la selva las aguas dormidas;
En el largo río las aguas gimiendo;
Y la espiga temblando en el llano,
Y el alta montaña callada a lo lejos;*

*Y los ruidos ahogados del bosque
Y la roca informe que orilla el sendero;
Y la sombra del árbol que canta
Trovador inmóvil mirando a los cielos;*

*Son, le dije, son cosas muy tristes;
Son cosas que dejan un ansia en mi pecho;
Que despiertan los hondos suspiros,
Soplos de esperanzas, sombras de recuerdos.*

*Respondíome: —¡Qué bella es la luna!
Yo siento y no puedo decir lo que siento.
En las noches como ésta ¿no sabes
Cuál es la palabra que agrada al silencio?*

*—En las noches como ésta, le dije,
Se siente en el alma murmullos de versos;
Los que dicen “yo te amo” esta noche,
Dicen lo que dicen la tierra y los cielos.*

A P O L O

*Mi verso es verso llano,
En que suena la voz y en que el acento
Del hombre se hace oír y el eco humano.*

*Apresurado o lento,
Como de un río la sonante plata
Cuyo espejo retrata*

*Gentes, bosques, viviendas y animales,
Arboles, rocas, vida y movimiento,
Corre en libres raudales,
Llevando al par, idea y sentimiento.
Como lo debo sólo*

*Al rubio Apolo, y porque en mí no fuera
Propio que elogios propios escribiera,
Son estos versos en loor de Apolo.*

S O N E T O

*Duerme. La curva de su casto pecho
Que alza su seno al respirar tranquila,
Como ola mansa voluptuosa oscila
En el mar de blancura de su lecho.*

*Pecho armonioso y al suspiro estrecho
Que a los aires su bálsamo destila:
Nieves en que se abisma la pupila;
Busto que el arte y el amor han hecho;*

*Redondeces de espuma en que se embriaga
Como torrente de oro desatado
La luz que en vuestro piélago naufraga:*

*Formó esa curva sobre el mar salado.
Venus, cuando al nacer, flotante y vaga,
Rasgó la onda su seno nacarado.*

D I A N A

*De una casta de dioses, la prodigiosa casta
que iluminó la tierra con antorcha divina,
las Gracias y las musas, la antigua Mnemosina,
casta como Calíope, como Minerva casta.*

*Diana, que llena el bosque de una algazara vasta
cuando va entre las ninfas, de caza peregrina,
contrasta las tinieblas con que la historia omina,
la dura Clitemnestra, la trágica Yocasta.*

*Que un cazador la ha visto en el baño, ella advierte;
ya a Acteón, trocado en ciervo, su trailla lo devora,
sus flechas arrebatan a Orión a la Aurora.*

*Su ninfa Opis expía su pasión de igual suerte
y es que Diana reserva su virtud que atesora
para el cielo. . . ¡Y le ha puesto como guarda, la muerte!*

L A D E F E N S A D E P A N

*¿Qué te falta al respeto?
¿cuándo y a qué respeto pudo faltar amor?
amor no hace antesala, ni se calza los guantes,
ni hace genuflexión.*

*No quiere cortesías
ni lleva más vestidos que alas para volar,
ni tarjetas. . . se anuncia con acerada flecha
de las de su carcaj.*

*¿Qué te falta al respeto?
pues manda, niña mía, manda que antes de entrar
el ruiseñor al nido, le anuncie algún portero
con sombrero alto y frac.*

*Todo ha de ser medido;
todo puesto a la moda ¿no es verdad? ¡Comm'il faut!*

*palabras ardorosas, apretones de manos,
¡oh! qué profanación!*

*Las miradas que encienden,
disimulos que juntan un pie con otro pie;
las rodillas rozándose debajo de la mesa...
¡Eso es vulgar! ¡Eso es...!*

*¿Pues qué eso de estrecharse
la femenil cintura en la fiebre del wals?
¿Pues qué eso de sentirse el ambiente de llamas
de un aliento al soplar?*

*¿Pues qué eso de ir uniendo
más los ansiosos pechos? ¿pues qué ese ir y venir,
esa dulce fatiga, esa sed sin cansancio
que parece sin fin?*

*Ese mirar de ojos,
ese estrechar de manos, ese apagar de voz;
y aquello de creernos en tempestad de fuego
llevados de un ciclón?*

*Pues qué en medio las turbas,
en cuidadoso olvido y en calmosa inquietud,
confundir las miradas, pensar la misma cosa,
y verlo todo azul...*

*¿Pues qué mientras aturde
dulcemente la música y se arrastran los pies,
aquel beso a hurtadillas que no vio ni oyó nadie,
nadie... que fue así... un rápido, un pequeñito edén?*

*¡No, no! eso es de mal gusto:
la etiqueta prohíbe amor al natural;
amor viste desnudo... y tiene alas tan blancas
que es preciso cortar*

*Las miradas amantes,
para que no se excedan en eso de decir,
deberán ir provistas de anteojos verde opacos
traídos de París.*

*Los besos han de ir serios
como unos diputados, con frac y con bastón,
y para saber la hora en que han de hacer visitas
deben llevar reloj.*

*El amante piropo
que a una oreja rosada llame... como a un zaguán,
irá con sobretodo... no vaya a ser que el aire
lo vaya a constipar.*

*¡Nada de rizos! ¡Nada
de sonrisas, de señas! ¡Nada de aquella flor
quitada a una cabeza y a un ojal detenida
cerca de un corazón!*

*Por lo que es a esa boca,
dulce troje de besos y de mimos, pues ya
tomará un aire grave como de tesorero
y dirá siempre: ¡No hay!*

*¡Muy bien! ¡Todo medido,
todo puesto en su puesto y puesto al uso! ¡Eso es!
Ya así amor no es amor. Ya así el hombre no es hombre
ni la mujer, mujer.*

*Ya la naturaleza
borra en su inmenso libro esto: lo natural;
se mete en los salones y sale con humitos
y con tufos... de gas.*

*¡Muy bien! Ya tus canarios
no volarán sin trabas cuando los dejes ir,
no; tomarán su sastre, y se irán afeitados
de donde Peregrín.*

*Ya en las selvas, un tiempo
pobladas por arrullos que inspirara la luz,
no dirá la paloma, como lo escuchó Diéguez,
¡Mi amor sólo eres tú, mi amor sólo eres tú!*

*¡Eh, malcriada! ¡Insolente!
¿Esa es la urbanidad que has podido aprender?*

*desde hoy en adelante a ese señor Palomo
lo tratarás de usted.*

*La señora Calandria!
—Caballero Zenzontle! —Usted, don Ruiseñor!
—Don Clavel! —Doña Dalia! —Señorita Azucena!
—Don Lirio! —Don Gorión!*

*Como ahora es costumbre
entre gente elegante levantarse a las diez,
aguardará la aurora a que nos levantemos
cuando nos venga a ver.*

*Mayo cuando despierte
para animar al mundo con su aliento vivaz,
se envolverá en las faldas de su levita verde
las manos, al tocar. . .*

*Ya desde hoy, por supuesto,
no inflamará los pechos de doncellas y doncel,
ni encenderá las yemas, ni exaltará la vida,
ni hará nada; ¡muy bien!*

*¿Para qué, pues, los labios?
pues bien, para decirnos: Le beso a usted los pies.
Ya no hay dulces palabras, ni caricias, ni mimos,
ni besos ¡ya no hay miel!*

*Peró oye, ¡amiga mía!
¿Así dicen que me amas? ¡Conque eso es el amor!
Conque luz y armonía y sangre y vida y todo,
para eso lo hizo Dios?*

*Oye: desde los bosques
trae al soplar la brisa, ruidos, besos, pasión,
y lleva enjambres de arpas, bandadas de preludios,
himnos para el amor. . .*

*Oye: de las montañas
los imponentes robles se mueven a compás,
y cuenta hoja por nota, árbol por sinfonía
que arrastra el huracán.*

*Oyeme: ahí los troncos
cubren robustas guías; ahí, de dos en dos,
los sarmientos retuercen como dobles serpientes,
sus manojos de fibras en salvaje apretón.*

*Y debajo las yerbas,
los cristalinos tallos, los bejucos, la flor,
las hojas apiñadas, buscando entre las sombras
algún rayo de sol.*

*Y arriba, por los brazos
y la áspera corteza del árbol, se mira ir
torciendo sus anillos, cobrando más ponzoña
el constrictor reptil.*

*Y más arriba, el nido
que se mece en la rama con pausada inquietud;
y luego, más arriba, hojas, aves; y luego,
más arriba, el azul.*

*Por aquel rudo templo
en su carro invisible pasa una bendición:
se hinchan los granos, se abren los capullos, se siente
un soplo creador.*

*¡Luz, calor, armonía!
amor, ahí del ruido hace una encarnación;
ahí el pétalo es eco, ahí el huevo es un ritmo
y la roca una voz.*

*Todo bebe ahí savia,
todo se comunica, todo siente el amor,
y por eso se exhala en gigantesca estrofa
que es divina oración.*

*La materia es sagrada;
no la ultrajéis; en todo noble huella pasó:
tú puedes de tus carnes hacer la excelsa estancia
de una santa canción.*

*Oye: el amor es cuerda
de una lira infinita: amor! amor! amor!*

*hacedla sonar todos, que para todos suena;
mas no queráis templarla, que ya la templó Dios.*

CANTA LA MUSA ELEGOS O EL POETA DE LA ELEGIA NETZAHUALCOYOTL

I	
<i>Ora, por un momento, Se alza mi canto, Pues la ocasión se ofrece, Y el tiempo es Mayo, Y mi alma espera Ser oída, si aviene Que lo merezca</i>	<i>Pasan, —que nuestras almas Tienen unidas— ¡Mala fortuna! Se quedan con nosotros Las amarguras. . .</i>
II	V
<i>Y por ese motivo Empiezo. . . empiezo Mi canto, —si es un canto— O mi lamento, Pues se conoce Que estos son más que cantos Lamentaciones.</i>	<i>Batiré el instrumento Sonoro y cóncavo A fin de que me auxilie Dándome el tono. . . Danza tú en torno Ante el señor que es grande Y es poderoso.</i>
III	VI
<i>Oh, tú mi dulce amigo, Goza el aliento De las flores del canto, Que ahora te ofrezco, Goza y destierra, Destierra todo duelo, Toda tristeza.</i>	<i>Agarremos al paso Las dulces cosas Que nos brinda el presente; Porque la hora Es fugitiva. . . Porque del hombre pronto. . . Pasa la vida. . .</i>
IV	VII
<i>Pues aunque los placeres Que da la vida</i>	<i>Aculhuacán hermoso, Tú eres granado, Y granados tus tiangues, Y tu palacio, De un trono sitio, Lo has con tus propias manos Enriquecido.</i>

VIII

*Ve aquí la causa, —amigo—
Y esto se dice
¡Porque es verdad, hermano!
Puede decirse,
Según se advierte,
Que mi reino está próspero
Y floreciente.*

IX

*¡Oh Príncipe Oyoyo-Tzin!
A quien no iguala
Rey alguno, —Rey sabio,
Prepotente Monarca—
Goza en la tierra
La belleza que exulta
La Primavera.*

X

*Sé feliz mientras reina
Tal Primavera,
Porque el día se arrastra
Sin que lo adviertas,
Y la alegría
Que tú busques más tarde,
Ya será ida.*

XI

*Un día en que el Destino
Nuble tu gloria
Como a la Luna, y yazcan
Las orgullosas
Familias y hombres,
Verás cómo han pasado
Reino y honores!*

XII

*¡Ah! entonces aquel día
De gran tristeza,
Serán los de tu casa
Tristes de veras;
Los fuertes brazos
De fuertes voluntades
Serán atados.*

XIII

*No habrá orgullo de cuna...
Su gran cabeza
Que eres tú, yace herida...
¡Oh nunca fuera!
Y el negro duelo
De las necesidades
Se llegará a ellos!*

XIV

*Recordarán entonces
Con amargura
Tu grandeza y victoria
Una por una
Cómo han pasado,
Y serán más sus lágrimas
Que el Océano.*

XV

*Los vasallos señores
Que de ti en torno
Eran como corona
Para tu trono,
Cuando sobre ellos
No imperes, saldrán todos
Para el destierro.*

XVI

*En extraños países
Su porte altivo,
Expresión de su orgullo
Será abatido.
Allí su rango,
Y todo, hasta su nombre,
Será olvidado.*

XVII

*La fuerte raza digna
De mil imperios
Verá que fue su fama
No más que un sueño,
Pues las naciones
No tendrán más recuerdos
Ni más honores.*

XVIII

*Que aquella gran justicia
De aquellos años
En que fueron un gran pueblo
Bien gobernado,
Epoca insigne,
Que era el pueblo, tres pueblos,
Y el reino, triple.*

XIX

*En México, la espléndida
Urbe, entre todas,
Mandaba el poderoso
Montezuma;
Era el Monarca
Netzahualcóyotl Justo
Quien gobernaba.*

XX

*En Culhuacán bendita
Y el esforzado
Totoquiel, mantenía
Bajo su mando
Siempre severo
Acatlapán famosa,
El tercer reino.*

XXI

*Más tú tampoco debes
Ser olvidado,
Ni el bien que por doquiera
Sembró tu mano:
Acaso el trono
En que te hallas no es obra
Del poderoso.*

XXII

*Dios, que no admite iguales,
Creador de todo,
De cuantas cosas grandes
Miras en torno,
Creador perenne,
Hacedor de los Príncipes
Y de los Reyes?*

XXIII

*Netzahualcóyotl ama
Lo placentero
Que tú sabes. Recorre
Mi jardín bello:
Ciñe tu frente
Con la fresca guirnalda
De flores leves.*

XXIV

*Netzahualcóyotl es
Feliz; no vano:
Pon oído a su música
Y oye sus cantos;
Porque no cuida
Sino en que se complazca
Tu fantasía.*

XXV

*No son las cosas vanas
Sino una sombra:
Los triunfos, los honores,
Las cosas todas,
Son vanas sombras
Que guardan semejanzas
De tales cosas.*

XXVI

*Y tanto como es grande
La verdad, ruégo-
Te, contestarme ahora
Como hombre bueno,
Una, solo una,
Pues contestarla puedes,
Esta pregunta:*

XXVII

*Cihuapán, el valiente,
Como no hubo otro,
Y Quauhziuntecontzin,*

*El poderoso;
Y el noble, el fiero,
Aquel gran Cohahuáztin,
¿Qué se hicieron?*

XXVIII

*Han muerto y ya no han dejado
Señal ni nada;
Excepto esto de vano:
Su nombre y fama,
Que son un soplo...
Se han ido de este mundo
Y están en otro..*

XXIX

*Yo quiero que los amo,
Que un amor fuerte,
Con un lazo de flores
Ata y envuelve;
En verdad pura,
Puedan ver de la Muerte
La espada aguda,*

XXX

*Sin temblar. Porque sepan
Lo que son dichas,
Los placeres veloces
Y fugitivas
Riquezas grandes.
Las cosas de la vida
Son inconstantes.*

LA ELEGIA II DE NETZAHUALCOYOTL

*Dad oído, vasallos,
A las lamentaciones que en mis cantos,*

*Yo, el Rey Netzahualcóyotl,
Hago conmigo mismo,
Meditando la suerte del Imperio.*

*—¡Oh Rey! digo a mí mismo,
Rey desasosegado, Rey inestable,
Después que tú hayas muerto,
Tu pueblo confundido y trastornado
En vano buscará tu sombra amiga:
Tu sitio en el festín será un vacío:
Se sentirá que entonces sólo reina,
El Todopoderoso. . .*

*Quien pudo haber pensado, habiendo visto
Los Palacios y Corte,
La gloria y el poder de aquel anciano,
El Rey Tesosomoc, que aquellas cosas
Debían tener fin? Y sin embargo,
Debían perecer y marchitarse,
Porque estos son los frutos de la vida,
Disgusto y pesadumbre. Todo es algo
Que se gasta y que pasa. . .*

*Quién no entristecerá con el recuerdo
Del antiguo esplendor de este tirano;
De este anciano marchito;
De este sauce sediento, que nutrido
Por la humedad de su ambición sin bordes
Y su dura avaricia,
Señoreaba las bajas praderías
Y los campos floridos. . .
Floridos mientras dura
El tiempo de la dulce primavera;
Pero a la larga, decaído y seco,
Las crudas tempestades del Invierno
Le arrancan de raíz y piezas hecho
Le esparcen con furor por la llanura?*

*Hoy con esta canción traigo a la mente
Las cosas que florecen por una hora,
Y presento en la suerte
Del Rey Tesosomoc, un vivo ejemplo*

*De la humana grandeza:
¿Quién de cuántos me escuchan
Puede negarse al llanto?*

*La alegría y placeres de la vida
Son un ramo de flores,
Que fragante pasó de mano en mano,
Hasta que, en fin marchito,
Mustio, ajado . . . ¡se torna en polvo leve!*

*Cierto, las alegrías y placeres
Son puñado de flores:
Perfuman por un día; mas ¡qué pronto
Se deshojan y mueren!*

*Dejad, pues, mis amigos,
A los alegres pájaros
Cantar, regocijarse
Con la belleza de la Primavera,
Gozar las mariposas
Con la miel y perfume de las flores;
Porque, la vida, amigos,
Es como tierna planta:
¡Tan pronto es arrancada, y ya está marchita!*

ELEGIA III DE NETZAHUALCOYOTL

*Parece que la Tierra
En su calma severa, meditara . . .
Nada se libra de una oculta guerra:
Siente el ejemplo de la fuente clara,
Que a no volver, atrás deja, y no para,
En brazos y al azar de la Fortuna
La gruta jubilosa que es su cuna.*

*Corre a los vastos senos del Océano,
Y cuanto más se ensancha su camino,
Más se acerca cuán gárrula y sin tino!
A la tática y cruel, que olvida en vano,
Muerte con que le aguarda su destino.*

*Ya no es, lo que fue ayer. Y así el Presente
No fía en el mañana su ventura,
Llenas las huecas tumbas pestilente
Polvo, que antes fue amor y fue hermosa.*

*Los reyes que sostuvo un tablón de oro,
No más conquistarán ni reinarán...
Todos saben que allí está aún su tesoro...
Pero ellos ya no son... y no serán...*

*Han pasado las reyes y sus glorias
Como el humo orgulloso
Con que macula el cielo esplendoroso
La Montaña —que— Humea tan mentada;
Sin dejar monumento ni recuerdo
Si no es el analté de piel flotada
Donde está escrita en signos indelebles
La fecha de su muerte y de su nada.*

DOLORA

El Día de los Muertos

*Largos repiques dedican
Al que van a bautizar,
Y por quien van a enterrar
Repican... ¡también repican!
Y en vano explicarme quiero
Esto de cuando repican,
No sé si algo en ello explican
De buen o de mal agujero.
Y así acordes siempre están
Para entablar triste son:
La campana hace ¡tin, tan!
¡Tin, ton! gime el corazón.*

*Las ondas del aire vanas
Y de mi alma, llena ese son
Del doblar de las campanas
Y el doblar del corazón.*

*Y se entristece el oído
Y el alma en dolor se viste,
Porque es más, con ser tan
[triste,
Que el uno el otro sonido.*

*Y sus quejas importunas
Forman lúgubre canción,
Sonando ¡tin, tan! las unas,
Sonando el otro ¡tin, ton!*

*¡Vamos al Panteón!... marchemos
Mientras que tristes pensamos
Que si esta vez regresamos
Un día no volveremos...*

¡Vamos! porque así lo hicieron

- Aquellos que ya llegaron,
Y años pasaron... pasaron
¡Ay! mas ellos... no volvieron.*
- Campanas y corazón
El paso nos marcarán
sonando ¡tin, tan! ¡tin, ton!
Sonando ¡tin, ton! ¡tin, tan!*
- Y al compás de esos conciertos,
Vamos, prestos y activos
Ocupándonos los vivos
En adornar a los muertos.*
- Y alumbremos con blandones
La entrada a la eternidad;
Pues ahoga esa oscuridad
De nuestra alma los hachones.*
- Y únanse el triste ¡tin, tan!
De las campanas al son
De los acentos que van
Al alma, y suenan ¡tin, ton!*
- Si tanta apuesta hermosura
Pensara en este momento
Que fausto y orgullo es viento
Que engulle la sepultura,*
- ¡Pobres humos! . . . Esos trapos
A la pobreza ofensivos
Verán polvo los altivos,
Como el pobre sus harapos.*
- Y a todos arrullarán
Dos voces, con triste son:
Plañirá la una ¡tin, tan!
Gemirá la otra ¡tin, ton!*
- Esos ojos sobrehumanos,
Esas mejillas y bocas,
Que vuelven mil almas locas,*
- Serán pasto de gusanos. . .*
- Bocas de rosa y clavel,
Como bocas nauseabundas,
¡Todas! darán asco inmundas
Besando un mismo nivel.*
- Y honores y glorias vanas
Burlarán en triste son,
El tin, tan de las campanas
Del corazón el tin, ton!*
- Ojos que ardientes miraron,
Labios que amantes sonrieron,
Pechos que fuego sintieron
Y corazones que amaron.*
- (Pa' diez, que a questo me aterrera)
Confesarlo me es preciso,
Tanta gracia, tanto hechizo . . .
Tierra serán . . . serán tierra.*
- Ni aun el eco sentirán
Del fúnebre y triste son
De campana y corazón
Al sonar, ¡tin, ton! ¡tin, tan!*
- ¡Glorias! ¡grandezas humanas!
Allí en la tumba os quedáis
Y más ligeras pasáis
Que el ¡tin, tan! de las
[campanas.*
- Ah el dolor más y más cala
Del pecho en el interior;
Gime el corazón dolor
En cada ¡tin, ton! que exhala.*
- Dentro esas urnas insanas
Cuán felices todos son:
No oyen ¡tin tan! ni ¡tin, ton!
Ni el doblar de las campanas,
Ni el doblar del corazón.*

KICAB EL GRANDE

La unión hace la fuerza.
Antigua sentencia...

*En tiempo de Kicab (Kicab el grande
De la Cronografía)*

*La autocracia en el Istmo se extendía
Alrededor del Ande,
Desde el Usumacinta a los azules
Grandes lagos de Oriente.
Su imperio era formado
Por multilingüe gente.*

*Pero el Rey se moría.
En su estera de tules
Se extinguía Kicab, cuando la sexta
Visita a sus dominios
Hacía, y reclinaba su alba testa
Sobre algodones blancos, como arminios.*

*Estaba en el alcázar-fortaleza
Del Ocelot (o el tigre). Circundábanle
Príncipes, hierofantas, capitanes,
Gente de la realeza,
Y su nahual, que era un quetzal crinado,
Verde, oro y escarlata,
De los Cuchumatanes.
El Hades, como al Rey, también lo mata (1).*

N de F G

- (1) La raza india era y es supersticiosa, como otros muchos pueblos, entre ellos algunos que figuran a par de los más cultos de la Europa. Superstición era la clasificación de los días en buenos, malos e indiferentes; superstición la práctica de sepultar un cadáver bajo los cimientos de toda nueva casa y superstición el nagualismo, (x) que subsistió por muchos años después de la conquista, sin que alcanzaran a desarraigarlo las exhortaciones de los doctrineros, ni la severidad con que procuraron reprimirlo los funcionarios españoles

Los antiguos cronistas creyeron encontrar en el nagualismo, como en otras muchas de las creencias supersticiosas de los indios, la intervención del diablo; explicación cómoda y fácil que daban a todo lo que no podían comprender en las ideas, ritos y tradiciones de aquellos pueblos

Dicen que el indio que tenía que elegir nahual, que traducen por compañero, o guardián se iba a un lugar escondido en un monte, junto a un río o algún cerro solitario y que invocando con lágrimas a los objetos que lo rodeaban, pedía a los demonios le concediesen lo que sus padres habían poseído. Sacrificaba un perro o alguna ave y se dormía, impresionado por lo agreste de la localidad y por las ceremonias mismas que acababa de practicar. Entonces, agregan, veía en sueños alguno de los animales cuya forma solía tomar el enemigo de las almas, apareciéndose bajo la figura de león, tigre, coyote, lagarto, culebra o pájaro. El indio le pedía abundancia de los objetos que entre ellos constituían la riqueza, y el animal, acogiendo la súplica, le hablaba en estos términos "Tal día irás a cazar; el primer animal

Rígido, enfermo y seco,
 Cotonies con bálsamo lo ciñen,
 Bálsamo que le enviara de presente
 Su amigo, el soberano
 Del país Cuscatleco;
 Que es su aliado y su hermano.
 Purifica el ambiente
 Aroma de tabaco copantleco:

A comandar ejércitos su mano
 Fuerte, avezada; a conservar tesoros,
 Su silueta de cóndor y de anciano,
 Sagitario en la pugna
 Y andarín en la pampa,
 Resalta en el frondaje y policromas
 Flores de la chinampa.
 Le rodean bandadas de palomas,
 Redes de colibríes y de loros,
 En que hay dulces pinzones, oropéndola,
 Celidón, golondrina o rondinela,
 Y el de nombres sonoros
 Ruiseñor, aedón o filomena,
 O "zenzontle", o lucinia,
 O rosiñol, o naitingal canoros

Dábanle allí conciertos
 Tañedores de flautas y de acordes
 Syringas y maderos,

que vieres seré yo, y me tendrás como compañero y nagual en todo tiempo". Con esto, dicen aquellos crédulos escritores, se establecía de tal modo la amistad y la unión entre el indio y su nagual, que cuando moría éste, dejaba de existir aquél. Tanta fé abrigan en eso del nagualismo, que creían que el que no tenía nagual, no podía ser rico (xx)

- (x) Mr de Charencey (*Le Mythe de Votan*), da la siguiente explicación del "Nagualismo" "Es, dice, una forma de Zoolatría muy usada en ciertas poblaciones del nuevo mundo; una especie de consagración, del hombre al "Nagual", o la divinidad, encarnada, por decirlo así, bajo la apariencia de un animal". Según Brasseur de Bourbourg, el nagualismo tuvo origen en una antigua ley tolteca que prevenía se sacase el horóscopo de los niños recién nacidos; extrayéndoles algunas gotas de sangre para ofrecerlas a la divinidad en el acto de la primera ablución. Andando el tiempo y conquistado el país por los españoles, vino a convertirse en una especie de secta secreta política religiosa, cuyo objeto era nada menos que la abolición del cristianismo y del gobierno español, restableciendo el antiguo culto pagano y la autoridad nacional derrocada por los extranjeros. Se carece de detalles precisos acerca de esa tentativa; pero se sabe que el centro principal de la conspiración estaba en el pueblo de Zamayac, del departamento de Suchitepéquez, en la República de Guatemala. Allí recibía el pontífice de la secta, que tenía bajo sus órdenes cerca de mil ministros subalternos. En Chiapas, donde estaba muy extendido el nagualismo ocasionó serios conflictos entre los indios sublevados y las autoridades españolas, corriendo a torrentes la sangre de unos y otros, especialmente en una grande insurrección que estalló en el año 1550, como lo diremos oportunamente (xxx) Milla, *Hist. de la A. C.*

(xx) HERRERA, *Historia de las Indias Occidentales*

(xxx) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Historie des nations civilisées*

*Violas y violoncelos monocordes
Y címbalos guerreros.*

*Un gran Synodo asiste al soberano
Y opta por ver al rey la hora postrera.
Admitido ante el Rey, en la explanada
Peroró el más anciano,
Que conduce a cien pueblos como greyes,
El Ahaus-Apop, Señor de Cuha,
(Esto es, Casa Guardada),
Jefe de una gran casa, Rey de Reyes,
Que dice el Popol-Vuh:*

—¡Apop! ¡Atavo!

*Del gran Votán, Quetzalcohuatl y Zamnaa!
Escucha a Comizáh, tu último esclavo!
El gran Synodo espera
Que escucharéis su voz la hora postrera.
Tus legiones de bravos
Conquistaron a Chuva,
Xelahú, Xacabá, Chuvi-Megená,
Y llevó a sus señores como esclavos;
Venciste a Zaculeu,
A los Mams y a los nobles Kachiqueles,
Y tus duras saetas
Traspasaron los miembros maniatados
De fieros enemigos,
Al tronco de los árboles atados;
Por quien los bosques viéronse poblados;
De tu valor y tu poder testigos!
Las murallas famosas
De la fuerte Utatlán son obra tuya;
Las minas ahondaste
Y colinas rocosas,*

*Los montes de sus pinos despojaste.
Los cauces de la roca viva suya.
Poblaste de vigías las fronteras;
Formaste tus rebaños de leones,
Y las selvas poblaste y espesuras,
Y cosa tuya fue sembrar las eras
De maíz; y en mil sabias posiciones
Coronar las alturas*

*De fortificaciones
Puesto que el hado ingrato
Hoy del Hades te llama al centro frío,
Que tu última palabra con su aliento
Conjure ese hado impío:
Ella será para el Quiché lloroso
Credo, oráculo y voto y testamento.*

*¿Cómo conservaremos el legado,
Y en haz el sacro imperio
De tanta monarquía y principado,
Ducado, marquesado, landgravato,
En la marca, en el monte y en el río;
Condado, burgravato y margravato,
Barronía feudal o señoría?
Porque todos, con todo,
Gimen, lloran y dicen con misterio,
Que sólo tú que hiciste el gran imperio
Sabes cómo guardarlo y de qué modo.*

*Mas crece la ambición con la grandeza;
Tal es ¡oh Rey! la sombra o el anverso
De la humana flaqueza.
Sólo al gran Gucumatz le es concedido
No ambicionar ya cosa, y le contenta,
Pues tiene el Universo,
Lo que será, lo que es y lo que ha sido
Hoy el jefe de cada fortaleza,
No quiere mano ser, sino cabeza.
La plebe que en la guerra se ha ilustrado
Aspira a ser nobleza
Iximché, la ciudad que era un aliado
Ya es capital y reino independiente;
Quiere ser jefe el capitán valiente.
Capitán el soldado.
Todos tiemblan, con todo,
Gimen, lloran y dicen con misterio
Que sólo tú que hiciste el grande imperio
Sabes cómo guardarlo y de qué modo.
Calló; y con la ironía que revela
Lo que tiene de maya el soberano,
Dijo (y tendió la poderosa mano):*

—*Ahaus, trae esa stella.*
Del alcázar de bloques
Ciclópeos, que en un monte se endereza,
En la áspera pendiente de granito
Que hace frente a la ruda fortaleza,
Mírase un monolito.
Para que conmemore la visita
Del anciano Kicab al Ocelote,
Un escuadrón de artistas que ejercita
Un maestro famoso y avezado,
A la vez escultor y sacerdote,
Se afanó largos días por hacerlo.
La obra se ha terminado.
Mas lo que manda el Rey les ha asombrado.
No es posible moverlo.
Días ha que él estudia el modo y forma
Con la grúa, palanca y cabrestante,
De subirlo a la ruda plataforma.
Consagra el monolito al Rey glorioso.
Es él un monumento tan grandioso
Como la roca Petayab, —cortada,
Dice el pueblo— de un tajo de su espada,
Frente al mar tempestuoso.
O como la que ostenta
La ciudad de Colché, que fue otro ensayo.
De los filos de su hacha que es el rayo.
Tres veces el grande Helios,
Quezalcoatl, circunvaló la esfera,
Y otras tantas había
Faena vocinglera
Recomenzado en torno
Del bloque de granito. Todo en vano,
El primero, el segundo y tercer día.
Atónito del Rey en la presencia,
El Ahans-Apop, señor de Cuha,
Contemplaba al anciano,
Y achacó sus palabras a demencia.
¡Hacer lo que los cables y la grúa
No podrían, y el recio cabrestante!
El silencio reinó por un instante.
De nuevo con la sorna que revela
Lo que tiene de maya el soberano,

Dijo (y tendió la poderosa mano):

—Ahaus, trae la stella.

*Obedeció el magnate, silencioso,
Grave, maquinalmente,*

*Más que todo, por hábito, indolente,
Cual si fuese imposible*

Resistió a la voz irresistible

Del anciano glorioso.

Quiso alzar el granito, mas en vano,

El Ahaus; dejole el tiempo ingrato,

El dorso sin acción, yerta la mano.

De Kicab al mandato

Los grandes del imperio descendieron

Lentos, graves, solemnes, uno a uno,

Hieráticos; ninguno

Rehusó. Mas la piedra no movieron.

—¡Bueno! Kicab exclama.

¿No conocéis vosotros

El juego que se llama

Del “cuerpo muerto”, entre otros

Que se juega en la arena

Del juego de Pelota?

—Vucub— Caquix! amigo!

Ordenó a un corpulento

Sagitario, su guarda,

Haga el suelo de cama,

Tiéndete tú en el duro pavimento;

Ora los cuatro grandes del Imperio

Dos de un lado, dos de otro,

Con la punta del dedo que se llama

El índice, veréis cómo se mueve.

Alzad al flechero: ora

Andando con él! Leve

Fue llevado el gigante

Como una pluma. Ahora,

señores del Consejo y la realeza,

Con la punta del índice

Levantaréis en peso el monolito;

Que he de verlo de pie en la fortaleza,

Símbolo en su grandeza de granito

De mi fama, mi nombre y mi grandeza

Un golpe de señores,

*Al uno y otro lado
 Rodearon con presura el obelisco,
 Y el bloque fue llevado,
 Por las pendientes y de risco en risco.
 Fue entonces que la cabria y cabrestante,
 Tirando de un extremo,
 Sobre su base descansó el gigante;
 Y corte y pueblo lo admiró asombrado;
 Luego del rey buscaron el semblante;
 Fue un instante supremo.
 El había expirado.*

ESTANCIAS

*Yo visité las viejas ruinas de Guatemala,
 Y al aspirar el hálito que su recinto exhala
 Y hollar el polvo histórico que holló el conquistador,
 Como el que se aproxima con paso temerario
 A sondear los secretos de un trágico santuario,
 Sentía el temblor vago de un misterioso horror.*

*Ah! cuando allí me hallaba, conjurando los manes,
 Como se alzan brumosos sus terribles volcanes,
 A cuyo pico, rasga la nube, el huracán,
 La Leyenda abultaba su nocturna silueta;
 Y cortaban los tiempos, al paso del poeta,
 Las sombras de Alvarado y de Valum-Votam.*

*¿No oís, allá en la selva crujir las hojas secas,
 O cual si roe el topo su secular raíz?
 Pues son los cautelosos ejércitos toltecas;
 Y ese ruido es de flechas; de calladas y secas
 Pisadas; de las hordas el tácito desliz.*

*Allí las tribus muertas con carcaxes de pieles;
 Aullando en son de guerra los bravos cachikeles.
 Agitando su hacha de piedra el zutugil;
 Y al silbar de sus hondas, hollando los maizales,
 Los quichés invasores arrollan torrenciales
 Mames y pocomanes, zutugiles, tzendales . . .*

*Allí el gran Quezalcoalt y su pueblo pipil.
Allí el cacique, triste, con su tiara de pluma,
Vestido con las pieles del jaguar y del puma
Y el manto de cambiantes de plumas de quetzal;
O al son de la meliflua marimba, y del sonoro
Tepenahuaxte: al himno que alza la tribu en coro,
El ojo oblicuo y dulce, sobre el palanquín de oro,
Y en hombros del austero gremio sacerdotal.*

*Y tú, ídolo moroso, que la fatal Natura
Venciste, los altares de la alimaña impura
Asaltando: crisálida de la humana figura,
Noble y sagrada larva del artístico ideal;
Oh Dios, a cuyas aras nuestros padres oraron,
Piedra que con sus lágrimas nuestras madres mojaron,
Y a cuyo altar postradas, creyeron y esperaron,
Entreviendo en tu símbolo nuestro Dios eternal.*

*De pie, conquistadores! Vuestro soberbio talle
Proyecta aún su sombra sobre el florido valle
Que huella el ancho casco del férreo palafrén;
La lanza al fondo lívido del cielo se divide,
En la indómita sangre de los indios, rojiza,
Y al fulgor de las llamas que a lo lejos se ven:
Es la luz del incendio, la gigantesca pira,
Las vastas hecatombes de una raza que expira,
El choque de dos mundos y el abrazo de ira
Con que el Dogma estrangula nuestro indígena Pan;*

*Pasad, adelantados, obispos, caballeros,
Brujos e inquisidores, frailes y encomenderos,
Víctimas y verdugos, esclavos y negreros,
Pasad, al rojo incendio de la antigua Utlán...*

*Ya el Dios del Fuego en su honda concavidad lo ha oído...
¿No oís temblar el valle cuando el largo bramido
Conturba de Almolonga la campiña feliz?
Ya escoge el vengativo Numen, ofrenda pura,
Y ese, ay! gemido ahogado, lo da la sin ventura,
La soterrada víctima, legendaria Beatriz.*

Mas, ved: dos nimbos de oro, en las etéreas gasas

*Fulguían: uno alumbraba tu cabeza, oh! Las Casas;
A tus pies se arrodillan benedictos masas
Del Este y del Oeste y del Norte y del Sur,
El otro, en las sagradas sienas, radiante brilla,
Como lo vio la gente, doblada la rodilla,
Cuando oía de noche, sonar la campanilla
Buscando a los expósitos, que el manto sin mancilla
Abrigaba, —del Santo Padre de Betancour.*

*¡Oíd! Las callejuelas se iluminan con fuegos
De arcabuz; se entrechocan los sables solariegos
Que esgrimen los dos bandos, Dardones, Mazariegos,
Montescos, —Capuletos coloniales, también.
O bien hierven los claustros en piadosa algarada
Que asusta a la nobleza, que conturba a la indiada:
Es que hirió una tonsura con impía bofetada
Y violó una clausura la mano excomulgada
Del gobernador mágico y herbolario, Mayén.*

*La colonia! Legado terrífico y sublime:
La puerta de la Historia sobre sus goznes gime
Cuando se abre al viajero la ermita secular;
La mano que en sus losas grabó el rótulo antiguo,
Bajo el dintel barroco y en carácter ambiguo,
Sobre el punzón indocto se mira palpar.
La cima de sus hombros, que a los cielos se lanza,
Hizo del pueblo, al cielo, propender la esperanza:
Del rumbo de su flecha volaba la fe en pos:
Sus naves silenciosas cargadas de oraciones
Han llevado a su bordo doce generaciones,
Por el mar de los tiempos hacia el puerto de Dios.*

*Sus campanas sonando de dolor o de gloria,
Marcaron los azares de nuestra vieja Historia;
Era su piedra el símbolo de la Fe y la Verdad;
Sus criptas, como lastre, en los sepulcros húeros,
Del macerado monje llevan polvos severos,
Príncipes de la Iglesia y olvidados guerreros,
Y en su ambiente de olvido sopla la Eternidad.*

*Después... en los palacios que alzó el poder de España,
Bajo los viejos arcos resuena en grito extraña*

*La Colonia que aclama la santa Libertad;
Y el pueblo aplaude altivo, con sublime iracundia,
Las preces de Delgado, la arenga de Barrundia,
Que pasan sobre el Istmo como una tempestad.*

*Escuchad. Se oye un paso que descende de Honduras:
La tiranía ha abierto sus prisiones oscuras;
Tus calles, ciudad, guardan la huella del titán:
El épico fantasma de Pedro de Alvarado,
Inclinóse ante el trágico ciudadano-soldado,
El genio, el héroe, el mártir Francisco Morazán.*

*Y sobre aquellas ruinas vi descender la Idea;
Como lluvia que apaga la sanguinaria tea,
Caía en el incendio del antiguo rencor;
Como un ángel, traía la palma de la Gloria:
Y mostrándome, entonces, las hojas de la Historia,
Vi alzarse a Guatemala y alzarse El Salvador.
Y sobre ellos pesaba tu suerte, Centro América!
Aquí contra los déspotas la protesta colérica;
Allá la Ciencia, el beso de la Fraternidad;
Aquí el Himno Guerrero y el Canto del Progreso;
Allá la Historia, el Templo, de la Colonia el peso;
Allá la Poesía, y aquí la libertad.*

*Arte, Ciencia, Armonía! fundid sus corazones;
Ved que es caudal de lágrimas ¡oh pueblos campeones!
El Paz, que vio sus aguas, tanto, en sangre, teñir
Eteocles y Polínice, nueva raza de atridas,
El Porvenir os dice, naciones fratricidas,
“—Vosotros sois hermanos y no debéis reñir”.*

*Vosotros, los hermanos mayores sobre el Istmo;
Harto os habéis lavado con sangriento bautismo;
Volved la vista al cielo del tranquilo ideal!
Abrazadles bõrrando sus hazañas mezquinas,
Para que en paz levanten tu grande hogar en ruinas,
Centro América, Madre, Santa Patria Inmortal.*

BIBLIOGRAFIA GENERAL PARA EL ESTUDIO DE LA OBRA DE FRANCISCO GAVIDIA *

- 1882 Dios de Invierno. La Juventud. Año VI, tomo 4. 1882: 27-28.
- 1882 *En la Tumba de Pablo Buitrago*. La Juventud, año 6, tomo 4. Agosto 1882: 107-108.
- 1882 Hildebrando. A Joaquín Aragón. La Juventud. Año 6, tomo 4. Octubre 1882: 198.
- 1882 A María. La Juventud, año 6 tomo 4. Noviembre 1882: 288.
- 1882 La Juventud, año 6, tomo 4. Diciembre 1882: 360-362.
- 1883 Discurso Pronunciado por Francisco Gavidia en contestación al de Rubén Darío en el acto de la recepción a éste como miembro de la Academia "La Juventud". La Juventud, año 7, tomo 5. Febrero 1883: 19; año 7, tomo 5. Febrero: 44-59.
- 1883 ¡Clemencia! La Juventud, año 7 tomo 5. Marzo (s.r.): 81-83.
- 1883 Mi Deseo. La Juventud. Año 7, tomo 5. Abril (s.a.): 142.
- 1883 Deuda Antigua. La Juventud, año 7, tomo 5. Abril (s.a.): 145-155.
- 1883 La Métrica. La Juventud. Año 7, tomo 5, Julio 1883: 207-213.
- 1883 Coautor: Los Misterios de un Hogar. La Juventud, año 7, tomo 5. Julio 1883: 221.
- 1883 ¡Caridad! La Caridad, año I, N^o 2, Nov. 1883: 2-3.
- 1884 Composición recitada por Francisco Gavidia en el Teatro Nacional. La Caridad, año I N^o 7, 1884: N^o 7.

* Esta Bibliografía General ha sido elaborada por el Sr Víctor Marroquín, de la Biblioteca Nacional de San Salvador. Al publicarla hemos hecho algunos cambios y agregado otras referencias.

- 1884 Elizabeth. La caridad Año I N^o 8, Febrero 1884: 4
- 1888 A Harmodio. Repertorio Salvadoreño, tomo I N^o 1. Agosto 1888
- 1888 Ana Dolores Arias y Rafael Cabrera. Repertorio Salvadoreño, tomo I, N^o 1. Agosto de 1888.
- 1888 De la Influencia de la Literatura en las Carreras Profesionales, Repertorio Salvadoreño, tomo I N^o 2, Septiembre de 1888.
- 1888 El Combate Secular. Repertorio Salvadoreño, tomo I N^o 2. Septiembre de 1888.
- 1888 El Brahman. Repertorio Salvadoreño, tomo I N^o 5. Diciembre 1888.
- 1888 Investigación para fundar una Asociación Científico-Literaria. La Universidad, serie N^o 1. Mayo 1888: 20-21.
- 1888 Don Manuel José Aice La nueva enseñanza, 2 serie, N^o 8. Agosto 1888: 19-20, serie N^o 9, Agosto 1888: 18-20.
- 1888 Don Mariano Prado La nueva enseñanza, 2 serie, N^o 10, Septiembre 1888: 29-32.
- 1888 Miguel Alvarez Castro La nueva enseñanza, 2 serie, N^o 11, Septiembre 1888:22, serie N^o 12, Octubre 1888: 26-29
- 1889 En el Album de Natalia Goriz, Repertorio Salvadoreño, tomo 2 No 2. Febrero 1889.
- 1889 Alba. Repertorio Salvadoreño, tomo 2 N^o 2 Febrero 1889: 109-110.
- 1889 Oseas. Repertorio Salvadoreño, tomo 2 N^o 2. Febrero 1889: 110
- 1889 El Brazo al Aire. Repertorio Salvadoreño, tomo 2 N^o 2. Febrero 1889-III.
- 1889 Juan Montalvo. Repertorio Salvadoreño, tomo 2 N^o 1. Enero 1889-17-29. tomo 2 N^o 3. Mayo 1889: 195-202.
- 1889 Estudios Sobre los Opúsculos y Periódicos de Montalvo. Repertorio Salvadoreño, tomo 2 N^o 4 Abril 1889: 249-260.
- 1889 Don José María Cáceres Repertorio Salvadoreño, tomo 2 N^o 5. Mayo 1889: 314-317.
- 1889 Rubén Darío. Repertorio Salvadoreño, tomo 3 N^o 1. Julio 1889: I-II.

- 1889 Rapsodium. Repertorio Salvadoreño, tomo 3 N° 1. Julio 1889-35 (incompleto faltan páginas anteriores al 35).
- 1889 Walt Whitman. Repertorio Salvadoreño, tomo 3 N° 2. Agosto 1889: 114-121.
- 1889 A Centio América. Repertorio Salvadoreño, tomo 3. Septiembre 1889: 196-201.
- 1889 Júpiter. Drama en cinco actos y en prosa. Repertorio Salvadoreño, tomo 3 N° 4. Octubre 1889: 259-303.
- 1889 Ropa Vieja. Repertorio Salvadoreño, tomo 3 N° 5. Noviembre 1889: 349-357.
- 1889 Coautores: Los Misterios de un Hogar. La Juventud Salvadoreña, tomo 1 N° 3. Agosto 1889: 18.
- 1889 Uisino. La Juventud Salvadoreña, tomo 1, N° 3. Agosto 1889: 18-19.
- 1890 Estudios Sobre la Idea de Dios. Repertorio Salvadoreño, tomo 4, N° 2. Febrero 1890: 65-72; y Abril 1890: 193-200.
- 1891 Cantos Amorosos. Novela, primera parte. Repertorio Salvadoreño. Enero 1891: pág. 68.
- 1891 Prólogo al Libro de Poesías "Páginas Rimadas" de Carlos A. Imendia. La Juventud Salvadoreña, tomo 3, N° 4. Enero 1891: 69-71.
- 1891 Safo (de Cornelius Price) La Juventud Salvadoreña, tomo 3, N° 8. Agosto 1891: 213.
- 1891 La Neurosis. La Juventud Salvadoreña, tomo 3 N° 8, agosto 1891: 243.
- 1894 El Arte como Elemento de la Educación. La Juventud Salvadoreña, tomo 5, N° 6, marzo 1894: 178-180.
- 1894 A la señorita María Cáceres B. en su Album. La Juventud Salvadoreña, tomo 5 Nos. 11-12. Noviembre-Diciembre 1894: 371-372.
- 1895 La Religión del Trabajo. La Universidad serie 6, N° 2. Octubre 1895: 62-64.
- 1896 Júpiter. La Universidad, serie 6, N° 4. Enero 1896: 216.
- 1896 Don Mariano Prado. La Universidad, serie 7, N° 1, Octubre 1896: 15-19.

- 1896 Don Manuel José Arce. *La Universidad*, serie 7, N° 1, Octubre 1896: 15-19.
- 1897 Don Manuel José Arce. *La Universidad*, tomo 7, N° 1, 1897: 15 (la biblioteca no pone este número, solamente el índice del tomo 1897).
- 1897 Miguel Álvarez Castro. *La Universidad*, serie 7, N° 6, Mayo 1897: 174-179.
- 1897 Nuestro Trabajo Intelectual. *La Universidad*, serie 7, N° 11. Septiembre 1897: 374-377.
- 1903 La Filosofía de Hegel. *Centro América Intelectual*, año I, N° 1, Marzo de 1903: (34)-(36).
- 1903 José Matías Delgado. Discurso que por comisión de la municipalidad de San Salvador pronunció en la "Avenida Independencia" el Sr. don Francisco Gavidia, el 25 de diciembre de 1902, al ser inaugurado el busto del prócer salvadoreño José Matías Delgado. *Centro América Intelectual*, año I, N° 2. Abril 1903: (2)-(8).
- 1903 Revista Literaria Universal. *Centro América Intelectual*, año I, N° 2. Abril 1903: 31-38; año I, N° 3, mayo 1903: (33-45).
- 1903 El Arbol Lleno de Pájaros. *Centro América Intelectual*; año I N° 3 Mayo 1903: II.
- 1903 Bibliografía: *Centro América Intelectual*, año I N° 4. Agosto 1903: 37-38.
- 1903 La Proposición; Los Métodos Para la Enseñanza del Lenguaje que se Derivan de la Filosofía Latinoamericana. Extracto de una Conferencia dada en el Instituto Nacional. *Centro América Intelectual*, año I N° 5 Septiembre 1903 (21-26).
- 1903 Núñez de Arce. *La Quincena*. Año 1, tomo 1, N° 8. Julio 1903: (257-258).
- 1903 La Filosofía de don Ramón Campoamor; Un Error de los Sistemas que Exigen la Ontología en Primer Antecedente del Conocimiento. *La Quincena*, tomo 1 N° 8. Julio 1903: 189.
- 1903 El Castellano y las Revoluciones Literarias Francesas. *La Quincena*, tomo 1, N° 9 Agosto 1903: 294-296
- 1903 El Porvenir de América Latina. *La Quincena*, año 1 tomo 1, N° 10. Agosto 1903: (329-333).

- 1903 Estudio sobre la Obra Literaria del Presbítero Dr. Juan Bertis Leído por su autor en el acto público en honor del Padre Bertis; celebróse en la Universidad Nacional el día 10 de agosto de 1899. La Quincena, tomo 1 N° 11. Septiembre 1903: 377-379.
- 1903 El Quince de Septiembre. La Quincena, año 1 tomo 1 N° 12 Septiembre 1903: 397-399.
- 1903 Importancia del Asunto del "Quijote". La Quincena, tomo 1, N° 12. Septiembre 1903: 412.
- 1903 Indicaciones para un Proyecto del Palacio Nacional. La Quincena. Año 1, tomo 2 N° 13. Octubre 1903: 1-3
- 1903 Extractos de Rodembach. La Quincena, tomo 2 N° 1. Octubre 1903: 51-52.
- 1903 El Pintor de la Ciencia Extracto de la Elite de G. Rodembach. La Quincena Año 1, tomo 2 N° 15. Noviembre 1903: 77-78.
- 1903 Ritmos y Colores A Vicente Acosta. La Quincena, año 1, tomo 2, N° 17. Diciembre de 1903: 142-144.
- 1903 El Hombre y el Mundo. La Quincena, año 1, tomo 2, N° 17. Diciembre 1903: 142-143.
- 1903 Al Monumento de Moizán (En la Guerra de Barrios, 1885). La Quincena, tomo 1, N° 1. Abril 1903: 20
- 1903 En la Muerte del General Estanislao Pérez. La Quincena, tomo 1, N° 2. Abril 1903: 60
- 1903 Leyendo La Divina Comedia. La Quincena, tomo 1, N° 3. Mayo 1903: 74
- 1903 El Aguila. La Quincena, tomo 1, N° 4, mayo 1903: 3.
- 1903 La Palabra "Ingenioso" Del título del Quijote. La Quincena, año 1 tomo 1, N° 5. Junio 1903: 147-149. Este trabajo aparece firmado por Ortez, seudónimo de Francisco Gavidia.
- 1903 El Renacimiento Latino La Quincena, año 1, tomo 1, N° 6 Junio 1903: 177-178.
- 1903 Ensayo de una Filosofía Latinoamericana, el Ascenso a lo Desconocido. La Quincena, año 1, tomo 1 N° 7. Julio 1903: 223-227.
- 1903 Cervantes y Molière. La Quincena, año 1, tomo 2 N° 17. Diciembre de 1903: 143.

- 1903 El Bien y el Mal. La Quincena, año 1, tomo 2, N^o 17. Diciembre 1903: 143.
- 1903 En un Templo Antiguo La Quincena, año 1, tomo 2 N^o 17. Diciembre 1903: 144
- 1903 Sobre mi Verso. La Quincena, año 1, tomo 2, N^o 17. Diciembre 1903: 144.
- 1903 La Enseñanza Secundaria en Cuba; el discurso del doctor PLÁ. La Quincena, año 1, tomo 2 N^o 18. Diciembre 1903: 193-194.
- 1904 Historia de la Introducción del Verso Alejandrino Francés en el Castellano La Quincena. año 1, tomo 2, N^o 19. Enero 1904: 209-213.
- 1904 El Estudio del Castellano La Quincena, año 1, tomo 2 N^o 20. Enero 1904: 264-266.
- 1904 Estudio sobre el Símbolo. La Quincena, año 1, tomo 2 N^o 21. Febrero 1904: 312-313
- 1904 Estancias. La Quincena Año 2, tomo 3 N^o 36 Septiembre 1904: 400-402.
- 1904 La Investigación de lo Bueno "Gente Nueva", año 1 N^o 1. Agosto 1904: (2-5)
- 1904 Ensayo de una Filosofía, Fragmento. Gente Nueva, año 1, N^o 4. Nov. 1904: (81-83).
- 1904 El Idilio de la Selva. En Versos 1884 La Quincena, año 1, tomo 2 N^o 19 Enero 1904: 212
- 1905 Fragmento. Escritos en 1888 Gente Nueva, año II, N^o 8. Mayo 1905: 156-157.
- 1905 Argumento del Quijote. Fragmento. En Estudios Sobre el Quijote. Gente Nueva, año I N^o 10. Marzo 1905: 199-200.
- 1905 Salmo de David (CXLVIII) Traducción de los Setenta. La Quincena, año 2, tomo 4, N^o 45, Febrero 1905: 284-285.
- 1905 Páginas de Albums (sic) La Quincena, año 2, tomo 4, N^o 47. Marzo de 1905: 333
- 1905 Galería de Próceres de la Independencia. Don Manuel J. Aice. La Quincena, año 2, tomo 5, N^o 49 Abril 1905: 22-25.

- 1906 En el Primer Centenario de Juárez. La Quincena, año 4, tomo 7, N^o 73; abril 1906: 2.
- 1906 La Ofianda del Braman La Quincena, año 3, tomo 6, N^o 67. Enero 1906: 221.
- 1906 Estudio de Estética Popular, la Opera Castellana. La Quincena, año 3, tomo 4, N^o 69 Febrero 1906: 275-278.
- 1906 Metafísica Experimental; por donde debe empezar el test de la gramática, según la escuela psicológica. La Quincena, año 3, tomo 6, N^o 70. Febrero 1906.
- 1906 Para el álbum de Julio Flores La Quincena, año 4, tomo 7, N^o 79: 212.
- 1907 Memorias de los Hermanos Delgado. Diario del Salvador, Julio 27, 1907: 4.
- 1907 Comentarios. Diario del Salvador Agosto 1, 1907: 4.
- 1907 La Palabra "Poeta". Diario del Salvador. Octubre 19, 1907: 4.
- 1907 Versos en Idioma "Salvador". Diario del Salvador. Octubre 25, 1907: 4.
- 1907 A Marconi. Diario del Salvador. Octubre 25, 1907: 4.
- 1907 Al Aficionado de la Haya. Diario del Salvador, Octubre 25, 1907: 4.
- 1907 En el álbum de... Diario del Salvador. Octubre 25, 1907: 4.
- 1907 A un "Snob" del Valbuenismo. Diario del Salvador Nov 16, 1907: 4.
- 1909 Adaptación del hexámetro a la poesía castellana. Centro América intelectual, 2^a época, número 2. Diciembre 1909 (1) - 3.
- 1909 Sobre un medio de evitar los terremotos. Centro América Intelectual, 2^a época, número 3, febrero 1909: 9-11.
- 1909 Los Altos Estudios Conferencia leída en el Paraninfo de la Universidad Nacional en la inauguración de los trabajos de la Sociedad de Derecho en el presente año de 1909. Centro América Intelectual, 2^a época, N^o 4. Marzo 1909: (III-XV I).
- 1909 Los Nuevos Versos Centro América Intelectual, 2^a época, Nos.
- 1911 Estudio sobre el Presbítero Doctor José Matías Delgado. Próceres, volumen 1 N^o 1, 1911: (3-10).

- 1911 El Castigo del Dios Pluto. *La Universidad*, serie 8, N^o 5. Mayo 1911: 240-243.
- 1911 El Padre Delgado. *La Universidad*, serie 8, N^o 9 Noviembre 1911: 403-413
- 1911 El Padre Delgado, Boceto Biográfico *Diario del Salvador* Nov. 5, 1911: 5.
- 1912 Mil Ochocientos Catorce Pióceres, tomo 3, Nos. 7-8, 1912: 205-242.
- 1912 El Dibujo de las Aites. *La Universidad*, serie 8 N^o 12 Febrero 1912: 579-599
- 1912 Idealismo-Realismo *La Universidad*, serie 9, N^o 5, Julio 1912: 204-207.
- 1914 El Dios Antiguo de Cuzcatlán. En memoria de la Universidad Nacional del año lectivo de 1913. *La Universidad*, serie 10, N^o 4. Enero 1914: 141.
- 1914 Lucía Lasso o los Pinatas *Diario del Salvador*, Mayo 24, 31, 1914: 3 ilustraciones
- 1915 El dios antiguo de Cuzcatlán. *Revista de la Enseñanza*, Año 1, tomo uno N^o dos abril 1905 103-119.
7-9. Junio-Agosto 1909: (23-50).
- 1915 Sutchi-Quezali-Gavidia Año I N^o 2. Septiembre 1915: 3-9.
- 1915 15 de Septiembre Gavidia, año I, vol. I N^o 3. Octubre 1915: 53-56.
- 1916 Centenario Cervantino. La Palabra "Ingeniosa" del título del Quijote. Gavidia, año I, vol. I N^o 4, junio 1916: (74-77)
- 1916 Discurso de apertura de las clases de la Universidad Nacional por Francisco Gavidia. *La Universidad*, serie 10, número 11. Enero-Marzo 1916: 8-16.
- 1916 Capítulo de Historia Moderna de El Salvador. *La Universidad*, serie 1, número 12 Abril-Junio 1916: 224-235
- 1916 Oración Fúnebre pronunciada por Francisco Gavidia. *La Universidad*, serie 10, número 13, Julio-Diciembre, 1916: 470-471.
- 1916 A Rubén Darío. *Diario del Salvador* Febrero 13, 1916: 1.
- 1917 El Consejo Directivo de la Universidad Nacional encomendó

- a don Francisco Gavidia la biografía de don Juan Lindo. En memoria leída por el Secretario de la Universidad Nacional Dr. don Salvador Rivas Vides, en la solemne apertura de clases el día 16 de enero de 1917. La Universidad, serie 11, N^o 2. Enero-Junio 1917: 545.
- 1917 Poema en Prosa La Universidad, serie 11, N^o 2. Enero-Junio 1917: 712-714.
- 1917 Curso sobre la Filosofía de la Historia en Memoria de la Universidad Nacional correspondiente al año lectivo de 1917. La Universidad, serie 14, número 1. Enero-Julio 1926: 7
- 1917 Con motivo del aniversario del 12 de octubre de 1492 la Universidad celebró sesión pública, pronunció el discurso de inauguración Francisco Gavidia La Universidad, Serie 14, número 1. Enero-Julio 1926: 6.
- 1920 Lenguaje Poético en el Período de la Colonia. Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Española de la Lengua. Año I, N^o I Cuaderno I Octubre 1920: 22-23
- 1920 Mayorga Rivas, Román. Don Juan J. Cañas, poeta militar, literato y diplomático. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Española de la Lengua, año I, tomo I, cuaderno I. Octubre de 1920: 47.
- 1920 La Torre de Marfil. Diario del Salvador. Diciembre 4, 1920: 2.
- 1920 Sóates "La Tierra de Peseas". Diario del Salvador, Diciembre 18, 31, 1920
- 1922 Próceres, tomo 5, N^o 1, Portada.
- 1924 La creación de Elementos Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Española, tomo I cuaderno 3, Mayo 1924: 161.
- 1924 El Inventor del Reflector. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Academia Española, tomo I, cuaderno 4. Agosto 1924: 224-227.
- 1924 Simpático homenaje a un artista nacional. Diario Latino, Enero 14, 1924: 1.
- 1925 Discurso de Respuesta de don Francisco Gavidia al de Recepción expresado por el ingeniero don José María Peralta Lagos,

- durante su incorporación como académico de número a la Academia Salvadoreña Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Española, tomo I, cuaderno 5. Abril 1925: 260-268.
- 1925 Los tres momentos de Colón y de Isabel la Católica (Poema leído en la inauguración de sus estatuas, el 12 de octubre de 1924). Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Academia Española, tomo I, cuaderno 5 Abril 1925: 293-296.
- 1925 Cómo era Aquella Aguila Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Academia Española, tomo I, cuaderno 6. Septiembre 1925: 335-337.
- 1925 Un Actor muy Honroso por el Industrial Señor Pedro F. Quieteño. Diario Latino, Enero 19, 1925: 1.
- 1925 Nemi. Diario Latino. Abril 8, 1925: 5.
- 1927 El instituto de la poesía. Diario Latino, Septiembre 10, 1927: 1-2
- 1928 Fragmentos del Poema "Sóoter". Diario Latino, Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 Isadora Duncan. Fragmento del poema "Sóoter". Diario Latino. Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 Sobre Nuñez de Aice. Fragmento del poema "Sóoter" Diario Latino, Febrero 11, 1928: 5
- 1928 El Arco de la Estrella. Fragmento del poema "Sóoter". Diario Latino. Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 Notre Dame (en emásilabos). Fragmento del poema "Sóoter". Diario Latino. Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 El Volcán (Fragmento del poema "Sóoter"). Diario Latino. Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 Por un Artista que Imita a Sara Bernhardt. Fragmento del poema "Sóoter". Diario Latino. Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 En una Estampa del Antiguo Teatro (fragmento del poema "Sóoter"). Diario Latino Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 La Danza de Carpeaux (Fragmento del poema "Sóoter"). Diario Latino. Febrero 11, 1928: 5.

- 1928 En una Estampa del Antiguo Teatro. (Fragmento del poema "sootei"). *Diario Latino*, Febrero 11, 1928: 5.
- 1928 La danza de Carpeaux (Fragmento del poema "sootei" *Diario Latino*, Febrero 11, 1928: 5
- 1928 Orfeo y Eurídice, en emasílabos. (Fragmento del poema "sootei". *Diario Latino*, Febrero 11, 1928: 5.
- 1930 Estudio sobre El Quijote. *La Universidad*, serie 15, número 3, Junio 1930: 141-208.
- 1930 Sextinos. *La Universidad*, serie 15 N° 3. Junio 1930: 206.
- 1930 Antiperistasis. *La Universidad* serie 15, número 3, junio 1930: 207.
- 1931 La fecha del grande altar de las Ruinas de Copán y los nombres de sus dioses. *La Universidad*, serie 16, número 1, Junio 1931: 9.
- 1931 Cuentos y narraciones. *La Universidad* serie 16 número 1. Junio 1931: 175-262.
- 1931 El Códice Maya. *La Universidad*, serie 16, número 1, junio 1931: 177-180.
- 1931 La tortura. *La Universidad*, serie 16, número 1, Junio 1931: 180-187.
- 1931 El Encomendado. *La Universidad*, N° 1. Junio 1931: 187-204.
- 1931 La Loba. *La Universidad*, serie 16, N° 1. Junio 1931: 204-210.
- 1931 Agar o la Venganza de la Esclava. *La Universidad*, serie 16, N° 1. Junio 1931: 210-215.
- 1931 Calístenes. *La Universidad*, serie 16, N° 1 Junio 1931: 215-220.
- 1931 Cuento del Siglo XVIII. *La Universidad*, serie 16, número 1. Junio 1931; 220-221.
- 1931 Prólogo para "La cascada" y "La Bella Infanta". *La Universidad*, serie 16, número 1. Julio 1931: 221-224.
- 1931 Nemi. *La Universidad*, serie 16, N° 1. Junio 1931: 228-233.
- 1931 El Pastor y el Rey. *La Universidad*, serie 16, N° 1. Junio 1931: 233-234.

- 1931 El Testamento de Kicab. La Universidad, serie 16, N° 1. Junio 1931: 235-236.
- 1931 Mistral y los Felibres. La Universidad, serie 16, N° 1. Junio 1931: 246-247.
- 1931 Copán, Segmento de América. La Universidad, serie 16, número 1. Junio 1931: 248-250.
- 1931 3 de Noviembre. La Universidad, serie 16 N° 1. Junio 1931: 251-257.
- 1931 Poema en Prosa. La Universidad, serie 16 N° 1. Junio 1931: 254-257.
- 1931 La Vuelta del Héroe. La Universidad, serie 16, N° 1. Junio 1931: 257-262.
- 1931 La danza de Carpeaux. Vivir. Revista diaria (Suplemento de Patria). Junio 6, 1931: 2.
- 1931 Música en verso. Vivir. Revista diaria (suplemento de Patria). Junio 6, 1931: 3.
- 1931 La Justa de la Raza. Boletín de la Biblioteca Nacional. II época, N° 2. Junio 1932: 36 ilustraciones.
- 1932 La Torre de Mañil, Alicia Quijano. La Universidad, serie 17, N° 1. Junio 1932: 171-266.
- 1932 Ramona - Primera parte del drama La Torre de Mañil. La Universidad, serie 17, N° 1. Junio 1931: 173-202.
- 1932 Síntesis Histórica, Política, Social de Centro América en el Período de Independencia. La Universidad, serie 18 N° 1. Junio 1933: 14-15.
- 1932 Agar o la Venganza de la Esclava. Boletín de la Biblioteca Nacional. 2ª Época, N° 1. Mayo 1932: 20-23.
- 1932 En un álbum. Boletín de la Biblioteca Nacional. 2ª Época N° 2, N° 1, Mayo 1932: 20.
- 1932 Cantares. Boletín de la Biblioteca Nacional. 2ª época, N° 2. Junio 1932: 16 ilustraciones.
- 1932 Esbozo. Boletín de la Biblioteca Nacional. Época N° 2. Junio de 1932: 17. Ilustraciones.

- 1932 La Cabellera de Edith. Boletín de la Biblioteca Nacional. 2ª época Nº 2. Junio 1932: 17 ilustrado.
- 1933 La palabra "Ingeniosa" del título del Quijote. Boletín de la Biblioteca Nacional, 2ª Época, Nº 7. Abril 1933: 17-19.
- 1934 El Idilio de la Selva. En Versos. 1884. Boletín de la Biblioteca Nacional, 2ª época. Nos. 12-13. Enero 1934: 31-32.
- 1934 Historia de la Introducción del Verso Alejandrino Francés en el Castellano. Boletín de la Biblioteca Nacional. 2ª Época, Nos. 12-13. Enero 1924: 28-32.
- 1934 La Ofrenda del Brahman, Poema Indostánico Diario Nuevo, Julio 25, 1934: 3.
- 1934 ¡Papalones! ¡Papalones! Diario Nuevo, Diciembre 22, 1934: 3.
- 1934 Biografía Universal, Herodoto. Diario Nuevo, Enero 10, 1934.
- 1934 Biografía Universal, Hipócrates. Diario Nuevo, Enero 13, 1934. 3-7.
- 1934 Biografía Universal Demóstenes. Diario Nuevo, Enero 16, 1934: 3.
- 1934 Biografía Universal. Aristóteles. Diario Nuevo, Enero 17. 1934: 3
- 1934 Merece el premio nóbel de la paz el canciller salvadoreño Manuel Enrique Araujo, opina el maestro Gavidia. Patria, Diciembre 10, 1934: 1-4.
- 1935 Estancias. Diario Nuevo. Abril 1, 1935: 3-6.
- 1935 Nocturno. Diario Nuevo. Abril 1, 1935: 3.
- 1935 La Ofrenda del Brahman. Poema Indostánico. Diario Nuevo, Abril 1, 1935: 3.
- 1935 El Culto del Sueño. Diario Nuevo. Abril 1935: 3.
- 1935 Próceres de la Independencia, José Matías Delgado, Padre de la Patria. Diario Nuevo. Septiembre 14, 1935 3.
- 1935 Presentación de Delia Imery. Diario Latino, Mayo 30, 1935: 10
- 1936 La Batalla de Gualcho. Diario Nuevo, Octubre 3, 1936: 3.
- 1936 Prólogo de Toponimia Arcaica del Salvador. Diario Nuevo, Diciembre 17, 1936: 3.

- 1936 A Centio América. Diario Nuevo. Junio 6, 1936: 14.
- 1936 Sencio Diario Nuevo, Junio 6, 1936: 14.
- 1937 Del Estudio Sobre el Presbítero Dⁿ. José Matías Delgado. Diario Nuevo. Junio 5, 1936. 3-7.
- 1937 Patria, Mayo 1, 1937: 5 ilustr.
- 1937 La Ofrenda del Brahman. Diario Latino, Mayo 20, 1937: 5 ilustr.
- 1939 Texto de las palabras de gratitud expresadas por don Francisco Gavidia, al imponerle el Sr. Presidente de la República, don Jorge Meléndez, la medalla de oro, conferida por el Poder Ejecutivo, en la solemne sesión pública con que la Academia Salvadoreña honraba la memoria de los académicos: G^{ral}. Juan J. Cañas y de los D^{ns}. Santiago Ignacio Barberena y Salvador Gallegos. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, N^o Extraordinario Agosto 1940: 13.
- 1940 Estancias. Impresión de un Lejano Viaje de Gavidia a Tierras de Guatemala. En el Imparcial (Guatemala) s.f. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, N^o Extraordinario. Agosto, 1940: 41-45.
- 1940 Innovaciones métricas del modernismo, Francisco Gavidia refiere el origen del alejandrino francés en la poesía hispanoamericana, Lecturas Apasionadas de Juventud, curiosidad ilusionada Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario, agosto 1940: 50-56.
- 1940 El poeta Gavidia nos habló de su iniciación literaria. Fue discutido sin piedad por los críticos, su vida ha transcurrido placidamente entre sus estudios literarios. En la prensa (s.d.) Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario Agosto 1940: 59-61.
- 1940 Poemario de la coronación La Razón Pura (leído por el maestro en la apoteosis de su coronación). Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario. Agosto 1940: 85-110
- 1940 En la coronación del hijo predilecto de San Miguel; discurso

- del poeta Francisco Gavidia. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario. Agosto 1940: 111-114.
- 1940 De la Vida de los Próceres; ensayo de aviación. En la Nueva Tribuna (Ahuachapán) Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario. Agosto 1940: 123.
- 1940 Delia Imery. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario. Agosto 1940: 124.
- 1940 La Loba. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario, agosto 1940: 138-143
- 1940 Amor. En la Tribuna (Ahuachapán) (s d) Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario. Agosto 1940: 144.
- 1940 La Ofrenda del Brahman (poema indostánico) Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario. Agosto 1940: 146-148.
- 1940 Xochitl o la Princesa Flor. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario. Agosto 1940: 149-153.
- 1940 La Princesa Estrella. Boletín de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Academia Española de la Lengua, tomo I, número extraordinario Agosto 1940: 153-170
- 1945 Oda a Centroamérica. Diario Latino, Julio 28, 1945: 2.
- 1946 Presentación de Delia Imery y Teoría de la Recitación Diario Latino, Julio 27, 1946: 3.
- 1946 Elegía. Diario Latino, 2ª Sección, Agosto 17, 1946: 4.
- 1946 "Panegírico de San Salvador" (Conferencia) Diario Latino, Noviembre 5, 1945: 1 También publicado por la Academia Salvadoreña de la Historia en San Salvador y sus hombres
- 1949 Don Miguel Angel García y el Tomo X de su diccionario histórico enciclopédico de la República de El Salvador, Diario Latino, Febrero 12, 1949: 3

- 1951 A Centro América Diario Latino, Septiembre 15, 1951: 3-9.
- 1958 Estudio Sobre el Quijote La Universidad, Marzo 1958: 5-46. Ilustrado.
- 1960 Bécquer. En Versos. 1884. Boletín de la Academia Salvadoreña de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, época N^o 2, abril/Junio. 1960 (69)
- 1960 Guilford. En Versos 1884. Boletín de la Academia Salvadoreña de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, 2^a época, número 2 Abril/Junio 1960: 70-79
- 1960 La Defensa de Pan. En Versos. 1884. Boletín de la Academia Salvadoreña de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, 2^a época, número 2 Abril/Junio 1960: 79-83.

Esta revista se terminó de imprimir el día 8 de Octubre de mil novecientos sesenta y cinco en los talleres de la Editorial Universitaria "José B. Cisneros" S^a C. O. N^o 220 San Salvador, El Salvador, C. A